

LIZBETH AZCONIA

EL
MUNDO DE
Cameron

EL
MUNDO
DE
Cameron

LIZBETH AZCONIA

Esta es una obra de ficción. Cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia. Todos los personajes, nombres, hechos, organizaciones y diálogos en esta obra son o bien producto de la imaginación del autor o han sido utilizados de manera ficticia.

El mundo de Cameron

Lizbeth Azconia

ISBN: 9798523073489

Edición: QG Ed.

Imagen de la cubierta: Banco de Pexels

Queda prohibida, dentro de los límites establecidos por la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler, o cualquier otra forma de cesión de la obra, sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

Para aquellas que han esperado por mí.

*El amor nos vuelve buenos. No importa a quién amemos,
tampoco importa ser correspondidos o si la relación es duradera.
Basta la experiencia de amar, eso nos transforma.*

ISABEL ALLENDE

Frances

Cameron Baltazar sonríe mucho; lo hace como si estuviera a punto de soltar una carcajada y, no obstante, supiera lo incorrecto que sería.

He cruzado la pierna izquierda sobre la derecha, y no ha dejado de mirarme a los ojos. Tuerzo una mueca para disimular el nerviosismo. Él, que no se ha molestado en vestir como uno de esos empresarios pomposos, se ajusta la manga de su camisa. Ya la lleva remangada hasta los codos. Y con desgarbo, echa su amplia espalda en la silla detrás del escritorio.

Como es de esperarse en una empresa que se ha declarado en quiebra, la oficina a la que me han hecho pasar se encuentra a medio vaciar. Los estantes, los dos libreros altos que están en el muro izquierdo, el mueble detrás de Cameron; se han desocupado. Me recuerda a mi habitación en Willamette. Y también a la voz de Rox —mi compañera de cuarto— cuando me pregunta por qué nunca coloco fotos de mi familia.

Carraspeo para evitar esos recuerdos.

Cam sigue mirándome y sigue sonriendo.

—Déjame ver si entendí —dice de pronto, con una ceja enarcada—; me caso contigo y a cambio tú...

—Arreglo el desastre que está hecha Fargo —digo, firme—. Desde mi punto de vista, es un trato bastante justo y equilibrado. Mi abogado cree que es una locura, pero no sabe nada de la vida. Estudió en Harvard. Es lo mejor que puede decir sobre sí mismo.

—Debes estar bromeando —recalca mi interlocutor. Se lo nota de verdad muy sorprendido—. La semana pasada declaré la quiebra de Fargo, ¿sí lo sabes? —Se levanta lentamente.

Él apoya las manos en el escritorio. Yo las observo, y la voz de Chester —mi primo— retumba en mi cabeza, diciendo «las manos de un hombre dicen mucho de quién es».

—Hemos estado en contacto por alrededor de seis meses, Cameron —le espeto.

Finjo observarme una uña con desinterés, pese a que lo que realmente quiero es escudriñar su gesto ante mi respuesta. Hace meses leí todo lo referente a la Petroquímica Fargo, formada por varios accionistas hace mucho tiempo y llevada a la quiebra por el último director: Roy Baltazar, el hermano mayor de Cameron, quien, según lo que me dijo mi investigador, tiene problemas con la bebida y el juego.

Cameron es muy distinto de él.

Por eso decidí que era el indicado.

—En serio creí que estabas jugando: pensé que eras una de esas sindicalistas gastándome una broma —dice, ahora en tono más serio.

—Respondías como si me creyeras.

Él curva sus dos cejas al tiempo que suspira.

—Me gusta conservar el buen humor no importa qué.

—Permíteme reiterar la oferta —digo al tiempo que me pongo de pie. Contorneo el escritorio, recargo la cadera en el filo y me cruzo de brazos; la ventana detrás de Cameron me ofrece una vista pálida de Downtown, en Houston—. Necesito tu apellido, y tú necesitas capital

y accionistas.

—Parece que no sabes lo que significa la quiebra —murmura Cameron a mi lado, circunspecto.

Bajo la vista para encontrarme con la suya. Es de tono azulado, aunque nada nítido; las fotos que vi de él en internet lo muestran con una sonrisa en el rostro. Incluso esas en las que no debería de estar sonriendo. Me ha dado la impresión de que se le da bien guardar las apariencias: Chester me lo advirtió cuando le llevé la investigación final.

Cameron puede ser el centro de un círculo ominoso, rígido, elevado socialmente... pero también se lo conoce por su empecinamiento al tratar de salvar Fargo. Además, si mi primo no me hubiera dado luz verde, jamás lo hubiera hecho. Esto: proponerle matrimonio a un desconocido para, por fin, limpiar nuestro nombre.

—Sé lo que significa —susurro—; lo que te ofrezco es una reestructuración completa. Nada de accionistas foráneos. Únicamente quiero a cuatro. Y al principio, yo representaría al cuarto. Tú te puedes quedar con el otro veinticinco por ciento.

—A mí es que no me entra en la cabeza que una muchacha como tú, de tu edad, quiera casarse por estos fines. Discúlpame, no lo entiendo.

Se ha erguido por completo ahora.

La silla retrocede despacio hasta golpear el mueble de atrás. Cameron se lleva las manos al pelo, alborotándose. Es castaño claro, ondulado y rebelde. O tal vez es que tampoco le importa no peinarlo lo suficiente.

Me pregunto qué diría Ches de su cabello.

—¿Traes tu móvil contigo?

Él duda, pero como a pesar de todo sigue siendo un caballero, termina sacando el teléfono de su bolsillo en el vaquero que lleva puesto. Me lo entrega. Sacudo la cabeza para rechazarlo.

—Gregor McMillan —le espeto—. Gogléalo.

—Yo no...

—Solo hazlo. Para que no cambie tu buen humor.

Una ceja enarcada me señala que acabo de dar en el clavo. Con un gesto alicaído —una ligera sombra de duda—, Cameron sacude la cabeza. Pero lo hace. Teclea velozmente en su móvil, y se muerde el labio inferior mientras aguarda a que el buscador le dé la información que me ayudará a convencerlo de aceptar.

Cualquiera diría que es amenazar lo que estoy haciéndole, pero mis métodos para salir adelante no han sido nunca cuestionados por una persona que no haya nacido en cuna de oro, rodeada de comodidades, sin problemas de autoridad, con dos padres estables y una familia unida. Yo no tuve nada de eso. Ni siquiera cuando mi padre y el padre de Chester vivían. Tenía cinco años y gateaba entre montañas de cocaína. Lo que sea que diga la alta sociedad de Estados Unidos me importa un pepino. Y no sé qué tipo de personas criaron a Cameron, pero lo que sí sé es que su impresión es genuina. Aun así, lo que veo es a un tipo sencillo, de modales sencillos y con reacciones verdaderamente sencillas. No podría ser más adecuado para el trabajo que quiero hacer este año antes de que Chester deje la prisión.

Tengo que sorprenderlo.

Con mirada crítica, Cameron alza las cejas y pone su atención curiosa en mí.

—Eres tú —me dice al tiempo que pone la pantalla de su móvil frente a mi rostro.

Sí, esa soy —me ha mostrado un dibujo del juicio—; en la corte cuando sentenciaron a Ches a siete años de cárcel por contrabando y otras cosas. Su condena fue reducida por el trato que hizo con la fiscalía y con el cual pudieron dismantelar toda una red antigua de mafia que

gobernaba en el noroeste de EEUU. Me cuesta seguirme mirando allí, sentada detrás del abogado que conseguimos a propósito para no levantar sospechas.

Hubo algo que mi primo le ocultó a la policía, pero en ese entonces yo solo tenía quince y si algo hacen bien los hombres es subestimar a una chica que, para ellos, sería incapaz de romper un plato.

Mmm...

Con veintidós, a punto de convencer a un ex niño rico de ayudarme a lavar un montón de dinero con su empresa quebrada gracias a un imbécil, ya he roto toda una vajilla.

Al final, después de analizarme ahí, delgaducha, pálida y llorosa, digo—: Debí demandarlos por ese ángulo horrible.

—Ok —suspira Cameron—. Eres hija del fallecido capo McMillan. —Su entrecejo se arruga. Se guarda el teléfono en el bolsillo trasero del pantalón. Y, pese a no verse asustado en lo absoluto, me pregunta—: ¿Debería tener miedo?

—No quiero intimidarte —le confieso. Doy un paso hacia él y finjo que le quito una pelusa de la camisa. Él, a decir verdad, no se inmuta—. Lo que quiero es que sepas con quién estás tratando. No te tengo miedo, pareces un buen tipo. Mi investigador me dijo que estuviste a punto de ser contratado en las ligas mayores, pero que sufriste una lesión. Te graduaste en negocios internacionales, terminaste con tu última novia en agosto después de tu accidente. Corres mucho, bateas, asistes a todos los partidos de los Oilers y te codeas con mucha gente del ámbito beisbolístico.

—Sabes mucho sobre mí.

Ha sonado bastante irónico. Sé qué pretende, así que busco su mirada y me muerdo un labio. Sin esperar un minuto más, recurro a mi plan B. Me inclino un poco, sujeto el dobladillo de mi falda y me la arrugo hacia arriba. Cameron observa mi cara. El hecho de que no le resulte curioso mi movimiento, me pone la piel de gallina. Su aspecto imperturbable me da más miedo que las balas en el cráneo de mi padre.

La gente habla mucho cuando sabe poco. Y ya me he dado cuenta de que Cameron habla muy poco.

—Si quieres puedo sentarme —me sugiere, rascándose la ceja izquierda con voz despreocupada—. Veo que...

—No necesito que nadie me cuide —lo interrumpo; levanto la pequeña arma que llevo sujeta de la liga en mi pierna derecha. Cameron abre los ojos y entonces le pongo el cañón en la barbilla—. Estoy sola casi desde que nací.

—Imagino que esto es parte de tu contrato de matrimonio —espetea él, ahora sí con la voz enronquecida, aunque no logro distinguir si lo que he provocado es que se enoje o que me tema.

En un impulso frenético, me digo que debería decirle que jamás le haría daño a una persona que me prestase ayuda. Es... complicado. En mi mundo, si no muestras de lo que eres capaz, la gente te come pieza por pieza. He aprendido eso a lo largo de estos siete años. Y a pesar de que Cameron no tiene la culpa de ello, vive acorde a su personalidad.

Internamente me prometo que no voy a lastimarlo, que le devolveré el imperio de su padre. Indemne y multiplicado de ser posible.

—Este es mi contrato de matrimonio —aún con el ligero a la vista, me doy la vuelta y, mientras pongo el arma en su sitio, regreso hasta mi silla para sacar la carpeta correspondiente y dejársela sobre el escritorio—. Léelo.

—Tendré que hablar con mi hermano y mi madre, si no te importa —dice.

Hago un asentimiento pobre.

—Escríbeme cuando hayas tomado una decisión.

Él cambia su peso de una pierna a la otra y tuerce una pequeña mueca de diversión.

—¿Por qué yo, Frances? —me pregunta.

Termino de acomodarme la falda. Y en cuanto sopeso mis respuestas, le digo—: Los sociópatas torturan animales. No eres sociópata ni mujeriego ni vicioso; visitas a tu madre todas las semanas, comes saludable y no le tienes miedo a hacer la compra en el supermercado.

—Hazme un resumen, si no es mucho pedir.

Me encojo de hombros.

—He visto a hombres torturar a otros solo por diversión. —Enarco una ceja—. Ninguna persona que haga eso merece una segunda oportunidad.

Cameron se acomoda muy despacio en su silla, asintiendo.

—Te escribiré —me dice.

Sonrío.

Me doy la vuelta para salir de su oficina. Afuera me esperan Tronco y Mármol; Chester ha insistido que venga con ellos (sigue teniendo amigos capaces de hacer este tipo de cosas por él). Pero no le tengo miedo a Cameron Baltazar. Estoy convencida de que él sonrío mejor que yo y no me importa, mientras acepte lo que le he propuesto. De otro modo, tendré que llevarme mi dinero a otro sitio, y este me agrada. Lejos de Oregón, de la sangre. Se siente bien. Se siente correcto.

Cameron

—Matrimonio.

Asiento.

Mi hermano luce confundido.

—El dinero no está limpio, pero es dinero —sentencio, para parecer seguro de mí mismo.

—Qué raro.

—No, no es raro; el quiebre de la corporación está en todos los diarios y revistas del país. Somos la comidilla entera de las finanzas. Frances simplemente nos encontró en la sección de miserables sin un quinto...

—¡Es hija de un mafioso!

—Que está muerto —apunto. Él rueda los ojos—. Y la niña estudiaba en Suiza.

—A mí no me parece mucho una niña si te está proponiendo matrimonio y no te conoce de nada.

Miro en otra dirección. No pienso contarle que «la niña» es capaz de defenderse, que lleva una veintidós debajo de la falda y que, además, la acompañan dos hombres del tamaño y peso de gorilas de lomo gris.

—Cameron... No vas a casarte con una desconocida. Menos si sus nexos...

—En realidad, solo te estoy avisando —lo interrumpo. Me lleva cinco años y siento que es un niño que no ve el alcance de sus estupideces—. Le vendería mi alma al diablo con tal de rescatar Fargo.

El truhan de mi hermano se me queda mirando, rendido.

—Pues... ¿felicidades?

Le lanzo mi gorra de béisbol de un tajo.

Él, por supuesto, se echa a reír, como el buen sinvergüenza que es. Hace mucho tiempo que no tenemos de qué hablar; sobre todo porque para mi madre la oveja negra de la familia sigo siendo yo: hice lo que nadie se esperaba,irme de los lazos familiares a estudiar lejos de esa universidad católica en la que querían que terminara la carrera.

Por aquellos años mi sueño era jugar para las ligas mayores —tal y como señaló Frances McMillan— y ser parte de la corporación me importaba más bien poco.

Cuando digo que no me gusta perder el buen humor me refiero a estas cosas; en un año conocí tres desgracias distintas, y es que los detalles los conocen tan pocas personas que siquiera pensar en ellos me provoca acidez estomacal.

Con un bufido, me acomodo en la tumbona que está en el jardín de la casa grande de mi familia: una de las pocas propiedades que quedaron indemnes: mi padre se la heredó a Dolores Baltazar, viuda de Roy Baltazar, padre. Justamente la oigo taconear a mis espaldas cuando estoy a punto de decirle a mi hermano que el trato no lo incluye a él como accionista; en adelante, me prometo no tenerles miedo a ambos si es que están juntos. Frances es pequeña pese a que lleva zapatos altos. Su cuerpo, esbelto y trabajado, da la impresión de que hace ejercicio todos los días y la manera en la que mueve las caderas enseña que las mujeres son inteligentes y además andan

en tacones.

Debo decir que me causó un poco de envidia.

—Esto es el apocalipsis —se mofa mamá, al tiempo que su asistente le acerca una silla. Lleva gafas de sol, y viste de manera... extravagante. Se ha inclinado para darle un beso en la mejilla a Roy. A mí me sonrío y después se acomoda en su asiento—. Cameron, ¿cómo va la liquidación?

Alzo una ceja, me llevo la cerveza de lata a los labios y clavo la vista en el jardín trasero de la casa; podría ser un desierto en cualquier parte del año porque Texas no es conocido por sus colores verdes y sus flores coloridas, sí, pero el jardín de Dolores está repleto de rosales y como seis repartidores de agua que emiten chasquidos chillones.

Odio estar aquí.

Lo odio casi tanto como odio tener que contarle lo que voy a hacer con tal de respetar el último deseo de papá.

—Va como van las liquidaciones, mamá —acepto finalmente—. Es una carnicería.

—Roy, te dije que debías estar presente.

Hago una mueca instantánea.

Mamá pone sus ojos azules sobre mí. Es así como siempre dan inicio nuestras discusiones. Me muero por notar cómo responderá ante mi próximo compromiso. Es decir, no le he avisado a Frances, pero leí cuatro veces el contrato y, si todo sale como lo marca allí, en un año habré recuperado el veinticinco por ciento de la corporación que debí dirigir en compañía de mi padre.

A mamá puede que no vaya a gustarle la idea, pero estoy acostumbrado a que me diga lo mal que tomo decisiones.

—Roy conoce mejor el ámbito empresarial —asegura ella.

—Mamá, Cam hace lo que tiene que hacer.

—Está bien —afirmo, desinteresado—. Solo pasé a dejarles esto. —Arrojo sobre la mesa blanca del jardín las dos carpetas en las que me he asegurado de resumirles lo que va a ocurrir en el siguiente año—. Léanlo a consciencia.

Dolores se lo piensa un poco, pero acaba agarrando los documentos y, quitándose las gafas, empieza a leer. Mi hermano ya sabe qué va a encontrar allí; sabe que lo he excluido. Es más, creo que está feliz de no tener que cargar con el peso de esta familia ni un minuto más. Por desgracia, que mi madre acepte una idea mía como una «buena idea», es una odisea que solo papá podía llevar a cabo con éxito.

No es una mala persona, lo sé de sobra, pero cuando se quedó viuda, creo que también mudó de córneas porque su manera de ver el mundo se transformó por completo.

—Es una broma, ¿verdad? —pregunta al cabo de un rato. Sus ojos cambian de expresión también—. Dime que no estás considerando en serio prestarte para esta atrocidad.

—La empresa estaba embargada —digo; mis palabras se oyen fútiles y vacías, como si en lugar de estárselas comunicando a otra persona las estuviera arrojando al fondo de un pozo—. No tenemos concesiones, no tenemos contratos pendientes, ya reduje tres veces la plantilla y me comieron las uñas los sindicatos. Hice lo mejor que pude...

—¡Estoy segura de que no ha sido así! —reclama mi madre.

Se ha puesto roja de ira.

Es en este momento que reconozco que no soy el mejor hijo del mundo; a veces no la soporto.

—Te invité a participar de la junta, pero nunca quisiste asistir —refuto—. No puedo darme el lujo de rechazar esa oferta y, si me estoy tomando la molestia de explicarles de qué se trata, es

porque son mi única familia.

—Podrías irte a prisión por esto. —Mamá arroja la carpeta sobre la mesa; la hoja que imprimí con una minibiografía de Frances y quiénes eran su familia se sale de la pila y viene a parar a mi lado; observando su rostro y su pelo rubio es que ella dice—: Ningún hijo mío se va a rebajar a...

—Tú quisieras que me casara con Lindsay, seguro —repongo.

Mi madre aprieta los labios en una mueca de rectitud que no le queda para nada.

—Cameron... —dice Roy.

Niego con la cabeza.

—No sé qué caso tiene que le recuerde lo que ocurrió hace cinco años; tenía una novia a la que aprobabas, mamá —espeto, ya cansado de estos temas estúpidos—. Ella terminó conmigo y yo todavía no salía del hospital. ¿Adivina por qué?

Quizá porque he logrado tocar fibra sensible en ella, su cara muestra otro gesto de paciencia que no le veo a menudo por estos días. En seguida baja la mirada, vuelve a agarrar la hoja con la foto de Frances y me mira entonces.

—Aparece de pronto... así... con una cuenta bancaria lista para invertir en un negocio del que no tiene la menor idea. Es tu decisión si crees que tu integridad como hombre vale la pena; Lind no se comportó muy bien en el pasado, pero su nombre no está plagado de fantasmas.

—Ni siquiera conoces a Frances, madre —digo.

Una voz interna me pregunta si acaso la estoy defendiendo. Y no es eso lo que quiero hacer, sino lo contrario.

—Tampoco quiero —dice mamá, muy decidida—. No voy a intervenir en este asunto. Necesito que me dejes totalmente fuera de ello; al menos permíteme conservar la dignidad mientras mi hijo se casa con una mujer que, sin más, podría darle una puñalada por la espalda.

—No creo que sea para tanto —tercia Roy; ya lleva tres copas de vino—. Escucha, má: se llama lavado de dinero. Frances McMillan sabe que Cameron haría cualquier cosa por Fargo, y no veo a muchos juniors en ruina en las revistas de sociales que te gusta leer.

Dolores Baltazar chasquea la lengua contra los dientes.

—Mientras te divorcies de ella —dice—. Espero que no salgas dañado de esto. O nosotros.

Bajo la mirada a las carpetas en la mesa. Contienen toda mi verdad actualmente; hay una lista de los beneficios que obtendré, y las utilidades las repartiré con ellos. Sin embargo, el embrollo de la farsa matrimonial es todo mío. Y no es mi intención ser razonable con ellos, pero tiene un punto al preocuparse.

Una de las cosas que me inspiró Frances, aparte de curiosidad, fue miedo. No por la pequeña arma que llevaba en el ligero, sino por la manera gélida en la que mira. Es como si le hubieran robado algo... A saber el qué.

—Cameron... —mamá cierra los ojos y toma una inspiración de aire. Yo aprieto las quijadas porque sé que, si algo hay peor que sus incansables críticas, son sus intentos de aconsejarme—. Es algunos años menor que tú... pero sigue viniendo de un círculo poco fiable.

—No la conoces —refuto—. No sabes nada respecto a su familia o qué fue lo que pasó en esa casa. Probablemente todos nosotros creamos que somos mejores que ellos...

—Hermano —interviene Roy— no sé tú, pero yo nunca he matado a nadie.

—En últimas instancias —niego con la cabeza— el que estaría cometiendo el error sería yo. —Me pongo de pie con la intención de dar por terminada la plática, ya que soy consciente de que no va a ningún sitio—. Solo quería avisarles. Roy, mamá; me marchó. Tengo una junta en el deportivo...

—Y encima no has madurado ni un poco. —Pese a que está regañándome por no dejar de pertenecer al club de los Oilers, me acerco para plantar un beso en su mejilla y ella me la ofrece como si no me hubiera afrentado por enésima vez—. Esperaba que con la responsabilidad de Fargo el béisbol se terminaría de una vez y para siempre.

—Hasta luego, mamá.

Atravieso el jardín, la terraza, la estancia y el recibidor. En cuanto me veo libre de las paredes opresivas de la familia Baltazar, echo la cabeza atrás y contengo las ganas de pegar un grito histérico. A medida que los días pasan me pregunto cómo le hizo mi padre todos esos años que estuvo casado con ella para ignorar esos defectos tan notorios.

Y además lidiar con un hijo que es despilfarrador, mimado, mentiroso y por si fuera poco vividor.

Uno de los empleados de mi madre me abre la verja de la salida. Me pregunta si quiero un taxi, pero me pongo la gorra gris en la cabeza y me apresuro a andar por la acera hasta que llego a la parada del bus. En los peldaños, la normalidad de las personas, sus miradas penetrantes en los movimientos que los circundan, y también en esos ruidos que te hacen olvidar todo lo demás, me mantiene fascinado hasta que veo la esquina en la que siempre bajo para ir a la casa de Tot, una mujer a la que aprecio por su carisma y por su capacidad de decirme la verdad pese a que no me guste oírlo.

La conocí en la universidad. Era muy amiga de Lind, cuando ella todavía me amaba. Pero siempre fueron muy distintas, sobre todo en sus inclinaciones sexuales. Tot tiene una revista virtual de deportes y se ha hecho muy respetada estos años; casi desde que fue la única a la que concedí una entrevista después de que me cancelaran el contrato por la desgraciada e inoportuna lesión que sufrí en el brazo de los lanzamientos.

Uso mi llave para entrar en su departamento, y la vengo a encontrar como siempre; escribiendo en su laptop, sentada en el sofá de masaje, en calzoncillos, y con el gato por un lado; el felino de pelambrea lobuna hace un gesto de horror al mirarme. Casi puedo apostar a que le incomoda que venga cuando está siendo acariciado. Me dejo caer en el sofá de cuatro plazas y estiro las piernas.

—Se lo he dicho —digo, mirando al techo.

—Odio a tu madre, Cam —dice ella y le da un sorbo a lo que supongo es una taza de café. Café. A las tres de la tarde. En Houston, Texas. La reprendo con una mirada, aunque estoy bastante cansado y no tengo ánimos para decir nada en defensa de mi santa progenitora—. Tendrías que haber sabido lo que iba a decir.

—Lo que me impresionó fue que no trató de persuadirme. Ni siquiera me ofreció mejores candidatas.

—Tienes que presentarme a Frances —me espeta. Deja la laptop en la mesa de café, también la taza, y baja al gato de su regazo, que me echa una mirada asesina antes de marcharse hacia su sitio en un rincón de la sala, sobre unos cojines.

—Mañana voy a escribirle un correo electrónico. Quiero que modifique unas cuantas cosas de ese contrato suyo. —Suelto una bocanada de aire—. Espero que funcione.

—Hemos ido a bares y te has acostado con desconocidas, ¿qué tiene esto de diferente?

—Que de verdad se siente como si le estuviera vendiendo el alma al diablo —murmuro; ladeo la cabeza y repongo—: ¿Conseguiste algo?

Tot arruga el entrecejo; tiene la piel morena, de una tonalidad que no es tostada ni tampoco café. Es más bien un bronceado rico en vitamina de. Siempre le he dicho que tendría que hacer gala de ella, pero cada vez que menciono lo guapa que es, me arroja un cojín por la cabeza.

Sufre de tantos complejos por culpa de su familia que por eso nunca he querido convivir con ninguno. Es un rasgo que, como amigos, compartimos demasiado.

A ella tampoco le agradan mucho ni Roy ni mi madre. Y ahora quiere conocer a Frances para darme un veredicto.

—Pensé que con lo que investigué sobre ella te sería suficiente para saber si puedes o no firmar ese contrato —dice, extrañada. Sin embargo, se agacha para rebuscar algo en el maletín que está a un lado de la pata del sofá—. Toma. Es todo lo que me pude permitir. El caso de los McMillan está selladísimo por lo que me pudieron adelantar. De algún privilegio gozaron durante el juicio.

—Eso es lo que me parece raro —confieso; adopto una posición más cómoda para leer, y empiezo a estudiar las hojas que Tot me ofreció—. Chester Fray McMillan. En custodia a los veinte años. Narcomenudeo. Contrabando... —Alzo las cejas—. De armas. Manipulación de datos confidenciales. Extorsión.

—Una fichita tu futuro socio —dice Tot, asintiendo—. Pero dicen que cuando las cosas son muy obvias es porque no son tan obvias como en realidad parecen.

—Así es. —Paso otra hoja. La casa en la que murió Gregor McMillan, el padre de Frances, quedó en manos del gobierno—. Siete años por delitos agravados que podrían haberle dado una cadena perpetua.

—Sí. Mucha indulgencia por parte del Estado. Tu chica tenía quince años tan solo... Y atestiguó en contra de él. —Nos miramos atentamente—. ¿Por qué atestiguaría contra su primo y luego lo haría accionista de la empresa que va a comprar?

—Me dijo que quería mi apellido —comento—. La cláusula del contrato que habla de eso especifica que, tras el divorcio, la dejaré conservarlo.

—Quiere dejar el «McMillan».

—En efecto. Esto es muy curioso —sonríe—. Es una niña... prácticamente acaba de terminar el colegio y en la oficina...

—Vaya. Te gusta.

Hago una mueca, sin saber qué decir al principio.

—Es una mujer impresionante físicamente —admito, echándome otra vez en el sofá—. Pero las personas frías siempre me han aterrado. Y Frances me aterra; no he dejado de pensar en esa cláusula y por eso quiero que la modifique. A menos de que me explique por qué.

—Ese es un terreno profundo, Cam.

—Merezco explicaciones —digo; enarco una ceja al tiempo que me relamo los labios—. En menos de un año su primo se habrá incorporado a la junta de accionistas. Y la mitad de nuestro contrato se habrá cumplido. No me culpes por tener miedo; aproximadamente en dieciocho meses se puede construir un puente y, en un abrir y cerrar de ojos, un terremoto puede derribarlo.

—Calculas demasiado —me concede Tot; se pone de pie y se deja caer a mi lado.

La puerta de su departamento se abre y se cierra con despreocupación. En seguida, Queen, su novia, entra en la estancia y se sienta del otro lado del sofá. Es abogada. Tiene cara de no haber aprovechado el día, y cuando me nota, cierra los ojos.

—Déjenme adivinar —dice, en tono de aburrimiento—. Dolores se enteró de que su futura nuera es la reencarnación de Satanás en la Tierra.

—No sé qué sería de mí sin tu objetividad —digo.

Ella sacude levemente su cabeza.

—Lo que debería de preocuparte es tu integridad como persona —espeta luego de abrir los ojos. Empieza a quitarse su saco—. ¿Y bien?

Me encojo de hombros.

—No puedo perder nada —digo.

Ellas se miran entre sí como si supieran algo que yo no.

—Tú eres muy noble, y Frances McMillan tiene pinta de ser uno de esos tiburones blancos: inofensiva si no se le ataca, letal si huele la sangre.

—Dije que traía un arma, pero me pareció más bien un fetiche suyo.

—Sigue preocupándome el primo —tercia Tot—. Lamento no poder decirte más sobre ellos.

—Espero que Frances esté de buen humor y quiera que discutamos esos puntos.

Las dos chicas cambian de conversación en el acto. Los Oilers tienen un partido de práctica mañana, así que lo más probable es que quieran ir, y como en el partido habrá un par de novatos que esperan ser contratados en el draft que viene, mi deber como amigo y consejero del propietario del equipo es estar ahí, como un cazatalentos.

Mentiría si dijera que no me afecta mirar el campo y saber que ya no puedo estar dentro. Ni siquiera mi posible matrimonio hace que me sienta mejor.

Frances

Una y dos prendas más caen de la cama cuando las arrojo y estas golpean la cabecera. También envolví un frasco de perfume. Pero no me importa. Aún tengo el teléfono en mi mano izquierda, mientras mi respiración acelerada hace lo suyo en el resto de mi cuerpo. Dos horas atrás recibí un correo electrónico de Cameron, diciéndome que quería hablar conmigo para discutir el contrato.

Hasta ahí, todo muy bien con él. Pero después, mi abogado, Laurie Peterson, me llamó a la recepción del hotel en el que Roxanne y yo estamos hospedadas. Puedo tolerar cualquier cosa; que me tachen de libertina, que me digan maleducada, que no soporten mi altanería. Sin embargo, hay una sola cosa frente a la que no puedo hacer nada. Porque me paraliza. O lo que es peor: me provoca un humor infernal.

—Eh... supongo que no iremos a comer fuera —dice Rox a mis espaldas.

Con los brazos en jarras, me vuelvo a mirarla. Está de pie en el umbral de mi habitación, con el teléfono en las manos. Tiene esa mueca de precaución en el rostro; sus cejas están fruncidas e intenta sonreírme; sabe que adoro mirarla sonreír. Mas en este caso no me apetece ponerme a discutirlo.

Me percato de que le ha cubierto la bocina al teléfono local.

—No tengo hambre —voy hasta ella; cojo el miserable artefacto y la cuestiono con la mirada.

—Es Owen —musita; rueda los ojos después de mencionar al tercer accionista; vive en Manhattan, y es un excompañero de la universidad en el que me atreví a confiar porque su padre hizo muchos tratos con el mío. Dios... casi estuvo a punto de limpiarnos—. No quiero comer con él, Frank, si es lo que estás tramando.

—El maldito de Peterson me acaba de decir que la apelación va a demorar y que no estará aquí hasta dentro de dos semanas —bufo; no me molesto en cubrirle nada al aparatejo, y sigo, furiosa por el cambio brusco de planes y, más que nada, por lo que eso implica—. Hace un año que hicimos esa lista. Él solo tenía que apegarse al libreto. No le veo mayor dificultad.

—Se te olvida que Chester puede ser un poco complicado —se ríe mi amiga.

Ignorándola, me pongo el auricular en el oído. Ella se cruza de brazos y se recarga en el marco de la puerta. Sé que no tiene intenciones de irse, por lo que, poco confiada, me dejo caer en mi cama, que está hecha un desastre, y me quito de un tajo los zapatos de tacón.

—Soy yo —le digo al junior que me espera.

Escucho el sofoco de una risa, y luego él repone—: Tu voz de fémina dominante es inconfundible, peque.

—Pensé que estarías aquí para el viernes. El viernes, Owen —digo, airada—. No es mucho pedir que se apeguen a las reglas de lo que pautamos. Todos nosotros.

—En primer lugar —me espeta el susodicho, con su voz ligeramente lejana— tienes que saber que me encuentro en el Kennedy. Y en segundo... creí que primero tenías que conseguir un marido. A todo esto, leí que Cameron Baltazar es uno de esos niños que se consideran un

portento deportivo... Qué lástima.

—Estoy segura de que va a decir que sí —le espeto; suspiro y miro a Roxanne.

Nos hemos reunido un año entero con Owen y su padre para finiquitar la sociedad que estamos formando; desgraciadamente, siempre que lo mira algo sucede, y ella queda ridiculizada frente a los Brandram. Por supuesto, no tiene motivos suficientes para detestarlo, y eso se debe a que es demasiado buena.

Owen pensó que era guapa, sí, pero dijo no sentirse muy afectivo por los niños escandalosos: Roxanne es madre soltera de un pequeño llamado Caden. La primera vez que fuimos a la casa del Upper East Side que posee Owen Brandram, Cici rompió una carísima e irremplazable pieza de arte con su pelota de béisbol. Fue un lamentable accidente que ella aún no consigue perdonarse pese a que Owen le dijo que no se sintiera culpable. Desde entonces se niega a representarme en ninguna reunión con él. Yo lo veo todo desde el lado amable; sí, es mi asistente, la persona que sabe los aspectos más oscuros de mi tórrida existencia. Pero antes de que empezara con esto, ella ya me había confiado que se embarazó a los quince de su primer amor, que su padre le pidió que abortara, y que se negó: la echaron de su casa, y ayudada por una pequeña herencia de su abuela, se abrió paso.

Ahora es una brillante publicista de relaciones públicas.

Y mi mano derecha.

—Boda segura. Compraré un esmoquin. —Owen me saca de mi ensimismamiento—. Espero que el tipo al menos tenga suficiente dinero para comprar un anillo.

Ni siquiera sé por qué su comentario me ofende. Pero lo hace.

Enarco una ceja como si lo tuviera en frente, y digo—: Cameron no es un parásito que le maneja todo al padre ni le sirvieron nada en bandeja de plata; trabaja para los Oilers.

—Debe de ganar una fortuna —se ríe mi interlocutor—. Disculpa, voy a abordar. Te dejo para que pienses si quieres un diamante o un rubí.

Mucho antes de poder replicar, el muy bastardo cuelga.

Con gesto de incredulidad, miro el teléfono y luego a Rox, que se acerca y se sienta junto a mí.

—Ojalá yo hubiera tenido ese capital para que no tuvieras que incluirlo —dice la mujer—. No me cae mal, pero me siento tonta cuando está contigo. Se esfuerza demasiado.

—No es una mala persona —admito, sin importar lo mucho que me agradaría tenerlo en frente justo en este momento—. Si le quitamos lo engreído, lo cazafaldas, y lo gruñón, puede que quede un tipo decente. Le gusta el jazz. Mi madre me dijo alguna vez que los hombres que disfrutan la buena música tienden a entender mejor a sus parejas.

—En *Jeepers Creepers* el demonio ponía música mientras disecaba a la víctima —masculla Roxanne.

Admiro su perfil por unos instantes; es preciosa. Siempre me ha parecido que alguien se aprovechó de ella cuando era muy joven como para distinguir qué era amor y qué no. De su propia boca he escuchado la típica excusa; no sabía lo que hacía. Pero jamás la he oído arrepentirse; creo que es por el pequeño Caden y creo que es porque la hicieron sentir culpable.

Cosa que detesto.

—*Jeepers Creepers* es una película de terror, Rox —digo, las cejas arqueadas. Ella me mira; tiene los ojos de una mezcla de azul y verde; muy lindos, pero siempre están tristes.

Y con afectada tristeza me dice—: Esas no me gustan mucho.

—Ni a mí —confieso—, pero estoy segura de que si tu vida fuera una película romántica sería más bien una adaptación de las novelas de Austen. Muy tradicional, muy sencilla, pero que

pase a la historia.

—Me alegra mucho que ya estés de mejor humor —me dice entonces, y se pone de pie—. Lamento que vayas a tener que retrasar la firma del contrato prenupcial, pero por otro lado quiero que te tomes el tiempo para pensarlo.

—Te prometo que ya lo pensé bien.

Roxanne se muerde un labio y, en cuanto ve que me pongo de pie para seguir arreglándome, dice—: Cameron te citó en un sitio a donde se siente cómodo. —La miro por encima del hombro. Está revisando mi falda, mi blusa y mi cabello. Enarco una ceja para que se dé cuenta de que no la sigo—. Charlotte es el campo de béisbol de la universidad de Houston.

—Y tu punto es...

—Que con esa falda no puedes usar tenis —dice—. Si yo fuera tú, y quisiera causarle una buena impresión...

—No quiero causarle buena impresión —le aseguro.

Roxanne se aproxima a mi clóset, hurga en el armario y saca un pantalón de mezclilla y una blusa holgada, que se me cae de un hombro.

Muy casual.

Muy... sencillo.

Me entrega los ganchos y yo sigo observándola con curiosidad.

—Dijiste que Cameron es un buen tipo —dice—. Todos estos días que te escribías con él por correo me contaste que era el indicado porque no hablaba nunca de dinero. Hasta mencionaste su «ángel».

Suspiro un sí muy agrio.

Casi que no me agrada mucho hacia dónde va esta conservación.

A Rox, que me conoce desde hace casi cinco años, le importa poco, y prosigue.

—Entonces estará arriesgando mucho por ti...

—Querrás decir por dinero —la corrijo, con una sonrisa irónica.

—Es la empresa de su padre; conoces su debilidad y es ahí a donde lo has atacado. Sabías que no iba a negarse, aunque eso implicara romper todos sus principios éticos.

—Roxanne, habla de una vez. Déjate de rodeos.

—Lo que quiero decir, Frances, es que habrías podido ofrecerle el mismo trato a Owen, y no lo hiciste. Así que, si elegiste a Cameron por algo más que conveniencia, al menos ve digna: no vistas para ser alguien que no eres. Estoy segura de que no es el tipo de hombre que mira el escote de una mujer a la que le han arrancado la blusa en público.

Tras terminar su discurso, sujeta el teléfono de la cama, y se marcha.

Empiezo a desvestirme en silencio; sé que es verdad. Cameron nunca miró mi escote en nuestra primera reunión. Tampoco me miró cuando me subí la falda. Por lo que sí, acepto que tuve mi propio criterio al decidir que me convenía tratar con él.

Es un tipo normal.

Y la palabra normal no viene a mi vida con toda la habitualidad que quisiera.

Como siempre, no me dejo invadir por la nostalgia, y empiezo a vestirme con la ropa que Rox ha elegido para mí. Miro los pares de zapatos acomodados en el armario de la habitación. Decido que voy a hacerle caso del todo, y cojo el primer par de zapatos deportivos que me encuentro.

Al cabo de un rato, vuelvo a la estancia de la suite. Roxanne está tecleando en su laptop; cuando me pongo detrás de ella, veo que está mirando noticias sobre Fargo, inundándose de toda la información disponible. Sobre la mesa redonda de trabajos, hay un sinfín de carpetas que

contienen el archivo entero que mi investigador privado ha recabado para nosotros.

—Dile a Millie que necesito su compañía —espeto. Rox se vuelve parcialmente a mí—. No sé si voy a poder... —Arrugo las cejas y me inclino para revisar totalmente la imagen que Roxanne acaba de ampliar en la portátil. Es Cameron. Sin camisa—. Se alimenta bastante bien.

Me muerdo un labio para que el resto de mi consternación pase medianamente desapercibida.

—Pensé que lo habías visto en persona —dice Roxanne, sonriendo.

—Estaba... —Carraspeo para recuperar el aliento—. Él iba vestido cero formalidades... Si fuera otra persona habría calificado eso de mal gusto, pero se nota lo fatigado que está.

—Aquí no se ve fatigado —señala Rox—. Seguro debe de ingerir muchas proteínas y todo eso.

—Era deportista —apunto—. No conduce coche, y allí vas a encontrar por lo menos un centenar de fotos de cuando está haciendo jogging.

De forma cuidadosa, Rox se pone de pie. Me mira de pies a cabeza.

—Tal vez deberías peinarte una coleta.

—Eso pensé —admito, y se me cuela una sonrisa—. Empieza a gustarme esto de no poner tanto afán en parecer una supermodelo.

—Las supermodelos medirían por lo menos lo que mide Millicent —replica Roxanne—. Yo mido 1.57 y tú...

—Ya entendí —atajo—. Cameron mide...

—Un metro ochenta y ocho... Veintiocho centímetros más que tú.

Su tono es divertido, pero su gesto de afectación. En este preciso instante no sé a cuál de los dos ponerme. Desde hace mucho tiempo me interesa la opinión de Rox Simone; es una de las personas más pragmáticas que conozco. Pese a que hace todo después de darle un cálculo especial, acaba resolviendo los conflictos más graves en menor tiempo del que podría cualquier analista de negocios.

En este contrato, yo soy el ejecutor, Roxanne la revisionista, Millicent la espía recatada, Owen el sujeto de prueba, y Chester... Chester suele ser, en el mayor de los casos, el autor intelectual de toda mi vida.

—Entra a la página de los Oilers y dime qué carajo ocurre hoy por la tarde en ese campo. Debe de ser que tiene algo que hacer allí; algo importante.

Con las cejas curvadas, Roxanne hace lo que le pido mientras yo me sujeto el pelo en una coleta alta. Ya sentada en su lugar otra vez, me enseña los resultados de su pesquisa.

—Lo hice en cuanto me dijiste que te había citado. Pero no hay nada célebre el día de hoy. Lo que sí llamó mi atención... —Hace un clic con el cursor en una pestaña de la página web del equipo de béisbol alterno de Downtown en Houston—. Mira, se entra con un pase especial si no hay partido. Forma parte de las ligas menores, el campo, y casi siempre se celebran allí los partidos de la Universidad. Practican los martes y los...

—¿Me ha citado en un día de práctica del equipo universitario de Downtown?

—Sí.

—¿Qué pretende? Se supone que es una reunión exclusivamente para hablar de...

—Matrimonio.

—Deja de terminar las frases por mí.

—Es que sé perfectamente lo que estás pensando. —Ella sonrío y yo enarco una ceja para que me explique—. Cameron podría citarte ahí por dos motivos, a como lo veo yo.

Ella cruza una pierna encima de la otra.

—Te escucho.

—La primera, que ya le hayan advertido de ti y quiera verte en público —dice—. Lo cual me parece poco probable, ya que, si el agente Hills quisiera fastidiar, estaría en problemas con Chester.

La sola mención de su nombre me escuece en la garganta. Aprieto los puños y me concentro en el rostro limpio y sensato de Roxanne, a quien estoy segura también le preocupa escuchar el apellido del agente del FBI que apenas me dejó tranquila cuando volví de Suiza.

—Yo misma le recordaría su suerte si vuelve a meterse conmigo —le aseguro.

La mirada de Rox es de escepticismo.

Porque sabe lo mucho que me esfuerzo para mantenerme firme cuando se trata de ese parásito.

—La segunda probabilidad es que quiera hacerte preguntas íntimas; preguntas que lo hacen sentir inseguro y que, por lo tanto, necesitan fluir en sus terrenos.

—Donde él controle la situación —le espeto.

Roxanne asiente.

Sopeso por unos momentos todo lo que acaba de decirme. Si pienso en la primera opción, la carne se me pone de gallina, pero Owen le ha seguido el rastro a Kurt Hills y sigue ocupado en Seattle, con sus narcotraficantes porteños. Sin embargo, no deja de ser una sombra en mi actual vida tranquila y ocupada. Pero, si pienso en la segunda parte de la suposición de Roxanne, inmediatamente me dirijo a Millicent.

—Confirmado —convengo—; llama a Millie y dile que necesito que se dé una vuelta ahora mismo por el campo antes de que yo esté allí. —Recorro una silla para estar junto a Roxanne—. Ayúdame a saber algo sobre esta universidad suya y lo que se supone hace Cameron en ella.

—Si quieres mi opinión, es reclutador silencioso —dice mi compañera.

Como no tengo idea de lo que habla, la miro de soslayo y empiezo a teclear el oficio que acaba de mencionar. Aparentemente, desde que se graduó, Cameron no ha parado de ir y venir del deportivo de los Oilers, un equipo alterno de béisbol para las ligas mayores que entró en el clásico de otoño una vez y se llevó toda la gloria. Gracias a la elección que Cameron hizo para el dueño del equipo. De una página a otra, Roxanne y yo nos encontramos con distintos artículos. Comemos mientras leemos, nos hacemos preguntas, y ella se encarga de que entienda cómo es que se maneja el reclutamiento antes de que sea el draft.

—Entonces eso es —digo, emocionada—: Cazatalentos.

—Tiene talento para encontrar a chicos estrella —dice Rox—. Tres años consecutivos; Cameron asistía a los partidos universitarios de las tres estrellas actuales de los Oilers.

—Eso es lo que hará hoy —suspiro—. Trabajar mientras cierra un trato conmigo.

No sé si el hecho me divierte o me intriga. Me inclino por ambas al tiempo que me yergo y, con una sonrisa, me vuelvo hacia Roxanne, que luce una careta sombría, como si me estuviera analizando.

—Irás a ver a algún chico que está por graduarse y que ha entrado en el draft del próximo año.

—Vaya.

Alguien abre la puerta de la suite y entra apresuradamente.

Es Millicent Boyd, el tercer elemento de mi equipo personal. Todavía con los brazos cruzados en el pecho, la observo mientras se adentra en la estancia del comedor.

—Eh... hola —dice Millie; nos mira a ambas tal vez intentando descifrar el silencio—. Traje lo que me pediste.

—Necesito que me hagas un favor —mascullo; Millie se quita el abrigo, una pieza hermosa que aguanta la lluvia. En contraste con su pelo rubio, casi platino, y su piel blanca, es de tono

dorado. Ella se muerde un labio a la espera; la inocencia reflejada en sus ojos—. Tengo una cita con Cameron a las seis. Son las diez. Tienes cuatro horas para traerme por lo menos una lista de cinco cosas que no podré ver yo con mis ojos en el lugar de la reunión.

—Cinco cosas que no puedes ver tú con tus ojos —sonríe Millie. Miro a Roxanne. También se ríe—. ¿Qué vas a hacer?

Me lo pienso unos segundos.

Millie es muy introvertida, pero si sus padres hubieran visto más allá de esa cara de belleza sobrenatural, se habrían dado cuenta del CI altísimo que posee, como pocas personas.

—Penetrar en el mundo de Cameron Baltazar para demostrarle que puede fiarse de mí.

Les regalo una mirada a las dos. A veces creo que me tienen miedo.

Y a veces yo también tengo miedo de mí misma.

Cameron

Tot tiene una visión más crítica de los partidos; sabe que una de mis debilidades son las personas venidas a menos económicamente, y hace lo posible por desacreditar al jugador sobre el que tengo puesta la mirada desde el verano pasado. Lo vi jugar por primera vez en un partido de inauguración que Jaxon Gordon, el dueño de los Oilers, organizó en honor de su padre. Me pidió que lo vigilara ya que él no puede permitírselo.

Y eso he hecho...

—Le fallan las curvas —señala Tot; tiene la mirada entornada a pesar de llevar la gorra. El sol está poniéndose y el partido va por la mitad.

Vuelvo a mirar el reloj.

Son las seis y media.

Tot me lanza una mirada risueña, y también mira su reloj en el móvil. Luego le da un mordisco a la salchicha y me la regresa. En seguida, se queda pendiente de mi gesto. Pero me pongo a masticar como si no me estuvieran comiendo los nervios.

—Está retrasada —dice—. ¿No se habrá encontrado a alguien más necesitado económicamente?

Niego con la cabeza.

—Dudo mucho que lo haya. Si miras mi cuenta habiente, puede que te den ganas de hacer caridad.

—Tampoco te hagas el mártir —refunfuña ella—. Gordon te va a pagar por este contrato... E imagino que no tendrás que invertirlo en Fargo como has estado haciendo con tu sueldo estos últimos cuatro años.

Que su comentario suene a una pulla no cambia que sea verdad. Pongo atención a un lanzamiento en especial que ha hecho mi portento. Aprieto las mandíbulas y siento cómo se me tensa todo el músculo derecho desde los bíceps hasta la punta de los dedos. Nunca me pasa esto. A menos de que sepa que estoy haciendo una buena elección.

—Oh, cielo santo —dice Tot con la voz ahogada, y mira al jugador semiprofesional al que Joe Callaghan acaba de mandar a la banca por segunda vez—. ¿Quién es este niño?

Sonrío, extasiado porque sé que acabo de sorprender a una crítica de deportes muy respetada.

—Joe Callaghan —saco mi móvil de la chaqueta de mezclilla y marco el número de Gordon—. Hey, sí; creo que lo tenemos. Hablaré con él esta misma tarde.

Luego de escuchar la aprobación de Gordon, miro otra vez hacia la escalinata de las gradas. Y Frances aún no hace acto de presencia.

En el maletín que tengo por un lado, guardo la carpeta con el borrador del contrato ya modificado por si ella no quiere contarme a qué me atengo una vez que este pacto de matrimonio se termine. Soy consciente de que muchas cosas pueden ocurrir en la brevedad de un año.

Siempre me he fijado en mí mismo cuando quiero medir al resto de las personas que me rodean. Y todavía recuerdo que parecen unos días atrás cuando papá me enseñó lo que era un bate de béisbol y un jonrón.

—Rubia en miniatura a la vista —dice Tot de pronto; está mirando disimuladamente las gradas.

El día que la vi en la oficina, hace dos semanas, iba vestida como toda una mujer de negocios; falda de tubo, blusa de seda, el pelo lacio y peinado perfectamente a los lados de su grácil y refinado rostro. Hoy apenas está usando maquillaje, lleva el pelo atado con torpeza en una coleta y la ropa que sacó del clóset se parece mucho a la que llevo yo.

Jeans, camiseta, chaqueta de mezclilla.

Me pongo de pie en cuanto la veo llegar hasta nosotros. Tot hace lo propio, se echa un trozo de dona a la boca y sonrío con una falsedad que casi hace que me dé un aire. Frances, sin embargo, deja su bolsa en la banca y se concentra en el campo que tiene al frente.

—Es más grande de lo que parece desde afuera —comenta y luego me mira—. Tuve que venir en metro, no conozco nada la ciudad y conducir aquí... Estaría loca.

Pestañeo un par de veces antes de tocar apenas su cintura y acercarla para presentarla con la que será mi intermediario el día de hoy.

—Hola —dice—. Soy la que vino a ver que no fueras una psicópata o algo así. Torrance Shield, a tus servicios.

—Si me hubieras visto hace dos horas habrías hecho un perfil psicológico semejante al de Amanda Knox —repone Frances—. Qué tristeza haberme perdido el inicio.

—Siéntate, está mejorando —digo, decidido a hacer que la incomodidad se marche. A la voz de ya—. Es solo una práctica así que media hora más y podremos irnos a discutir el contrato.

—Disculpa mi ignorancia —alude después de ponerse dos mechones de pelo tras los oídos—. ¿Estamos aquí para vitorear a alguien en específico?

—Sí.

—No.

Tot y yo hablamos al unísono.

Frances eleva un poco su mentón y nos estudia.

—Sí y no. Supongo que es un secreto profesional.

—No se trata de eso —comenta Tot con una sonrisa ladina—. Pero mi cliente aquí tiene miedo de ti. Dice que lo acojonas.

Le regalo a la mujer a mi lado una mirada ácida. Ella me sonrío como si fuera inocente de evidenciarme frente a alguien a quien vengo a sondear. De cualquier modo, evito poner demasiada atención a la irritación de la que soy víctima cuando me hacen muchas bromas pesadas seguidas.

Puedo ser un hombre paciente, pero dicen que todo en esta vida tiene un límite.

—En realidad lo que he dicho es que el matrimonio me parece acojonante —confieso, aun así reticente—. No te ofendas, Frances, pero no todos los días aparecen chicas como tú a hacer ofertas como las tuyas.

—Debe de ser el karma —dice Frances.

Tot deja de masticar su dona y la mira, curiosa.

Yo sigo mirando el pasto verde y a Joe con su tercer strike esta tarde.

—Has captado mi atención —dice Tot. Rezo para que no se desate el holocausto ahora mismo—. Dime, Frances McMillan, ¿a qué te refieres?

Frances parece muy sumergida en sus pensamientos. Por unos segundos creo que no va a responder, pero al final, en tono serio, dice—: La ley de la retribución. Tal vez Cameron se merece un descanso. Tal vez soy el alivio cómico de su vida plagada de tragedias.

—Oh, sabe lo que es un alivio cómico —apunta Tot, agarrándome el brazo—. Esta intrigante

plática me ha sacado más hambre. Ya vuelvo... —Mira a Frances con escepticismo—. No sé si debería ofrecerte un perro caliente.

—Con mostaza —se ríe Frances—. Mucha, por favor.

Mi colega preferida le apunta con los dos índices y de inmediato baja los peldaños de las gradas. He recargado el peso de mi tronco en el regazo; tengo los codos apoyados allí, y la gorra me cubre la mirada del sol. Frances no lleva gorra. La observo por encima del hombro, y ella, cuando me nota, sonrío.

—Creí que íbamos a tener una charla sobre ese contrato —dice, sin hacerse esperar.

—La oficina está vacía. Solo encontraremos allí a los contadores de la limpieza jurídica, y estos son temas muy personales. —Suspiro—. No soy muy bueno en las negociaciones.

—Apuesto a que es todo lo contrario.

En el instante de decirlo, Joe lanza otra bola perfecta. Sacudo la cabeza por el placer que genera en mí estar en lo correcto cuando pongo la atención en alguien; esperando que funcione con ella, la vuelvo a mirar.

—Hay dos cláusulas que no comprendo —digo con el ceño arrugado y el corazón en la garganta. A mi lado, veo cómo Frances cruza las piernas en posición de yoga mientras, igual que yo, sigue mirando la práctica—. Quieres seguir siendo Baltazar cuando nos divorciemos. Y quieres que firme un anexo para hacerme responsable de cualquier asalto sexual o intervención innecesaria.

Noto que no estaba preparada para oír esto. Por si fuera poco, me está mirando directamente. Puedo sentir el peso de sus ojos sobre mí, como un escáner que trata de mirar hasta mis huesos. Y la verdad es que, como ya todo el mundo se ha encargado de husmear en mi vida, no me molesta que lo intente.

—Ajá. Apellido y sexo innecesario: ¿qué es lo que no entiendes?

—No entiendo por qué querrías seguir siendo, de alguna forma, mía, si no parece necesitarlo. Y lo del sexo innecesario... es que no entiendo qué es para ti el sexo innecesario.

Curvas.

Esos son los lanzamientos más diabólicos que existen. Los hay de tantos tipos y longitudes y fuerzas que quien no entiende de béisbol lanzaría sin saber cuántos de tus músculos emplean. A lo largo de estos años sin poder ejercitarlos, sé que los tengo memorizados a fuego en la cabeza; los aprendí porque me apasiona.

Cuando veo que se está tardando en responder, busco a Frances con la mirada. Está mirando el campo, pero la expresión de sus ojos es vacía. A mí me parece apasionante el cómo ese desencanto fulmina unas facciones que podrían ser calificadas como perfectas si no fuera por un detalle: están llenas de rencor.

Finalmente, ella parpadea y me mira.

—Imagino que, si no te lo digo, te negarás.

—No me negaré —admito—. Solo pediré la modificación de esas cláusulas.

—Entonces... —Ella baja la vista y se aproxima a mí—. Me permitirás que hablemos en privado, en un sitio que no sea este... Porque es un tema muy íntimo.

—Hecho —digo; le extiendo la mano.

Ella, temerosa, me mira unos segundos.

—Eres muy extraño, Cameron.

—Y tú.

—¡Perro caliente con mucha mostaza! —grita Tot, y esta vez se sienta al lado de Frances.

Es su turno de tomar la iniciativa, ya que he dejado el camino libre de muros. La Frances que

se ha quedado después de las palabras iniciales, no es la niña travesurienta que se subió la falda y me dejó ver su trasero perfecto y las ligas que sujetaban sus medias a las nalgas. No. Esta es una chica normal, de veintipocos años, divertida, que me acaba de convencer de venderle mi alma.

Y así ya no parece tan mala idea. Salvo por el hecho de que el contrato también implica un acto criminal que me podría costar muchos años de cárcel.

Frances mira por el rabillo del ojo de vez en vez, cuando Tot menciona mi vida. Partes que para algunas personas deberían permanecer en la calidad de lo oculto. Al finalizar la práctica, ya estoy harto de tanta parafernalia sobre mis años en la universidad, sobre mis intentos por restablecer la relación entre mi hermano y yo, y enfáticamente sobre mis vanos esfuerzos de hacer que Fargo no acabara en la ruina después de los contratos estúpidos que Roy adquirió para fertilizantes.

Me pongo de pie, me acomodo la gorra a la cabeza, y pregunto, ignorando que acabo de interrumpirlas—: Tengo que hablar con el entrenador, ¿vienes?

Frances, abriendo y cerrando la boca, titubea—: Eh, yo no... Creo que no sería... Esto...

—Sí, ve —la empuja Tot.

Le ofrece la mano y Frances la acepta para incorporarse. Sin tacones, me llega a los hombros nada más. Mientras bajamos la escalinata de las gradas voy parafraseando en mi mente la cantidad de veces que vi a Joe Callaghan realizar el mismo lanzamiento de Kay King, una leyenda del béisbol, cuyo premio al valor deportivo lleva su nombre.

Antes de abrir la verja y entrar en el campo, a donde los jugadores de la universidad están dispersándose, una mano rodea mi antebrazo; es pequeña, tibia y suave. Dudo que haya hecho nada duro en su vida. La sensación es dulce, además. Me recuerda a los algodones de azúcar que se derriten en tu boca en cuanto tocan tu lengua.

Miro un poco hacia atrás y allí está ella, con el gesto confundido y la mirada entornada por los rayos del sol. Le sonrío brevemente y me quito la gorra. A Frances, cuando se la pongo con cuidado, se le ve mucho mejor que a mí.

—No sé si sea apropiado que yo vaya contigo —dice.

—Es muy apropiado que vengas —respondo tras encogerme de hombros—. Escucha: esto es lo que hago, lo que me quedó. Sé que lo sabes. Me ha quedado claro que tu investigación fue hasta lo más profundo y, como no quiero que me pilles por sorpresa, digo que prefiero enseñarte lo que me gusta por mí mismo. Te prometo que no será aburrido.

Estoy rogando por que la muchacha de los correos electrónicos vuelva. Mientras escribía las respuestas a sus preguntas bobas, me imaginaba a una chica de lentes, que no salía por los viernes, que estaba estudiando comunicaciones, que no le importaba su aspecto, y que, por si fuera poco, le tenía miedo al compromiso.

Bueno, Frances McMillan es todo eso y más.

Menuda sorpresa que me he llevado.

—Cameron...

—Si la gente te escucha llamarme «Cameron» todo el tiempo, se creerán bien poco que esto es un compromiso de verdad.

—Como si me importara lo que piense la gente.

—Ok. Supongamos que no nos importa la gente —me río. Abro la verja y la invito a pasar primero. Cuando lo hace me siento seguro de continuar—: Imagino que el FBI y todos esos departamentos que confiscaron los bienes de tu familia estarán interesados en esto.

La veo arrugar la nariz.

—Has estado estudiando.

—No creo que sea para tomarse a la ligera —le digo; llegamos junto al hombre del silbato, que se pone de pie para saludarme. Frances sigue a mi lado mientras yo le doy un apretón de manos al entrenador Morris—. Espero no ser inoportuno.

—Para nada —dice; posa su mirada sobre la chica que me acompaña.

Ella le ofrece una sonrisa encantadora.

—Es Frances, mi prometida —digo; la sangre se me acumula en las mejillas. Ignoro la pesadez de la confesión y sigo hablando—. Quería saber si tiene tiempo de responder un par de preguntas.

—Tengo una mejor idea —me espeta luego de saludar formalmente a Frances—. Aguarda un minuto.

Se marcha trotando hacia la banca baja donde se encuentran sus jugadores restantes. Siento la palma de Frances nuevamente y me vuelvo a ella para encararla.

—Aún no has firmado el contrato...

—Sí lo hice —afirmo—. Está en mi maletín.

Ella entorna los ojos. Se ve adorable con la gorra, y también ruborizada.

—No tenías que decirle eso, Cam.

—Ah, sí que tenía. No entiendes. En mi mundo las noticias valen su peso en oro. Si la gente que me conoce se convence de que voy a casarme contigo por un buen motivo, que para mí es un buen motivo desde cualquier ángulo que le busques, las autoridades encontrarán verídico nuestro compromiso.

—En fin —suspira ella, echando un vistazo en derredor—. ¿Por quién has venido esta vez?

—Ya vas a ver —digo.

Habitualmente, no le cuento a nadie de lo que Gordon me solicita. Pero imagino que Frances ha hurgado de maravilla. No la culpo. Pese a nuestra previa interacción escrita, no sabe nada de mí. Puede que mi historial crediticio, mi carnet impoluto, mis notas escolares, le digan qué clase de persona soy, pero los sentimientos no pueden explicarse en papel.

Joe Callaghan llega en compañía de Morris. Es alto, tanto como yo, de piel apiñonada, más bronceada naturalmente, y ojos chispeantes, felices. Busco la mano de Frances y tiro de ella para ir a encontrarme con ambos hombres. El entrenador palmea la espalda de su pupilo, lo presenta oficialmente conmigo, y empieza mi trabajo.

Una vez que he concertado una comida con Gordon la semana entrante, le doy mi número al muchacho, que debe de tener no más de veintiuno.

—Así que haces realidad los sueños de los pueblerinos —comenta Frances cuando estamos volviendo a las gradas—. Quién iba a decirlo.

Como eso sí no me lo esperaba, y menos su tono irónico, gruño una respuesta—: Tu investigador, creo.

—A veces es idiota —dice sin amedrentarse—. Quiero que hablemos del contrato en privado, Cam...

Sé que se refiere a Tot.

Le hago una seña para que venga y de inmediato, nada más bajar, se encuentra junto a nosotros. La despedimos sin hacer mucha bulla al respecto, ya que mi plan era exactamente este. Sin embargo, el recuerdo de que Frances ha venido en metro hace que tenga que improvisar.

La guío por las aceras frontales y a través del parque; ella va en silencio, observando la noche que cae y la gente que ha sacado a sus perros a pasear. Nos detenemos al llegar a un edificio. Me he guardado las manos en la chaqueta. Extrañada, Frances mira a un lado y a otro.

—¿Y bien?

—¿No te dijo tu investigador que tengo un departamento aquí?

—Me dijo que vivías en la antigua casa de tu abuela —dice—. Pero...

—La vendí —sonríó—. Vamos, hay que subir aún.

Nos metemos en el elevador después de pasar el vestíbulo. Frances luce desconfiada, o más bien descolocada. Quizás está imaginándose que la traje para aprovecharme de ella, de su soledad, de su edad, de todos esos detalles que la hacen completamente vulnerable frente a mí.

Si comparo tésituras no es que la mía sea mejor, pero ya me di cuenta de que los dos ganaríamos y perderíamos por igual. Asimismo, tantearla es lo mejor que puedo hacer. Así que sujeto fuertemente mi maletín y entro en el departamento que adquirí con lo que quedó de la venta de una casa que mi padre compró para mi abuela. Era de estilo victoriano, de envergadura enorme, con un jardín por el que me hubiera gustado ver correr a mis hijos. Pero esta vez el destino me dijo «no».

Sigue intentando.

—Es... particularmente semejante a ti —murmura Frances al adentrarse en el modesto recibidor de un sitio que costó una ganga—. Pero está cerca del deportivo. Y lejos de Fargo.

—Fargo ya no me pertenece —le explico. Suelto las llaves en un trasto que dejé sobre el desayuno—. Apenas estoy instalándome.

Pongo el maletín en la isla de la cocina y saco los documentos que Frances necesita para que esta maquinaria se eche a andar. Cuando se me acerca, noto que se ha quitado la gorra, y que tiene las mejillas arreboladas. Su mirada ya no luce vacía, sino perturbada.

—La casa era muy valiosa —me espeta—. Mi investigador me dijo que nunca quisiste venderla...

—Cuando digo que intenté todo para salvar Fargo —comienzo a decir. Frances observa mis anotaciones en el borrador del contrato y, aunque le ofrezco una silla, se queda de pie, leyendo— es en serio. Lo intenté todo, pero la quiebra se nos encimó como un huracán.

—Sí, leí algo sobre eso. Los fertilizantes nunca fueron lo de ustedes.

—Mmmh.

—Entonces... —su mirada sugerente me da luz verde para iniciar.

—Mis cláusulas, si no te importa.

Ella rueda los ojos, pero empieza su relato con una voz que me recuerda a mí la noche en la que papá se murió y perdí la oportunidad de ingresar a las ligas mayores.

—Sexo y apellido —dice Frances—. Esto te sonará a una deliciosa ironía, pero no me acuesto con cualquiera. —Mira a otro lado para no hacerlo conmigo—. Para mí, el sexo innecesario es el que se practica solo porque no tienes nada mejor que hacer. Y en cuanto al apellido... —Sus ojos se posan en los míos—. Es algo privado que no le he dicho ni a mi primo: quiero ser libre. Y para ser libre necesito dejar a los McMillan en el pasado.

La admiro por unos instantes sin decir nada, compasivo, a sabiendas de que el terreno es inestable, de esos llenos de fango en los que te puedes hundir.

—Podrías, simplemente, casarte por amor con un hombre que te haga feliz.

—Le hice una promesa a mi primo —se excusa—, y solo nos tenemos el uno al otro. Me salvó el culo.

—¿De qué?

Frances cierra la carpeta y me mira.

—No te lo puedo contar —sonríe—. No hasta que estemos casados y me proteja la quinta enmienda.

—Entiendo —susurro; se hace el silencio. Fran lee mis frases y se ríe a veces. Así, estudio

sus ademanes hasta que logro erradicar el miedo—. Deberíamos empezar a planear el asunto, ¿no crees?

—Tengo una asistente para que haga eso —dice ella.

Vuelvo a hurgar dentro del maletín mientras Frances guarda la carpeta del contrato confidencial en su bolsa. Cuando por fin se sienta junto a mí, le ofrezco la caja negra de terciopelo que me dieron en Pandora.

—Sí, bueno, hay que hacer una lista. —Deslizo el estuche y se lo pongo al frente.

Ella lo escudriña como si fuera una araña enorme. Hago un mohín de nervios. Me mira a los ojos con un rictus de terror en la cara. Le tiembla el labio inferior...

—¿Por qué?

—Es un obsequio personal —le digo—. Ábrelo.

—Pero...

—Tu investigador tampoco te dijo lo que siento respecto al ritual del matrimonio.

Bajo de mi silla, me aproximo hasta ella y abro yo mismo el estuche. La incrustación del anillo es sencilla, pero el engarce, además de rodear un diamante de medio quilate, está hecho de jade puro.

Es mucho más barato que cederme, sin más, el veinticinco por ciento de una empresa pulverizada hasta el tronco...

—Por favor, Frances, no lo rechaces porque me harás sentir un total imbécil.

Ella lo agarra sutilmente, lo observa, y se lo pone en el dedo anular.

—Te queda un poco flojo —digo; le agarro la mano y la miro de un lado a otro—. Pero va perfecto con tu tono de piel.

—Frank.

Alzo la mirada. Le brillan los ojos y la seriedad que ha cubierto sus facciones es atronadora.

—¿Perdón?

—Que me puedes decir Frank.

Asiento. Miro a un lado, a la cocina, apenado por no apresurarme a llenar la nevera.

—Vamos, hay que buscar un trago.

Una sonrisa surca sus labios.

En cuanto le doy la espalda, se me ocurre suspirar, aliviado porque el momento haya pasado. Ahora solo tengo que pedirle perdón a Dios por lo que voy a hacer.

Frances

Esta mañana no ha salido el sol... No por completo: una tormenta se desató cuando rayaba el alba, y lo sé porque llevo toda la noche en vela. Si Roxanne no fuera experta en maquillajes y esas cosas, no me habría permitido estas ojeras terribles en el rostro. Tengo la cara pálida y los labios resecos, pero lo que más me aterra en el espejo es esa mirada aterrada que me pregunta directamente a mí si estoy haciendo lo mejor para mi familia.

Mi defenestrado seno familiar es como un nido de víboras; a mi padre nunca le importó que viera sus asuntos. Decía que tenía que aprender de él, ya que era su hija, su legado, su sangre. Admito que lo quise bastante y que, verlo morir masacrado por sus enemigos, me pulverizó la cabeza durante mucho tiempo. La cuestión para mejorar fue, en sí, mantenerme ocupada. Chester se encargó de ello.

Regreso a mi habitación con los estertores resonando afuera en toda la ciudad. Anoche, cuando llegué al hotel, Roxanne me hizo mil preguntas. Sonreí, me senté junto a ella, y le enseñé el anillo de compromiso que me regaló Came... Cam. Cam Baltazar. Que acaba de firmar el contrato prenupcial y me ha dicho que tiene que introducirme en su círculo de amistades. Torrance fue la primera. Y cuando la vi reconozco que sentí una contrariedad muy ácida. Ya que no me gusta que me tomen el pelo y no sé responder ante las ofensas de ese grado con buena cara. La mujer, no obstante, conquistó mi interés cuando me preguntó implícitamente si quería un perro caliente. Fue bastante obvio que intentaba probarme,

Sentí que el mundo se me caía encima cuando Cameron, una vez que Tot nos dejó a solas, me habló sobre las cláusulas del contrato que le parecen extrañas. Le dije a Roxanne y Millie que no me tendría que haber extrañado. Sé que Cameron es un tipo listo. Sé que es capaz de averiguar cosas no importa si sus recursos son más limitados que los míos. Porque está mejor relacionado, y a diferencia de mí, tiene don de gentes.

Hasta cierto punto me recuerda a Owen; pero vestido de deportista y no de filántropo egocéntrico que hace alarde de sus raíces irlandesas.

—Frank, ¿café? —es la voz de Millie que resuena del otro lado de la puerta.

Echo una mirada rápida al reloj en el tocador del que está provisto el baño. Sí, son casi las diez, a pesar de que no ha salido el sol gracias a la humedad y a las nubes turbulentas que han encapotado el cielo.

Me pongo unas pantuflas, me cubro con un albornoz rosado y me aseguro de que tengo bien el rostro. Luego me reúno con mis dos compinches. Como es habitual en ellas, Roxanne está mirando las noticias en su tablet y Millie acomodando las cosas en la mesa. Una vez la regañé por eso (cuando se mudó para ser la tercera compañera a la que recluté en la universidad); hacía ver que las labores de la casa eran su obligación. Yo le advertí que podía pagarme un servicio, pero ha insistido desde siempre en ponerme la taza de café al frente, sentarse a mi lado, y detallarme la agenda.

Le pago por recordarme las cosas que se me olvidan, y hago como que no recuerdo lo que sé de ella. A los quince, la metieron al primer concurso de modelaje; a los dieciséis, firmó su primer

contrato; a los diecisiete, le diagnosticaron una depresión profunda con cuadros de ansiedad y paranoia. Huyó de sus padres al cumplir la mayoría de edad, y yo la encontré en la rectoría de Willamette tratando de encontrar a su tío.

Le ofrecieron una beca, por supuesto. Y la observé todo el primer año hasta que vi la confianza que podía depositar en ella.

—A la una tienes la cita con Owen —empieza a narrar.

—Bebe café, Millie —la interrumpo.

Ella le da un trago horrorosamente pequeño a su taza y prosigue—: Sí, esto... cita con la casa de modas Rousseau. Tu abogado llamó anoche, le dije que te comunicarías con él, pero solo quería saber si concretaste el contrato prenupcial. También recibí un correo de... El capitán Aro, que pregunta...

—No sé si Cameron disfrute de los yates privados —la vuelvo a interrumpir. Anonadada, Millie abre y cierra su boca de labios rosados e intenta entenderme.

—Tú me dijiste que hiciera lo que fuera para conseguirte una semana de vacaciones en ese yate. No se lo alquilan a cualquiera. Tuve que...

—Lo siento, esta tarde lo hablaré con Cam.

El silencio que sigue me provoca al mal humor.

Y quisiera conservarlo ante todo.

—¿Cam? —es Roxanne la intrépida—. La tarde de ayer fue muy fructífera.

—Supe que te obsequió un anillo de compromiso —comenta Millie. Abandona su agenda a un lado y me mira, expectante—. Es un gran detalle.

—Estás obsesionada con los detalles —le espeto, gruñona—. Cameron se mezcla con la crema y nata de la sociedad en Houston. Su mejor amiga es Torrence: de Courtesy Tot.

—¿La revista virtual?

—Esa misma —digo—. Y también tengo motivos muy fuertes para pensar que tiene estrechos lazos con Jaxon Gordon.

—Jaxon Gorrerrrdon —teclea Roxanne en la computadora. Mientras mira las fotografías que le han aparecido, la impresión en su rostro aumenta—. Sí, hay varias fotos en las que se los ve juntos. A ver... —Se muerde el labio y se queda así por algunos minutos—. Hace como siete años que son amigos. Es decir, se nota que son amigos. Cameron está en el palco de Jaxon cuando juegan los Oilers en la Serie Mundial.

—Fue un golpe bajo —admito.

—¿El qué? —inquieta Millie, con esa inocencia que la caracteriza.

Me rasco una ceja para evitar sonreír.

—Ayer, cuando fui a ver la práctica con él, me presentó con el entrenador de los universitarios como su prometida. Creí que iba bien preparada de información, pero la verdad es que conseguí tener más dudas.

—Vas a casarte con él por motivos que no deberían rondar la intimidad, ¿por qué te preocupa tanto? Además, será un año, once meses si restamos el que invertirás en hacer los preparativos.

—Ah, y Cameron opina que sí deberíamos tener una recepción de compromiso al menos —digo—. Incluso se me antoja que para eso puedo usar la reservación en el yate.

—Sería estupendo —suspira Millicent—. Oh, lo siento, es que me alivia mucho no tener que cancelarle al capitán. Se portó tan bien conmigo y me mostró todo con tal eficacia que me avergonzaría decirle que al final no vamos a alquilar su yate.

—Caramba con este día —señalo la terraza de la sala.

Las muchachas se vuelven a mirar. En ese instante, yo me preparo para seguir tomando mi

café, y Millie va a la puerta para abrir, luego de escuchar los aporreos. Un muy mojado Owen entra con zancadas enormes en la suite y sonríe como si no viniera calado hasta los huesos. Es uno de esos hombres que llevan corbata y saco para todo, y que no le falta la camisa de Calvin Klein.

Lleva una sombrilla cerrada en la mano.

Cuando miro a Roxanne, sé que se ha tensado por dos motivos: el primero porque le avergüenza mucho estar al lado de Owen bajo cualquier circunstancia. El segundo, porque es una chica supersticiosa y melodramática a la que le encanta llorar por películas bobas.

—Señor Brandram —exclama Millie—. Le... le traeré una toalla.

—Gracias, cariño —dice Owen, y nos mira a Roxanne y a mí—. Señoritas, lamento mucho la demora. Me retuvieron en Washington más de lo que esperaba.

—Menos mal que puedo arreglar todo sin ti —digo.

Owen estira la mano y agarra la jarra de café. Sin darse cuenta, tira un poco mientras se está sirviendo en una de las tazas del servicio que sobraban. Da un trago con total desesperación y, mientras se seca la cara y el pelo con la toalla que Millie le acaba de entregar, va contándome qué ha hecho esta semana.

Su padre es viejo como para andar, en sus propias palabras, en estos eventos. Pero no pudo negarme la ayuda. Me dijo que las inversiones de mi tío, el padre de Chester, ayudaron a que su empresa minera se levantara desde el suelo. Ahora son reconocidos a nivel mundial y él tiene un legado sumamente enorme. Owen es su segundo hijo varón, pero el menor tiene tan solo quince años.

Cada vez que me reúno con el heredero del imperio de minería y metalurgia Brandram, pienso en las tierras de Irlanda, en duendes... y en maldiciones: su cara puede ser una oda poética, una sombra preciosa, de barbilla delicada, pómulos marcados y definidos y las curvas bien cerradas en su rostro. Tiene la nariz perfecta, los ojos de un castaño oscuro que lo hacen parecer el diablo, y el pelo se le riza en la nuca en los costados. Incluso, desde donde lo veo, sé que es más alto que ningún hombre que pueda recordar; más alto que Cameron incluso.

Supongo que todos esos atributos se equilibran porque es el típico fanfarrón chistoso que no sienta cabeza, aunque le digan que van a regalarle el cielo.

—Ya. ¿Cómo te fue con tu hijo pródigo?

—Firmamos el contrato —digo; «hijo pródigo» es la manera en la que Forbes llama a Cameron, a modo de burla, claro está.

Owen, con cara de poco entendimiento, lanza escepticismo con los ojos. Me llevo la taza a los labios y no bajo la mirada. Hace tiempo que su escrutinio dejó de amedrentarme. Además, conmigo nunca ha intentado nada; dice que lo sobrepaso, y reconoce que soy diez veces más inteligente que él.

Pese a que siento que es una pulla, le sonrío.

—Felicidades —dice, con el ceño fruncido—. ¿Todavía quieres que te entregue en el altar? Ah, lo siento, recordé que es un matrimonio falso.

—Le han dado anillo de compromiso —interviene Rox. Owen le dirige una rápida mirada. Noto cómo se le tensa la mandíbula.

Entorno los ojos ante ese pequeño gesto de debilidad.

—Señorita Simone... ¿nos podría dejar a solas?

—No, Rox. Quédate.

—No te preocupes —me dice ella con una sonrisa despreocupada—. Tengo que llamar a la niñera para decirle que iré a por Cici el fin de semana.

Sujeta su laptop y se marcha tan velozmente que casi sé lo que hará a continuación. Busco los ojos de Owen y pongo mi mejor rostro de exigencia.

—Roxanne es mi amiga —le apunto con el dedo índice—. Trátala como se merece.

Él se quita la chaqueta mojada, recuesta la espalda en la silla y se me queda mirando.

—Sabes que me aterran sus ojos. No soporto que me mire.

—Owen, actúas como un payaso... ¿Con cuántas mujeres te has acostado en tu vida?

—El problema no es que tema caer en la tentación y que, al final, decida seducirla. No. El problema es que tiene la apariencia de una mujer que, bajo ninguna circunstancia, se dejaría seducir por alguien como yo... Créeme, estudié las posibilidades. Pero cuando mi padre la conoció y me dijo de quién era hija... Es una de esas chicas que me encanta tener alejadas. Más si vienen con paquete y el paquete es un demonio encarnado.

—Cici es un niño encantador —digo—. Admito que es un poco travieso...

—Gracias a él la vasectomía nunca me pareció más atractiva —sacude la cabeza como si hubiera, de pronto, recordado algo importante—. Cambiemos de tema, esto se me antoja demasiado serio para mí, y para ti. —Cuadra los hombros y me observa, atento—. Si ya tienes al novio, el anillo, y el contrato, ¿qué sigue?

—Arkansas —digo—. Necesito dinero para planearlo todo. Cameron se va a encargar de la recepción y esas cosas...

—Creí que estaba quebrado —sopesa Owen, las cejas enarcadas—. Vaya sorpresa. Fíjate: creía que ibas a hacer una reunión con todos los que estamos involucrados para darnos una lista de, incluso, lo que tendremos que decir ese día. Frente a las amistades y la familia de tu novio... Qué raro suena eso.

—Pues no. Resulta que mi socio es menos taimado de lo que se decía de él. Solo que no se fía de la gente tan fácil. Y me ha dicho que para que esto se vuelva más real, tengo que convivir con un par de personas a las que él aprecia.

—¿Su madre?

Dejo la taza al frente, a punto de reírme.

—No, la madre de Cameron sigue ofendida por lo que hará.

—Básicamente se está prostituyendo —comenta en tono burlón.

—No le estoy pagando para que duerma conmigo —digo—. Es un contrato con el que los dos salimos beneficiados.

—Frances, ni siquiera tú eres de palo —su sonrisa es abrupta y provocadora, la de un gato a punto de cazar un ratón. Me aclaro la garganta sin hacerle mucho caso, pero él continúa aun así —: ¿Me vas a decir que, si tienes la oportunidad, no lo harías? O sea, Cameron te lleva apenas unos cinco años, es un hombre saludable, y por lo que se dice en las revistas del corazón, muy atractivo. Hills era un viejo de cuarenta años y no...

Al notar mi mirada de horror, Owen cierra la boca de tajo. Baja los ojos a su taza vacía, la remueve y luego la levanta.

—Te prohíbo que delante de Cameron menciones a ese tipo —le espeto—. Cuando estemos casados, tendré que hablarle del dinero que le pagó Chester al agente para que me ayudara a salir del país... Pero, por ahora, no quiero que crea cosas infundadas.

—Sí, lo lamento.

—Hablando de la reestructuración de Fargo... Cameron estaba contándome que los contratos que perdieron eran todos para refinerías. Nada de fertilizantes.

—Te envió el estudio que me pediste. Pero, sí, necesitas acciones de refinería, y de hidrocarburos si me lo preguntas. A veces las cosechas son malas. Pero la gente prefiere cortarse

un dedo que andar a pie.

Mi móvil resuena sobre la mesa. El vibrador hace que se recorra un par de centímetros. Al ver el correo en él, esbozo una sonrisa y le respondo rápidamente a Cam. Cuando me concentro en Owen otra vez, él tiene los brazos cruzados y esa maldita forma de analizarme.

—Quiero mostrarle a Cameron el yate de Aro —le cuento—. Ya que la tormenta amainó, voy a cambiarme. Le dije que me viera en el puerto.

—Me gustaría conocerlo.

—Mientras no hables estupideces.

Él tuerce una mueca y se dispone a entregarle el saco a Millie. Supongo que se lo va a mandar a la tintorería. Y yo entro en mi habitación, directa a mi clóset, sin saber qué usar para no parecer esforzada.

Es una salida casual, después de todo.

*

Owen dice estupideces.

Nada más presentarlo a Cameron, no ha parado de parlotear sobre el negocio de su padre, sobre su madre que está de viaje por Europa con sus tres hermanos menores. Tienen pocas cosas en común, pero se ha portado a la altura. Hasta se muestra interesado en el béisbol, aunque yo soy completamente consciente de que no sabe nada de ello.

—Pues me encantaría asistir —dice; tengo un aspecto preocupado, lo sé.

—Cuando quieras —responde Cam, mientras se mueve hacia la proa del yate—. El tamaño está perfecto. Cabrán algunas cien personas.

El número y la soltura con la que lo menciona me toman por sorpresa. Trago saliva ignorando a Owen, que se ríe detrás de Cameron. Doy dos pasos hasta él y me aseguro de que no haya nadie de la tripulación rondando.

—Cien personas es mucho —le espeto, alarmada.

—Te dije que mi círculo de amistades es muy amplio —confiesa él—. Frank, no tienes nada de qué preocuparte.

—Claro que sí.

—A ver —suspira. Quiero matar a Owen y romperle los dientes también para que deje de reírse—. Para empezar, Jax Gordon es muy importante para mí. Su padre, madre y hermanos se han portado conmigo como no lo hicieron mi propia madre y mi propio hermano. La compañía tiene contadores y gente a la que respeto, y que me hace falta. Y también necesito invitar a un par de medios. Cuando sepan que te voy a vender Fargo, será un *boom*.

Vuelvo a mirar a Owen. Para mi entera sorpresa de nuevo, su rostro luce circunspecto y serio, tal cual una persona que acaba de encontrar su cénit.

—Es una campaña de publicidad —murmura Owen—. Ni a mí se me hubiera ocurrido.

—Me han seguido el paso por cuatro largos años desde que me revocaron el contrato de los Oilers —se ríe. Busco cualquier indicio de pena o dolor ante ese acontecimiento. Pero Cameron sigue riendo—. Que estén presentes en mi boda, que vean a mi prometida, y que sepan quién es, me conviene.

Arrugo la nariz.

—Ni siquiera me has preguntado si yo quiero que sepan quién soy.

—Frankie, por Dios —tercia Owen. Están los dos recargados en la baranda de la proa, mirándome—. Vamos a estar todos allí.

La mirada de Cameron se desvía un milisegundo a un lado, y luego, meditabundo, a mí.

—Si tienes miedo de que vayan a preguntar algo de tu padre, te prometo que invitaré a

periodistas de confianza; y no me apartaré de ti en ningún momento.

Sé que mi semblante no ha cambiado.

Owen es el primero en sacar a colación el tema que me tiene así.

—Habrá seguridad —musita él. Dios, nunca lo he querido tanto desde que lo conozco, pero no cambio de postura, y él dice—: Tronco y Mármol vestirán esmóquines y andarán por aquí, vigilando.

Me relamo los labios y miro al cielo nublado, del que ya no cae lluvia. El río ya no lleva un caudal bruto, sino que está apacible, y las luces de los otros botes me obligan a parpadear.

Owen empieza a caminar en otra dirección, hacia el capitán, y solo entonces Cameron me dice—: ¿Vas a decirme a qué le tienes miedo?

—Me olvidaba que el lema de Houston es «amistad».

—Frank...

—No me gustan las multitudes, Cam. Es todo.

—Lo siento. Lamento haber roto la imagen que tenías de mí, o más bien la que te dio tu investigador: es evidente que te debe un reembolso.

—No sabes lo que dices.

Cameron se me aproxima dos pasos más. Su gesto, pese a que es meditabundo, no es conciliador. Se parece al de Chester cuando está pensando cosas malas, muy malas.

Le sostengo la mirada con un esfuerzo horrible.

—Todavía podemos cancelar el contrato, porque en él no se especificaba que yo tenía que cambiar mi estilo de vida para que tú estuvieras cómoda. Y si me lo pienso mejor, la índole del contrato es tan fría como esto: tómalo o déjalo, Frances.

—No estás en posición de amenazarme.

Sus ojos se cierran por un segundo. Cuando los abre, la decepción se filtra a través.

—Te estaba dando a elegir. Que yo necesite tu ayuda, o la de cualquiera con un par de millones extra, no quiere decir que tenga que obligarte a hacer cosas que no desees.

Cosas que no deseo...

Como casarme sin amor, como hablar de mis padres, como esperar a que Chester salga de prisión para sentirme segura. Cameron no sabe nada de mí y, por fortuna, no tengo que decirle nada; en eso va muy bien; no tenemos que ser amigos, ni cómplices, ni beber juntos riéndonos de este contrato.

Solo tenemos que casarnos...

Y listo.

Cameron

Tot y Queen se decantan por beber sus cervezas. Especialmente Tot, a quien le agrada bien poco el retraso de Jax. Estaba de viaje y, en cuanto me avisó esta mañana que había llegado — con un nuevo bronceado, al parecer—, ellas me exigieron que le planteara la idea que acaba de surgir entre nosotros. Les conté de la actitud de Frances el día que fuimos a ver el yate del capitán Aro Carson, al que conozco por ser aficionado, pero preferí no decir nada.

Queen me ha sugerido que no acepte el veinticinco por ciento de las acciones que me dejará Frances, sino el veinte. Y el único en el que confío, si es que logro convencer a mi socia de dejar ingresar a un quinto inversionista, es el dueño del equipo al que admiro desde que tenía quince años. Claro que en ese entonces su padre era el administrador, pero ha pasado demasiado y creo que también sabemos mucho el uno sobre el otro.

—¿Estás bronceado? —le pregunta Tot con el ceño arrugado.

En efecto: cuando Jaxon se baja de la motocicleta Ninja que ha preferido usar esta tarde, lo primero que veo es el fleco crecido y la claridad que lo ha embadurnado, producto, supongo, de pasar varios días al sol.

Dónde y por qué, solo él lo sabe, pero su sonrisa es más bien aduladora.

Saluda a Tot con un puño, a Queen con un beso en la mejilla, y a mí con una mirada acuciante.

—Han sido solo tres semanas las que estuve fuera —dice, sentándose en la silla alta de la terraza en la que estamos—. Mi madre me ha enseñado esta mañana tres revistas que hablan de ti y tu..., ¿cómo decía? Ah, sí, encantadora y misteriosa novia. De la que, por cierto, nadie sabe el nombre. O sea, no me extraña, pero que no me lo cuentes a mí es hasta ofensivo.

Un mesero se le acerca y le pide que traiga otra Heineken, igual que yo. Se ha quitado los lentes así que puedo ver que el bronceado es parejo.

—Qué alegría verte —digo, sonriendo—. Podrías empezar la charla, en lugar de criticarme, diciéndonos a dónde te escabulliste esta vez.

—Necesito espacio para pensar antes del draft —dice él—. Lo que me hace recordar... ¿Qué tal el muchachito Callaghan?

—Es bueno —interviene Tot.

—Muy bueno —la segunda Queen—. Desde Kyle McQueen no había visto a nadie que lanzara curvas de esa forma, como si tuviera rabia.

Jax me mira a mí, esperando un veredicto.

—Es una inversión redonda —le confirmo.

—Finalmente —dice él.

El año pasado le conseguí un bateador espléndido, pero desafortunadamente escuchó a su hermana, que trabaja con él en la administración, y compró a un independiente que auguraba ser buen bateador, salvo que nadie nos contó sobre su problema con la bebida. Apareció a la apertura del clásico de otoño con quince puntos encima de lo permitido de alcohol en la sangre.

Y claro, Jaxon ha sufrido las consecuencias monetarias.

—No necesitas más lanzadores por el momento —le aseguro—. Y hablando de inversiones, tienes que enterarte de algo.

—Lo peor que me podrías decir ahora mismo es que vas a casarte —ataja él.

Queen está a punto de expulsar el trago de cerveza que ha dado apenas. Tot, que es menos prudente que ella, mira en otra dirección al tiempo que se cubre la boca con la mano.

—Madre del amor hermoso —echa la amplia espalda en la silla—. No es verdad.

Abro los ojos con impresión.

—La susodicha novia misteriosa es Frances McMillan —dice Tot—. Le compró Fargo a Cameron. Y a cambio le va a dejar el veinticinco por ciento de las acciones.

La mirada de Jax, de pronto, es circunspecta. Nadie dice nada por alrededor de diez minutos, mientras yo doy varios tragos a mi cerveza hasta que no queda una gota dentro de la botella. Hace un calor horrible, pero lo peor no es que la Serie Mundial haya terminado con poca pompa para los Oilers. Lo malo de esto es que el año empezará con la contratación oficial de Joe Callaghan y con mi firma encima de un acta nupcial.

—Fargo estaba en quiebra, no entiendo.

—Es un relato largo y un tanto mórbido... —susurro.

Alzo las cejas a la espera de que me entienda.

En ese instante, Queen saca una carpeta de documentos de su bolsa. Se la entrega a Jax y este empieza a leer.

—Te dije que yo podía hacerte un préstamo, Cam. No tenías por qué aceptar... este... eh... contrato de bienes mancomunados.

—No se trata de un par de millones solamente. Si fuera así, habría vendido la casa de mi abuela y con eso hubiera bastado, pero no. Lo que necesito es reestructurar Fargo...

—Y limpiarla del horror que dejó Roy en ella.

—También —admito—. Frances y yo nos hemos estado comunicando desde septiembre. Y vino a ofrecer este convenio.

—¿De dónde va a sacar esa suma?

—Esa, en realidad, es la parte interesante —digo.

A estas alturas la expresión de Jaxon ha dado un giro completo. Le cuento lo más importante de mis últimas aventuras mientras me bebo otra cerveza. Entre trago y trago, mi incomodidad y la apariencia de mis amigos se tiñe de otros colores. La tarde va cayendo, los comensales vienen y van, y los temas de conversación toman caminos insospechables. Primero estaba hablando de la familia de Frances, luego de lo que quiere hacer con el resto de su herencia —la ha llamado así desde que firmamos— y por último le hablo de los planes de boda.

Jaxon Gordon es un hombre experimentado en demasiados sentidos. Incluso está enamorado de una mujer que, en sus propias palabras, lo vuelve loco, aunque si me lo preguntan a mí disfruta mucho de esa locura. Sin embargo, la agudeza que lo caracteriza está en los negocios. Lo conozco desde que su padre comenzó a seguirme en los partidos de la universidad, un año antes de que me inscribiera al draft y de que los Oilers me firmaran un contrato inicial por tres Series.

Cuando me lesioné, Jaxon no dejó de frecuentarme. Vino a vivir por entonces a Houston pues su familia tiene la residencia ancestral, una lujosa mansión en las inmediaciones de un valle en California, bastante lejos. Realizó sus estudios en la capital de Texas, Austin, y aprovechó cada minuto que estuvo en la escuela de negocios. Es un tiburón.

Yo sé mucho de muchas cosas, incluidos el béisbol y el piragüismo, o las excursiones de fuertes adrenalinas, pero del manejo correcto del dinero... Siempre he recurrido a él. Y es lo que intento en esta ocasión.

—Así que, si yo te compro el cinco por ciento, no estarás solo en esa mesa de accionistas a los que no conoces —murmura cuando la noche ha caído y ya he terminado mi relato; en lugar de cerveza lo que tengo al frente es un plato con papas fritas, a las que les vierto mostaza. Tot y Queen se han marchado unos pocos minutos antes, y él puede comer a sus anchas. Agarra un puñado de papas y se las mete dentro de la boca antes de decirme—: Hecho.

—Ni siquiera te he contado los pormenores —le digo.

Él se encoge de hombros y me mira con el gesto de alguien que ya te conoce demasiado. Tengo ese defecto: nunca me ha dado miedo abrirme con nadie. Y las únicas veces que estuve en peligro de salir lastimado, usualmente logré controlar esos accesos de baja estabilidad: con ejercicio, saliendo mucho de mi casa, cambiando un poco la rutina. En fin; controlo mi entorno y luego puedo decidir qué sentir y qué no.

Debo decir que para superar la lesión y a Lind eso me ayudó muchísimo.

—No es necesario —comenta en tono de regañina, aunque está muy ocupado mascando las papas—. Hace tiempo que te ofrecí ayuda. Si tienes miedo de la chica quién si no yo para ayudarte.

Esbozo una sonrisa y me llevo tres papas a la boca.

—La verdad es que me costó mucho decidirlo.

—Es peligroso, pero no creo que tanto. Hace ya demasiados años que están fuera del alcance del FBI y de los enemigos de los McMillan, por lo que puedo recordar. Al que sí ubico demasiado es al príncipe de los metales.

—Parece buen tipo —digo recordando a Owen Brandram.

Jaxon entorna la mirada y deja de masticar.

—Descríbelo.

—Bueno —suspiro—, no le dio vergüenza admitir que de béisbol no sabe nada. Hizo preguntas sinceras y se burló de Frances en repetidas ocasiones. Sentí que hay una amistad entre ellos... Como si fuera de años.

—En términos financieros te diré que así se comporta un custodio de fortunas —dice él—. Estuve en un seminario de Osborne hace un par de años, fue el último de su padre a cargo de la compañía. —Un carraspeo—. Se dice que pagó una demanda minera con dinero poco fiable. La Banca lo estudió a conciencia, pero no encontraron nada. Owen fue de los mejores de su generación, creo recordar. —Observa una papa como si fuera el motivo de su retahíla—. El mejor contador privado que exista actualmente.

Asiento, a sabiendas de lo que trata de decirme.

—Eso quiere decir que no tengo nada de qué preocuparme si Owen está aquí para maquillar el ingreso de Frances.

—Estás arriesgando tu libertad por nada —me espeta—. La herencia de tu abuela te hace vivir cómodamente. No tienes preocupaciones.

—Fargo es la única. Y vale totalmente la pena.

—Treinta a treinta y cinco años por fraude y lavado de dinero. A mí no me suena convincente, Cam.

—Por eso quiero que busques a un abogado —sonríó—. El matrimonio es para que yo no pueda objetar nada. Ella estará protegida por mi apellido, y por la quinta enmienda.

—Debe de tener un buen abogado —asiente Jaxon.

—Lo imagino. ¿Puedes ayudarme?

—Totalmente.

Ambos sonreímos. Jaxon, por lo general, no se toma mucho de su tiempo libre. Cuando nos

vemos, es en su despacho, o en su casa de Downtown. Al deportivo va cuando quiere ver de cerca a algún prospecto a algún amigo personal. Esta vez, sin dudar, me pide que lo acompañe a Bvlgari, la joyería preferida de Bev, su novia. Apenas llevan saliendo como seis meses y jura que es la indicada. Como ya dije, en esas cosas no tengo mucha experiencia, de modo que no me atrevo a darle ningún consejo.

Él, a diferencia de mí, escoge un anillo sumamente ostentoso, con una piedra rosada y un engarce dorado. El mero trámite de la compra me parece insustancial y rápido. O es también producto del ansia que me invade cuando mi móvil empieza a saturarse de mensajes de parte de Roy. Nunca me llama. Nunca me ha necesitado... salvo cuando quiere que lo saque de algún lío.

Recuerdo haber estado en la universidad y él ya padecía estos problemas.

Jax ve que, con ansiedad, vuelvo a sacar y guardar el teléfono en el bolsillo delantero del pantalón. Enarca una ceja para demostrarme que siente curiosidad.

—Debe de haberse metido en algún problema —digo; ya pasé la etapa en la que me preocupaba por él. Ahora mismo estoy muy enojado—. Se rio del contrato que hice con Frances.

—Qué novedad —espeta; mira su reloj de pulsera. La tienda de Bvlgari está a espaldas nuestras.

Con un gesto de frustración, le hago una seña y nos movemos hacia la parte de la acera en la que podemos ver la motocicleta. El bar a donde estábamos está en la parte frontal de la calle. Jaxon no mira hacia allá como estoy esperando, sino que lo hace conmigo.

Se le marcan un par de líneas de expresión en las comisuras de los ojos...

—Vas a ir, ¿no es cierto?

—Está a doscientos cincuenta metros de aquí —refunfuño—. Nos vemos mañana.

—Llámame si necesitas cualquier cosa.

Tuerzo una mueca para luego echarme a andar calle arriba. Los transeúntes ocupados en sus rutinas ni siquiera se detienen correctamente en los altos; antes de pasar la calle observo con paciencia a una madre y su hijo. Ella va hablando por teléfono. La mujer a su lado la mira con las cejas arrugadas y su cara es una oda al juicio eterno. Me río de las pequeñas cosas que hacen distintos a los habitantes de esta ciudad, pero en realidad en lo que estoy pensando es en mi hermano, que debe de haber hecho algo para que me llame. No es como esa mujer con su hijo de la mano, ni como esa mujer mayor que no aprueba la minifalda de la chica.

Roy ha sido distinto desde que tengo memoria. Era el primero, y por lo tanto el foco de la atención de mis padres. Hizo lo que le pidieron; estudió en donde le dijeron, realizó las actividades extracurriculares que le exigieron y además tuvo las novias que mi madre siempre creía adecuadas.

A los cinco años yo ya pensaba que a mí me iba mejor porque podía elegir mis juguetes. Él no.

—Hey —grito, aproximándome velozmente a él; está en el parapeto de una de las tiendas, con las manos anudadas en su nuca—. Creí que ibas a salir de viaje.

Tiene los ojos inyectados cuando se vuelve a verme. Al principio su expresión es confusa, pero luego me enfoca y se ríe.

—Ah. Eso. No. Resulta que mamá cree que tengo que ayudarte con lo del matrimonio y todo eso. —Su mirada es triste cuando se posa en la mía—. Espero que sea solo su imaginación.

—Lo es. —Lo observo un instante—. ¿Querías algo en específico?

Él suspira.

—También estamos preocupados por el porcentaje que te toca —dice—. Mamá cree que tendríamos que discutirlo los tres en compañía del abogado. Cam, sabes que todo lo que ha

ocurrido se me salió de las manos. —Su gesto es de misteriosa concentración—. Jamás fue mi intención...

—Ya. El mundo entero sabe cuáles son tus intenciones desde hace un par de años, hermano.

Roy se envara por completo. Sé que ha estado bebiendo por la pastosidad de su voz, pero no dudo ni un minuto de lo que acaba de decirme; mi madre siempre lo ha puesto en esa horrible circunstancia de decidir si madura como ser humano o se enfrenta a sus principios en lugar de rebelarse en su contra. Es ahí a donde digo que tuve más suerte. La no atención de mi madre me hizo independiente, aunque, si debo admitirlo, un poco desconfiado. Nada que la actividad física constante, la buena alimentación y sesenta y cuatro terapias con el consejero psicológico de la universidad no repararan. Roy, por desgracia, nunca se salió de ese yugo, y su alcoholismo es una de las consecuencias.

A veces creo que lo que intenta es apagar las llamas del dolor que siente así, bebiendo de esa forma, casi como si quisiera ahogarse.

—Vamos, Cam —me pone una mano en el hombro. No es tan alto ya siendo mi hermano mayor. Me alegra saber que estamos a la misma altura—. Si hubiera estado yo en Fargo, Frances me habría ofrecido a mí el contrato y no a ti.

—Frances no contactó conmigo a través de ningún teléfono o correo electrónico de Fargo —lo contradigo. Levanto una mano y hago que quite la suya. Esto es todo lo que puedo soportar—. Y si no te importa nos sentaremos a hablar con el abogado cuando me haya casado. Así discutimos cuánto voy a obtener de remuneración por las multas que pagué.

Él se pasa una mano por la cara, ansioso.

Está mirando hacia el puerto cuando le oigo decir—: Creí que en eso estábamos a mano.

—No —me río—. Te estás equivocando. —Niego con la cabeza—. Yo no soy tu madre, no me corresponde a mí limpiar el desastre de tus platos rotos. En su momento, accedí a pagar tus multas porque eras el director de Fargo y no quería que las últimas acciones perdieran su valor. Valiente ayuda que fuiste.

—Mamá tiene razón —replica el que debería comportarse como un hombre adulto y no como un niño: hay niños que saben reconocer las consecuencias de sus actos y que están en mejor disposición de repararlas.

Siempre he sido consciente de que toda frase que empiece con «mamá tiene razón» me hará perder la paciencia. Por eso me preparo mentalmente. Hago como que no estoy preocupado por esa repentina preocupación de ellos respecto a las nuevas acciones. Frente a mí, mamá no dijo nada; pero a Roy jamás dejará de manipularlo.

Quizás cree que es lo mejor para él, pero está colaborando a que se destruya.

—Sigo creyendo que tendrías que internarte —repongo; doy dos pasos lejos de él—. Y de paso mamá también.

Cuando trato de irme, él me sujeta un brazo y, con fuerza bruta, me obliga a detenerme en mitad de la acera. Un par de personas se nos quedan mirando. Con delicadeza, le arranco mi extremidad. Hago un movimiento cuadrado con los hombros para regresar la tela a su sitio.

Para ese momento ya he clavado los ojos en él...

—No quiero pleitos, Cam —dice; pese a ello lo que yo entiendo es todo lo contrario—. Voy a hacer la cita con la firma y te envío la fecha.

Sonríó.

—Ojalá llegues sobrio.

Una vez que cruzo la calle, busco el primer taxi que veo y le hago una parada. En el interior, busco el número de teléfono que Frank me grabó un par de días atrás.

—*Creí que íbamos a llamarnos mañana...* —su voz es tranquila y, por un instante, quiero preguntarle dónde se encuentra. Hay mucho silencio.

—Necesito verte ahora, en realidad.

—*Mmm. Suena urgente.*

—Tan urgente como espero que sea la boda —digo.

Frank me dice en cuál hotel está hospedada. Y de inmediato le doy la dirección al conductor.

Frances

No me gusta Jaxon Gordon. Es una de esas personas que te mira por encima del hombro, y te echa de su mundo como si tuvieras la peste sobre ti.

—Es una exageración —dice Roxanne—. A mí no me pareció mal hombre; es solo que estás susceptible y de paso... —Sus ojos me examinan de pies a cabeza—. Estás celosa de él.

—Pero qué disparate es ese —me río; sigo mirando a Cameron y a su buen amigo—. Hablé de Cameron como si no me lo mereciera.

—Es su amigo —señala Rox—. Antes tendrías que alegrarte de saber que tu futuro marido inspira esas lealtades tan poderosas. Y, ya que te ha hecho cambiar de opinión respecto a la cantidad de accionistas, empieza a mostrarte feliz. —Me sonrío—. Es tu fiesta de compromiso, hay fotografías.

Aprieto la copa entre mis dedos. Furiosa y frustrada. A decir verdad, la tensión se ha apoderado de mí desde que accedí a una modificación tardía del contrato. Mi abogado se mostró reacio a ceder, pero fue algo que me atribuí. Chester no sabe nada al respecto. Si me lo reprocha, le diré la verdad: soy yo la que va a casarse y soy yo la que tiene la última palabra. Aun así, no me hizo ni pizca de gracia conocer a Jaxon, al que Cameron describe como a uno de sus mejores amigos. Es entendible por qué. Nos quedamos unos minutos a solas hace una hora, cuando se oficializó el compromiso en esta fiesta que Millicent ha organizado tan rápido como lo es de eficiente. Me aclaró dos cosas. Dos cosas que me están calando y que quiero discutir con Cameron.

A solas, de ser posible.

La gente no ha dejado de rondar a su alrededor, sin embargo. Apenas repara en mí, no ha hecho lo posible por decirme nada de su cambio repentino, y tampoco me ha aclarado qué ganó con concederle vender las acciones a este sujeto.

—Ya basta —ataja Roxanne—. No va a faltar la periodista que señale tu cara.

—Quiero hablar con él —digo, azorada.

Rox me mira con escándalo.

—Por favor no hagas nada de tu estilo —me dice, ruborizada hasta la coronilla—. Te conozco; piensas que Jaxon representa un problema para ti e irás a sondear a Cameron. No lo hagas, Frank. Ayúdate. Él está en una posición desventajosa y es obvio que quiera cómplices.

Le advierto con la mirada; no quiero seguir escuchando una réplica a lo que he sentido; Roxanne no escuchó las palabras de Jaxon, y por lo tanto no tiene idea de lo profundo que pueden llegar en mí. Sí, no decía mentiras: yo no soy como Cameron. Vengo de un sitio muy oscuro, a donde la gente no aprende amar, aprende a defenderse. De quién no importa.

La otra cosa que me dijo tiene que ver con mi primo; al parecer, Jaxon hizo su tarea y sabe muchas cosas sobre Chester, su arresto y la desaparición de varios agentes involucrados en su caso. Hubo especulaciones de que los mandaron desaparecer, pero lo que no saben es que se tomaron unas vacaciones con el dinero que nuestro abogado, a expensas del dinero que logramos salvar, les extendió para que me dejaran tranquila.

—Voy a tomar aire a la escotilla —le doy mi copa y me hago a un lado el cabello.

Antes de irme echo una mirada hacia Owen, a quien ha acaparado una periodista. Le prohibí que se involucrara demasiado en el círculo de Cameron, pero ha hecho exactamente lo contrario. Tal parece que esta noche la gente se ha dispuesto sacarme de mis casillas y, salvo Millie, no he parado de mirar con desaprobación a todo el mundo. En el timón, el ligero bamboleo de las telas en la escoca hacen frufrú. El viento es fresco, el aroma natural del río, y hasta las luces parecen respirar con pulmones propios.

El capitán del barco baja del escaparate y sale de mi vista; el que entra ya no es él. Cameron trae una copa en la mano y semblante de consternación.

—Parece que Owen está en problemas —me extiende la copa y yo la rechazo con un ademán y un suspiro. No me vuelvo a mirarlo, así que él dice, mientras se recarga en la baranda de la escotilla—: No... tienes... buen aspecto... —Busca mi rostro, agachándose.

Ruedo los ojos y, cruzándome de brazos, giro para encararlo. Está especialmente atractivo hoy; sé que tiene buen gusto. En sus días cotidianos suele llevar ropa cómoda que le permita moverse sin temor, supongo, de arrugarse nada. Pero hoy ha decidido que usar americana, pantalones de pinzas, y una camisa impolutamente blanca, es su mejor opción.

Las palabras de su amiguito aún hacen eco en mis pensamientos.

—Ha sido un día muy largo, con tantas presentaciones —digo; en parte no estoy mintiendo.

—Suenas exasperada.

—No.

—Lo haces.

—Escucha, Cam, no tienes que ser condescendiente conmigo. —Niego con la cabeza y miro al río. La orilla está a unos pocos metros. Si sigo pensando en dónde estoy voy a empezar a hiperventilar—. Tal vez tu amigo tiene razón.

—Oh, no —se ríe él; estira su espalda y cuadra los hombros, como si estuviera preparándose para algo. El qué, no sé, y tampoco me importa.

Lo miro con descaro y tratando de percibir más cosas en su gesto, pero todo lo que veo es cómo arruga las cejas y su expresión cambia a una bobalicona. Si lo que quiere es exculpar a su querido Jaxon, no va a conseguir nada. No de mí.

Es decir, le di lo que quería hace unos días, y lo hice sin consultar a mi primo.

Lo hice porque Cameron me parece de confianza.

—Me ha dicho que no pertenezco aquí —refunfuño.

—Dime que no le has hecho caso —sonríe otra vez Cam. Le da un trago a su copa y, tras carraspear, se acerca un paso a mí—. Le pareces una niña caprichosa que ha decidido comprarme. Por eso habrá dicho un montón de tonterías: para saber qué tipo de chica eres.

—¿Y a mí qué me interesa lo que piense?

Cameron se encoge de hombros, pero dice—: Somos muy cercanos, Frank. Lo lamento. Se toma en serio su papel de protector legal.

—¡Cielo santo! —me quejo y empiezo a caminar de vuelta al salón—. No voy a abusar de ti ni haré que te metas en problemas con la justicia. Tendría que haberlo supuesto, pero ahora mismo le haré saber que conmigo...

Una mano fuerte y un abrazo protector me rodean la cintura. Cuando choco suavemente contra el pecho de Cameron, hay un gesto de verdadera disculpa en su rostro; se deja crecer un poco la barba, así que su tono castaño claro es más notorio de esta manera. De pronto, noto que me hormigean las manos, especialmente los nudillos.

Y como no soy una persona prudente...

—Déjame a mí —me espeta—. No quiero que te presione.

—No me presiona —digo; le he puesto los dedos en el mentón—. Me ha hecho enfurecer.

—¿En serio?

Entorno los ojos.

—Intentas burlarte.

—Es que sí eres un tanto caprichosa. Pero entiendo tu molestia. Además, le expliqué a Jax lo mucho que me interesa que los dos salgamos bien parados de este compromiso. —La sonrisa que se forma en sus labios es bastante tentadora. Pongo mi atención en sus ojos para evitar mirarla—. Al final de él quisiera que pudiéramos seguir siendo socios de la corporación.

Entiendo lo que dice.

Las circunstancias en las que empezamos a hablar fueron muy entretenidas. Un día, mientras veía el canal de finanzas, escuché una entrevista que le hicieron mientras salía del edificio sede Fargo. Las respuestas de Cam eran tan severas y discretas que me dio mucha curiosidad. Así fue como inicié mi investigación respecto a él.

Herbert, el investigador, me trajo una carpeta con todos sus datos. Me leí como cien páginas que contenían la vida entera de este hombre. Ninguna multa, ningún arresto, ninguna detención en el colegio; estudió los primeros nueve grados en una escuela católica. Se lo veía a menudo con su padre en los partidos de los Oilers, antes de que la familia de Jaxon comprara al desvencijado equipo.

Si soy sincera, lo que más me llamó la atención de él, fue que después de que le cancelaran el contrato con los Oilers, no se hundió como muchos lo habríamos hecho.

Creo que, entre la amargura y la aceptación, lo que Cam hace con su vida es demostrar que no todas las desgracias acaban en una tumba.

—No quiero que le digas nada —susurro—. Me creará mimada. Dirá que te vine con el cuento...

—Has venido con el cuento —me interrumpe Cam.

—No quiero que le digas.

—Está bien —suspira él, liberándome de sus brazos—. Ven, algunas personas empiezan a irse, tenemos que despedir gente.

Tira de mi mano y me guía de nuevo hacia el batiburrillo de su fiesta de compromiso. Nuestra. Nuestra fiesta de compromiso. La semana que sigue le comunicaré a Ches de los preparativos de la boda y le diré que entrará otro inversionista. Sé que al principio no le gustará, pero también sé que confía en mí.

Al volver al salón, la primera en acercarse a nosotros es una mujer que, anteriormente, Cameron me ha presentado como una de las mejores comentaristas de nuestros tiempos. La ha invitado Tot, y Queen, que es otra de sus amigas íntimas, es quien se ha encargado de convencerla de venir.

Me tomó un poco de tiempo asimilar que esta va a ser mi vida dentro de pocas semanas. No pretendo acostumbrarme, pero Owen me ha dicho una verdad muy clara y que no estaba preparada para oír: el mundo de Cameron y el mío están separados como una mezcla heterogénea, algo imposible de convertir en una sola cosa.

—Esa mujer quería comerte con la mirada —señalo con una sonrisa. Cameron arquea las cejas y se pone frente a mí—. Tú lo sabes.

—No he dicho que no.

Se ha guardado una mano en el bolsillo del pantalón, y con la otra sujeta su copa.

—Debe de ser tu décima copa —digo.

—Me pone de nervios esta gente —murmura.

Ambos caminamos hacia la baranda poniente. Algunos invitados se han marchado y otros siguen en la cháchara habitual. No sé de qué carajo hablan las personas normales. Mis mañanas siempre han sido las mismas; me despierto, hago la agenda, planeo, envío correos electrónicos, y me pongo en acción. Cameron, no. Él tiene un montón de actividades que parece disfrutar a sus anchas. Como ir a jugar polo, tomarse una copa con Jaxon, ver jugar a potenciales chicos, e ir al cine.

Mientras lo observo, no dejo de preguntarme cómo lo hace.

Respirar sin que el mundo se haga pedazos a su alrededor.

—¿Qué pasa? —me pregunta, con el cuerpo parcialmente apoyado en el barandal frío.

—Nada —me relamo los labios, echo una mirada a la gente que queda, y finalmente, le espeto—: ¿Qué pensarán todos ellos de mí? Quiero decir: ¿crees que se pregunten por qué de la noche a la mañana apareciste con una novia y decidiste casarte?

Muy desinhibido, Cameron se vierte el contenido de su copa en la boca y la deja vacía. Después de tragar, pasea descaradamente la vista a través del salón.

—Las mujeres creerán que me caso contigo porque me ha entrado el calentón o algo así.

—Vaya.

Me sonrojo sin poder evitarlo.

—Solo tienes que mirarte al espejo —me sugiere él—. Estás preciosa.

—Suenas halagador, pero tampoco me convence.

—Los hombres más soberbios creerán lo que yo les diga —dice de pronto.

Curiosa, lo miro a los ojos desde mi postura.

—No entiendo.

—Las mujeres son más inquisitivas...

En ese momento, un mesero atraviesa el corredor y Cameron aprovecha para darle su copa. La pone en una bandeja y se me acerca más.

—Es triste —confieso; una voz interna me dice que no debería hablar tanto, pero o he tomado mucho o estoy sentimental, porque decido que no me importa, que quiero hablar de mí y de lo que me causan estos ambientes—. Nunca he hecho nada por diversión. Y he arrastrado a todos mis amigos en ello. Maldita sea, ni siquiera sé si son mis amigos.

—Dudo que te sigan en esto sencillamente porque les vas a pagar —señala Cam.

Por acto reflejo, me río y le pongo una mano en el pecho.

—Te sorprenderías de la historia de cada uno —digo, sin parar de reírme.

—A todo esto —inhala hondo—, ¿cuántas copas llevas?

—Bastantes —digo, ruborizada—. Pero sigo sabiendo qué quiero.

Pasan varios minutos en silencio, sin que apartemos la mirada el uno del otro. Desafortunadamente —sí, se siente como un infortunio— Tot nos aborda para despedirse, igual que Queen y Laia, una amiga abogada de esta última. Cameron actúa con normalidad, pero Laia es especialmente cariñosa cuando se despide.

A mí, por ejemplo, no me da ningún abrazo.

Le sonrío apenas para mirar cómo se marcha.

—No sabía que mi prometido iba a venir con club de fans —le espeto.

Caminamos hacia un amigo de Jaxon y el mismo. No pongo mucho empeño en charlar con ellos y, al final, cuando se despiden, Cameron y yo nos quedamos a solas en el salón, con una botella de champaña tras otra y el viento de la madrugada entrando por la escotilla abierta.

En algún instante apareció Owen para decirme que iba a llevar a Millie y Roxanne al hotel.

Le dije que me quedaba aquí. Le dije que estaría bien y él curvó las cejas y trató de convencerme de ir. Anoche, mientras revisaba la amplitud de mi vestido rosa para la fiesta, le dije que no me permitiera hacer ninguna estupidez. Le supliqué que se portara como un verdadero amigo y no dejara que me quedase con Cameron.

Y lo he echado.

Cameron se quitó la chaqueta hace ya mucho, y yo los zapatos.

—... me enseñó un instructor, claro —le digo; ni siquiera recuerdo sobre qué exactamente va la plática—. Mi padre nunca estaba en casa. Salvo cuando se le requería con urgencia. Sí, Jaxon tiene razón: seguro que tus padres te llevaban al parque mientras a mí me enseñaban a apuntar con un arma.

El gesto de Cameron es sombrío. Nuestras sillas están cerca y el ambiente anodino de antes se ha tornado tan tenso que podría cortarlo con una cuchilla si la tuviera a la mano.

—Te dije que tu investigador de falló en algunos aspectos —se pone de pie para servir más champaña—. Porque no; mis padres no me llevaban al parque. Mi padre era fanático de los Oilers e íbamos los tres, Roy, él y yo, a los partidos, y eso era mucho antes de que pertenecieran a las ligas mayores. Mi madre es otro cuento, aunque nunca ha sido mala.

—Pero no está aquí —digo.

Sueno a una verdadera chica de veintidós años. Sueno a esa persona triste que soy en el interior. A veces me pienso una caja de pandora, a punto de explotar. Siempre he sabido controlarme gracias a que Chester es meticuloso. La gente que me rodea desde que lo arrestaron siguió sus instrucciones al pie de la letra. Eso. Siempre me rodeé de gente que me enseñó a ser Frances McMillan.

Ese es el motivo de que tampoco le haya contado a Chester que le pedí a Cameron quedarme con su apellido al terminar este... contrato.

—Es católica, Frankie —me dice.

Ha puesto otra copa frente a mí.

En lugar de beberla, hago un puchero y me pongo de pie.

Frankie.

Hacía tanto tiempo que nadie me llamaba así. Había olvidado que la gente normal se pone apodosa entre sí, de cariño. Aprieto los ojos al reconocer, por fin, lo que he hecho.

—Te mentí —suelto como si nada.

Cameron me mira, extrañado.

—Eh...

—Sí, te mentí: la verdad es que hace cinco meses vi la entrevista de Canal 18 en la que te preguntaban si extrañabas a tu padre... Cómo no, dijiste. Qué tierno, pensé yo. Y es que a mí no me está permitido extrañar a mi padre. Ni siquiera lo puedo mencionar delante de Chester.

La mirada de Cameron, cansina ahora, se posa en la mía, despacio. Parece que está examinando cada una de mis facciones. Yo no puedo más que arrepentirme de haber dicho lo que dije. Es como abrirme. Y hay quienes dicen que no puedes abrirte así de fácil.

Dios, qué fácil soy.

—No creo que tu primo pueda decidir sobre lo que tú sientes.

—Díselo a él.

—Cuando lo conozca, si quieres...

—Oh, no, no, no —doy otro par de pasos hacia él—. Chester no tendrá nada que ver en nuestro trato, pero, por favor, no intentes tampoco intervenir en mi relación con él. Que sea ajeno a ti.

Ladea la cabeza con incompreensión.

—Frankie, ahora me estás preocupando.

—Y yo estoy muy preocupada —admito; abro los ojos por la inconsistencia que tienen mis actos; desde la cláusula del sexo hasta mi petición a Owen. A lo mejor es que Cameron representa una utopía que no puedo tener y por eso...—. Me preocupa querer besarte. Sí, es absurdo.

Se forma un silencio agudo. Al siguiente minuto, alzo la vista cueste lo que cueste. Y cuesta mucho.

Cameron no ha dejado de mirarme.

—Entiendo.

Se va a portar como un hombre respetuoso, lo sé.

Me gustaría decirle que no tuve mucha oportunidad de elegir qué hacer estos años. Sé que estoy borrachísima y que mañana estaré muy arrepentida, pero... si tan solo pudiera experimentarlo por un minuto. Alguien como él... Así... tan limpio.

—¿Lo harás?

—No así —dice él, aunque al pasarse la mano por el pelo noto que está desconsolado—. No querría... No estás en tu sano juicio.

—Pues no —suspiro—. Eres tentador, pero cuando no estoy ebria puedo resistirme. En este caso no aplica: te conté que me siento vulnerable, si me rechazas me harás sentir estúpida.

Cameron le da un trago a su copa y la deja en su lugar. Acto seguido, me acuna el rostro entre las manos y me mira unos segundos.

—Solo estamos tú y yo.

Lo primero que hace es acariciarme las mejillas con sus labios, sin llegar a depositar ningún beso. Luego vuelve a posar su mirada en la mía. Me agarro de su cintura y me presiono contra su cuerpo.

Al final, sus labios se apoyan en los míos con paciencia. Pero se me va de las manos cuando abro la boca para dejarlo pasar. Es así como sé lo mucho que me va a costar volver al punto de partida.

Cameron

Tamborileo los dedos sobre el cristal templado de la mesa en la sala de juntas. Aunque escucho la voz de Laia, abogada designada por parte de Jaxon, sigo pensando en mi relación con Frances y en esa incógnita que la rodea. Finjo leer la carpeta con el plan de reposición que tenemos en mente para entregar esta misma semana. Y estoy lidiando con ello, además de correr de un lado para otro con los preparativos de la boda.

Ayer comí con mi madre y me enumeró las cosas por las que tendré que pasar si me caso en estas circunstancias con Frank. Pero nada de eso ocupa mis pensamientos.

—Si nos apegamos a este proyecto de los hidrocarburos y liquidamos los contratos pendientes con las refinerías del Norte es posible que en dos años seamos rentables y, si todo sale bien, tengamos la primera repartición favorable y ventajosa de utilidades.

Elevo la mirada hacia Jax para intentar ver si lo que está escuchando le agrada. Él enarca una ceja y apoya la cabeza en el respaldo de la silla que ocupa la cabecera contraria a la mía.

—Tu prometida debería estar aquí —dice con voz átona.

—Su delegada vino —espeto sin resentir el golpe que será hablar de la repentina marcha de Frances.

A nadie aquí le importa el interés que tengo en la visita que le hará a su primo en Nueva York. Pero desde la fiesta de compromiso, hace dos semanas, me predispuse a desconfiar de Chester. Tampoco he compartido esta inquietud con nadie, tan solo porque sé que para Frank es un tabú hablarlo.

En lugar de ella, vino Roxanne, una de sus amigas de confianza y apoderada de su lugar en la junta directiva. Su rostro me es familiar de alguna manera, pero nuestra relación es estrictamente superficial, así que no puedo preguntarle si nos conocemos de algún lado. Aun así, la miro con la esperanza de oír algo por su parte para defender a Frank.

Que considere una visita a su primo más importante que las juntas de reestructuración... No es un buen comienzo. Y de eso hablo cuando digo que tengo una especie de aversión en contra de Chester McMillan desde que me di cuenta de lo controlada que vive Frankie bajo sus alas.

Al final es Owen, quien se ha concentrado verdaderamente en las diapositivas y el contrato, el que habla en nombre de mi prometida—: Ya que tenemos un quinto inversionista, Frances consideró que debía comunicárselo directamente a su primo...

—Pensé que era una mujer decidida —se ríe Jaxon.

Su tono no me gusta para nada.

Owen, Roxanne y Laia lo miran con aprensión.

—Era necesario —musita Rox con su voz cantarina—. Iba a llevarle el plan en persona y a explicarle su entrada en la mesa directiva, señor Gordon.

—Chester McMillan está preso y bajo continuo escrutinio gubernamental —masculla—. Que Frances haga tan obvia la relación entre Fargo y él nos va a causar problemas.

Los amigos de Fran se miran entre sí unos segundos. Los dos saben que, aunque duras, las palabras de Jaxon no son más que la verdad. Esto es lo mismo que lo que le advertí sobre nuestro

compromiso; por desgracia, el círculo del que estamos rodeados espera respuestas y hacerlo parecer lo más normal posible es una de nuestras primordiales tareas.

—Hablaré con ella —suspira Owen—. Que no salga de esta oficina lo que voy a decir, pero estoy ansioso porque la boda se lleve a cabo.

—Señor Brandram —se queja Rox.

Recuesto la espalda en la silla, consciente de que hay algo que Owen quiere compartir con nosotros y a Roxanne no le agrada escucharlo. Lo presiono con la mirada, hasta que él sonríe.

Su gesto se vuelve cansino al cabo de unos segundos...

—Cambiar de apellido no le vendrá mal a Frank. —En lugar de a mí, Owen mira a la apoderada—. Eres una de sus mejores amigas, sabes que es cierto. El yugo de Chester la llevará a la tumba.

—Y a nuestro capital —señala Jaxon.

Un carraspeo por parte de la abogada de la empresa nos interrumpe. Es demasiado prudente como para quedarse en una situación como esta, ya que hablan de asuntos que parecen ocurrir solo en lo personal. Al paso de los minutos, cuando se marcha ya, sigo escuchando la discusión entre Jaxon y Owen; ambos con dientes afilados para las finanzas, alargan cuanto más es posible la perorata.

Me pone de mal humor que Jaxon tenga razón en este aspecto.

Es decir, no perdono que mi madre hable de este trato como si en lugar de estar siendo favorecido, Frankie debiera de besarme los pies por darle unas palabras más a su tarjeta de identificación. En realidad, la soberana tontería que me parece su ostracismo no se compara con el nivel de cólera que me produce que aun cuando no está presente, Chester siempre sea el centro de las decisiones de todos.

Incluyéndome.

Al levantarme del asiento, Owen y los demás entienden que no pretendo postergar más esto. Me ajusto las mangas de la camisa. Owen está abotonándose el saco y Roxanne apilando las carpetas. Jaxon, por otro lado, ha sacado su móvil y teclea algo en él, en total desapego a la despedida formal que debería hacer antes de que Owen y Rox se retiren.

—Será mejor que no hagamos del conocimiento de Frank estos pormenores —digo, fatigado, con poco aire en los pulmones. Echo un vistazo a mi reloj en la muñeca. Tengo una cita con una revista para una entrevista importante; a la que, por cierto, Frances también faltará.

Owen se adelanta a mí y, una vez que Rox ha salido de la sala, se queda en el umbral de la puerta. Sus ojos son horrorosamente traslúcidos y tiene un aspecto extraño en el rostro.

Calculo que no me va a gustar lo que va a decirme...

—No soy yo el que va a casarse con Frances. Si te permitió que Jaxon estuviera es porque le aconsejamos que tuviera una consideración al menos. Pero el señor sabelotodo tiene razón en una cosa: quien tiene que preocuparnos no es la pequeña Frank. Comparada con Chester..., la opinión del actual líder McMillan es más obtusa que la mía.

—Y eso te preocupa.

Los ojos de Owen se mueven por los rincones de la sala quizás para comprobar que nadie hay alrededor. Jaxon sigue al teléfono, hablando con su novia. Le propuso matrimonio ya, así que empezarán a planear el evento; le llama el matrimonio del siglo y tiene planeado gastarse la mitad de su herencia en ella. En lo personal, diría que me alegra verlo enamorado, pero aún tengo mis dudas respecto a la novia.

No se me da juzgar en mal a nadie, pero cuando digo que alguien tiene mala vibra, pocas veces me equivoco.

—Jaxon es mi mejor amigo —espeto con sinceridad—. No le va a tener miedo a un exconvicto solo porque es el primo de mi esposa.

—Vaya, también te cae mal.

Me brota una sonrisa amarga.

Una escena clarísima de Frances contándome cómo nunca ha podido decidir por sí misma absolutamente nada vuelve a mi memoria. Tal vez el silencio toma por sorpresa a Owen, o tal vez lo advierte de que sé algo, porque da un paso para aproximarse más a mí.

En segundos, estamos a la misma altura. Y también estamos en la misma sintonía.

—No me cae mal —acepto, con voz tediosa—. Pero digamos que he escuchado cosas poco favorables sobre él. Y no es tanto lo que sé, sino lo que hacen sus actos que a mí me dan curiosidad.

—A lo mejor me equivoqué contigo —suspira Owen, extendiéndome la palma de su mano abierta—. Pensaba que eras un príncipe más que no sería capaz de lidiar con Frances.

—Lo peor que puede hacer una persona es subyugar a otra frente a mí. —Sonrío. Jaxon acaba de colgar y está acercándose—. De pronto me nacen ganas de ser posesivo y territorial. No sé. Antes Frances estaba en ese mundo, pero si quiere mi ayuda para salir de él, que no me provoque ni el diablo siquiera.

—Y diablo es una buena forma de describir a Chester.

Owen se da la vuelta en cuanto lo dice y luego se marcha. A continuación, Jaxon se coloca junto a mí y me observa detenidamente en su vestimenta de hombre de negocios. Es buen administrador del equipo y un potente monstruo del capitalismo al que invitan a conferencias y cursos para que hable de su negocio de capital.

En cuanto a su amistad...

—Confirmé que está en Nueva York desde anoche.

—No creí que me estuviera diciendo mentiras —le digo.

—Aún no me fío de tu novia —espeta él—. Creo que te eligió porque le gustas, sin embargo, y el hecho de que sea una criatura que busque mimos nos beneficia.

Con gesto de desagrado, me vuelvo a él con las cejas fruncidas.

—Deja de atacarla así. Si quiero o no mimarla o ceder a sus caprichos, en cuanto a nosotros, será mi problema. Te pedí que entraras para...

—Estoy diciéndote que la niña está enamorada de ti, imbécil. Ten cuidado, podrías hacerle más daño que el primo incluso.

—Con más razón, respétala.

—Mi amigo eres tú.

—Hazme el favor, entonces.

—Bien. No discutiré más al respecto. —Jaxon mira su reloj rápidamente. Caminamos solos a través del pasillo—. Tengo una cita con el médico. Bevs quiere que nos hagamos pruebas antes de dar el gran paso.

Una enorme sonrisa se dibuja cuando lo dice. Es uno de los pocos hombres que escucho hablar con tal alborozo acerca de las nupcias. Me gustaría decir que se la ve enamorada, pero después de la anterior impresión, tengo mis dudas. Sin embargo, me las reservo para mí mismo, como hago con todo aquello por lo que no me siento seguro. Además, puede que la chica solo esté interesada en la apariencia como un mecanismo.

Frances también viste y calza de diseñador, aunque... sé que tiene muchos temas para conversar y, cuando Tot le ofreció *hotdogs*, no puso el grito en el cielo como sí lo hizo Beverly durante el juego de bienvenida a casa para los Oilers. Invité a Frankie por supuesto, pero ella

tuvo que irse ese mismo día, para comunicarle a su primo el trato al que llegamos.

Cuando entro en el elevador junto con Owen y Jaxon, alrededor de nosotros la atmósfera es tensa, pero noto que el contador se ha aflojado la corbata y tiene las mejillas arreboladas. Le echo un vistazo furtivo.

—Parece que corriste un maratón —digo, con una sonrisa, mientras me acomodo las mangas.

Jaxon se guarda las manos en los bolsillos del pantalón y tuerce una sonrisa también, aunque lo que dice es tan peligroso que admito que no lo vi venir.

—Esa chica, Roxanne, maneja un bajo perfil pero la recuerdo perfectamente —espeta con tono adusto—. Su padre se fue a la quiebra hace dos años, pero que yo sepa a ella la desheredaron hace siete. La edad que debe de tener su hijo, si no me equivoco.

—Me impresiona mucho su carácter —replico.

Sé que la expresión de Owen es debido a ella; ya que Frankie no estaba le corresponde a Roxanne defender sus intereses y en la mesa Owen se puso de nuestro lado, lo cual no debió de parecerle correcto. No es que piense que a Owen le puede interesar mucho lo que crea o diga, pero me atrevo a decir que la afectación en su rostro es porque, o bien le reclamó lo que hizo, o se acaba de enterar de una noticia que no le gustó. Aun así, Jaxon me sigue explicando los detalles que conoce de la vida de Roxanne; también recuerdo un poco. Los Simone se dedicaban especialmente a los enlatados y su corporación cayó el año pasado con un estrépito que no logró dejar al país inmuta. Lo que no sabía era que tuviera un hijo tan mayor cuando a ella se la ve tan joven. De apenas veintidós años.

—Tiene un carácter dócil —escucho murmurar a Owen—. Pero ama demasiado a Frank.

—Es buena amiga —considero, y vuelvo a mirarlo—. Estaba enojada contigo.

—Enojada es poco, pero míralo por este lado: desde que nos conocimos nuestra interacción es más bien beligerante. No puedo estar presente en una habitación sin que ella se erice como un puercoespín. Creo que me tiene repelús o resentimiento. Todavía no descubro cuál de las dos es.

—Si es romántico yo me lo pensaría dos veces —analiza Jaxon.

No es del tipo que se entrometa en conversaciones que no son de su interés, pero su aspecto relajado, mientras llegamos al vestíbulo del edificio y justo antes de que nos veamos rodeados de la marea de empleados que están ayudando con la reestructuración, me ayuda a entender que Owen le cayó bien por su sensatez en la mesa de los accionistas.

Sus ademanes no podrían ser más distintos, pero creo que los tres tenemos algo en común...

—Opino igual —sonrío—. Me muero de hambre.

—Podemos mostrarle al príncipe neoyorkino cómo nos divertimos los tejanos —dice Jax—. Venga, no te vas a arrepentir.

—Si te refieres a los rápidos de los que hablaban más temprano, cuando llegué, esperaba que me hicieras la oferta. —Un suspiro cuando atravesamos las puertas de cristal de Fargo—. Mi tolerancia para con Roxanne está en el límite.

—Sigue poniéndotelo así y llegará el día en el que comiences a extrañarla —masculla mi mejor amigo—. Así sabes cuándo te has enamorado de una mujer, por muy irritante que esta sea.

Paso la saliva al imaginarme cuánta razón tiene. Si extrañas a una persona puede que la ames poco o mucho, pero tu nivel de interés siempre ha de ser medido gracias a su ausencia. Lo tengo comprobado; primero cuando me desperté en esa cama, rodeado por la soledad, y sin mi padre, y en segundo lugar cuando rompí con Lindsay.

Mamá nunca fue buena para consolarme porque para su gusto soy un hijo demasiado independiente, así que aprendí a extrañar en silencio.

—No parece una mala chica —musito, al tiempo que entro en el asiento del copiloto.

Owen se sienta detrás y observo, por el espejo retrovisor, cómo se pasa la mano por el pelo, reparando en mí y sonriendo para que me dé totalmente cuenta.

—Ese es el problema, a mí me gustan las chicas malas.

—No dijo que tuviera que gustarte —musita Jax, a punto de soltar una carcajada.

Enciende el motor de su coche con cuidado y maniobra calle arriba, fuera del estacionamiento.

—Hace un año Frank visitó a papá para firmar el contrato de la compra de unas propiedades que tenía en Búfalo —nos cuenta—. Fue la primera vez que la vi, cuando conocí a su pequeño; carga consigo un guante de béisbol y, por supuesto, la pelota, así que no se fue de la casa sin hacer un estrago pertinente de su edad. Como toda mujer envalentonada, Roxanne se ofreció a pagar el jarrón roto. No le dijimos lo que valía, pero desde entonces cada que me ve a los ojos parece que quiere huir.

—Quizás odia la condescendencia con la que la tratas.

Un silencio se forma después de que lo digo.

Luego, Owen dice—: Sé tratar a las mujeres que saben lo que quieren, pero ella... Me da escalofríos.

—Doblemente peligroso —ataja Jaxon—. Lo mejor será que te desinhibas de ella. O se te meterá por los ojos.

—Lo hago, lo juro —sonríe el otro—, pero, por ejemplo, acaba de decirme que soy una persona egoísta y no sé cuántas tonterías más. No sabe nada del mundo empresarial. Hasta Frances es un tiburón y todavía no se da cuenta, la muy ingenua.

Esta vez no consigo evitar reírme.

—Lo que tú quieres, entonces, es que deje la inocencia para un lado. Quizás estás malinterpretando esa timidez.

—La aborrezco.

—Si estuviera libre no me molestaría cortejarla. Es guapísima. Y valiente. Que tenga el corazón inocente sería un plus, un regalo adicional.

Tras su comentario, Owen guarda un silencio abrupto. En cuestión de segundos, Jaxon cambia de plática. Afortunadamente, en cuanto llegamos al muelle del río, nuestro acompañante recibe una llamada y se ve obligado a retirarse unos metros de nosotros.

—Voy a hacer una apuesta atrevida —me dice Jax, mirándolo. Clavo la vista en su espalda también—. Roxanne lo odia porque le recuerda al padre de su hijo. Y él, como el buen casanova que es, se ha hecho idea de que la chica está interesada en él.

—Pensé lo mismo —le espeto—. La arrogancia lo tiene ciego; cuando se percate de la aversión de Rox, será un golpe duro para su ego.

—A lo mejor le hace falta —dice Jaxon—. Lástima que esté comprometido, la invitaría a salir solo para tocarle las narices al niño rico.

Al volver con nosotros, Owen ni siquiera se imagina que estamos riéndonos acerca de la misma inocencia que él tiene respecto a la amiga de Frankie. A decir verdad, creo que, si un día ocurre lo que Jax dice, quisiera estar en primera fila para ver su rostro perfecto desfigurarse en una mueca de incredulidad.

Frances

Estoy acostumbrada al bochorno de enfrentarme así a Chester. Mi madre solía decir que, de no haber presenciado su nacimiento, diría que en realidad lo sacaron de su vientre y no del de la tía Sabine. Fuimos criados en el mismo ambiente, bajo las mismas normas y con la consciencia de que el mundo nos pertenecía. Claro, no nos advirtieron de cuál era nuestro lugar en esa particular existencia y, a decir verdad, me ha costado muchísimo enajenarme de los pensamientos y los sueños en los que odio a mis padres.

Conocer a Cameron lo ha empeorado todo. Así que, mientras observo la mirada fría y calculadora de mi primo, finjo una entereza de la que carezco; porque muy adentro de mí, Cam tiene razón: sigo siendo una chica de veintidós años cuyo mundo se derrumbó como un castillo de naipes.

Levanto el teléfono y pongo el auricular en mi oído, analizando a consciencia la expresión aniquilante que Chester me ofrece. Él entorna los ojos y hace lo mismo del otro lado del cubículo de la prisión.

—Vaya carita —comenta en cuanto sabe que puede hacerse oír—. Con la víspera de tu boda pensé que estarías de mejor humor.

—No vine para hacer esto otra vez —atajo.

—Entonces habla. Aquí mi tiempo vale el doble de lo que te costaría con normalidad.

Sonrío apenas, segura de que estar habituada al tono de sus cortantes comentarios no es lo mismo que tener que tragármelos. Quiero mucho a este personaje oscuro, pero ya que me vi en un espejo: un terapeuta no le vendría mal. Eso o tal vez le hace falta que conozca a una versión femenina de Cameron, para que vea que el problema somos nosotros y no el resto del planeta.

Estamos jodidos.

Nos jodieron la vida cuando apenas éramos unos niños en pañales.

Querer salir no tiene nada de malo, solo que no sé cómo decírselo.

—Cameron me pidió cinco por ciento más de las acciones —digo—. Le dije que no, así que él se ofreció a ceder parte de su veinticinco a su mejor amigo. El dueño...

—Jaxon Gordon —me interrumpe Chester. Se pasa la mano por el fleco largo y recuesta la espalda en su asiento—. Un pez gordo como lo dice su nombre.

—Un pedante de mierda.

—Es la gallina de los huevos de oro, Frank.

—Como sea —murmuro—. No vine para que halagaras al imbécil. Vine para decirte que acepté.

Con mirada circunspecta, Chester MacMillan hace uso específico de sus habilidades para mantenerme en la duda. Se queda en silencio por lo que parece una eternidad, mirándome.

No.

No le hace falta una versión femenina de Cameron; Cameron es demasiado dulce para alguien tan curtido y penetrante como él. Tendría que ser alguien que pudiera controlarlo, que pudiera hacerlo ceder; alguien que supusiera un reto para él y que lo mantuviera a todas horas

ocupado. Inteligente, tenaz y discreta; tal vez una mujer de negocios, una poderosa heredera que supiera bien quién es.

En resumen: alguien que no existe.

—La última vez que viniste te dije que, ahora que eres la prometida de Cameron Baltazar, tendrías que cuidar más tus relaciones. Su mundo y el nuestro están alejados por un gusano de tiempo, Frances. Lo que quiere decir que cometes un error grave al venir a verme cuando todos los medios sociales probablemente estarán encima de ti.

Desvió la mirada unos segundos. No quiero darle la razón pues si lo hago también tendré que admitir el acoso de Hills y las llamadas que le ha hecho al abogado para intentar contactar conmigo, con el pretexto de reabrir el caso de nuestros padres. Sé que no es verdad. Sé que se ha enterado de que voy a casarme e intentará algo en mi contra como venganza por el pasado.

—Es la última vez que vengo —musito—. Ya pronto saldrás.

—Que sea verdad —espeta mi primo—. Hagamos las cosas bien. Luego podrás vivir como quieras.

La sola mención de mi vida individual me parece apoteósica. En pocos segundos tengo aguanosos los ojos y no soy capaz de recuperarme hasta que Chester pone la palma contra el cristal del cubículo. Tardo un segundo más en hacer lo mismo, para despedirme.

—Lamento que estés cargando todo esto tú sola.

Niego con la cabeza, mordiéndome el interior de la mejilla para contener el llanto.

—Estaré bien. Siempre estoy bien.

—En cuanto se cumpla el contrato te divorcias. Por lo que leí y lo que me has contado, Cameron es un hombre de palabra.

Sí... y rompí la primera cláusula que propuse yo misma. Me acosté con él. Me desnudé. Le dejé ver la cicatriz que tengo de la operación que me hicieron a los quince, por la bala que me entró sin salir en el cuerpo. Él no se detuvo a decir nada y me tomó con cuidado pese a que había bebido mucho. Ninguno de los dos pudo hablar. Lo hicimos y ya está. Pero eso no evita que esté arrepentida, porque desde entonces no dejo de preguntarme si esto es justo para él. Es un hombre de buenos sentimientos, que podría casarse con una chica linda que críe a sus hijos. No le hace falta trabajo, ni comodidades. Podría pagar una educación universitaria y sus conocimientos de béisbol le darían una jubilación digna.

Yo vine a darle lingotes de oro, es verdad, pero comienzo a creer que no vale la pena nada de lo que tengo en las bolsas en comparación con la ternura con la que tuvo sexo conmigo.

—Incluso si no me casara con él estoy segura de que guardaría el secreto —aseguro.

Chester aprieta la quijada, con una sombra en los ojos.

—Decidimos que tendrías que casarte para que nuestro patrimonio lo proteja el secreto de la quinta enmienda a través del contrato nupcial. Es el seguro que necesitábamos. Me da igual cuán honorable te parezca, no hagas las cosas diferentes de como acordamos. —Su ceño se ha fruncido cuando dice—: Somos tú y yo, Frank.

Tampoco es la primera vez que lo escucho decirlo. Desde que declaré en su contra, hemos enablado una relación monógama de lealtad. Seremos así para siempre; si algo le ocurriera no sabría qué hacer, y al mismo tiempo, esas sensaciones parecen un yugo, una cadena que rodea mi cuello y amenaza con asfixiarme.

Chester no puede ayudarme desde adentro, así que me despido de él y le digo que la boda será o será. Y dentro de un mes llevaré el apellido de Cameron. Tendré en mis manos la llave de Fargo y el poder para defender lo que queda de mi familia.

En mis sueños, también puedo sonreír, sentarme en una grada y comer un *hotdog* mientras

veo jugar a una promesa del béisbol. Me despierto y tomo el desayuno acompañada de la cháchara de un hombre que se ve fantástico en camiseta y cuyos oblicuos quisiera lamer lentamente.

Tengo un nudo en la garganta al abandonar la prisión. En el auto de renta todavía están esperándome el abogado y Millie. Como siempre, su gracia angelical ilumina mi horrible pesar por unos momentos. Al encenderse el motor del coche, paso a revisar los mensajes en mi móvil.

Hay algunas llamadas perdidas de Roxanne. Como hoy era la primera junta de reestructuración, pienso lo peor y decido que no quiero escucharlo.

—Espero que tu primo esté bien —dice Millicent para romper el silencio.

Miro a través de la ventana. En Nueva York no hace tanto calor como en Texas, pero el aire huele distinto, más contaminado, más hipócrita. A medida que nos adentramos en el puente de Brooklyn, mis pensamientos se alejan de Ches y su advertencia.

—Es un desgraciado —digo con firmeza—. Sigue siendo el mismo.

—Podría interpretar eso como que te dio gusto verlo.

—Sí, me da gusto verlo, pero a veces me gustaría que todo fuera distinto.

—No lo conozco, así que no puedo juzgarlo.

—Eres la última persona de este planeta a quien le dejaría el paquete de tener que lidiar con Ches.

Millie tiene la vista puesta en su tablet. Cuando eleva la mirada, me encuentro con una curiosidad brillante, algo que me sofoca y me alegra a partes iguales.

—Quisiera pedirte un favor —dice finalmente—. Cuando Chester salga, me gustaría tomar una pasantía en Fargo. He estado leyendo sobre las maniobras de Cameron en los últimos dos años y son, en suma, las de un genio de la industria petrolera. Las llevó a cabo demasiado tarde, pero eso no quita que lo haya intentado.

—Su hermano es un idiota —acoto—. Cam hizo lo que tenía que hacer por el patrimonio de su padre.

En automático recuerdo a Chester. Carraspeo.

—Me gustaría aprender de él, si no te importa —prosigue mi asistente personal.

Estiro mi mano y aprieto la suya.

—Crecerás dentro de Fargo hasta que un día te pueda regalar acciones.

Mi único problema con Millicent es que a veces es demasiado complaciente, y otras demasiado terca. Tengo suerte de que la segunda actitud nada más me la demuestra a mí, o a Roxanne, supongo porque nos tiene confianza.

De manera que, mientras la escucho carraspear, suspiro sonoramente para sentirme preparada.

—Sí, bueno, no es que no quiera tu ayuda, pero sería un acto despótico por tu parte.

—Seré una de las accionistas —sonrío—. Puedo hacer lo que me dé la gana. Si quiero regalarte acciones por haber estado en este infierno conmigo, arriesgando tu libertad, es cosa mía.

Millicent se acomoda un mechón de pelo rubio detrás de su oreja izquierda, que está a mi vista. Tiene cuatro argollas desde la cima de su cartílago hasta el lóbulo, recuerdo de los años que pasó en Ucrania con sus padres. Por lo regular no habla de ellos, pero cada vez que lo hace termina llorando, preguntándose por qué no la quisieron.

Siempre digo que los padres no están obligados a amar a sus hijos, pero perder un rasgo de humanidad al considerar a tu hija un trozo de carne ya es otra cosa. Millie se ha entregado por completo a su profesión en las finanzas y la economía, pero cuando se trata de ella, de sus

sueños, de sus deseos personales, no sé nada.

—Por favor, conduzca hasta la Quinta Avenida, necesito hacer unas compras —le espeto al chofer. En el asiento del conductor, la voz del abogado hace mella, ya que es con Jaxon Gordon con quien ha estado comunicándose todo este tiempo.

Aun así, no tengo ni pizca de curiosidad para preguntar cómo salió la primera junta. El piso de Fargo será remodelado bajo la supervisión de Roxanne, en quien tengo plena confianza. Puede tener el aspecto de una Ninfa, con su voz aguda y sus modales de niña refinada en el exilio, y eso nunca ha determinado su personalidad.

La única persona que saca su lado dulce es el pequeño Caden.

Cuando el auto se detiene, le ordeno al chofer ir al hotel y le explico al abogado que nos veremos mañana en el aeropuerto. Él hace un cabeceo y un ademán, y entonces el coche emprende la marcha. A mi lado, Millicent observa las tiendas extendidas por toda la superficie de la calle, quizás la más concurrida de Manhattan.

Nos tomó una hora viajar en coche desde la prisión, así que le echo un vistazo a mi reloj. Aún no tengo nada de hambre. Le señalo un restaurante-café a Millie y ambas caminamos en dirección del establecimiento, cuyas mesas están repartidas por el jardín frontal. A unos metros, hay una galería de arte, de la que he leído bastantes críticas positivas.

—Dormí con Cameron la noche de la fiesta —suelto sin preámbulos después de que nos han tomado la orden.

Dado mi estado ánimo, pedí un Martini.

Millie está bebiendo su habitual Gin and Tonic. Se deja la pajilla en los labios, pero sus ojos explican cuán irracional suena lo que acabo de decirle. Mi siguiente sonrisa no es excusa, y mi mueca ácida menos. Le doy un valiente y profundo trago a mi bebida, consciente de que de todas las personas a las que pude haber elegido contárselo, escogí a la que no sabe nada de relaciones.

Temerosa por su verdadera reacción, alzo las cejas.

—Creí que era solo cuestión de negocios.

—Y así es.

—Pero podrías quedar embarazada.

—Sí, y también podría criar hijos como madre soltera.

Millie pestañea varias veces, con aspecto de incredulidad.

—Sé que tienes mucho dinero, pero, en la universidad, mientras planeábamos esto, dijiste que Chester y tú habías pactado quedarse juntos para siempre, solos. Sabes que no te mentaría, Frances, y que respeto mucho tus opiniones...

—Cambié ese plan.

Un mesero nos deja un plato de botanas y toma la orden de los platos.

Millie no hace más que mirarme.

—Te enamoraste de Cam.

—No necesariamente, aunque reconozco que me gusta y que ningún encuentro sexual me había parecido más placentero antes, pero... No es por eso. —Cierro los ojos, impaciente ante mis propios sentimientos—. Millie, sin mí, ¿dónde estarías ahora?

Ella mira a un lado y a otro, no sé si concentrada o con miedo de responder. A veces puedo ser intimidante, lo reconozco, pero desde que llegó a mi vida supe que había encontrado a otra hermana. Me enseñó a organizar mis ideas y mi dinero, lo que quedaba de esa integridad que otros me fueron robando.

Con mirada entristecida, ella dice finalmente—: Seguramente estaría trabajando en una empresa mediana. Pero con mi inseguridad me vería obligada a renunciar pronto. Si fuera un

hombre el que me contratara, quizás me obligaría a hacer cosas que no van con mi carrera; si soy pretenciosa dímelo. Es decir; en este ámbito laboral, con mi aspecto, yace el estigma de que no puedo ser inteligente y bonita al mismo tiempo.

—Eres la segunda persona más inteligente que conozco —digo, sonriendo.

—Gracias. Sé que nadie es más inteligente que Roxanne.

—Temo por el hombre que conquistó su corazón —refuto.

Millie también sonríe.

Entonces recuerdo el estigma al que se refiere; es extremadamente hermosa, una visión sobrenatural de la injusticia divina, que depositó encima de ella todos los cánones posibles de la belleza. Por si fuera poco, es la mejor administradora y economista, y también una persona de confianza.

Si no fuera porque es caprichosa y a veces altanera, diría que no tiene defecto alguno.

—Te seguí porque fuiste la única que miró a través de mí y de mi cabello rubio. No porque tuvieras dinero. Podríamos abrir una pastelería juntas, si lo que quieres es alejarte de Chester y el yugo de tu familia... Pero ambas somos pésimas cocinando.

Ladeo la cabeza, convencida de que también la sensatez es una virtud.

Jamás podría hornear pasteles.

—Por eso hice que cambiaran las cláusulas. Si me quedo con el apellido de mi familia seré perseguida por siempre. Cameron está de acuerdo, entonces permaneceré como Frances Baltazar al término del matrimonio. —Intento pasar la saliva al contemplar la expresión de Millie.

—Siento que algo te incomoda.

—Todo de esta boda es incómodo, Millie. No importa cuán venida a menos esté la familia de Cam, pertenece a un mundo opuesto al mío. —Una gran inspiración para grabarme a fuego estas palabras—. Tengo que mantener la voluntad firme en cuanto a lo que siento. Refrenar mis impulsos y salvar lo que queda de nosotros es más importante. Luego tendré la oportunidad de mudarme a una finca a disfrutar de mis ganancias y quizás encuentre una vocación que, en lugar de por necesidad, sea por gusto.

Mientras comemos, analizo bien mis palabras. Mi vida se ha tornado un huracán desde que asesinaron a mis padres, apenas pude lidiar con ello, pero, aunque creí que lo había superado, la alegría de Cameron y su forma de mirar todo, con ojos felices, me ha hecho entender cuán suspendida en una nube de odio me encuentro.

Sé que mi interior oscuro no se compara con el de Chester, pero para mi edad, nadie debería sentirse que está demás en este mundo.

Creo que ya he vivido dos vidas, ambas miserables. Opacar la existencia florida de Cameron no es mi intención; fue lindo haberlo probado, pero me digo internamente que aclararé nuestra situación en cuanto vuelva a Houston. Le diré que estaba ebria, pese a lo consciente que me encontraba de mis acciones; le diré que recuerdo pocas cosas de esa noche, no importa que haya dormido poco pensando en lo mucho que me gustaría repasar centímetro a centímetro cada caricia.

Y lo más importante; la bomba de nuestro matrimonio es la salida de mi primo. Una vez fuera, en cinco meses, nuestro contrato se termina.

Millicent y yo damos un paseo por el andador norte de Central Park. La curiosidad infantil de ella me ilumina el alma; en el fondo, la envidio mucho. Sus padres la obligaron a seguir un camino horrible, pero a su manera ha encontrado cómo no perderse a sí misma. No se ha contaminado de nada pesaroso y dudo que haya alguien en este mundo capaz de merecerla.

Le sujeto la mano y me la pongo en el brazo, para continuar el camino. Ella se me aproxima

más, y dice—: Alguien nos está siguiendo.

Furtivamente, miro por encima de mi hombro, sonriendo para aparentar que en realidad son las atracciones del pulmón de Manhattan a donde estoy mirando. Y de pronto, tras la sensación de alerta, me giro en los talones para causar una sorpresa inmediata en la persona.

Mi mundo suele temblar de tanto en tanto; soy como una pila enorme cuya estructura se cimbra ante un cambio muy brusco. Tras la muerte de mis padres, tuve que acceder a culpar a mi primo para que él pudiera hacer un trato justo con la fiscalía. A mí me enviaron a Suecia en un programa de testigos privilegiados, dado el dinero que el abogado pagó por ello.

Pero antes, me topé con mi peor pesadilla, que se acaba de materializar frente a mí.

—Podrías ser más sutil, al menos —le digo a Hills, el agente del FBI más corrupto que conozco y el que, en su momento, me causó muchos problemas.

Del cómo se aprovechó de mí a los quince años, no podría hablar detalladamente, ya que hay cosas que por el shock y los siete años que pasaron, no puedo recordar. Sin embargo, sí sé una cosa; cuando sonrío así, es porque tiene algo que decirme y ese algo implica una condena para mí.

—No vengo a felicitarte —dice, acomodándose las solapas del abrigo—. Tenemos que hablar.

Mira a la calle, y luego a Millie.

—Ve al hotel, Millicent, y le cuentas al abogado...

Hills sacude la cabeza...

—No, es extraoficial —dice entonces.

—Frances —me señala Millie.

Hay dos hombres detrás de Hills.

Y a ambos los reconozco: pertenecen a ese fragmento de personas que quedan en el mundo y que todavía odian a mi padre. Uno de ellos, le disparó en la frente a mamá. Para mí, su presencia solo significa una cosa.

Cameron

Antes de que pueda interceptarlo, el hijo de Roxanne estira su pequeña mano y sujeta fuertemente el bate que acabo de dejar a un lado del asiento. Joe Callaghan, a quien asistí en una junta con Jaxon, lo dejó allí para mí y firmado; le dije que en unos años valdrá una espléndida fortuna.

—Por favor, Cici —suplica una muy avergonzada Rox.

Me acuclillo frente al niño para ayudarlo a sujetar el bate correctamente. En seguida, él presta toda la atención posible a mis movimientos. Es un niño pequeño, de no más de siete años, hiperactivo y sonriente, que padece asma y al que le encantan los deportes al parecer.

No ha parado, desde que llegué a recogerlos al hotel, de preguntarme quién me regaló la gorra que llevo puesta, así que se la puse.

—Tranquila —espeto con una sonrisa.

—Lo siento, se ha puesto eufórico cuando vio el artefacto.

Le abro la puerta para que entre en su lugar, el asiento detrás de un auto que la lleva y la trae cada vez que tiene que salir. No quería usarlo, pero tampoco quiero que Frances llegue al aeropuerto y no sea yo quien esté allí para ella. Sobre todo porque creo que Jaxon tiene razón; es una niña vulnerable frente a un tiburón como su primo.

Si voy a arriesgar el pellejo, voy a hacerlo bien.

—Será mejor que nos vayamos —digo, y rodeo el auto.

El chofer se pone en marcha y gracias al cielo Caden no saca más utensilios de mi bolsa deportiva. Tuve que venir desde el gimnasio. Y apenas llegué, me encontré con una discusión bastante acalorada entre el supuesto investigador de bienes raíces y Owen, quien tiene la responsabilidad de buscar un departamento para Millie y Roxanne.

Frances quería que vivieran en la misma casa con nosotros, pero me negué rotundamente a compartir mi espacio de recién casado con otro par de personas. Le advertí que tendría que adaptarse a mi ritmo de vida y a mis ocupaciones y que, para su desgracia, no todo serían las idas y venidas de Fargo.

En consecuencia, acepté un par de condiciones. Hemos estado cediendo el uno y el otro, así que tampoco fue problema.

Suspiro sonoramente antes de arrellanarme en el asiento del pasajero. Caden, con su mirada fija en el bate firmado, empieza a tararear una canción muy popular de Queen. Me hace sonreír. Pero no me extraña. Rox es una mujer culta, de buena familia, que ha salido adelante sola...

Miro por la ventanilla para separar mis pensamientos de lo que me señaló Jaxon esta mañana. Dijo que podía sacarle algo a la asistente de mi prometida, antes de que esta vuelva para controlarlas de nuevo.

—Seis meses me pintan poco —suspiro otra vez—. No por Frank, sino por su primo. Después de haber pasado siete años allí, creo que será el lapso más largo de su vida.

—No, Chester es la persona más paciente del universo —me espeta ella.

Es tan tajante a veces... Que no consigo evitar mirarla de lleno. Aunque es de la misma edad

que Frances, se ve algo más mayor. Quizás porque ha tenido que trabajar en cafeterías, restaurantes y no sé qué tanto más para pagarse la universidad. Mientras la cursó, tuvo bastantes problemas económicos... Hasta que Frankie entró en su vida y la ayudó a que explotara lo que es ahora.

Mi linda prometida me dijo que no tiene mérito alguno proporcionarle a una persona los medios para trabajar su ya de por sí excelso potencial.

—Y también se va a convertir en un tema tabú —señalo.

Roxanne me regala una única mirada y luego clava sus extraños ojos a través de la ventanilla. Si no hay tráfico estaremos aquí, mínimo, cuarenta minutos. Pero, por fortuna, alguien a quien yo creía ajeno a nuestra conversación, interviene.

El pequeño Caden me regresa el bate y, con la mirada en mí, sonrío.

—Tía Frances dice que casi puedes hacer de todo —musita el niño, a lo que alzo las cejas—. Yo quiero jugar soccer, pero mamá dice que aún no puedo respirar bien.

—Sé de alguien que padecía problemas en los pulmones —digo—. Ahora su nombre está en el salón de la fama.

Con los ojos tan abiertos que parecen salirse de sus cuencas, Cad abre la boca y titubea.

Le sonrío.

—Está aprendiendo a ser realista —dice Roxanne ahora sí. La miro, escéptico—. Le he contado que algún día podría intentarlo, pero ahora tiene que seguir sus tratamientos.

—No lo dudo —le advierto con la mirada—, pero un entrenador profesional también podría ayudarte si llevas una especificación de tu especialista. —La expresión de ella es cautelosa, así que con cautela respondo—: En la universidad tuve ansiedad e insomnio, por eso era muy regular que cogiera resfriados. A la larga se hizo crónico...

En este momento, la mirada de Rox es idéntica a la de su hijo. Son azules, pero tienen una mezcla de verde muy llamativa, y como son grandes también, hacen de su mirada una explosión de ternura y facilidad en los rasgos. Claro, cuando se relaja, como ahora está haciendo, aunque de verdad parece haber escuchado algo sumamente increíble.

Tuerzo una sonrisa forzada esta vez, ya que no me gusta concederle a nadie este tipo de relatos, pero me gusta menos que le digan a un niño que nunca podrá cumplir un sueño como ese. Por lo tanto, hago a un lado mi resquemor, y miro al frente, consciente de que todavía falta un buen tramo para llegar al aeropuerto.

—Pero... tú... es decir... —La voz de Roxanne es de alguien avergonzado—. Fuiste un portento de estrella... Lanzabas como...

—Lancé, sí, y mi carrera no se truncó por nada relacionado a mis pulmones débiles. —En estos instantes, Caden nos mira a ambos, esperando un veredicto—. Si tú quieres, podemos ir a ver a mi reclutador. Solo necesitas la orden de tu médico.

—Es asma crónica, Cam.

Nuestras miradas se encuentran. Bajo la mía a la de Cad, que sonrío con todos sus dientes.

Pienso que no hay nada más gratificante que hacer feliz a una persona.

—Soy de fiar —la aliento—. No perderás nada. Y él superará una etapa de su vida.

Veó cómo se humedecen sus ojos al escucharme. En seguida, se relame los labios y mira a su hijo, al tiempo que él la mira a ella. Hay un aire de nostalgia entre ellos, como si se entendieran sin hablar.

Es un golpeteo pobre, pero perceptible.

Me pregunto si todas las personas lo experimentan alguna vez en su vida. Esto. La oportunidad de mirar a alguien con esa intensidad, de saber que lo harías todo por ella, que nada

se interpondría entre su felicidad y tus manos. Me pregunto si el instinto paternal llega así de pronto, cuando ves el amor de madre de una mujer como esta, cuyo donador de esperma la dejó sola a los quince años.

Cuya familia le dio la espalda.

Rox le está acariciando la cabeza a su hijo cuando, de la nada, me sonrío.

—No lo conozco. A Chester. Pero la vida de Frank gira entorno de él.

—Eso no se oye bien para un futuro marido.

Una sonrisa de pesar aparece en el rostro de ella.

—Lo sé —dice, como si sus palabras fueran una sentencia para mí—. Por eso tómate el contrato en serio. Síguelo al pie de la letra y termínalo en el tiempo estipulado.

Curvo nuevamente las cejas.

Roxanne ha puesto la mirada en el bolso y se dedica a hurgar en él, hasta que saca un videojuego. Se lo entrega a Cad y, apenas encenderlo, el niño se olvida de nosotros. Lo que ella ha dicho... es estremecedor. Mucho más cuando recuerdo que para empezar el día de la fiesta de compromiso nos acostamos.

O sea, en el suelo, pero se acostó conmigo.

—Creo que Frank está desprotegida...

—Pero ella ya eligió un héroe, Cameron —sisea la asistente de mi novia.

Mi novia.

A la que respetan.

Y a la que tengo que ver como mi socia, nada más.

—No pretendo ser su héroe —digo.

El auto está entrando por uno de los caminos pavimentados del aeropuerto. La velocidad comienza a disminuir justo a tiempo de que lo pienso: ha sido un trato ridículo. Ella entró en mi oficina, me vio desmantelarlo todo. No quiero decir que se aprovechó de una situación de debilidad.

Digo que me gusta más de lo que debería...

Y eso no puede ser bueno.

Después de tal revelación, no soy capaz de decir nada. Roxanne baja del auto junto con su hijo. Yo los sigo por el andén hasta la entrada y espero con ellos una vez que atravesamos la vigilancia. A través del pasaje, la gente ya está entrando en el área de abordaje. Rox es quien la busca con la mirada, y observo cuándo su mirada se torna gélida. En automático, la mujer se envara y retrocede.

Ha apretado la mano del niño, por lo que la miro, extrañado. Busco el origen del miedo que expelen sus ademanes arrebatados. Y entonces me encuentro a Frank, caminando en nuestra dirección. Hay tres personas con ella; a su lado, ambos francos, están el abogado y Millie. Pero justo detrás hay un hombre corpulento, entrado en años, que reconozco de algún sitio.

A primeras luces, no distingo su semblante.

El de Frances.

Sus ojos indiferentes me estudian de pies a cabeza. Millie nos saluda, mientras su jefa clava los ojos en mí. Tiro de su brazo sin hacerme esperar. Ella levanta el mentón...

—Te ves cansada —digo y la estrecho en un abrazo, para susurrarle al oído—: Debiste decirme que tendríamos un invitado extra.

Con gesto alicaído, Frances se rasca la ceja y se separa de mí. Millie y Rox se retiran para ir por el equipaje. Permanezco inmóvil por alrededor de cinco segundos, y solo así, mi prometida mira al sujeto que intento recordar con vehemencia.

Su rostro es semejante al de un animal rabioso. Tiene los ojos vidriosos, quizás por haber dormido más de la cuenta, y el rictus mortificante del resto de su cara augura funerales.

—Cameron Baltazar —musito.

Rodeo la cintura de Frances y no la dejo separarse. Tampoco me cuesta mucho averiguar que el tipo este es la razón de la cara lívida de Rox, y también el culpable de la tensión creciente en Frank.

Por supuesto, su respuesta es un asentimiento.

Y estas dos palabras—: Ya veo.

La comisura de mi labio se estira hacia un lado.

—Tenemos que hablar en un sitio privado —dice el abogado Peterson.

Por pura cortesía, dirijo una mirada hacia él.

Frank se ajusta la bolsa al hombro.

Vuelvo la vista al desconocido.

—Supongo que necesitamos discutir algo de la boda. Pero me gustaría que fuera después de que Frances se cambie de ropa y tome un baño.

—Yo estoy bien —dice ella—. Mientras más rápido, mejor.

—Entenderá que los asuntos legales de su boda no pueden esperar —dice ahora sí el tipo.

—Los asuntos que conciernen a la comodidad de mi novia no tienen nada que ver con ustedes. Y un baño no es penable ante la ley ni tengo que redactarlo en un contrato o pagar concesión por él. Así que, si nos permiten, nos vemos en el restaurante del FRe. En dos horas.

Sujeto fuertemente la mano de Frances y, aunque al principio ella trata de soltarse, termina siguiéndome de regreso a la salida. El chofer ya nos está esperando. Roxanne y Millie se miran entre ellas cuando avistamos.

Reconozco que puedo ser muy pesado si me lo propongo, pero es obvio que conocen al sujeto ese de algo no muy bueno. No puedo recordarlo ahora, pero sé que lo he visto en otra parte.

—Nosotras nos iremos en taxi —comenta Millie, con la mirada turbia—. Owen llamó y quiere que veamos el departamento.

—No es ne... —trata de decir Frances.

—Vayan —la interrumpo—. Si necesitan algo me llaman o a Jaxon. —Echo una mirada por encima de mi hombro, para ver al abogado y al hombre aquel subirse a otro taxi. Entonces vuelvo mi atención a las chicas—. Algo me dice que Frank y yo estaremos muy ocupados esta tarde.

Ya he notado la máscara de acritud de Frances, por lo que me apuro a abrir la puerta para que entre la primera. Luego voy detrás de ella. Nada más sentarme, la miro a la cara. El chofer acaba de poner la radio.

—Apáguelo —le exige Frank, que también me mira, furiosa.

Tiene las mejillas enrojecidas.

Ha fruncido los labios y esa tampoco puede ser buena señal. Pero a mí tampoco me ha pedido que me calme o que espere una explicación.

—Sin groserías, por favor —pido, por lo bajo y pongo la mirada en el espejo retrovisor—; Por favor, si es posible, evite la autopista. Tenemos tiempo.

—Creí que querías llegar al hotel.

—Algo me dice que nada más estar lejos de ese sujeto ya estás más aliviada.

—Cameron, no pretendas conocerme. Y no vuelvas a socavar mi autoridad frente a...

—Son tus amigas, no tus esclavas. Hacen lo posible por complacerte, pero para cumplir tus

estándares tampoco tienen que servirte como arena.

Sé que le falta poco para que le salga humo por los oídos. Así que tomo una fuerte inspiración de aire y me la quedo mirando, concentrado en esa expresión de niña furibunda. Nunca las aseveraciones de Jaxon me habían parecido más acertadas. Frank está en pánico y es obvio que ha intentado escudarse en esa actitud de berrinche.

Vuelvo a mirar al frente y digo al conductor—: Deténgase en algún sitio tranquilo. Sin mucho ruido.

El hombre sacude apenas la cabeza.

Cruzada de brazos, Frank mira por la ventanilla.

—A mí nadie me da órdenes —dice, entre los dientes.

Aprieto los párpados, me recorro sobre el asiento, y le sujeto el rostro. Al obligarla a mirarme, lo primero que noto es la fuerza que les ha impreso a sus facciones. Quiere parecer dura y segura de sí misma.

Tal vez a personas como Millie y Rox les provoca miedo...

Pero una mujer así, para alguien como yo...

Dios, quiero cuidarla.

—Jamás te ordenaría nada, pero me gustaría que cuentes conmigo.

Ha cerrado los ojos.

—Por favor, Cam, mi espacio —dice, mientras pone las palmas contra mi pecho.

—Está bien si quieres que me aleje. Siempre y cuando no te estés mintiendo ni me estés mintiendo a mí...

Regreso a mi sitio e imito su postura. Cada uno de su lado, tenemos el tiempo necesario para ver a lo lejos, ella quizás para pensar si quiere hablarme de su acompañante antes de que lleguemos al hotel. Y es cuando el auto se detiene en un descampado que me doy cuenta de que Frances ha empezado a gimotear hace como diez minutos.

Un par de escalofríos me ha recorrido, pero no volví la vista.

Soy bien conocido por respetar a los demás.

Tras bajarme del coche en cuanto se ha parado por completo, Frank tarda en seguirme, pero termina haciéndolo. Está vestida con unos jeans que le llegan hasta la cintura diminuta, y esta vez está usando tacones, así que le cuesta bajar del pavimento para encontrarse conmigo.

Quisiera extender la mano para ayudarla, porque podría hundírsele un tacón en la tierra, pero tiene la mirada desviada y un aspecto de orgullo que no puedo hacer que deje a la fuerza. Tiene que hacerlo por sí sola.

—Antes de que digas cualquier cosa —empiezo, poniéndome las manos en la cadera— te exijo que trates a la gente con humanidad, al menos cuando estés frente a mí. Me parece muy desagradable ver que eres así con personas que te son leales.

—Ellas ya me conocen.

—Y aun así no deja de ser de pésimo gusto.

—Pues lamento que no se ajuste a tus estándares sociales...

Niego con la cabeza y doy un paso hacia ella de manera abrupta. Por el terreno, no puede retroceder a tiempo, así que se tambalea. Le sujeto el brazo y la pego a mí de un solo movimiento.

—Nada tiene que ver con el estatus social. Es educación elemental.

Ella ha alzado la mirada hacia mí, y cuando se la llenan los ojos de lágrimas, apenas puede sostenerla. Parpadeo dos veces antes de recordar que es muy distinta a mí, que la criaron para defenderse y por eso siempre está a la defensiva.

—Est...

Vuelvo a atajarla, pero en esta ocasión, le rodeo la cintura y planto un beso en sus labios, que permanecen cerrados por algunos instantes. Luego, lentamente, ella los abre. Me regala, poco a poco, la textura de ellos y se suelta en cuestión de minutos.

Ha rodeado mi cuello con sus manos y tiene el cuerpo encorvado, ajustado al mío.

Cuando me aparto, pego la frente a la suya.

—Dime quién diablos es ese tipo y por qué te puso así.

—No quiero hablar de él. No así.

Dos gruesas lágrimas se deslizan por sus mejillas.

Niego con la cabeza, a punto de perder la calma.

—Mira cómo estás. Por favor... —Acuno su rostro en mis manos—. Cuéntame. Los problemas no duelen menos si los cuentas a alguien, pero como mínimo su carga se hace más ligera. Compártela conmigo.

—Aún no estamos casados, Cam.

Echo la cabeza atrás.

Frankie me mira, y ahora ya no es la todopoderosa de los lingotes de oro. Es una chica en plena juventud, sola, que probablemente ha venido sufriendo cantidad incontable de abusos a lo largo de su existencia.

—Es el detective Hills. Quiere que le pague otra vez para... dejarte en paz.

Sin comprender, sacudo la cabeza y respiro hondo, antes de cuestionarla otra vez.

—Eso se llama extorsión.

—Sí, pero no me pide dinero...

Sus ojos buscan mi mirada; he estado pensando que Frances es mala mentirosa. Pero no es así. Estas semanas, los meses de nuestros correos electrónicos, siempre fingió que el tema era el dinero. Pero en realidad lo que más dolor le provoca no está a la vista de nadie que no sea mujer.

Aprieto las mandíbulas al entenderlo... Y también los puños.

Frances

Estoy determinada a dar un paso atrás, a esconderme de la mirada acusadora de Cameron, pero justo cuando estoy a punto de mostrarle mi disgusto, él se pasa una mano por el pelo. Lleva un corte que no es militar pero tampoco desgarbado. No está vestido apropiadamente para ser un empresario de su calibre.

Y me encanta.

—Imagino que tiene que ver con tu primo, también —me dice él.

Abro los ojos sin saber cómo responderle.

He de contarle cosas que me dijo Chester que no contara. Si mi abogado se entera de que no voy a estar protegida por el estatuto de la privacidad del matrimonio, le avisará a mi primo en menos de lo que canta un gallo. Así que me aclaro la garganta y miro en otra dirección.

Cameron rebusca en mi rostro...

Pero yo no sé qué quiere encontrar.

—Es el detective que llevó el caso de mi padre —suspiro, los brazos en jarras—. Hace siete años yo tenía quince y él un atractivo superior. Para mí, fue como estar en presencia de un héroe, ya que ni siquiera mi abogado me trataba como a una víctima. A veces la frialdad de las personas te empuja a hundir tus escrúpulos en lo más profundo del alma, a donde no te hagan débil. Hills me ayudó a envalentonarme. Me ayudó a saber que tengo armas para defenderme...

Los ojos de Cam, cuando los miro de lleno, amenazan con salirse de sus cuencas. Sé que no puede creer que esté diciendo esto. Pero no tengo otra opción. O hago que se olvide de lo que he dicho minutos atrás, o no dejaré de insistir.

—Abusó de ti —sentencia él.

Niego con la cabeza mientras uso el resto de mis energías para tratar de contener el llanto. Pese a que hace demasiado tiempo que no lloro de tristeza, me han embargado otros sentimientos desde que circulo alrededor de Cameron Baltazar y, por si fuera poco, lo he ambicionado cada noche que paso lejos.

En mi hotel todo parece acomodado de manera fría, estéticamente, predispuerto como un algoritmo para un promedio de persona. Nunca he sabido lo que es ser el centro de la atención de alguien que no tiene malas intenciones para conmigo. Y aunque Cameron me ofrezca ser el centro de ese universo, tengo promesas que cumplir.

—Solo debemos fingir bien que estamos enamorados, tengo como prueba los correos que intercambiamos desde el año pasado.

—Quiero que pienses lo que estás diciendo —me espeta Cam. Oigo atentamente el tono fúrico que ha salido a través de sus labios.

Ya estoy arrepentida incluso antes de volver a hablar.

—De verdad, estoy un tanto abrumada. A Millie la han contactado no sé cuántos periodistas; por ti, claro. Quieren que dé entrevistas y no tengo paciencia para eso.

—Me importa un comino lo demás, necesitamos hablar sobre...

—A ver —lo interrumpo—. Necesitas portarte a la altura de tus circunstancias. No tenemos

mucho que objetar a lo que Hills pida. Intentaré que Owen lo soborne y ya veré después.

Cameron sacude la cabeza en esta ocasión, y su semblante me provoca acidez estomacal. Me bebí dos mojitos en el avión, por lo que empiezo a sentir náuseas en cuanto él entorna los ojos y sube la pequeña inclinación de regreso al automóvil. Esta vez ni siquiera se gira a mirar si con los tacones puedo llegar correctamente.

En silencio, atormentada por las imágenes de lo que viví hace tantos años y que creí que no se repetiría, regreso al auto. Cameron entra el último y da un portazo al sentarse, pero luego no dice nada. Evito, en el tramo que resta hasta Downtown, mirarlo siquiera. No tengo los ánimos que se requieren para empezar a reconocer que hay a quienes no les puedo hacer frente si no estoy acompañada. Y es que supongo que todos tenemos un monstruo debajo de la cama.

El chofer es quien nos abre la puerta cuando llegamos al FRe. En el vestíbulo me espera Roxanne, cuyo hijo no veo por ningún lado. Solo así recuerdo la grosería que les hice en el aeropuerto; siempre me tomo mi tiempo para darle un beso al niño que me provocó que conociera a su madre hace ya algunos años. Pero hoy me porté como una imbécil. Sin saber cómo portarme frente a mi buena amiga, le sonrío pacientemente.

—Hice una reservación, pero Hills me exigió que fuera en tu habitación privada. La cena la llevarán allí en... —Ha mirado su reloj de muñeca—. Diez minutos. Vas retrasada.

Justo al llegar a mi lado, Cameron me rodea la cintura y me da un leve empujoncito para que sigamos caminando. En el interior del elevador, un par de personas me observan. La mujer mayor tiene en sus manos una revista de sociales; nuestra foto está en la portada. Doy un suspiro pecaminoso, que roza la frustración.

Cameron me mira de soslayo cuando yo lo hago directamente con él...

—A la larga nos va a beneficiar que tu rostro esté por todos lados —dice, como si conociera mi congoja—. No te enfurezcas, cariño, pero si queremos que las acciones se eleven, más nos vale dar buena impresión.

Le ofrezco una sonrisa forzada. Por fortuna para él, el timbre del ascensor nos indica que debemos bajar en este piso. Antes de salir, no obstante, Cameron les regala a las mujeres a mi lado una esplendorosa sonrisa, de esas que le vi en las entrevistas tras la muerte de su padre o cuando le cancelaron el contrato.

Ah, y cuando su novia lo dejó.

A paso lento nos encaminamos hacia mi habitación. Una vez frente a la puerta, un camarero la abre por nosotros. Está saliendo junto con el carrito de la cena, que supongo acaba de poner en el comedor del que está provisto el cuarto. Cam me invita a pasar y al hacerlo, de inmediato el frío me tensa toda la extensión de la columna vertebral.

En apenas unos minutos, soy consciente de la violencia que siento en todo el cuerpo al encontrarme tan vulnerable frente a Hills. El tipo al que creí, con mi corazón de niña, cuando lo necesité. No quiero aceptar esa palabra que Cameron me soltó, pero ahora, en estos días, si pienso en la confusión de la que fui capaz en ese entonces, me siento sucia y tonta.

Intento sonreír ante mi abogado, pero la socarronería en los ademanes del detective me impide mantenerme tranquila. Envarada junto al comedor, le lanzo una mirada de auxilio a Peterson. Él baja la mirada, sujeta su copa y dice—: Bien, señores. Tengo que admitir que no me esperaba que nos fuéramos a juntar...

—Eso es porque no creímos que Frances necesitara de nuevo una investigación...

Aun cuando creo que tenemos todo bajo control, siempre cabe la posibilidad de que Chester se haya dejado algún cabo suelto. Hills nunca supo que mi primo convirtió todas las ganancias ilícitas de su padre en oro puro, del que se puede fundir y transportar de distintas maneras. Él fue

a la cárcel a pagar por los delitos de otros.

Yo me encargué de esconder lo demás.

Y Hills... él se atribuirá el placer de habernos salvado a ambos, aunque Chester le pagó muy bien. Eso. Y el hecho de que no sabe que nuestro dinero no es dinero, sino materia prima.

—Realmente nos intriga su visita, detective —sisea mi abogado, como la buena serpiente que es.

Sigo con el mentón elevado, sin querer mirar hacia Cam. De un momento a otro, las miradas se cruzan, el ambiente decae; la atmósfera es hostil y los movimientos cuidadosos. El primero en cambiar la postura es Peterson... Y entonces Cameron se sienta en la silla que está frente a Hills, con ese aspecto de provinciano que le queda tan bien.

Analizo la posición de sus antebrazos que, con toda alevosía y ventaja, ha apoyado en la mesa. Sería una falta gravísima a la etiqueta, pero luego miro al detective, que adoptó la misma posición. Entonces tuerzo una sonrisa por lo bajo al darme cuenta de que mi prometido o lo que sea se está mofando de nuestro invitado, y en su cara.

—A mí me intriga más —acaba de intervenir Cam—. Hacer un viaje desde Nueva Orleans... Ah... Qué curioso. A menos que Frances le haya enviado una invitación preliminar sin consultarme.

La ceja de Hills se curva.

Esto no es bueno.

—Voy a lavarme las manos —musito.

—Creí que habían tenido tiempo de que se cambiara antes —le escucho murmurar.

No sé qué responde Cameron porque, al dirigirme al baño, su voz es apenas un murmullo. Me tomo mi tiempo lavándome las manos. Al regresar, el calor ha aumentado varios grados. Peterson me mira con alarma y, en ese momento, pongo mi atención en el hombre que, últimamente, me hace tener muchas pesadillas.

Sí, sueño horrible cuando se trata de él.

Sueño que llevo una vida de color rosa, con una casa de jardín enorme, acabado victoriano y un río a sus espaldas. Hay dos niños que corren de un lado para otro y yo estoy embarazada de un tercero. Un hombre juega al soccer con ellos. No se vuelve a mirarme, pero en el fondo, algo dentro de mí me dice que es Cameron. Luego el día soleado se nubla y nubes grávidas surcan el cielo. Empieza a llover. Suenan unos disparos y busco el origen del ruido, para encontrar a Chester en el porche.

Él ha disparado.

En esa pesadilla yo amaba mucho... Amaba a Cam, a los niños y amaba al producto de ese amor que yacía en mi barriga. Y entonces Chester volvía a disparar; ahora hacia mí. Directo al corazón.

Estoy a punto de echarme a llorar cuando decido que no voy a manchar de sangre la vida de Cameron. En mi interior, se retuercen mis vísceras y no puedo sostenerme. Me duele cada centímetro de la piel al comprobar que hacer sacrificios es para gente que ya conoce el infierno en carne propia. Por eso no da miedo, aun cuando cueste lágrimas de sangre.

—El detective tiene una orden para auditar Fargo —me dice—. Yo recomendaría que llegáramos a un acuerdo...

Asiento.

Sé lo que eso significa. Vuelvo la vista a Cam, con el ceño fruncido. Él tiene los ojos clavados en la mesa. La comida está intacta.

—Hágame saber la hora y el lugar —digo.

Cameron sonríe, alza la vista y dice—: Si lo haces, termina nuestro compromiso.

Enarco una ceja, con la careta más fría que me puedo permitir.

—Firmaste un contrato y no puedes pagar la penalización por cancelar —refuto, para mirar en seguida a mi torturador—. Ya tienes lo que quieres, ahora l rgate.

Su sonrisa es amplia al erguirse. A mi abogado no le queda de otra que ponerse de pie al mismo tiempo, pero se echa todo el contenido de su copa en la boca antes de rodear la mesa. Me cruzo de brazos cuando me palmea un hombro, para retirarse después. Y así me quedo por escasos diez minutos, suspendida entre la idea de agazaparme en el suelo para llorar o arrojar todo por los aires. Sin embargo, miro a Cam, sin comprender cómo pueden dos personas que no est n destinadas a ser, osarse a retar así al destino.

La tristeza se hace nudo en mi garganta cuando él habla...

—Si esto era lo que querías, pues, sí, me tienes en tus manos.

Sus movimientos, cuando se levanta, son lentos. Por algunos segundos, tengo la grave tentación de rogarle que no se vaya. Pero la memoria de esa pesadilla aún está fresca. Si no me recuerdo todos los días lo que Chester no se ha cansado de repetirme, acabar  dañando a esta persona. Quizás cometí un error al elegirlo.

Pero mentir a si no dijera que estaba deseando poder ganarme un lugar en esta vida..., con alguien como él.

—Sabes que son negocios. Todo lo que tengo depende de que ese detective de mierda no busque el origen del capital que le estamos metiendo a la petrolera. Lo sabes.

Los ojos de Cam, esta vez inexpresivos, miran mi rostro.

Busca algo.

Qué difícil es para mí no poder ofrecérselo...

—Si te acuestas con él no voy a volver a tocarte.

—Si tienes veinte millones de dólares que ofrecerme, lo dejo todo.

Alzo de nueva cuenta el mentón.

Cameron se lleva las manos a la cabeza.

—No tengo dinero que ofrecerte, Frances. Y t  no tienes integridad que darme a mí. Lamento mucho que nos hayamos confundido tanto... Pens  que me permitir as ayudarte.

—Mientras se trate de mí, no te hagas ninguna suposición; saldrás mal parado.

 l asiente y, con pesar en el tono, dice—: Debí imaginarlo.

Poco antes de darse la vuelta, echa un vistazo en derredor, como si tuviera algo más que decir, pero dejándolo inconcluso. Después se marcha y me deja sola con esta bruma de horrores de la que, al parecer, no voy a poder librarme nunca. No entenderá jams : no soy como cualquier chica. No soy el tipo de mujer con la que Cameron merece vivir una vida plena.

Mis padres se encargaron de condenarme.

Me dejo caer en una silla, desconsolada. Y no s  c anto tiempo pasa hasta que escucho los pasos de alguien que acaba de entrar. No. Son varias personas. Varias personas me rodean y una se coloca frente a mí. Millie me ofrece una taza de t . Owen acaba de acercarse a una silla. Est  frente a mí, sin saco, con el pelo despeinado y los ojos puestos en mis rasgos faciales.

He llorado largo y tendido, abrazada por la soledad de la que mi primo y yo somos capaces.

—No puedes culparlo —señala Owen después de que le he contado todo—. Es texano. Un macho de esos... —No s  qué decirle, así que lo dejo continuar—: Puede que sea un contrato, pero si le gustas remotamente...

—Tal vez no sea eso —dice Roxanne—. Tal vez Cameron es solo un hombre de buen corazón y no le gusta pensar que un sujeto de cuarenta años abusó de una niña de quince. Y que

ahora, en sus narices, lo está intentando otra vez.

—Si pierdo ese oro no habrá Fargo y Cameron, cuya firma está en la inversión principal, puede ir a la cárcel.

—Entonces debiste haberle dicho eso, y no que te vas a tener sexo con un tipejo porque él no puede hacerse cargo.

Cierro los ojos, a punto de colapsar.

—Se trata de que me odie —digo—. Mientras más lejos quiera tenerme, más seguro estará.

—Eso tendría que decidirlo él —ataja Rox de nuevo.

Clavo la vista en ella.

—No sé de parte de quién estás.

—Estoy de parte de ti: mírate. Nunca derramaste ni una lágrima por las advertencias de Hills.

—Ella suspira, me revisa de pies a cabeza y espeta—: Ese llanto es por Cameron.

Inclino el cuerpo hacia adelante, insegura. Millie es la única que no tiene nada que decir, como cabría esperar de ella. A menudo me pregunto cómo hace para ser tan prudente. Habla lo que debe pero cuando le preguntas siempre tiene una respuesta concreta y eficaz. Sus modales son tiernos, delicados, los de un hada en todo su esplendor.

Ella sería más indicada para Cameron...

Suelto el aire de a poco, y me incorporo.

—Me enviará una dirección y una fecha; cuando la sepas, estúdiala primero y cuando verifiques que es segura, le confirmas.

—Frances... —Owen intenta disuadirme.

Abruptamente, lo enfrento, a sabiendas de que de lo que diré saldrá una fuerte discusión. Hace mucho que nos conocemos. Sé cuáles son sus límites y ahora mismo ha tocado los míos.

No tengo fuerzas para negarme.

No puedo permitir que Cameron salga manchado de esto.

—Chester me lo advirtió. Si pierdo todo, estoy muerta.

Se forma un silencio sepulcral.

Owen titubea, y al final dice—: No se atrevería a amenazarte así.

—No me amenazó —mascullo—. Pero le debemos a muchas personas... Personas que están esperando que lavemos ese dinero.

Owen se pone las manos en la cadera, circunspecto.

—Aun así, me parece una solución tórrida siendo que estás a nada de caminar hacia el altar.

—¡Pues es lo que tengo, Owen!

Nadie dice nada por alrededor de cinco minutos. Owen se despide de las chicas, pero no me mira más. En seguida, Millie me ofrece una sonrisa de consolación. Voy hasta la estancia, arrastrando los pies, con los ojos hinchados y un sabor amargo en la boca. Nada más recostarme a mirar el techo, Rox se sienta en el apoyabrazos.

Su rostro augura una de esas charlas que me hacen enojar mucho.

Pero me quedo callada.

—Si sabes que este matrimonio te hará sufrir así, y a él, aún estás a tiempo de cancelarlo.

Cierro los ojos para ignorar la furia que me embarga en cuanto la escucho. Aunque sé que es verdad lo que dice, presto más atención al dolor que siento por haberle hablado de esa manera. Tuve que empujar mis propios sentimientos por él para salvarlo de esto, y se me antoja bastante injusto. Pero con Chester nunca pude hablar de esas cosas.

Con él todo son negocios...

Y estoy cansada.

Quiero desaparecer.

—Tienes razón —musito.

—No lo digo para herirte más —reitera mi amiga, a la que traté tan desdeñosamente hace unas horas.

Ella me acaricia la cabeza, sonriendo.

—Llama al abogado, dile que me urge que venga.

Roxanne empieza a sacar su móvil.

Millie da un paso e impide que marque... Ambas la observamos, asustadas.

—Tengo una mejor idea —dice—. No sé si vaya a funcionar, pero igual... Creo que sé cómo detener a Hills. No podremos evitar que presente un informe y que te ronde hasta la boda, pero lo otro... Es eso o cancelar el compromiso.

Trago saliva al escucharla.

Roxanne guarda su teléfono, se cruza de brazos y espera.

—Dime.

La sonrisa de Millie es ingeniosa y al mismo tiempo torpe.

Pero reconozco su semblante.

Es una genio.

Cameron

La voz del abogado Peterson fluye abiertamente sin problema alguno. Sentado a la cabeza de la mesa directiva, observo con atención las gráficas de inversión que me está mostrando. Tiene bastante estudiado el campo de los hidrocarburos. Pero hay una cosa que me sigue atormentando sobre él: que fue el que primero cedió al chantaje de Hills. Una parte de mí ruega porque todo este embrollo acabe rápido y la otra quiere estrangular a este hombre para pedirle una explicación.

Al llegar a la última diapositiva, mientras se desabotona el saco del traje y se acomoda en su silla otra vez, finjo repasar el informe que el contador nos entregó esta mañana. En la junta solo estamos Queen, Peterson, Owen y yo; porque los demás son accionistas y me alivia que no hayan tenido que presentarse.

—Si pagamos las penalizaciones anteriores nos tomaría más del año ser rentables —comenta Owen; todavía tengo la vista clavada en las líneas que rezan el porcentaje que me toca. Levanto la mirada hacia él para escucharlo—. Nos conviene continuar con este contrato hasta el final... No habrá mucha ganancia, pero recuperaremos a un cliente potencial. Aquí... —Él pasa las hojas hasta dar con una en específico—. Se ve que tu padre impulsaba nuevos proyectos. Producir plástico fue un error por parte de tu hermano... Los contratos de hidrocarburos debieron cuidarse más.

Sacudo lentamente la cabeza, y con aire indiferente, digo—: Ojalá mi hermano hubiera escuchado a sus consejeros. Mi prioridad siempre fue la agricultura; los fertilizantes llevan un bajo costo de producción y a la larga conservan el mayor capital.

—Tendríamos que hacer un fondo de seguridad —dice el abogado.

—Es indispensable —Queen interviene, también con gesto de aburrición—. Los fertilizantes erosionan la tierra... Los grupos ambientalistas nos morderán el cuello.

—Lo tengo cubierto —les espeto. Con un clic del control que tengo a un lado hago pasar las diapositivas y les muestro un artículo que leí el año pasado.

Lo estudié bastantes horas junto con Jaxon, siempre pensando qué haría mi padre al respecto. Me limito a observar la cara de la joven universitaria que ganó el Concurso Nacional de Ciencias hace dos años.

—Un fertilizante no tóxico —susurra Owen, que está sentado a mi lado—. Nos tocaría pagar por la producción... —Me mira de lleno, pero con los ojos brillantes—. Pero no necesitaríamos fondo de seguridad.

—Y es una inversión redonda...

—Si funciona —ataja Queen, y señala a la chica que aparece en la pantalla—. Tendrá veinte años apenas... No es prejuicio, pero deberíamos investigarla a fondo antes de invertir diez por ciento del capital en una máquina que no sabemos si funcionará.

Owen me muestra una de sus sonrisas de tiburón.

—Los concursos de ciencias suelen avalar estos proyectos. Si no fuera real no habría ganado.

—La planta de El Paso está libre. Podríamos cederle ese espacio y, por el inventario, ya hay

muchos de los recursos en los barracones.

—Queen, encárgate de buscarla. —Cierro la carpeta.

En el acto, todos los demás se ponen de pie. Queen y Peterson son los primeros en salir. Pero Owen espera a que yo termine de apagar la diapositiva. Solo entonces abandonamos la sala de juntas. Sin embargo, él no parece tener intenciones de irse a su oficina, que está ubicada al fondo del pasillo. Con paso certero, continúa a mi lado hasta que estamos frente a la puerta de mi despacho.

Aún hay pocas personas aquí, así que no tengo asistente.

Me vuelvo a mirarlo de tajo, alzando las cejas.

—Anda, tenemos que hablar —dice con total seguridad—. Invítame un trago, de paso. Estoy sufriendo de tensiones muy altas. —Nos adentramos en la oficina y mientras voy al pequeño bar del que he provisto de nuevo el lugar, Owen continúa—: A ver si te pones a lidiar con tres mujeres tú solo.

—Mi madre cuenta por diez.

Owen se acomoda en una de las sillas al lado de mi escritorio. Le entrego el vaso de whisky y voy hasta la mía. Una vez allí, comienzo a aflojarme la corbata, bajo el escrutinio del contador privado de la empresa. O de Frances, aunque curiosamente desde el día que ella volvió ha estado muy constante aquí, conmigo.

Enarco una ceja, curioso por el motivo real de su visita.

—Hills ha estado hurgando en todas tus finanzas —dice, con la voz ronca, más seria—. Me encargué de que no le dieran algunos permisos, pero si encuentra algo extraño en la superficie, se irá más arriba.

Carraspeo antes de poder hablar.

No le conté a nadie lo que ocurrió ese día en la habitación de Frances. No le he dicho ni siquiera a Jax; casi podría escuchar sus palabras duras al respecto. Aun así, me siento un poco culpable, pero que Owen toque el tema en lugar de darme calma, me pone el ritmo cardíaco acelerado. Por ende, me acomodo las mancuernas a las mangas y clavo la vista en el escritorio de vidrio templado por algunos minutos.

Frente a mí, el quisquilloso hijo del magnate de las piedras preciosas se me queda mirando, quizás porque piensa que hablaré con él sobre un tema que, sinceramente, quiero dejar de lado.

—No encontrará nada —le espeto, arrellanándome en mi silla—. Podría pasar mucho tiempo así.

—La boda es el sábado —prosigue el otro—. Después de ello, y sabiendo que Jaxon Gordon es accionista, no meterá más las narices. En cuanto a Frank...

Elevo la vista, la bajo otra vez y sonrío, torciendo un gesto ácido... Es una mueca de incredulidad.

Owen puede ser bastante cínico a veces, pero sé que cuando se trata de algo importante para él, adopta, con sinceridad, esa pesada postura de hermano mayor.

—Frank no debería ser tema de conversación entre nosotros.

—Sí, pero hay algo que me gustaría que supieras —dice pese a mi negativa, y toma un suspiro para poder hablar—. Todo lo que concierne a Hills la pone nerviosa, Cameron. Créeme, te entiendo.

Vuelvo a esbozar una sonrisa, esta vez, más falsa.

—Lo dudo mucho.

Él cierra los ojos.

—Hablo como hombre. Ya sabes: testículos, testosterona, territorio...

—Por eso —le digo—. No creo que entiendas lo que significa que una mujer te diga que se va a acostar con otro cuando está a punto de casarse contigo.

—Ah —Owen rueda los ojos—. Eso. Los métodos de Frances son antipuritanos, la verdad, y en su mayoría casi siempre los apruebo, como este matrimonio poco convencional. Pero, he de admitir, lo de Hills no es nada más que ella quiera ir a acostarse con él. No, no y no. Y me niego a pensar que tienes la mente tan cerrada...

—Sé que ella no lo desea, pero lo que no sé es por qué demonios piensa que no puedo ayudarla en ese aspecto.

—Quizás es porque tiene miedo —sisea mi interlocutor.

El silencio que le sigue a sus palabras es tan abrupto y ominoso que creo que la temperatura ha disminuido. Me remuevo de nueva cuenta en mi silla, mientras acomodo la espalda enteramente en el respaldo. Owen, que no ha dejado de mirarme, le da un trago a su vaso y juguetea con los hielos que le puse. Suena un tintineo cada vez que lo hace.

Y luego aparto la mirada.

—Ella tiene derecho a tomar las decisiones que la hagan sentir mejor.

—Sí. —Ladea su cabeza como si estuviera estudiándome—. Pero me contó Millie que te has estado comunicando solamente con ella. Evitar a Frank solo hará que se enoje mucho, que haga berrinche, te hará las cosas más difíciles.

Me rasco la nariz porque al principio no sé cómo responder a eso.

Es verdad; desde el miércoles pasado no he hablado con ella. Cinco días. Y faltan tres para la boda. Me impuse la tarea de hacer caso omiso de los sentimientos negativos que me rumian la consciencia cada vez que me la imagino en los brazos de ese hombre; y no suelo ser una persona de emociones oscuras, no me gusta acunarlas. Si Frances me las provoca siento que lo mejor para mí es mantenerme a raya de su vida.

—Respeto el contrato, y nada más. Eso fue lo que ella me recordó y, hasta que se termine, es lo que voy a seguir haciendo. Puede que suene muy rígido, pero tú mismo lo dijiste: es cosa de testículos y testosterona. No lo será en la carne, y pueden pasar diez mil años sin que nada ocurra entre nosotros... Seguiré pensando que si no reconoces que las fuerzas se te acaban... Es molesto, Owen, y fatigante.

—Lo sé —dice, alicaído. También se ha quitado el saco—. La conozco bien. Debe de estar furiosa.

Encogiéndome de hombros, alzo la vista al techo por unos instantes.

—Acepté un trato con ella y pienso llevarlo a término. También cumpliré la parte en la que le dejo mi apellido como tanto desea, pero por lo demás, en lo que se refiere a relaciones, la nuestra es de negocios y punto. —Echo un vistazo a mi reloj—. Jaxon y yo vamos a ir a los rápidos esta tarde, ¿vienes?

—Si luego me prometen un par de copas, entro.

Rodeo el escritorio y le doy alcance justo cuando él está dejando el vaso en el barecillo. Apenas salimos de la oficina, nos topamos de frente con la encargada de recursos humanos que me hace un par de preguntas sobre la persona que quiero para asistente. Firmo una petición, recibo un memo que me guardo en la bolsa de negocios, y luego voy detrás de Owen hasta el elevador.

Dentro de él, el sonido apabullante al descender me hace sentir muy incómodo; trato de calmarme a mí mismo, pero, de un momento a otro, siento la mirada constante de Owen... Lo miro por el rabillo del ojo, bajo la vista y me percató de que me estoy masajeando el pectoral izquierdo.

Arrugo el entrecejo y cierro los ojos.

Paulatinamente, levanto la mirada hacia mi reflejo en la pared interna del ascensor, curioso por esta capacidad de persuadirme a mí mismo de permanecer enojado por mucho tiempo. Con un atisbo de sonrisa en los labios, justo en el momento en el que las puertas del aparatejo se abren, saco mi móvil del bolso interno de la americana.

Odio ir vestido de oficina, pero todos aquí dicen que soy la imagen de Fargo, la principal, y que debo de estar a la altura. Así como mencionó Frances...

—Uno de los problemas más graves de tu amiga es que no sabe reconocer cuándo está en una situación vulnerable —digo, aún con este sentimiento de aprensión en el pecho—. Habría querido llamarla, pero no necesito oírla decir que se revolcó con ese... hombre.

—Sí, habitúate a su hermetismo —Owen está sonriendo con todos sus dientes—. No lo hace porque te odie o porque le caigas mal. Para acabar donde acabó, Chester tuvo que protegerla. Frankie solo quiere regresarle ese favor. Quiere limpiar su nombre y vivir tranquila.

Pensando en esa sentencia, resoplo y alzo las cejas al tiempo que los dos bajamos la rampa hacia el estacionamiento. Un guardia de seguridad me indica que Jaxon nos está esperando, así que no perdemos ni un segundo. A mi lado, Owen comenta cuánto de su tiempo ha invertido esta semana en tratar de acoplarse a Frances y su mal humor por estos días.

Me responsabiliza totalmente de ello.

Claro, sé que una novia normal estaría eufórica si acaso el prometido no se presentara ante ella para ayudarla con los últimos detalles de la ceremonia, pero Roxanne y Millie están haciéndolo todo y, nada que me digan, me hará cambiar de opinión al respecto.

A lo mejor, gracias a las aseveraciones de Owen, logré sentir un poco de culpa. Pero mi instinto de la supervivencia es más fuerte que la atracción que llegué a acumular en favor de esa niña.

Cuando estamos finalmente frente al coche de Jax, Owen comienza a quitarse la corbata. Mi amigo, un veterano del montañismo, viene vestido para la ocasión. Estira la mano al bajar del coche y saluda al hombre junto a mí, pero detecto de inmediato, apenas me observa, que ocurre algo extraño.

—Estás en primera plana de una revista del corazón —dice.

La encargada de relaciones públicas de la empresa es Roxanne. Pero como está ocupándose de muchos de los detalles de la boda, ha puesto sus pies en Fargo unos cuantos días desde que arrancamos con el primer contrato. Millie hizo un viaje rápido para conseguir hortensias...

Hortensias.

Una flor que se marchitará pronto, para cubrir un evento que de auténtico no tiene ni una letra. Sin embargo, no me metí en nada de lo que Frances pidió. Y en el fondo sé que lo hace porque me cree miembro de esa sociedad que no te tiende la mano en el momento de dificultad. La hubiera sacado de la duda si fuera tan veloz en sacar sus propias conclusiones.

Confundido por lo que me acaba de decir Jaxon, y también un poco compungido por lo que eso significa, dejo a un lado el maletín, me concentro en la mirada escéptica de mi amigo, y espero a que me explique bien los detalles.

—Se trata de un artículo sin chiste —sonríe, aunque no me gusta su gesto—. A la que le va a encantar es a tu novia.

—Eso no se oye bien —dice Owen.

Estoy de acuerdísimo con él.

—Vamos, te muestro la revista de camino.

Obedezco en el acto a su pedido y me adentro en el lado del copiloto, donde me acomodo

con nervios. En el centro de la caja de velocidades, hay una revista enrollada, que reconozco porque solían hacer puntajes y test para ver qué chica tendría más oportunidades de conquistar a mi hermano.

Mamá dice que es de baja calidad que aparezcas en uno de estos sitios, que no es elegante. A mí no me importa, pero estoy seguro de que, si Frances lo ve, creará que todo lo que ha gastado en los preparativos es inútil. En la portada hay una foto nuestra del partido al que la invité para firmar el contrato. No sé de dónde la obtuvieron, pero es una posición muy curiosa; soy yo, mientras le pongo mi gorra y se la acomodo a la cabeza.

Hago una mueca de horror al leer el título de la nota: *el hijo pródigo ha caído otra vez*.

—Dios mío, a mi madre le dará un infarto —suspiro.

En las columnas que hay escritas respecto a detalles irrelevantes de mi relación con Frank, también noto que mencionan varias veces la cuna desconocida de mi novia. Nadie sabe quién es ni han oído hablar de ella y están muy curiosos por saber dónde nos conocimos. Por si fuera poco —y esto es lo más alarmante— la responsal dice que jamás han visto a mi chica hacer las compras de la boda en compañía de su suegra.

A Dolores Baltazar le dará una apoplejía.

—Salimos en varias revistas, pudieron haberse conformado —arrojo el endemoniado objeto a un lado, y Owen aprovecha para empezar a leer.

—Auch. —Lo escucho pasar rápidamente las páginas—. Si Frankie lee esto...

—A ver —Jaxon se remueve en su lugar con apariencia de no entender de lo que estoy hablando—. Díganme qué le importa a Frances que insinúen que su suegra no la acepta...

Me cubro la boca con la mano, conteniendo una bocanada de aire.

—Bueno, esto de los preparativos pudo haber costado menos —señala Owen en su tono básico y profesional—. La chica ha gastado una fortuna para que la señora Baltazar sepa que es la boda del año... Quiere que vaya. Y ya que Cameron no explicó por qué no podían entregarle la invitación ambos...

Sigo sin despegar la mirada del frente, la mano en la boca.

—Tendrías que habértelo imaginado —replica Jaxon.

Ha encendido el motor.

—Yo sé que no aprueba esto del matrimonio y el contrato, pero Cameron es el director de Fargo y probablemente la persona más controvertida en todo el sur de los Estados Unidos. Que la señora no vaya a presentarse a la boda dará mucho de qué hablar. Frances lo sabe y está curiosa, pero lo que nadie le ha dicho con el afán de proteger esa sutil inocencia por su parte, es que Dolores la descartó totalmente; corrígeme si estoy mal, señor prometido de una probable leona en celo.

—Qué desagradable comentario —me quejo hacia él, repantigándome en el asiento.

—Quiero entender —Jaxon habla mientras maniobra con el volante—. Frances es muy valiente y capaz, no necesita la aprobación de nad... —Él mismo se interrumpe cuando, supongo, cae en la cuenta de lo obvias que son sus palabras—. Ya veo, no estaba equivocado entonces. Tu novia está enamorada de ti y quiere caerle bien a tu madre.

—El señor la proteja —enarco una ceja y miro a través de la ventanilla—. Mi madre no es buena consejera de nadie. Y a mí me importa nada que no apruebe a Frank.

—No la llares Frank, nunca —se ríe Owen, pero adopta luego un aspecto más serio y entonces agrega—: Su padre la llamaba así.

Después de eso, no logro reunir fuerzas para decir nada más; ellos siguen durante varios minutos respecto a la nota del corazón, donde también señalaron que ansiaban conocer la

procedencia de Frank... Frances. El resto del camino voy más incómodo, así que antes de llegar al restaurante que está en el parque, escribo un mensaje instantáneo lo bastante claro como para que ella entienda que necesito sinceridad. Observo unos momentos la pantalla del móvil, esperando a que responda.

Y finalmente recibo una afirmación. Más tajante de lo que me gustaría. Pero al menos tendré la oportunidad de explicarle a mi prometida que no tiene que impresionar a mi madre. El recelo por nuestra última discusión no ha disminuido y, pese a ello, jamás permitiría que manchasen su imagen alegando que mi familia no la acepta.

Nunca.

Frances

Cuando a una niña le juran que para poder casarse de blanco tiene que llegar virgen a ese altar, le lanzan el curioso mensaje de que el blanco es sinónimo de pureza. El agente Hills siempre vestía con camisas blancas. Desde entonces le atribuyo el color a la muerte. Porque blanca pensé que era el alma de mi padre, y de todas esas personas que decían amarme.

A los quince años, sola, y con miedo, pensé que el color blanco me traería mala suerte, que vestirlo me recordaría para siempre a la noche en la que la mafia de los Antonoff entró en nuestra casa de Oregón, asesinó a mi padre y a mi tío, y amenazó con perseguirnos toda la vida.

Estoy de pie frente a un espejo que me muestra un vestido aperlado. La mirada de la modista es escéptica, ya que jura que, por el color de mi piel y ojos, tendría que haber elegido el blanco. Jamás le contaría mis motivos personales para haber escogido este color, pero ha empezado a mirarme con reproche cada vez que le exijo que se apegue a su papel.

Mi irritación va en crescendo una vez que me acomodan el velo y le dan los últimos tirones al tocado.

—Listo —sisea la asistente al tiempo que, tras haber permanecido agachada en la cola, me sonrío—. Se verá despampanante esa noche.

Quiero evitar mirarla con reprobación, ya que una parte de mí recuerda la solicitud de Cameron. Pero Cameron Baltazar, el motivo de este vestido hipócrita, es demasiado bueno como para comprender que me han estado tratando con condescendencia desde que llegué. Por principio, ni siquiera advierten que puedo pagarme yo sola el ajuar. Piensan que tengo un novio rico y que mi única aportación es el rostro.

Cualquiera diría que soy demasiado pálida en comparación con el bronceado natural de Rox, o la piel perfecta de Millie. Soy más bien normal, del tipo de mujeres a las que miran como una aventura y nada más. Sin embargo, mi parte prudente ata mi lengua y evita que diga alguna tontería. No por mi prometido, ese que no me ha dirigido la palabra en días, sino por la reputación que quiero forjarme y que no derrocharé a saber por cualquiera.

—En verdad has quedado muy bien —comenta Rox.

Para mi mayor provocación, anoche Owen me llamó para decirme que Roxanne tiene que integrarse al equipo de trabajo. Me vuelvo a ella, con mirada cansina, y bajo del mostrador en el que me encontraba. La dependienta, cuchicheando con la modista, se ha retirado algunos metros.

Rox sonrío con una disculpa en el rostro, quizás porque sabe interpretar mis muecas de disgusto.

—No es lo que piensas, Frances —dice mi amiga.

Entorno los ojos, regresando la mirada a la modista. La primera en aproximarse es la asistente, que me entrega un catálogo; es de Bvlgari, una de las joyerías más caras de la ciudad. En sí, la chica acaba de ponerme un sticker a donde están unos pendientes sencillos, caros sí, pero tan modestos que pueden pasar por una piedra sin valor.

—Le quedan de maravilla —señala la mujer cincuentona que ha dibujado mi vestido de novia. Un nudo se me forma en el estómago—. Es la boda del año, sea sencilla, aunque nadie la

conozca.

Sin decir más, da media vuelta y se marcha por el pasillo que lleva a sus oficinas. La asistente vuelve a mirarme, y para resarcir cualquier daño e incomodidad, dice—: Su relación con Dolores Baltazar es bastante estrecha, y leer cosas negativas sobre su amiga en un artículo que habla de usted, no le agradó demasiado. Pero no recibe a cualquiera.

Pestaño, sin realmente comprender qué trata de decirme. Al cabo de unos minutos, cuando nos hemos quedado solas, pongo mi atención en Rox, suponiendo que sabe algo de lo que no me he enterado.

—No sé de qué artículo habla —digo.

La sangre se me acumula en las mejillas. De pronto tengo más calor que el habitual.

Houston es una ciudad conocida por sus altas temperaturas en el verano, pero mi cuerpo, una caldera por estos días, es el culpable de que no mantenga una constante durante mucho tiempo; es decir, mis emociones han ido de un lugar a otro sin parar. A veces empiezan en mis extremidades y acaban en las puntas de mis dedos o en la lengua.

Desde que le dije a Cameron que iba a ceder a los chantajes de Hills, ha estado hablando con Millie por teléfono. Sabe cuál es mi número privado y él sigue llamando a mi asistente personal, o al hotel. Faltan dos días para la boda, no sé qué haré si a esto se resumirá nuestra convivencia ahora que me mude con él en lo que dura nuestro contrato.

Carraspeo ante mi introspección. En el fondo sé a qué atenerme. Sé que mi molestia no ha sido que la gente me trate distinto en este escalafón. La opinión popular no me interesa, ni lo hará. Solo que...

—Tendrías que leerlo tú. A solas —dice Rox, y me entrega su móvil, con un artículo abierto.

Le regalo una mueca abiertamente de cólera, para ponerme a leer de inmediato. Mientras bajo, cada centímetro, mis intestinos se remueven con más violencia. Minuto a minuto, se me hiela la sangre, no puedo moverme, y tengo el repulsivo impulso de arrojar el artefacto muy lejos de mí. Pero reprimo todos mis malos pensamientos, y me digo que yo sabía muy bien a lo que me iba a enfrentar al elegir a alguien tan decente.

—Que manden la factura al hotel —le espeto, la voz átona.

—Frances...

—Y llama a Owen. Dile que quiero hablar con él.

Aunque parece mostrarse reacia a seguir mis órdenes, termina obedeciendo. Le devuelvo su móvil, me marcho al vestidor, y comienzo a desvestirme. Tengo dificultades para bajarme el cierre lateral del vestido, pero cuando me miro al espejo del que está provisto el cambiador, me noto los ojos a punto de derramar un montón de lágrimas.

Apoyo las palmas en el reflejo y busco los resquicios de las facciones de papá, intentando mirarlo a él. Quiero que vea cuánto lo detesto, quiero que sienta el repudio que tengo guardado para él, que no descansa en su tumba, que se dé cuenta del daño que él y mi tío nos hicieron a Ches y a mí.

En esa entrevista, Cameron habló de su padre con orgullo; en el hombre que es, me doy cuenta de que crío a un ser humano en toda la extensión de esa palabra, y luego me veo a mí y veo de lo que es capaz mi primo y me doy cuenta de que jamás estaremos en sintonía. Siempre habrá algo que nos separe, una distancia que no veo y, por ende, no puedo terminar.

Respiro un par de veces antes de acometer de lleno contra mis emociones. La última inspiración me sabe amarga. Al final, cuando salgo del vestidor, la asistente de modista me ayuda con el vestido. Ya Roxanne se ha encargado de la factura y los trámites para la compra. No digo nada al salir del local, y no digo nada al subirme al coche que adquirimos para el puesto

de Rox. Es muy buena conductora. Es buena consejera.

Pero es terrible ocultando cosas...

—Quiero saber qué excusa te dio Owen...

La mujer está maniobrando para salir del embotellamiento. En cuanto tiene oportunidad, entra por una intersección, y sin cuidar sus francos dice—: Ha ido al Parque Hui a... hacer una caminata.

Con una expresión turbia, e incrédula, clavo los ojos en Rox, que no aparta la mirada del camino.

—Eso es... raro.

—Está con Jaxon y Cam.

—Así que ahora es Cam.

—Bueno, él me dijo que le dijera así. Además, mañana tenemos una cita. —Ha sonreído—. No te enojés.

—No me importa.

—Es por Cici —dice ella, pese a que no le he pedido explicaciones—. Cameron asegura que su reclutador puede ayudarlo. Al principio no quería darle falsas esperanzas, pero ya sabes cómo es.

Con la mirada pendiente de mi amiga, me quedo, durante algunos minutos, pensando en la posibilidad de que Cameron pueda ser tan especial en aspectos que a mí me tocan tanto. Si no fuera yo, diría que Dios hizo a este hombre con, específicamente, todas las características que me hacen temblar. Y también con esos defectos que no me importa ignorar aunque a veces me molesten.

—Necesito hablar con él —musito, dejando que me gane el corazón—. No me ha llamado desde ese día, y entonces, yo no... No he podido explicarle que Millie consiguió una manera de chantajear al estúpido de Hills. —Busco a Rox con la mirada, para que entienda mi apremio—. No me ha dado la oportunidad de contarle que no me acosté con él.

Noto el momento exacto en el que Roxanne comprende la desesperación de mi voz. Ella, con mucho cuidado, cambia el rumbo del coche. Una vez que está conduciendo hacia el puerto, reúno el valor para poner la atención en la calle.

—Está bien que te importe lo que Cam piense de ti —sonríe ella pasados algunos minutos, al estacionar el coche en una especie de *parking* privado; a lo lejos se ve una enramada. Un bar en la orilla del río—. También estaría bien si te importara lo que siente por ti.

Me desabrocho el cinturón de seguridad. Rox sonríe antes de bajarse al ver mi mirada acusadora, a la espera de que no se salte la barda con sus comentarios.

—Solo decía —me espeta.

Ambas estamos usando tacones, pero nos metemos por un camino de piedra que conduce directo al bar; al fondo hay una fuente y un canal que desvía agua del río para llevarla a unos jardines preciosos que se encuentran a un lado del estacionamiento, que hemos dejado atrás.

Justo cuando pienso que no obtendré mi cometido, Jaxon, Owen y Cam atraviesan las puertas altas del bar. Están vestidos de campiña. Siento a la perfección cómo se me ruborizan las mejillas en cuanto pongo la vista en él: y él, con una extrañeza insultante, me revisa desde los pies hasta la cabeza.

A pocos metros de distancia, Rox me advierte con una mirada solidaria. Sé que quiere que me relaje, pero mis ánimos no son de enojo, sino de tristeza. Sí. Estoy molida por los funestos comentarios que escribieron sobre mí. Y no es que me hayan hecho sentir menos, pero creo que no es necesario que te recuerden la realidad a cada hora del día.

Por raro que me parezca, el primero en saludarnos es Jaxon; Cam, con su chaqueta de lluvia, se adelanta un paso, saluda a Rox y se coloca a mi lado...

—Pensé que hablaríamos mañana —dice él.

Me retraigo sin pensarlo, y me relamo los labios, atendiendo a la extrañeza de que Roxanne haya tenido consigo mi celular todo el tiempo que duró la prueba del vestido.

Luego de aclararme la garganta, bajo la vista y distingo cómo Owen me mira. Lo ignoro. Ignoro también que Jax le extienda su brazo a Roxanne y la invite a caminar por uno de los empedrados. Estudio la posición de mi contador y, sin despegar la mirada de él, entiendo una cosa sobre los hombres.

Jamás dirán lo que queremos oír.

Y yo no tengo problemas para expresar...

—Estoy confundida, no podía esperar. —Y pongo la vista encima de él. Nos hemos quedado solos al pie del canal. Miro las ondas oscuras del agua; debe de tener unos dos metros de profundidad.

—Lo siento, quería que estuviéramos a solas para discutirlo. Por eso te dije...

—No vine para que hablemos del artículo —atajo.

Cam se cruza de brazos. Con esa chaqueta, esa camisa blanca, y ese vaquero, se le notan más los músculos que esconde con sus abrigos de mezclilla. Lo he tocado. Toqué las fibrosidades onduladas de su abdomen, sus pectorales y sus glúteos. Ansiosa, ebria y necesitada, le rogué, en el suelo y abierta para él, que no se detuviera. Como una niña que lo ha perdido todo.

Uso mis dedos derechos para ponerme un mechón de pelo tras la oreja. No porque esté mal ahí, sino porque necesito ocuparme. Han sido unos días sin su atención desde que llegué. Y no he parado de pensar en lo que sentí cuando me besó. No paro de pensar que fue una empresa atrevida, que rompí una regla y que, a cambio, el castigo divino por apropiarme de algo puro que no es mío, es mirar sin poder tocarlo de nuevo.

Cameron sigue mirándome, atento, y veo que respira profundamente.

—Ni siquiera quiero oír mencionar al...

—Esto no está en nuestro contrato; nadie me obliga a venir a darte una explicación, pero quiero hacerlo. —Miro a un lado para encontrar el camino vacío. Owen ya no está y el par conformado por Rox y Jaxon se ha ido a la linde del río, recargándose en el barandal.

—Ya sé qué disposiciones tenemos con ese contrato, si no es mucha molestia no lo postergues.

Esbozo una sonrisa de incredulidad.

Sí. Lo supe desde que no se molestó en mirarme las piernas cuando le mostré el arma. A Cameron no le asusto como mujer; le asusto como persona en general. No le asusta que yo le guste; es de los que dejan fluir su vida, de los que no se estancan, de los que aceptan lo bueno y desechan lo malo.

—No me acosté con él; no tendría que importarte y, aun así, vine porque Rox dice que vas a ayudarla a que su hijo, que tiene asma, pueda cumplir su sueño de jugar béisbol y solo pienso en lo feliz que será.

—Es un niño.

—Y merece ser feliz.

—Todo el que se esfuerza y la construye, encontrará felicidad. También tú.

Vuelvo a sonreír.

—Mi sueño era casarme de blanco, pero la gente dice que, si no soy virgen, no me merezco el color. Además, el blanco es el color de la muerte. No el negro.

Circunspecto, Cameron baja unos segundos la mirada.

—Frank.

—Lamento mucho que hayas tenido que sufrir mis palabras hace unos días. No quería herir tu ego...

De pronto, él se gira en los talones, se pone las manos en la cadera, y apenas intento acercarme, antes incluso de poner tocar su espalda, un tacón se hunde en uno de los orificios de la roca. Siento la torcedura formarse en mi tobillo y, no importa cuánto me duela, no alcanzo a gritar.

El agua del canal está fría.

He tragado un poco y, mientras más trato de nadar hacia la superficie, el dolor del peroné no me deja. Sin embargo, un fuerte tirón me impulsa hacia afuera del canal. Inhalo tan profundo como puedo. Un brazo me ha rodeado la cintura, pero ni el dolor ni el miedo me dejan buscar a la persona que me ayuda a salir.

Sujetándome de la cadera, él me sienta en el borde del canal, una especie de barda de concreto; Jaxon Gordon se ha quitado su casaca, una pieza que es carísima seguramente. El dueño de los Oilers, ese que no me cae nada bien, tira de mis hombros y me cubre con su chaqueta.

—Ya está, ya está —musita.

Estoy temblando de frío.

—Déjame a mí —dice una voz que de pronto hace que todo lo demás se borre.

Levanto la mirada hacia Cam. Sus ojos me escudriñan, y el corazón se me detiene por una fracción de segundo: al verlo empapado desde los pies hasta la cabeza, lo único que tengo para hacer es tiritar, parpadear e intentar conseguir más aire.

Trato de hablar, pero mi voz está atorada por una especie de frialdad que tiene mi pecho adormecido.

—Dios, qué susto —Roxanne susurra.

—Voy a sacar el coche —dice Jax—. Hay que llevarla a un hospital.

Aprieto los ojos ahora sí, consciente de que pudo haber sido peor. Pude haberme roto una pierna o haber golpeado con la cabeza el concreto de la piletta. De un instante a otro la escena de mi vista cambió; iba a tocar el brazo de Cam, iba a mirarlo a los ojos y a pedirle una disculpa por hacer más complicado todo esto. Pero no he podido controlarlo.

Antes de verlo en persona, gracias a haberlo estudiado tanto, ya estaba medio enamorada de él.

—Estás bien —dice—. No ha pasado nada. Tranquila.

—Me hace daño tu indiferencia —suelto, obligándome a no tartamudear.

Cameron busca mi mirada, y dice, porque sabe que estoy hablando en serio—: Hablaremos después.

—No. No qq-uiero hablarlo dess-ppués. Quiero que escuchh-es lo que vine a decirtt-e. —Me acomodo en la roca, y Roxanne se da vuelta, sin mirarme, así que prosigo—: TT-engo un compromiso con mi primo, uno grann-dde, y cometí el error de tener sexo contigo, porque ess-o me hace dudar de si quierr-o ser leal a mi famm-ilia, a lo que me queda, u ho-ho-nesta. Cameronn, me pones en una encrucijada terrible, y... ss-i muestras celos... Si muestras pp-reocupación por mí...

No llevo zapatos, creo que se los llevó la corriente. Pero ni eso me hace sentir peor que lo que Cam dice entonces.

—Te prometo que no volverá a ocurrir —comenta.

Tiene el pelo pegado a la frente. Cuando mira en otra dirección, se le tensa la mandíbula, se le dibujan unas marcas en las comisuras de los ojos y parece a punto de vomitar.

Roxanne está de vuelta... Sus ojos me regañan. Pero no dice nada gracias a la situación.

—No pp-uedo —gimoteo.

Y empiezo a llorar.

Jesús, hacía años que no lloraba así.

Una larga hilera de gruesas lágrimas se desliza por mis mejillas. Mi respiración es entrecortada y siento que un puño me golpea el esternón; pero no es de ese modo.

Es mi corazón, que duele.

—Ya, está bien, ya viene Jax.

—Vámonos —digo, con la voz torpe, llena de emociones que no quiero acunar más.

—Frances...

—QQ-quiero irme. PP-edimos un médico particular.

Ella me ayuda a ponerme de pie. Pero no podemos dar ni un paso. Cameron regresa frente a nosotras. No lo miro. Rox, que se muestra imparcial y firme a la vez, agacha la cabeza.

—Si no te importa, voy a hacer lo que sea mejor para mi prometida, que parece no tener ni un poco de sentido común —masculla Cam, la voz ronca.

—No te atrevas —musito, recuperando la voz.

Él, ignorándome, me pasa una mano por debajo de la axila, de las rodillas, y me levanta sin problema alguno. Estamos en público y ya hice el alboroto suficiente.

Cam, serio y caminando por el empedrado otra vez, me espeta—: Si querías que no sintiera nada por ti, debiste de haber elegido a alguien que le importe un pepino el amor al prójimo.

Frances

—Te digo que me bajas.

—Y yo, por enésima vez, te digo que dejes de removerte así porque los dos iremos a parar al suelo.

Al abrir Jaxon la puerta, Cameron me deposita en el asiento trasero del coche. Intento fulminarlo con la mirada, pero él ni siquiera se molesta en prestarme atención. No voy a decir qué tanto me duele el tobillo... No lo aceptaré por mucho que esté avergonzada. Mi enojo es todavía superior a las ansias que tengo por haberme visto envuelta en un embrollo de este estilo.

Antes pensé en obligar a Cam a estar en buenos términos. Pero ahora todo lo que quiero es que desaparezca de mi vista. Él está mirándome fijamente a los ojos cuando, de la nada, niega con la cabeza. Su expresión es más bien de tortura, como si también le costara estar junto a mí en estos instantes. Por fortuna, no me hace pasar más bochorno con esa mirada de estupefacción. No. Luego de cerrar los ojos y suspirar, él se da la vuelta y me encierra aquí. Observo cómo se lleva las manos a la cadera al tiempo que Jaxon le palmea un hombro.

En seguida, su amigo se sienta al volante. Cameron, cuando este se le acerca, le dice algo a Roxanne, quien hace un aspaviento y regresa hasta el auto en el que vinimos. Por supuesto, nadie me explica qué pasará, pero lo averiguo cuando escucho preguntar a Jaxon a qué hospital deberíamos ir.

Finalmente, recargo la cabeza en el asiento y cierro los ojos. Ha empezado a punzarme el tobillo. Sé que tengo una lesión importante, pero, a ciencia cierta, no es la culpable de que se me forme un nudo en la garganta. Aquí, con estos dos como compañía, no soy yo y no me siento cómoda. Me siento débil y a la defensiva.

Tiene que pasar un momento muy largo para que el coche por fin se detenga. Me hago a mí misma ignorante de lo que ocurre alrededor, hasta que escucho el sonido de la puerta cuando se abre. Con el rostro reseco y las extremidades frías, me acomodo lo suficiente para que Cameron, esta vez sin evitárselo, cruce su brazo por debajo de mis rodillas. Rodeo su cuello y hago una mueca inevitable al sentir el movimiento brusco de mi pierna.

—Lo siento, fue por el ángulo —se disculpa él cuando empieza a caminar.

Estamos en la parte trasera de una clínica privada. Tiene un anuncio que reza «urgencias» en letras rojas, pero fuera de eso, parece más discreto de lo que me imaginaba. En un acto inconsciente, me acurruco contra su pecho porque nos encontramos de frente con dos enfermeras. Cam se detiene a hacerle una pregunta.

La chica, que no debe de ser mayor que yo, le sonrío abiertamente. No la culpo. Ya sea que está vestido con corbata o ropa campestre, Cameron siempre llama la atención por ser tan robusto y cálido. Emanan la misma aura que los árboles frondosos y verdes que encontrarías en mitad de un campo árido, plano y sin vida.

Me doy cuenta de que no pretende ser disimulada cuando la escucho decir—: Puede llevar a su hermana allá, que está un médico de guardia. Venga, los guío.

Trato de no buscar la mirada de Cameron por algunos segundos, pero al llegar a una

habitación cerrada, la enfermera se vuelve a él de nuevo y le señala el interior. Ella misma abre la puerta para dejarnos pasar. Mi prometido, que es cordial por naturaleza, le da las gracias en voz baja y se adentra conmigo en brazos.

—Vaya —el médico que está dentro nos recibe y, en el acto, apunta hacia una camilla del fondo—. Espero que no haya ocurrido nada grave.

Estoy a punto de soltar una imprecación al escucharlo. Pero Cameron, gracias al cielo, se apresura a explicar mi torcedura y la caída. Durante unos quince minutos, el médico se entretiene haciéndole pruebas a mi tobillo. Descarta la posibilidad de que me haya fracturado y se dispone a escribir una receta.

—Yo le recomiendo que no fuerce la articulación —dice mientras se sienta. Ya me he bajado de la camilla y Cameron me ayuda a sentarme también frente al escritorio del doctor.

En ese momento, la enfermera de antes entra, con una bandeja en las manos. Minutos atrás el médico hizo una llamada, pidiendo unos enceres para inmovilización. Con venda en mano, la chica se me aproxima. Cameron se encarga de acomodar la silla y entonces pongo el talón en un armazón que me acerca.

Como fondo, sigo escuchando las recomendaciones del hombre a mis espaldas. Que dos días permanezca sentada lo más posible y que trate de hacer estiramientos leves para recuperar la movilidad pronto.

—Tendría que ser antes del sábado —señalo con la voz trémula, mirando con detenimiento las manos diestras de una enfermera bastante bonita—. El sábado nos casamos.

Ladeo la cabeza para mirar bien desde este ángulo la reacción de la muchacha, que levanta un poco la cabeza y de inmediato, sonrojada, la clava en su bandejita de los chuches para crear una especie de férula de tobillo. Hago caso omiso de la vergüenza que tiñe sus facciones y, cuando se marcha, al regresar a sentarme en la anterior posición, le sonrío abiertamente al médico.

—Bien, le he recetado desinflamatorios —me dice—. En cuanto a su boda, si se queda en la cama estos días y solo hace los ejercicios, es posible que pueda caminar por el altar sin complicaciones. Tal vez si usa una plantilla...

—Estaré bien —lo corto. Me aclaro la garganta para corregir mi tono—. Le agradezco mucho.

—No es nada —musita.

—Bien, veamos si puedes apoyarte en mí para caminar —comenta Cameron al levantarse.

—Solo dame la mano —le espeto.

Poniéndose frente a mí, él entorna los ojos. Sé lo que significa su expresión, así que miro hacia otro lado y, como si se tratara de un pedido suplicante, le extiendo los brazos para que me cargue, justo como tiene pensado.

—En serio —susurra mientras camina por el pasillo—. Tienes que mejorar ese carácter tuyo. La manera en la que tratas a las personas es... curiosa. Podrías encontrarte con alguien a quien no le haga gracia.

—Al médico no pareció importarle, ¿por qué a ti sí?

—Si quieres te regreso a su consultorio.

—No, solo no tendrías que echarme en cara un defecto que adquiriré luego de que la gente abusara de mí siempre que tenía la oportunidad.

—Sí, Frank, pero ya estás en otras circunstancias... Y si quieres que te lo diga, estás conmigo... No voy a abusar de ti. De ninguna forma.

Pese a lo mucho que me importa que lo diga, no le hago saber lo consciente que soy de las consideraciones que tiene para conmigo. No intento justificar mis malos modales, o el repelús

que me provoca el tenerme que relacionar con gente que no forma parte de mi zona de confort. No, con Cam, las cosas se me salen de las manos; es ahí donde compruebo que estos meses de convivencia a su lado van a ser una muerte bastante lenta.

Otro nudo, este más gigante que el anterior, se me aprieta a la garganta al pensar que un día, dentro de un año, tendré que renunciar a este sueño traslúcido que me causa tanto dolor por estos días. Pongo una mano extendida en el pecho de Cam, y cierro los ojos al apoyar la cabeza en su hombro.

Armada de valor, una vez que hemos llegado a la sala de espera y escucho las voces de Jax y Rox, me digo a mí misma que a partir de ahora, no permitiré que nadie me diga cómo sentir y por quién debo sentirlo.

—Si quieres puedo llevarla yo —dice Rox ante las instrucciones de Cameron sobre el reposo.

—Lo mejor es que no —sisea él, amable pero tajante.

Así, continúa el camino de vuelta al auto de Jaxon. Pero esta vez se sienta conmigo en la parte trasera. Me ayuda a colocar el pie encima de su regazo y se queda mirando el resultado de los vendajes.

Al tiempo que miro su perfil, digo—: Hills tiene un largo historial de corrupción. Y Millie es la mejor analista de finanzas que ha existido alguna vez. —Echo un vistazo por el espejo retrovisor para encontrarme, como pensé, con la mirada curiosa de Jaxon—. Sin contarte a ti, claro.

El por ahora conductor sonrío y desvía la mirada.

—Por favor, Frank, no quiero saber los detalles de tu tórrida relación con ese hombre.

—Pues es que estás siendo testarudo, y odio tener que portarme hostil para que no notes que me aterra la manera en la que me miras... —Sus ojos se posan en los míos, de modo que los desvío—. Como si fuera un monstruo.

—Ah, perdón que me meta —espeta Jaxon desde su lugar—, pero Cameron siempre ha pecado de efusivo cuando se trata de proteger a los que le importan. Nunca lo aceptará, pero tiene una de las personalidades más dominantes de toda la cadena evolutiva.

—Preferiría que no quites la atención de la carretera. Gracias.

Después de que me inyectasen el analgésico, el dolor ha ido remitiendo, pero aun así no me permito sonreír al ver que hay alguien en este mundo que puede irritar así de fácil a Cameron, ya que no es la tarea más fácil del mundo. He visto que conmigo se enoja porque lo presiono mucho, porque la circunstancia de nuestra relación es nueva y por eso no puede ignorarla. Pero es más notorio que si conoce a la persona a fondo, le es mejor pasar de él y no darles importancia a sus pullas.

Una voz insidiosa dice que yo nunca tendré la oportunidad de que me conozca así...

—La convivencia entre nosotros dirá mucho de las acciones de Fargo, Frank —le escucho decir después de un silencio—. Sé que no estás obligada a explicarme tu vida, pero agradecería que fuéramos diplomáticos.

—Lo sé, y por eso acepté que Millie hurgara en la cartilla de Hills —digo—. No me molestará por un tiempo. Dice que no podemos evitar que indague en las finanzas de la empresa, pero como el encarcelado es Chester, a mí no tienen de qué acusarme.

—Y yo nunca he metido las manos en el fango —acepta él; luce más relajado ahora—. Pueden estar tranquilos.

—A nosotros solo nos preocupa que salgas bien librado —suspiro, ya fatigada de tener que justificarme todo el tiempo—. Es un favor grande.

Tras unos cuantos cruces más, el hotel por fin se dibuja frente a mis ojos. Cameron y Jaxon

me ayudan a bajar y, en el vestíbulo, Roxanne es quien pide el ascensor. Nos toma muy poco regresar a mi habitación. Al llegar, Owen y Millie están en la sala, esperando.

El aspecto de ambos es curioso, y quizás de preocupación.

—Ven, te llevo —Owen me ofrece la mano.

—Está bien así —le dice Cameron con ese mismo tono de intransigencia—. Tenemos algo de qué hablar todavía.

Asiento hacia los presentes y luego, con su ayuda, me encamino en dirección de mi alcoba. Escucho claramente cuando Rox le pregunta a Jaxon si le apetece una bebida.

Estoy recostándome en la cama, incómoda por la ropa húmeda, cuando Cameron se adelanta a mis pensamientos...

—Roxanne puede ser muy ingenua a veces —dice, con cierto aire de misterio.

Él dispone dos cojines y me coloca el talón en lo alto.

—No sé a qué te refieres —musito porque esa es la verdad.

Rox es mi compañera hace mucho, y no sabía que guardara ningún secreto. Si tuviera que usar un calificativo con ella, diría que es todo, menos ingenua. Pero Cameron es bastante observador. De esas personas que a menudo descubren cosas sin que tú mismo te des cuenta. Por eso, mientras le señalo dónde encontrar una toalla para secarme, le otorgo el beneficio de la duda.

—Que Owen la mira mucho —se ríe—. Tendrías que cambiarte de ropa.

—Lo haré cuando te vayas —suspiro y recuesto la espalda en la cabecera de la cama—. Owen mira así a todas las mujeres.

Cameron me regala una mirada cansina, y no entiendo al principio ese gesto de duda. Luego lo interpreto como una expresión de sensatez.

—Sabes que es un mujeriego por los comentarios que hace. —Enarca las cejas al hablarme—. Pero ¿alguna vez lo has visto de juerga o con equis o ye mujer?

Es mi turno de mirarlo con introspección.

Dudo unos instantes y, al pensármelo, descubro que es verdad: Owen siempre dice cosas que me parecen fatídicas en un hombre; mi padre habría dicho que es lo que tiene ser, pero Chester diría que le faltan testículos. Depende de la perspectiva. Sin embargo, que Cameron diga que mi compañero es un bufón, que ha fingido todo este tiempo, no solo cambiaría totalmente lo que pienso de la vida. Sino que resultaría vergonzoso.

—Nunca me ha interesado seguir al pie sus relaciones amorosas —admito—, pero eso no quiere decir nada.

—Podría estar en un error.

—Sí.

—Aunque lo dudo. Jaxon está de acuerdo conmigo y ya viste que nuestra amistad no está basada en las cosas que nos hacen afines.

—No entiendo por qué fingirlo...

—Tal vez por llevarle la contraria a sus padres. Pero desde mi punto de vista eso solo empeora las cosas.

—Qué raro —digo.

Cameron me extiende la toalla, o eso es lo que pienso, porque al segundo siguiente, se enfrasca en la tarea de masajearme las puntas del cabello. Para el sábado tendré que usar toda mi fuerza de voluntad; no quiero olvidar que en realidad no somos lo que todo el mundo piensa y que el haberme acostado con él, no significó nada.

Mirándome con tranquilidad, es como empieza a decirme—: Lamento esto.

—No fue tu culpa —le aseguro, el ceño arrugado—. Usé tacones en un jardín empedrado.

—Sí, pero fuiste a buscarme porque no te he venido a ver. Y vamos a casarnos, mi lugar debería ser contigo en lo que planeas todo.

—En primer lugar, yo no estoy planeando nada. Y, en segundo, quiero pensar que estabas enojado.

—Como sea, si puedo evitarlo, no quiero que salgas lastimada. He visto a muchas personas sufrir por distintos males, Frank, pero cuando pienso en ti y las circunstancias de tu primo, mi visión del mundo se deforma y es como si no supiera nada de él. Estoy aprendiendo, solo tenme paciencia.

Sacudo apenas la cabeza, incrédula por sus palabras.

—No te entiendo del todo.

—Será un año, pero estás conmigo, cualquiera que sea el contexto de nuestra historia. —Se ha detenido en su labor de secarme el pelo y me mira con una intensidad que apenas logro soportar. Entonces me dice, con el tono ronco y lento—: No me gustó verte llorar así.

Asiento levemente, imaginándome que el Cosmos me está regalando una nueva imagen de mí misma, la comprensión de que, si hago algo bien, me serán devueltas las mismas acciones.

—Mi padre nunca me permitió involucrarme del todo en los asuntos de la familia, eso le correspondía a mi hermano, que era un enfermo mental para los doce años; Chester siempre me defendía de él. —Intento sonreír, pero ese recuerdo en específico no es nada grato—. Tienes que entender que cuando más sola estuve, mi primo me salvó, no una, han sido muchas veces, más de las que soy capaz de recordar. Y ahora te conozco a ti, y siento que puedo pedir más de lo que tengo ahora. Es egoísta, lo sé, lo lamento por los que están en peores momentos que yo... Pero es lo que siento: ya tomé mis decisiones, es turno de la vida remunerarme.

—Hablas como si tuvieras que elegir entre tu primo y yo.

Aprieto las mandíbulas en un acto reflejo.

Casi me olvido de que estoy aquí, con él, extrapolando mi incapacidad de anhelo.

—Acabando el contrato matrimonial, nos iremos al extranjero —susurro—. No puedo romper mi promesa.

Cameron, que es conocido por ser una persona comprensiva y a la vez astuta, estira su mano y me acuna la mejilla.

Dijo que no quiere verme llorar.

Y si mis lágrimas detonan su sentido de la protección, no lo haré.

—No te obligaré a romper nada —dice en voz baja, y se acerca un poco más a mi rostro. Arrugo el edredón en mis puños cuando él susurra—: Pero si cambias de parecer, basta con que me lo digas.

Siento el beso cálido que deposita sobre mi frente y cierro los ojos ante su contacto.

—Lo siento —musito.

Él niega con la cabeza, se levanta y dice—: Será mejor que me marche para que te cambies, no quiero que pesques un resfriado.

Parpadeo sin decir nada, convencida de que todo lo que hace lo hace de corazón; es apasionado y sincero siempre. Ni Owen ni yo somos capaces de mostrar lo que verdaderamente tenemos dentro. Esa es la diferencia entre Chester, Cameron y nosotros: que mi primo, aunque sea un ser oscuro, calculador y proclive a lo sedentario, es igual de auténtico y nunca cede al miedo.

Ni siquiera creo que sea capaz de sentirlo.

Cameron

Mi madre, que no ha cambiado de semblante en diez minutos, abre y cierra la boca, con un titubeo impactante, tanto para mí como para Roy. Vuelvo a suspirar con una imprecación atorada en la garganta, mientras cierro los ojos, esperando que por una sola vez en su vida me puedan otorgar de ese apoyo que tendrían que dar las familias por mera naturalidad. Sé que nunca hemos sido el ejemplo innato del amor fraternal, pero es una petición sencilla.

Dolores se levanta con la habitualidad que la corresponde. Tragando saliva, la analizo desde sus bellos talones hasta la punta de esos cabellos rubios que lleva perfectamente peinados en una coleta alta. Ni siquiera guarda la apariencia de una mujer de cincuenta años. Y aunque la alabe diciéndole lo joven que se ve, quizás gastaré mis energías.

Quizá tendré que usar otros artilugios...

—Solo quiero que des esa fiesta en honor de Frances, mamá.

—Es una estupenda idea —dice mi hermano menor.

Lo miro con reprobación pese a saber lo poco que le importará lo que diré en seguida. Miro mi reloj de pulsera, levanto la vista a él de nuevo y, ahora sí, espeto—: Es mediodía, Roy.

—Acabo de almorzar —se excusa. No sé para qué pierdo mi tiempo—. Vamos, Cam, sabes que puedo dejarlo en el momento en el que me lo proponga.

Como ellos no pretenden escucharme así, de forma normal, saco la revista con ese horrible título donde apareció la nota; mi madre, atónita, parece haber visto un fantasma en cuanto se la ofrezco.

—Te lo dije —exclama luego de arrebatármela. Al leer la portada la alarma aún no se dispara en ella, y empieza a hojear al tiempo que dice—: Todo esto del matrimonio repentino llamará la atención de nuestras amistades. Clara Cortés, de Francine, me llamó hace un par de horas para felicitar me por el gusto tan parsimonioso y elegante que tiene mi futura nuera. Oh, por Dios. — Se ha quedado pálida.

Mientras se pone la palma extendida en el pecho, como si quisiera evitar que se le salga el corazón, se deja caer otra vez en su sillón de una plaza.

—Espero que no les permitas repartir embustes acerca de ti, madre.

Sabiendo que será mi último intento, me pongo de pie con la intención de marcharme. Escucho el movimiento de Roy cuando se yergue para ponerse a un lado de mamá, que mira, furibunda, la suerte de nota que han escrito para criticar a los Baltazar en general.

Después de hacer una mueca de incredulidad, mamá se levanta como un resorte, va hasta la mesa del teléfono local y lo levanta.

—Habla la señora Baltazar —dice con voz demandante. Me mira y espeta sin miramientos —: Dile que tomaremos café mañana...

—Es verano —sonrío.

—Les reservaré en el Hilton... —Roy se pone de pie también.

Mamá lo señala con la revista, diciendo—: Sí, la espero. —Vuelve a mirarme—. Su hotel. A las cuatro.

—Como tú digas.

Asiento y le hago una señal militar a mi hermano, que niega con la cabeza. Había olvidado lo capaz que es mi madre de movilizar una guerra social en menos de una hora. Aunque hayamos perdido gran parte de la fortuna de mi padre, o toda me atrevo a decir, ella siempre guardó a buen recaudo sus partes que tocaban en cada repartición de utilidades. Es una mujer precavida y controladora que no le teme casi a nada. Y si alguien dice que no ha sido muy buena con su nuera, estoy convencido de que les dará su merecido, tal y como esperé de ella.

Mi angustia al respecto se relaja al saber que he conseguido lo que me proponía. Así que salgo de inmediato de la solitaria casa. En la verja de la salida, le envío un rápido texto a Jaxon para que sepa que he conseguido lo que hablamos en cuanto dejé el hotel de Frances. Antes de guardarlo tras hablar con él, me pienso unos segundos si debería comunicarle a Frank ahora mismo que mi madre la visitará mañana. Sin embargo, una fugaz imagen de su aspecto, mojada, llorosa y vulnerable, se forma en mi mente, y rápido me estremezco ante la culpa que aún tengo flotando alrededor de mí.

Sé que no la empujé yo, y de todos modos siento que fue de esa forma, que esas lágrimas amargas que derramó después son totalmente mi responsabilidad por no comprender su posición, por no ponerme en sus zapatos y sojuzgar sus pensamientos acerca de mí. La subestimé, encontrándome de frente con un reflejo tortuoso de la niña que ya sabía que era. Pero no quiero verlo de nuevo. Deseo muy poco mirar agua en su rostro y ojos hinchados.

No se sintió bien.

Ese novedoso sentimiento me ha aquejado desde que Jax me dejó aquí. Mi primer impulso es llamarlo para decirle que me arrepentí y quiero irme a tomar unos tragos, pero recuerdo la hora que leí en mi reloj y entonces levanto instintivamente la mano al ver venir un taxi. Veinte minutos más tarde estoy entrando en el departamento de las chicas. Se oyen sus voces desde el corredor y, solo hasta que escucho el sonido de un cristal rompiéndose, estoy a punto de volver sobre mis pasos debido a la acalorada disputa que parecen estar teniendo.

En la estancia hay tres personas. Tot se encuentra de espaldas a mí, mirando hacia el balcón. Queen, semivestida, está junto a la repisa; y la chica rubia a la que en un primer vistazo no reconozco, se encuentra sentada en el sofá de cuatro lugares, envuelta en una sábana tan blanca como la piel de Queen en sus piernas.

Ambas son mis amigas, las conozco desde la universidad, y habían tenido una relación bastante estable. Pese a todo, decido que debo preguntar al menos si puedo ayudarlas en algo, ya que la apariencia llorosa de la muchacha no ayuda mucho. Los nervios y la vergüenza no me permiten reaccionar de inmediato, pero, tras aspirar muy hondo, busco la mirada de Queen.

—Si quieren vengo en otra ocasión —suspiro.

Tot, percatándose de mi presencia en ese instante, se gira en los talones. La imagen que me ofrece es nueva, o al menos no la había visto desde que tuvo esa crisis luego de que sus padres le retiraran el habla. Es una persona formal, divertida y leal que no ha bajado la guardia ni se ha rendido... Se propuso escribir para la mejor revista de deportes y como no la aceptaron por no tener una visión «objetiva» en sus artículos, pues fundó su propia empresa.

Es extraño: nunca la había visto tan desmoronada y con los ojos hinchados. Inmediatamente pienso en el aspecto de Frances hace unas horas y en lo que le solicité a mi madre; Queen firmó un acuerdo con Fargo y será la abogada en jefe del departamento legal por los próximos cinco años. Pero esto huele a ruptura; conozco lo suficiente a ambas para saber que no es coincidencia que esta chica se encuentre aquí, en esas circunstancias, y que Tot haya adelantado su regreso ahora que tuvo que asistir al draft en persona, hasta Colorado.

Después de bajar la vista unos segundos, me encuentro con otro problema; la tercera en discordia se ha incorporado, y de ese modo logro reconocerla. Tiene el pelo rubio y la piel tostada por el sol. Sus ojos son de color aceituna, profundos como una noche de lluvia, y es tan esbelta como cualquier supermodelo.

Claro.

Sonrío sin podérmelo creer.

Y miro a Queen mientras ella da un paso hacia mí, para decir en el acto—: No es nada serio... Solo...

—Hasta donde yo sé —apunto a la chica, que se marcha hacia la habitación— esa es la prometida de Jax.

He arrugado las cejas, pero en realidad no tengo idea de qué cosa puedo hacer y decir. Tot pasa por mi lado, sin decir nada, y se va dando pasos marcados en el suelo, que resuena muy fuerte. Luego sacudo la cabeza, incapaz de encontrar una explicación racional.

Soy consciente de que la gente cambia de un momento a otro, que nadie se queda encallado durante toda su vida, pero confiaba en la relación de mis amigas. Queen siempre ha sido reservada y poco dada a las demostraciones de afecto en público, o frente a cualquier persona, pero supuse que este tipo de situaciones no se dan en personas que han luchado demasiado para vencer no los obstáculos comunes de una pareja, sino de la sociedad misma.

—Iré detrás de ella —digo, por último—; no quiero ver a esa mujer, y si yo fuera ustedes, empezaría a pensar en soluciones. Jaxon no es alguien a quien engañas.

—Cameron —espeta Queen en tono de advertencia.

Niego a punto de reírme.

No creo que esté en la postura adecuada de amenazarme ni con los ojos. Podré perdonar lo que ha hecho a dos grandes amigos míos, porque no me afecta de primera mano, pero si intenta pedirme que no le diga a Jax que está enamorado de una farsante, perderá toda consideración conmigo.

Seguro de que Tot estará esperándome, comienzo a bajar las escaleras. Aliviado, observo su espalda. Está sentada en la mitad de la escalinata del porche, mirando hacia la calle; ha caído la noche y los autos lanzan luces en las aceras, a donde apenas hay un par de personas deambulando.

Me paro delante de ella, le extiendo la mano y, en cuanto me la da, la obligo a levantarse. Ha empezado a llorar de nuevo; así que la atraigo hasta mí, la estrecho en un abrazo y la aprieto mucho, para que no se olvide que mientras a ella le duela, me quedaré de este modo. Al principio no sé si responderá, pero al cabo de unos segundos en silencio, siento cómo me rodea la cintura con sus brazos. Pero ese movimiento inesperado, ya que es Tot, no dura mucho. Se aparta nada más respirar sonoramente; entonces nos miramos a los ojos.

—Supongo que le dirás a Jaxon —dice ella al tiempo que se rasca la ceja izquierda.

La invito a caminar hacia la acera más cercana. Agradezco que no haya tantas personas ya que, si nadie me prepara para situaciones en las que tengo que ser un soporte, a veces me cuesta decir las cosas correctas. Tot, como es su personalidad, está limpiándose las lágrimas de debajo de los ojos. Ha adoptado una postura bastante rígida y, aunque no me molestaría que llorara, más bien diría que esta es la persona a la que escogí para que esté a mi lado en el altar.

Me muerdo el interior de la mejilla para prepararme mentalmente antes de decirle—: Jaxon no reaccionará de manera tan pasiva como tú... —Tot me regaña con una mirada tortuosa, llena de lágrimas. Le pongo la mano en el hombro y le espeto—: Le pedí a Queen que se encargue ella.

Torrance niega con la cabeza tras la mención de su pareja. Al mirar al lado contrario, veo cómo tiene tensa la mandíbula. Su aspecto es el de una mujer que acaba de darse cuenta de que la felicidad es efímera.

—En el fondo yo sabía que lo nuestro estaba... así, ¿sabes?

—Vamos por un trago —le pido.

Ella niega y se encoge de hombros, al cabo dice—: Solo necesito caminar, Cam, no emborracharme.

—Caminemos, entonces.

Ambos nos echamos a andar calle abajo, con dirección del centro comercial. A nuestro alrededor hay un barullo que va en aumento mientras nos aproximamos al destino; sé que Tot me guiará hasta el puente Erickson, de modo que guardo silencio. Una vez allí, lo primero que hace es trenzarse el cabello, que lleva de largo hasta la mitad de la espalda.

Nada más apoyar los antebrazos en el parapeto del puente, me cuenta, con voz rota—: Regresé de improviso porque leí la nota en la que critican a tu madre... —Me mira y asiento para que pueda proseguir—. Por eso no le avisé. Supongo que no esperaba que hiciera algo sin enviarle algún mensaje, pero es que imaginé lo afligido que estarías y quise... Quise estar aquí cuanto antes, además había terminado mi trabajo.

—Sabes que siempre pienso que las cosas tienen una forma de ser.

—Y yo no creo en el destino... —Un suspiro le surge, y noto que se esfuerza por no seguir llorando—. De creer habría pensado que Queen lo era.

Sigo el trayecto de su mirada; el afluente del río es tan apacible que la cantidad nimia de ruidos que nos rodean se me antoja preocupante. Permanezco en silencio algunos quince minutos porque sé que eso es lo que ella ocupa de mí, que esté aquí, pero que no diga nada.

Estamos juntos el uno del otro cuando, de forma inesperada, se gira en los talones. Ha echado la cabeza atrás, y el aire le golpea el rostro. Imito su acción, mirando al cielo ennegrecido. Pienso que lo que acaba de suceder no tiene manera de mejorar, o de cambiar, así que intento, con una respiración honda, hacer que despeje su mente.

Al menos mis problemas tienen solución...

Esa es la parte positiva de que me guste tanto la mujer con la que voy a casarme, pese a lo imposible que me parece el tener que renunciar a una relación normal con ella.

—Frances tuvo un accidente hace unas horas —musito.

Con ojos desorbitados, Tot me mira.

—Por Dios, y yo sufriendo por algo que no vale la pena.

Sonrío. Esa es Tot: siempre restándole importancia a sus sentimientos con tal de ser mi mejor amiga. Lo hizo desde que mi padre murió... Me ha salvado de la tristeza en tantas ocasiones que me avergüenza no poder hacer lo mismo por ella en este momento.

Trago saliva para reunir el valor necesario...

Aún tengo que contarle sobre la fiesta que mi madre organizará en honor de... su nuera.

—Está bien que sufras —digo, con toda la solicitud que le puedo imprimir a mis palabras—. Total, fue a buscarme al Impala y se resbaló. Afortunadamente... —Carraspeo al sentir un nudo en la garganta—. No pasó a mayores, aunque la vi bastante mal en un inicio.

—Te preocupó.

—No solo la caída —admito. Creo que es la primera vez que lo digo—. Me pidió que la entendiera con respecto al agente ese, y me porté... Raro.

Tot esboza una sonrisa llena de malicia al mismo tiempo que se cruza de brazos. Por el puente cruzan un par de personas, pero ninguna que conozcamos. Eso es mejor.

—Te portaste celoso.

—Imagino que sí —digo, resuelto a no mentirme a mí mismo—. Conozco mis límites, nunca pensé que me resultaría tan difícil no ser el centro de su atención, menos por el tiempo que llevamos conociéndonos.

—Es que no son las circunstancias, así eres tú, Cam. Y si lo queremos ver de esa manera, la conoces hace algunos meses.

—Los correos no cuentan —le reclamo—. En fin, hoy la hice llorar y no me gustó.

Incómodo por la confesión, me llevo la mano al pecho, igual que cuando Owen me acorraló en el ascensor.

—No hay manera de saber la forma en la que van a salir las relaciones —dice después de un rato—. Mírame; por lo general soy una persona centrada y con convicciones fuertes, pero desde hacía un tiempo venía dándome cuenta de las indiferentes manías de Queen y la falta de importancia que le dábamos a nuestros encuentros. Pero me hice la tonta, preferí no afrontarlo y esto ocurrió. —Sus ojos se posan en mí un segundo y luego mira la extensión del puente de nuevo—. Ahora Jaxon y yo tendremos que mirarnos a la cara de esta manera.

Recordando a mi buen amigo, vuelvo a mirar la noche estrellada.

—Va a haber muchos problemas al respecto —digo.

—Es un hombre maduro y adulto...

—Y letal cuando lo hacen enfurecer.

—No creo que se rebaje... Era una chiquilla que conoció en la playa... Por favor.

—Sí, pero le había propuesto matrimonio.

Ella enarca una ceja. Sé que lo sabían ya, por lo que no entiendo del todo su reacción.

—Acabo de recordar que Queen y yo apostamos que ese matrimonio no duraría ni seis meses —murmura Tot.

Pestaño varias veces sin saber si debo reírme del comentario y ponerme a pensar en esa clase de apuestas. Yo, que creo en el destino, no me atrevo a hacer una conjetura de ese calibre. Pero, sí, también dudaba de la integridad de esa pasión que Jaxon sentía por la muchacha. No por un prejuicio infundado, sino porque, nada más se comprometieron, él invirtió en una campaña publicitaria que el equipo no necesita: sí, su novia es la modelo principal.

—Se acaba de gastar una millonada en un contrato de publicidad.

Esta vez la reacción de Tot es para carcajearse. Sabe mucho del medio y, dado que está acostumbrada a escuchar las movidas de Jaxon en cuanto a los negocios, su mueca de frustración me resulta muy muy cómica. Niego con la cabeza, intentando no reírme, pero algo me daba mala espina de esta relación.

—Si será imbécil —reniega Torrance cuando ha asimilado las cosas.

Estamos caminando por la otra salida del puente para ir a comer unos *hotdogs*.

—No quise intervenir, pero a Uriel no le agradó mucho.

—Pero no sé en qué estaría pensando, Jaxon, el hombre más puntilloso de Texas... Su familia se volverá loca. —De pronto me mira, curiosa—. ¿Qué hará con ese contrato ahora?

—Tendrá que pagar la penalización si quiere cancelarlo...

—Tssss. Igual ya ha perdido demasiado, y no hablo de dinero. Se lo veía muy entusiasmado.

Sin querer, esas palabras juegan un doble sentido en mí, pero no se lo hago saber a mi amiga, que continúa caminando hasta llegar al puesto de comida rápida. Mientras pedimos, calculo el tiempo que necesitará Queen para llamarle, contarle lo que está pasando y causar un cataclismo. Mi celular comienza a vibrar justo cuando recibo mi panecillo.

Y siento que el cataclismo se viene sobre mí al leer el nombre de Jaxon en el remitente.

Cameron

En mitad de un corredor en penumbras, Tot y yo nos detenemos a mirar, esperando que el ruido no provenga del penthouse al que nos dirigimos. Agacho levemente la cabeza, concienzudo. Conozco lo suficiente a Jaxon y sé que, no importa qué tan furioso vaya a ponerse, no recurrirá a ningún acto de violencia para desquitar el coraje que, es posible, le provocará enterarse de que su novia le ha puesto los cuernos con nada más y nada menos que una abogada en la que confiaba.

Una parte de mí se siente responsable por ello, pero rápido ignoro ese sentimiento y me recuerdo que tengo que ser imparcial; Queen nunca involucra sus problemas de trabajo con ningún aspecto de su vida privada, y espero que esta vez no sea la diferencia, pese a que no puedo decir lo mismo de Jax.

Otro sonido golpea el silencio. En esta ocasión estoy convencido de que viene de la puerta con el número cinco.

—Dijiste que se escuchaba sereno —replica Tot en el instante en el que ambos nos paramos frente a la puerta destino.

Mucho antes de que sepa qué excusa usar, alguien gira el pomo. La figura delgada y rubia de Beverly, la chica de ascendencia latina que conoció a Jax en Cancún, aparece frente a nuestros ojos. Un sentimiento de zozobra me invade, pero el que toma control de mis reacciones, por fortuna, es la incredulidad.

—Hay que ser muy imbécil —comenta mi amiga, mirando a la novia de Jaxon.

—No debiste venir —le espeto.

—Quería decírselo yo misma y explicarle que fue un momento de locura... Esa Queen me echó algo en la bebida.

—Cuida tus palabras, niña —ruge Tot sin contemplaciones—. Deberías hacer gárgaras...

—Como sea... Ya me iba. No se puede razonar con él en estos momentos.

Ella traspasa el umbral y luego cruza por en medio de nosotros. Tras observar su marcha, los dos nos quedamos, atónitos, mirando el sitio vacío frente al marco, sin saber cómo adentrarnos en el infierno que probablemente montó Jax. Y si su novia le habló del *affaire* con ese mismo cinismo que nos acaba de mostrar, tiene que estar en peores condiciones.

—No esperes más —se queja Tot tan pronto nota que no reúno el valor para entrar.

—Sí, sí, pero no me culpes. No es que le tenga miedo a Jaxon... —No sé por qué, Frances viene a mi mente cuando me interrumpo. Carraspeo y luego digo—: Odio ver sufrir a la gente en general, imagínate cómo me siento cuando los que quiero pasan por estas cosas.

—Tampoco se va a terminar el mundo...

Nos echamos a andar por el pasillo.

En cuanto doy mis primeros pasos dentro del vestíbulo, entiendo de dónde surgieron esos monstruosos golpes y el crujido violento de vidrios rompiéndose. Es probable que Jaxon, en un arranque de ira, haya arrojado de un extremo al otro una lámpara carísima. Los pedazos, en la estancia, están regados por el suelo.

A unos metros de distancia hay una chimenea de etanol, apagada, y dentro han caído un par de cuadros que estaban sobre la repisa y que debieron golpearse contra el mango de la lámpara. Además, la alfombra blanca del piso está manchada de rojo. Analizo en derredor, buscando a Jaxon sin encontrarlo. La mesa de centro está volcada, hay cosas desperdigadas y lo que se derramó tras romperse fueron copas de vino que alguien había servido previamente.

Nunca me ha parecido un buen acto juzgar a las personas cuando tienen la guardia baja. En estos momentos, el rechinado de mis dientes no es más que la reacción inmediata de mi cuerpo al notar que la noticia le cayó peor que a Tot. Y ella, a mi lado, me pincha con sus uñas la piel del antebrazo. La miro al perfil para ver qué quiere y entonces me señala, elevando su mentón hacia allá, la terraza de la que está provisto el piso.

—Voy a intentar recoger los vidrios.

Asiento, pero digo—: Llama al servicio, y no agarres nada con lo que puedas cortarte las venas.

—Díselo a él —insiste, suspirando.

Desconsolado y nervioso, lanzo una mirada precavida a la corpulenta imagen que me ofrece un Jaxon que tiene el cuerpo inclinado, los antebrazos sobre el metal del parapeto de la terraza. Mis primeros pasos hacia él son recibidos con un veloz movimiento. Se incorpora y tan rápido estoy en el cancel que hace las veces de puerta, él se lleva las manos a la nuca.

Camino en silencio y apoyo la cadera en el parapeto. Jaxon está callado y tiene la mirada en el edificio del frente. Como lleva una camisa blanca, esa también se le ha manchado de vino.

—Dime que soy un tonto y que no debí confiar en ella.

Sonrío.

—Eres un buen hombre, harás lo que sea mejor para ti.

—Hablo en serio —dice, mirándome—. Tú lo supiste. Te opusiste a la campaña y eso quiere decir que no confiabas en ella. —Ha sonreído, pero como el gesto no llega a tocar sus ojos, prefiero no decir nada, así que él continúa—: Cam, tienes un sentido arácnido para sopesar a la gente mala... Dime que fui un imbécil por confiar en una niña.

Niego con la cabeza.

—No has sido imbécil al confiar en ella porque tenga tan solo veinte años —dice Tot al salir a la terraza.

Jax vuelve a poner sus codos en el concreto, y se cubre la cara con las palmas extendidas, quizás porque sabe que también Tot ha sido traicionada. Aunque trato de no ser irreverente la mayor parte del tiempo que me encuentro azorado. Escucharles hablar así me pone los vellos de punta, por lo que tengo la urgente necesidad de intervenir y decir algo coherente, no las falacias esas de que la madurez se mide por la edad.

—No es que sea muy chica, es que es muy superficial. Es decir... —Los dos me miran—. Estaba enfocada en sus propias ambiciones. Lo siento, te ha causado un mal, pero mira el lado positivo.

—Le propuse matrimonio y me engañó con una lesbiana...

Después de decirlo, Jax mira a Tot, con un gesto de disculpa.

—Lo soy, no es nuevo y entiendo que tu ego viril esté herido.

—Patrañas —contesta él.

Tot rueda los ojos y repone—: Lo digo en serio, el novio al que dejé por una chica se sintió así.

—Mi punto es que no es el tipo de chica con la que esperaba verte formalizando... La verdad, siempre creí que buscabas una mujer que te diera un heredero, que fuera centrada y que

les diera a tus hijos neuronas, coeficiente intelectual y...

—Se te calentó la bragueta —me interrumpe Tot—. La chica quiere ser modelo y tú eras un boleto redondo a ese mundo. Te usó. Ya. Eso es todo.

Sin decir nada, Jaxon se vuelve y nos enfrenta a ambos. Suspira y su rostro adopta un rictus mortificado.

—No voy a cancelar su contrato, sería bajo y un escándalo que no necesito. Lamento mucho lo ocurrido...

Tot hace una mueca y, sonriendo, le da un puñetazo a Jax. Los analizo solo unos segundos y de inmediato leo la hora en mi reloj. Son casi las doce. Estoy cansado y aún no he dejado de lado mi preocupación por lo que ocurrirá cuando mi madre y Frances coman juntas para ponerse de acuerdo con esa fiesta. Sé que no es el momento de explicarlo, pero tampoco se me ocurre otra forma de hacerlos pensar en cosas distintas.

—Necesito un trago antes de dormir, mañana me espera un día tormentoso...

—Estamos en competición, al parecer —reniega Jaxon.

Regreso al interior del departamento y voy al bar que está en la esquina. Tot y Jaxon vinieron detrás de mí, en silencio.

—No lo entiendes —digo, tras servirles y servirme whisky—. Le enseñé el artículo rosa a Dolores y la convencí de salvar su reputación; mañana se verá con Frances.

—Dios te ayude.

—Frances es muy lista, tu madre no podrá intimidarla.

Tot puede ser una mujer muy inteligente en muchos temas, pero está tan enfrascada en su mundo que nos cuesta comunicarnos en otros tantos aspectos de nuestras vidas. Por ejemplo, como no tiene muchas maneras de convivir con Frank, no ha podido ver, como sí lo hizo Jax, cuánto le afecta que no esté rondándola.

Después de meditarlo por varios segundos, respiro hondo y comienzo a contarle, bajo el escrutinio de Jax—: Al parecer muchos aspectos de la boda están pensados para que Dolores Baltazar la apruebe. No sé hasta qué punto ella lo hace notorio, pero no me cabe la menor duda de que está ofendida por el hecho de que, en primer lugar, no la había ido a ver estos días, y en segundo, que mamá no haya ido a la fiesta de compromiso.

Tot sacude la cabeza en afirmación.

—Debió de imaginarse que los medios chismosos echarían de menos su presencia. Hasta me parece extraño. —Jaxon se sienta en una silla lejos del desastre que está hecha su sala.

Digo que sí en un suspiro y confieso—: Por una vez en la vida tengo fe de que mi madre hará lo correcto. No permitiré que nadie diga que no le importa el matrimonio de su hijo menor, aunque eso signifique que tiene que retractarse de lo que dijo al principio.

—No es que yo juzgue a tu madre, pero tampoco me fiaría por completo de ella. —Jaxon acaba de echar otro vistazo en derredor. Cuando termina de inspeccionar el desastre, se lleva las manos a la cabeza y dice, después de pensarlo—: Mejor vamos a un bar.

—Es lo que digo.

Al final los tres llegamos a la conclusión de que podemos salir y olvidarnos de que ha pasado un terremoto por el penthouse, y todo eso no evita que siga siendo motivo de burla desde que bajamos en el ascensor y nos internamos en el estacionamiento. Ninguno de mis acompañantes piensa que debo dejar que Frances coma sola con mi madre y, para cuando hemos llegado a la terraza favorita de Tot, ya tengo una incomodidad desastrosa en el pecho. Luego de pedir nuestras copas, aprovecho que Tot cuenta cómo fue que se tomó el encuentro reciente con Queen y le mando un texto a Frances preguntando cómo se siente.

—Tendrías que haberte quedado con ella —comenta una Tot que ya se ha bebido dos whiskys en las rocas. Jaxon la observa sin decir nada. Sigo esperando una respuesta por parte de mi prometida. Al tercer vistazo, hay una llamada entrante. Owen me pregunta por qué estoy despierto tan tarde.

Le explico que tuve que asistir a mi par de amigos y que fue inesperado, y al cabo de unas palabras le digo a qué bar vinimos. Owen no demora en llegar una vez que colgamos, si acaso se tarda quince minutos y cuando lo hace, va vestido de manera informal, como nunca lo hemos visto desde que llegó para asistir a Frank.

—Les voy a contar un relato que no es mío, pero cuando lo oí me pareció escalofriante y sirve que se les olvida su propia historia de terror.

Yo no quería contarle nada de lo que pasó, pero fue el mismo Jaxon quien hizo de la reunión un evento de despecho natural. Le contó que terminó con su novia y omitió otros detalles que involucren, por ejemplo, a Torrance, quien ha decidido observar a Owen sin mediar palabra; es la que menos ha convivido con él. Entiendo a la perfección por qué no está portándose como habitualmente es, ya que la apariencia de Owen es más bien ligera y dada a malas interpretaciones.

Afortunadamente, él se gana rápido la confianza de los que saben cómo mirar...Y para cuando habla de esa forma suelta que provoca el licor, Tot ya se ha reído bastante con sus chascarrillos y bromas.

—Yo conocí a esta chica cuando tenía como doce años, somos de la misma edad, y aún puberto recuerdo que me parecía preciosa. Le rogué a mi padre que hiciera mucho dinero para que dejara de ser el contador de la empresa esa, cuyo padre de la chica era el dueño. Dios, fue mi amor platónico durante mucho tiempo... —Nos mira a todos uno por uno, con aspecto sombrío—. Hasta que se embarazó de un tipo cualquiera, que hizo que su padre la desheredara.

Entonces Jaxon y yo nos miramos. Tot es probable que no sepa de qué está hablando o más bien de quién, por lo que nos quedamos en silencio y esperamos a que haya sido una mera coincidencia.

Owen siempre está bromeando por todo, y a veces su humor es cansado, pero yo precisamente entiendo por qué una persona actúa de esa manera.

El rechazo y las decepciones te enseñan a acorazarte.

—Estás jugando —replica Jax antes de darle un trago a su bebida.

Owen niega con la cabeza, bebe de su tequila y dice, tras carraspear—: Roxanne Simone. Ni siquiera se acuerda de mí. Su vida era tan perfecta en ese entonces que ni siquiera tuvo tiempo de mirar al hijo del contador de su padre.

—Cuidado, explorador —se queja Torrance—, eso se oye muy amargo para un tierno hombre de tu edad.

—Todavía no la perdono —sonríe el aludido y suspira—. De verdad me gustaba mucho.

—Entonces ya no te gusta... —Jax lo sopesa.

Al menos se le nota cada vez más animado, aunque bien podría ser por la cantidad de vasos de licor que lleva a cuestas.

En mi sitio, empiezo a revisar la bandeja de entrada en los mensajes, sí, esperando ver la de Frances. Me regaño internamente al ver que ya son las tres de la madrugada. A las diez tenemos una cita con el despacho jurídico para hacer las últimas cesiones de acciones y firmar los acuerdos contractuales. Sin embargo, me siento animado de ver a dos personas queridas sonreír a pesar del nudo que deben traer en la garganta.

Owen niega con la cabeza, y dice en tono lacónico—: A los quince yo quería un hada para

casarme. Luego entendí que no existen y decidí que los contratos no se hicieron para mí a menos de que me den a ganar unos cuantos millones.

—Estás resentido porque no te miró cuando dependías de tu papi —se jacta Jax.

No lo ha dicho con alevosía y ventaja y es bueno ver que Owen lo entiende, porque se encoge de hombros, suspira y recarga la espalda en su silla.

Tot se levanta en ese momento para ir al baño.

Al verla marchar y revisar que llegue a salvo al de chicas, vuelvo mi atención a Owen de nueva cuenta, quien parece más abatido que en otras ocasiones.

—Ahora no me interesa en lo absoluto. No niego que me sigue pareciendo preciosa, pero mis prioridades cambiaron. A ella la botaron con un hijo y no tengo ninguno. Algún día tuve el sueño de ser capaz de hacer feliz a una chica de su altura, pero miren la mujer en la que se ha convertido... No necesita a un *playboy* que amasó fortuna.

—Brindo por las hadas que no buscan un hombre para que las haga felices —comenta Tot al volver.

Levanto mi copa, y me los quedo mirando. Pero yo no estoy de acuerdo con la idea de renunciar a esa oportunidad; mi padre hacía feliz a Dolores. Compartían tantas cosas que siento ese aspecto en mí cuando no tengo ganas de rendirme o juzgar a Frances. Y si accedí a casarme con ella es porque siempre he confiado en mi instinto.

No la creo frágil, la creo compatible conmigo.

—Podría ser peor —digo—. Podrías seguir juzgando a Rox y ver cómo se encuentra con otro tipo que no haría por ella lo que crees que tú le puedes ofrecer.

—Roxanne es una mujer inteligente —repite Owen con gesto cansino, las cejas fruncidas y la mueca de la boca rígida—. No ha estado en una relación desde que entró en la universidad, no la necesita ahora; por Dios, Cam, es la directora de relaciones públicas, al diablo la fortuna que se perderá de su padre, en unos años tendrá derecho a ser socia y no habrá quien no quiera formar una familia con ella. Y es hermosa, además.

Se forma un silencio muy ominoso, donde todos miramos el aspecto irritado de Owen. Enarco una ceja mientras le doy unos tragos a mi vaso, y veo que Jaxon me sonrío al ver lo que he hecho.

Así que miro a Owen con gesto triunfal, y le espeto—: Lo bueno es que no te gusta.

—Vaya forma tan férrea de defender a una persona —tercia Tot.

A Owen le tiemblan las comisuras de los labios, y pasan varios minutos hasta que es capaz de recomponerse. Cuando lo hace, ya se ha bebido otro tequila y se ha remangado la camisa blanca que trajo puesta.

Bajo esa tensión me dice—: Espero poder confiar en ustedes. No quiero saber nada de que Roxanne me recuerde de ese verano que estuve hospedado en la mansión de sus padres.

El primero en negar es Jaxon, que ya luce bastante ebrio.

Luego yo, sin poder evitar reponer otra cosa.

—No te entiendo; pareces resentido por el hecho de que ella no te recuerda y, a pesar de eso, te niegas la oportunidad de intentarlo. Es de cobardes. Si fuera yo le hablaría y la invitaría a salir, no sé, haría algo para empezar a ganármela. Mírame, mira mi situación. —Me río de ella yo mismo—. Ojalá lo mío también se tratara nada más de que yo quisiera.

Bebo dos tragos de tirón.

Tot levanta su copa de vino tinto y dice—: Brindemos por las agallas que tiene Cameron y por el corazón que hasta ahora nadie ha podido vencer.

Todos brindan por mí, y aunque también levanto el vaso, en el fondo quiero corregir ese

brindis: a mí ya me han vencido varias veces. Mi mundo está formado, simplemente, por batallas que he peleado y con las que he sangrado y de las que atesoro heridas que se fueron únicamente cuando decidí cerrarlas.

Frances

Por lo regular, le tengo miedo a muy pocas cosas en esta vida y ninguna tiene que ver con aspectos referentes a mi físico. Ya me leí veinte veces otro artículo de otra revista y me han señalado tantos defectos que, por unos instantes, me siento tentada de echarme a llorar porque nunca los había notado.

Estremecida por la fotografía que me tomaron en las instalaciones de Fargo, justo en el porche del enorme edificio del cual siempre están saliendo tantísimas personas, pongo la revista en el colchón y me coloco las manos en la cadera, sintiendo una curiosa animadversión por un montón de papeles que en el fondo sé no determinan quién soy.

Suspiro por enésima vez, cierro los ojos y me envaro. Tengo que estar calmada para cuando el reloj marque las dos de la tarde. Escucho el taconeo de los zapatos de Roxanne cuando se aproxima a mis espaldas. Acababa de retirarse para buscarme un té, porque Millie es la encargada de ocuparse de mis nervios volcados y por el momento está lo suficientemente activa con los últimos detalles de la boda.

Comeré con la señora Dolores Baltazar y no sé por qué acepté hacerlo.

—Tal vez tendría que portarme igual de grosera con ella y plantarla —digo, dando mi primer sorbo a un té de hierbas que me son desconocidas. No sabe al que prepara Millicent, pero no hago ningún comentario al respecto—. Se lo merece.

—Dolores Baltazar es miembro de una de las familias más antiguas de Colorado —sonríe Rox y aparentemente su comentario es de inocencia.

Todo lo que sea y actúe en defensa de mi futura suegra y para llevarme la contraria, sin embargo, se siente como un ataque. A decir verdad, estoy a la defensiva, acorralada contra la pared y mis sentimientos. Si falto, tendré que admitir a Cameron cuánto me afecta que su madre no haya ido la fiesta de compromiso, y, en resumen: tendré que admitir que espero más de este matrimonio cuando hace unas doce horas le dije y le exigí a mi prometido que mantuviéramos los límites.

Tengo la fuertísima necesidad de ser congruente con las cosas que digo y las que me sale hacer. Aprovecho que Roxanne acaba de irse a atender la puerta cuyo timbre sonó y suelto todo el aire que había contenido.

Cierro fuertemente los ojos, tratando de recomponerme... Y ese esfuerzo se hace pedazos cuando, a mis espaldas, escucho una voz profunda y cálida llamando mi nombre.

Cameron tiene el talento de sacarme de mis casillas por dos motivos particulares: el primero gira alrededor de mi inseguridad emocional. Tiendo a pensar que me hacen falta cosas para estar a su altura, que, mientras él se ha versado en temas hondos de cultura y sabiduría, yo solo sé sobre dinero, frivolidades y sangre. La segunda es a cada rato más tonta y superficial: hace referencia a lo que somos juntos. Una mala pareja que se conoció e involucró porque lo atacó directamente en la yugular.

Bajo la mirada al recordarme quién es el demonio en este pacto.

Cameron se me acerca dos pasos y, con aspecto apacible, dice—: No pensé que fueras a

aceptar...

—Owen dice que me conviene.

Él sacude la cabeza en un pobre asentimiento.

Odio que no tenga los mismos defectos que todos los hombres; odio que no ponga la vista en mi ropa, que no se fije cómo voy vestida. Odio con el alma no poder interpretar si me mira directamente a los ojos porque lo que le gusta de mí no está en el exterior... o sencillamente porque no le gusto.

—Aún no es hora, ¿qué haces aquí?

—Decidí que prefiero acompañarte.

—Pensé que era una estrategia de tu madre para que no digan que nuestra relación es nula. Oh, bueno, sí es nula, pero la gente no tiene que saberlo. No. La gente tendrá que tragarse el cuento de que me ha aceptado en su familia de abolengo como a una hija más... Y todo por salvaguardar la nueva imagen de Fargo.

Cameron sesga una sonrisa, que no parece de diversión, y se guarda las manos en los bolsillos. Ahora sé que lo hace para poderlas empuñar.

A veces es un bruto.

Y eso me encanta... Aunque no debería.

—Hasta donde recuerdo, de esa imagen también tu primo se va a beneficiar. Y hablo de ello ya que es lo único que te importa.

Otra vez, incapaz de replicar, le doy la espalda.

—Tenemos que dejar de discutir.

—Estaría encantado, créeme. Pero no me lo pones fácil. —Lo escucho suspirar—. Vine porque no quiero que mi madre, aprovechándose de estar a solas contigo, te haga algún comentario desafortunado. No me malinterpretes, no quiero decir que no sepas o no puedas defenderte sola de una mujer de principios tan cerrados... Solo... tengo que poner un poco de mi parte para que, mientras estemos casados, te sientas cómoda y segura.

El cariz de sus palabras ha ido cambiando poco a poco hasta convertirse en ese tipo de discursos que te da la gente cuando está siendo totalmente sincera. Me concentro en la idea de que me queda mucho camino por recorrer al lado de este ser tan meticuloso cuando se trata de modales y sentimientos, pero tan frío si tiene que expresarlos. A menudo me imagino confesándole que una parte de mí todavía sueña con el verdadero amor, pero luego recuerdo que la felicidad es efímera y que, aún si lo disfruto mucho, soy demasiado egoísta como para dejarlo ir...

Cuando Roxanne viene a indicarnos que es momento de bajar, le encargo que les pida a Tronco y Mármol que nos vigile a una distancia prudente. Ella, en tono solícito, no deja de mirar su reloj mientras, agenda en mano, nos guía al ascensor. Las capacidades de Rox parecen no tener límites porque justo al internarnos, Cam y yo, en el interior del elevador, ella empieza a darles órdenes a mis guaruras, y todo en un tono demandante al que muy pocas personas se atreverían a llevar la contraria.

—Envidio mucho el respeto que suele infundir esa mujer —suelto nada más para entablar una conversación que me aleje de mi suegra.

Cameron resopla, me mira unos segundos y después, de la manera menos adecuada, se ríe.

—Tú emanas respeto allá a donde vas.

Parpadeo varias veces.

Cameron no es objetivo conmigo, y en ocasiones me doy cuenta de que en mí descarga todos sus ánimos de animal sobreprotector. Ya sé que no debería, que así rompo las enseñanzas de mi

primo, y que me costará caro abandonar esos derechos, pero me siento importante cuando él dice en voz alta las cosas favorables que piensa de mí.

Así que me toca a mí misma bajarme de esa nube...

—Es porque apporto el dinero.

—No has mirado bien, entonces.

—Cam, me irritas.

Clavo los ojos en él... Y él se vuelve a mirarme.

Pienso que dirá cualquier cosa para aligerar la tensión, pero lo que dice en seguida me provoca un mareo repentino, provocado por la emoción, por la impresión o quizás por la inexperiencia.

Puedo ser experta en muchas cosas pero reconozco que también me gana la cieguas si el nombre de Cameron está involucrado.

—Anoche me quedé preocupado porque no hubieras pescado ningún resfriado y jamás respondiste mi mensaje.

Asombrada, relajo los hombros. El ascensor emite un pitido e, incómodos, ambos aguardamos a que nadie necesite bajar. Y así sucede, así que me vuelvo a él de nueva cuenta y separo ligeramente los labios.

—Lo leí por la mañana, es que me escribiste ya muy tarde.

—Sí, lo lamento. Pero estás bien, ¿verdad?

Como no consigo elegir un juego correcto de palabras, sacudo la cabeza, hipnotizada y babeando por la imagen perfecta que me ofrece mi prometido justo ahora; sí, es perfecto. Lleva pantalones de lino, una americana y una camisa azul. Huele delicioso, a una tarde de verano, con el sol perfecto y una copa de vino.

El nuevo pitido del ascensor interrumpe mis pensamientos exóticos...

Las puertas se abren en el vestíbulo del hotel y tenemos que bajarnos. Pero, antes de salir, Cameron extiende su mano hacia mí, abre la palma y me la ofrece. Observo con curiosidad la extensión clara y curtida de sus dedos, pensando que debe ser una alucinación.

—En dos días vas a llevar mi apellido, Frank. —Con gesto de confianza, que me hace sentir perfectamente en mi elemento, me sonrío, y agrega—: Ocupa el lugar que te corresponde de ahora en adelante.

No puedo evitarlo.

Le sonrío abiertamente antes de aceptar que entrelace nuestras manos. Entonces, sí, salimos al vestíbulo y empezamos a caminar hacia el restaurante que está aquí mismo.

A su lado, camino sin fijarme dónde están mis dos guaruras. Lo único que hago es serme fiel mientras Chester no se dé cuenta, mientras no sienta que lo estoy traicionando. Ya Cameron me ha demostrado lo sencillo que puede hacerme cambiar de opinión. Y creo que, a través de estos años en la escuela, pese a que tuviera un plan de vida definido, nunca me había permitido soñar libremente.

A cada día que transcurre me hago más ambiciosa.

El día que acabe mi contrato con Cam... ese día sabré realmente de qué estoy hecha.

—Tú solo no dejes que te amedrente —dice él de pronto.

Cruzamos el marco cuadrado del restorán. Hay una especie de selección en el lugar; las mesas son pequeñas y redondas y de vidrio. Están distribuidas de manera que el espacio entre ellas es más que considerable, así que no pueden haber más de cincuenta cuando está en su máxima capacidad.

Al instante, una serpiente de electricidad me recorre la espalda. En una de las mesas con

mayor iluminación natural, por encontrarse en la línea frontal y estar junto al escaparate que tiene vista a la calle, la señora Dolores Baltazar disfruta de lo que parece ser una copa de vino. Ciertamente, luce como una de esas mujeres de las revistas.

No las pomposas, emperifolladas y con peinados ostentosos. No. La madre de Cameron deslumbra con luz propia, quién sabe si sea interna. Me nace el breve impulso de girarme en los talones y regresar a mirarme al espejo para saber si estaré a la altura de su traje a medida, de su pelo lacio, bien arreglado y sencillo, que le enmarca unas facciones juveniles, que no han visto un bisturí en su vida, pero que sufre de muchos cuidados.

Intento que deje de preocuparme su apariencia; intento olvidar que no vengo preparada, que no ensayé ningún discurso ni nada que se le pueda parecer a una conversación que ella, con esa forma de erguirse, como una gacela y un cisne al mismo tiempo, pueda comprender. Nunca me dio pánico hablar con Rox, Owen y Millie sobre las cosas horribles que vi, sentí y viví en casa de mi padre; pero siempre que le cuento a Cameron busco reprobación en sus ojos. Busco desdén, juicio y pena.

No deseo hacer eso con su madre; él tampoco me ha advertido qué tipo de persona es, pese a que es bastante obvio que se opuso. Algo le oí decir, cuando nos acostamos, entre sueños y protegida por su cálido abrazo desnudo, sobre su hermano Roy y lo mucho que la señora Baltazar lo consintió.

—No debiste permitirle que viniera contigo —se ríe ella en cuanto estamos lo suficientemente cerca como para que se pueda aproximar a mí.

Lo hace, y después de decir lo anterior, me sujeta, con un ademán cariñoso, las manos. Sus dedos apenas ejercen una breve presión mientras se inclina, ya que es también un poco más alta, a besarme ambas mejillas en un gesto que me recuerda a las bodas reales.

—La asistente de Frances es Roxanne Simone —dice Cam, que también recibe el beso de su madre.

Trago saliva ya que pronto será mi turno de decir algo educado, grácil o ingenioso.

Contengo la respiración.

Dolores pone cara de concentración, los ojos azules, azulísimos, entornados.

—Simone...

—De California, madre —le espeta Cameron.

Ella regresa a su lugar, sonriendo, pero todavía confundida por la mención que ha hecho su hijo. Le ha dado una importancia fehaciente al nombre de Rox. Al principio no la comprendo del todo. Sin embargo, cuando Dolores abre los ojos y me mira, sorprendida, me recuerdo a mí misma que Roxanne es hija de un hombre pudiente, el dueño de múltiples negocios en California.

—Claro, lo suyo fue un escándalo en su momento —replica entonces, con renovado interés.

—Es una mujer estupenda —dice Cameron.

—Su madre lo era también. —Los ojos parsimoniosos se mueven en mi dirección.

—La conocí en la universidad —digo, finalmente decidida a hacer a un lado mi miedo.

Me siento totalmente ridícula por sucumbir a él cuando, en realidad, Dolores no parece tan peligrosa como me la imaginaba.

—Entonces, imagino que es tu amiga...

—Íntima.

Ella sonrío, trémula.

—Fue su idea que comiéramos los tres —interviene Cameron.

Nos acaban de poner la carta sobre la mesa, una para cada uno. Repaso por unos instantes el

menú, agradecida por haber aprendido de mis dos amigas las cosas básicas que se sirven en una mesa como esta. Me crié con una vasta cantidad de hombres a los que no les apuraba mucho el recato o los modales que tenían que usar frente a una niña. Y hasta cierto punto nunca me interesó, pero es verdad lo que dice Rox: necesito saber elegir mis máscaras si tengo un cometido que cumplir con ellas.

—Supongo que costaba mucho estar completamente sola en ese ambiente. —Dolores ha pedido una botella de vino que no considero necesaria, pero guardo silencio, atenta a su aparente preocupación por mis años de universidad—. Para nosotros fue sencillo, tuvimos varones y estudiaron en la ciudad.

—Es sabio vivir en la capital —comenta Cameron de un instante a otro—. No podría acostumbrarme a vivir como los Gordon, por ejemplo.

—Sí, tampoco yo.

Miro a Dolores unos segundos, extasiada por la imagen que tanto ella como Cam me ofrecen. Luego observo el perfil de mi prometido; es perfecto.

Internamente me juro probar pocas gotas de vino si no quiero tirarme a sus brazos otra vez.

Como una bebé sedienta.

—¿A qué te refieres? ¿Los padres de Jax no viven en Texas?

—Oh, no —se ríe Cameron.

En ese instante nos ponen los platos delante y cada uno repasamos lo que han traído. Dolores es la siguiente en la conversación, que me ha causado una curiosidad genuina.

Jaxon Gordon daba la apariencia de ser un ciudadano en toda la expresión de la palabra.

—Verás, querida —repite la madre de Cameron—; Yanila Gordon, antes Yanila Duberville, nació y creció en una campiña cercana de Oxford. Es una bonita historia de amor, pero, para no hacer el cuento largo, lo dejó todo y siguió a Uriel hasta acá. —Ella le da un mordisco a un trozo de pan de ajo y, al tragar, prosigue—: La mansión estilo castillo isabelino que le construyeron en algún acre boscoso de California fue un regalo, pero se lo dieron cuando las minas de Gordon dieron su decimoquinta producción rentable.

—Minas de oro —anonadada, pongo la mirada en mi plato.

—Así es. Entonces se los conocía como «nuevos ricos».

Otra sonrisa afable.

—En fin, es un lugar recóndito.

—Que tiene su propio lago —contesta ella—. Entiendo por qué el aislamiento social. Son muy rígidos en sus modales.

—Jaxon parece todo, menos rígido —digo, sin poderme reír.

—Sí —dice Dolores—, lo sé, se lo digo a Cameron.

—No es que sean rígidos —replica este—. Son una familia con códigos estrictos sobre el honor, la responsabilidad y la salud. Celan muchísimo la confianza que le dan a las personas y, cuando la pierden, quedan fuera de sus vidas para siempre.

Arrugo las cejas por la concentración que les ha aplicado a sus palabras. No sé si Dolores también lo ha notado, así que la observo. Ella, no obstante, se encuentra con la mirada fija en su plato, mientras come animadamente.

Dejo pasar el momento y decido que el pesar en ese comentario de Cam debe de ser porque le tiene mucho cariño a Jaxon y yo he dicho algo que no le gustó sobre él. Después de todo es su mejor amigo.

Luego de terminar la comida, Dolores me hace un montón de preguntas sobre la boda.

—Me siento muy confiada —dice al dirigirnos a la salida— porque hayas sabido elegir todo

a la perfección. —Tiene mi brazo enganchado al suyo. Un hormigueo me recorre esa extremidad mientras ella dice—: Por mi lado, para acallar esas sandeces sobre *nuestra* familia, he decidido dar una pequeña reunión en la terraza de la mansión familiar. Llámame mañana, me gustaría que coordináramos algunas otras cosas. —Se mira el reloj y me libera de su agarre—. Tengo que irme, pero hazlo, por favor...

—Lo haré.

Ante mi promesa, ella sonrío, mira a su hijo y dice—: También debo saber qué pretendes usar.

—Dime de qué color será tu decoración y yo me encargo de mi ropa.

El dejo de ironía en la voz de Cameron es evidente. Reprimo una sonrisa y miro, paciente, a Dolores, que analiza el semblante de su hijo.

—No te hagas el chistoso —dice—. Palo de rosa. Dorados, y champaña. —Me mira—. Estaremos en contacto.

Se despide de mí de la misma forma que me recibió y luego se va.

Cameron se me aproxima, pone su mano en mi espalda baja y me guía hacia el elevador. Parece muy aliviado en cuanto pulsa el botón para que suba.

Ha recargado la espalda en la pared de aluminio trasero.

—Siento haber comentado eso sobre Jax.

Busco sus ojos cuando él me mira.

Su mueca es incierta, la verdad.

—Me recordaste que tengo que llamarlo —dice y saca su móvil, pero hace una pausa antes de levantar el teléfono—. No fue un buen día para él, ayer.

—Para ninguno.

—Sí, lo sé —sujeta, sin que me lo espere, mi mano, y dice al cabo, con el celular en el oído izquierdo—: Hey, he terminado; no, no ahora, estoy con Frances en su hotel, y creo que es un buen momento para que le muestre los detalles del nuevo contrato; caramba, no creí que quisieras... Vamos... Sí, entiendo, lo entiendo, estaré ahí.

Extrañada, sigo mirándolo.

Él, después de suspirar, me explica—: Tengo que contarte los detalles de una planta de hidrocarburos que quiero echar a andar; la chica es una ingeniera que ganó un concurso, y como es...

—Lo entiendo.

—Sí, bueno, puede que sea arriesgado pero vi todo su plan y me parece sustentable.

Lo estudio a consciencia. Por desgracia, tengo que esperar a decirle lo que pienso hasta que estamos en mi habitación. Roxanne no está y supongo que debió de haber ido a recoger al pequeño Cici. Cameron y yo nos acomodamos en el comedor.

Le sirvo una copa de coñac y justo estoy poniéndole hielos cuando él me quita las pinzas y me obliga, agarrándome la cadera con las manos, a acercarme a él. Ha abierto las piernas, así que estoy en la mitad, y su frente en mi abdomen.

—Sé que no somos normales, y que nuestra relación todavía está lejos de ser amistosa incluso, pero te agradecería que, cualquier cosa que me estés ocultando, y me concierna, no me dejes enterarme de una manera bruta.

Sin saber exactamente de dónde he sacado la confianza de hacerlo, me siento en una de sus piernas. Él no se mueve más, y me observa.

—Nuestra relación podrá ser amistosa si tú quieres.

Cameron asiente.

—Sí quiero.

—Entonces, amigo, cuéntame qué sucede.

Él tuerce una sonrisa, y dice—: Creo que me gusta la hija de un mafioso.

Cameron

—Levanta más el mentón —le dice Roxanne a Frances.

—Ya lo he elevado mucho.

—Sí, pero lo dejas caer de nuevo.

—Bien, oficialmente, creo que no lo soporto —refunfuña ella.

Observándola, permanezco absorto en la imagen tierna que tiene el día de hoy. Es jueves. Un día más y será el gran día. El día después de que, con solo unas semanas de anticipación, ellas planearan una boda con una escala que ningún medio, en boca de Owen, podrá ni querrá perderse. El lunes próximo Frank y yo cortaremos el listón de las nuevas instalaciones de Fargo y daremos a conocer el plan que pretendemos sea rentable dentro de, por lo menos, un año.

Justo cuando su primo salga de la prisión, habremos echado a andar la planta de los hidrocarburos y, espero, habremos vendido por completo los bonos que quedaban de las refinerías; esos que dejó acumular Roy y que me llevaron a malbaratar las acciones de la compañía antes de declarar completamente la quiebra.

Fue decisivo el haber liquidado a las empresas aseguradoras para que cubrieran la baja masiva de empleados.

—Déjala en paz, Rox —refunfuño.

Le extiendo a mi novia la mano, que ella acepta nada más interceptarme con sus bonitos ojos.

Afuera nos aguarda la fiesta que mamá ha organizado para acabar con los rumores que nos aquejaron toda la semana. Aunque me quedé con las ganas de preguntarle exactamente cómo funcionaría esto, preferí, como me aconsejó Jax, concentrarme en hacer que Frances se sienta cómoda, dándole el crédito por portarse como una criatura controlada frente a una mujer que podría intimidar a cualquiera.

Con paso forzoso, los tres nos echamos a andar por el corredor de la casa. El frontal, que está adornado con luces doradas, justo como pensé. Veo, por el rabillo del ojo, que Frank está sonriendo. Lo atribuyo a que ha recordado la reacción de mi madre cuando advertí que pretendía despilfarrar dinero con esta «pequeña» recepción que dará para las amistades que considera importantes. Eso sin contar que, entre esas amistades, ha incluido al heraldo más portentoso de la ciudad. Su amigo periodista no se ha traído la cámara, pero nadie anda con algo menos que un *smartphone* hoy en día, menos si el evento es por mucho el que más se curioseará. Así que podría pararme encima de ese respeto que mamá aseguró que nos tiene.

—Cielos, siento que volví a casa —refunfuña Roxanne, una vez que nos comenzamos a adentrar en el salón dispuesto.

En primera instancia, busco a Jaxon hasta dar con él y le hago una señal, inclinando la cabeza. Sus ojos me muestran una mirada inexpresiva, esa mirada triste que le vi ayer por la tarde cuando nos reunimos en su departamento. Bebimos unos tragos mientras él me mostraba las armas que piensa mostrar conforme al contrato de su... novia.

En cuanto noto que está dirigiéndose hacia acá, vuelvo mi atención a las chicas.

—Debe de haber sido grandioso nadar entre gente así —dice Frances.

Roxanne clava los ojos en mí y, con una sonrisa, dice—: No lo llamaría así, pero era entretenido.

—Me gusta mucho la decoración.

Hay un dejo de alegría pueril en las palabras de Frank. En cambio a ella, y me siento terrible al hacerlo, no siento más que desconfianza. Mi madre está en el otro extremo del salón. Tendremos que ir a su lado para que dé por iniciada la velada y presente a sus amigos a su nuera.

Como la feliz suegra que será...

Trago saliva, escuchando de fondo la voz de Rox que, cuando Jaxon llega con nosotros, cuenta—: Mi madre no era muy asidua de estas... reuniones. Le gustaba mucho organizar tardeadas, eso sí, pero incluso ahora nunca he visto que anuncie nada.

Jaxon, entregándome una especie de hoja itinerario, dice a Roxanne—: Ella no, pero tu padre, sí.

Los ojos de ambas mujeres lo inspeccionan.

—Sí, no me extraña.

La sonrisa de Rox es amarga.

Frank ha guardado silencio.

—¿Cuánto tiempo hace que no hablas con ellos?

—Caden cumplirá siete en unos meses. Entonces, eso: siete años.

—Pero te echó desde que tenías poco de embarazo —interviene Frank, y su tono es de recriminación.

Comparto una mirada con Jax y, suspirando, decido poner fin a la conversación, ya que no creo apropiado que Roxanne tenga que estar diciéndonos qué ocurrió cuando se peleó con su familia. Ya me había contado, Jaxon, que fue un escándalo en su momento; hasta mi madre sabe que los Simone de Rancho Carne son famosos por sus altos principios conservadores. Pero igual, a mí me parece de mal gusto que la incomoden así.

—Deberíamos ir con mamá —digo.

Frank me regala una mirada y sonrío después, disculpándose con los presentes.

Le hago otra seña a Jaxon para que se quede con Rox.

—Ese irresponsable de Owen. Le dije que estuviera aquí a tiempo para que la escoltase al entrar...

La vocecilla de Frances sigue siendo inocente en ese aspecto, pero como estamos caminando por en medio del salón, varios pares de ojos me inspeccionan, y a ella; me siento afortunado de que tenga esa ingenuidad para algunas cosas; no ha reparado en las miradas de las mujeres, que analizan su ropa. Obviamente, es de diseñador, pero todas aquí están vestidas con ropa de diseñador. Sin embargo, mi madre tuvo la amabilidad de indicarle de qué color iba a ser la decoración para que, según los estándares de la etiqueta, no cometiera el error garrafal de estar combinada.

Estoy a punto de pensar que quizás ha madurado un poco, cuando ella me sonrío. Nos hacen falta tan solo unos metros para estar a su altura. Con ella se encuentra una mujer a la que, aunque no me haya hecho nada, no me gustaría haber visto aquí; ya que solo puede significar que jamás debería de confiar en mi madre sabiendo que, desde hace un mes, cree que quiero dejar a Roy sin un dólar.

Trago saliva y me percató de que la gente ya ha empezado a arremolinarse cerca de la anfitriona. Alguien le ha dado un micrófono sencillo, y Yessenia, la madre de mi exnovia, no se ha retirado. Parece que tiene algo que festejar también. Miro por el rabillo del ojo solo para darme por enterado de que Frank no tiene ni idea de lo que va a pasar en unos cuantos minutos.

Ha sido un golpe muy bajo... y también lo último que decido permitirle.

Nada más interceptarnos, mamá da las noticias a todos y se escuchan las primeras reacciones. Como ella no sabe de este tipo de carnicerías, Frank está sonriendo con todos sus dientes. Me siento fatal de que haya desperdiciado su belleza de este modo; así, mostrándosela a gente como mi madre y como Yess, que saben a qué se dedican cuando se trata de humillar a alguien de forma sutil, para cumplir sus cometidos y salirse siempre con las suyas.

—Espero que te haya gustado la organización completa —dice Dolores cuando ha terminado las presentaciones.

Ya los invitados están en el bufet y también enfrascados en sus propios asuntos, pero no dejo de percibir los flashes silenciosos en nuestra dirección. Mi madre pone su mirada de satisfacción encima de mí.

—Me ha gustado tanto que te prometo, mamá, jamás voy a olvidarla.

Frank tiene una copa de champaña en su mano.

Ya me ha dirigido varias miradas inquietantes, pero no la busco; evado su escrutinio porque mirarla a los ojos me avergüenza. No puedo creer que Dolores Baltazar use este tipo de artimañas para herir a alguien que no la ha molestado nunca.

Pudo haberse metido conmigo...

Sus ojos miran a mis espaldas.

Una mueca de felicidad aparece, renovada, en su cara. Aprieto las quijadas y el cuerpo se me tensa en cuanto la escucho decir—: Lindsay, cariño, pensé que no llegabas.

—Lo lamento, Lula —responde la persona que creo que no tendría que haber cedido.

Siempre fue muy lista y valiente, no sé por qué se presta para cometer este tipo de acciones. Y es imposible que no supiera qué pretendía mi madre; ella sabía que la fiesta era en honor de...

De su orgullo, sí.

—Esta es Lindsay Graham, de Rockefeller —señala mi madre, a Frances.

A ella le cuesta un poco comprender quién es, pero noto el momento exacto en el que se le ensombrecen las facciones y el telón del teatro del que somos víctimas se cae frente a mis ojos.

—Ah, es que no puedo organizar nada sin invitarla, cariño, tú me entiendes.

—Nunca le hablé a Frances de ella, mamá, por Dios.

Trato de sonreír, pero quiero romper algo.

Quiero destrozar este sitio y quitarle a mi madre su pensión, por completo.

Le compraré un castillo a Frances con cada dólar que le quite a esta... mujer que se dice ser mi madre. Las facciones de Lindsay y su madre lucen apremiantes, ya que me conocen bien. Aunque no creo recordar que nunca haya mostrado tanta imprudencia en público y, ciertamente, me importa un pepino.

—No importa —susurra Frankie.

Enarco una ceja hacia Dolores, y digo—: No le hablo a nadie de Lindsay porque siempre que preguntan por qué terminamos temo decir que no lo sé. —Sonrío—. Temo decirles que el motivo exacto lo desconozco, pero fue exactamente después de que me dijeran que no podría volver a lanzar y me retiraran el contrato con los Oilers.

Escucho carraspear a Yess.

Mamá, con gesto monstruosamente cansino, me mira y exclama—: Provocarás un escándalo.

—El testamento dice que mi obligación es mantenerte. Pero te olvidas que la casa es mía y nadie me dijo cuánto debo de darte mensualmente.

Sujeto la mano de Frances, miro a las tres damas presentes, y me giro.

—Cam...

—Por favor, sigue caminando y no te detengas —le pido.

Sé, abiertamente, que ella no debería ser el foco de mi angustia ahora mismo. La he visto. No le afectó en lo más mínimo que Lindsay estuviera aquí, que mi madre tuviera la astuta intención de demostrarle que, aunque el mundo crea que tienen una amistad, ella no se la ofrecerá nunca. No me han facilitado las cosas, ni pretendo que lo hagan, pero habría agradecido que lleváramos esto por el lado amable.

Habría agradecido que no hubiera ninguna hostilidad, pero al final Queen y Tot tienen razón: ya la conozco, el que pecó de imbécil aquí fui yo, y la dejé en las garras de una persona que ya no se controla a sí misma. Una esnob petulante con aires de grandeza que, en lugar de apoyarme todo este tiempo, no ha sabido hacer otra cosa que recriminarme cada decisión que he tomado, pese a que el camino que elegí es precisamente para recuperar algo del legado de papá.

Fui yo quien se manchó las manos al procurar una inversión ilícita. Y, aun así, ellos no valoran ninguno de los esfuerzos; no los pidieron, claro está, pero eso es conmigo. Sus desaires son en mi contra. Es a mí a quien deberían vituperar y humillar. No a ella.

Al salir del salón, todavía estoy sujetando fuertemente la delgada muñeca de mi prometida, a la que no tengo el valor de mirar a los ojos. Entonces, abordando a Jaxon y Roxanne, que nos han seguido al jardín al que he salido, respiro hondo como si, con esta acción, pudiera liberarme del espurio oscurísimo del que estoy siendo víctima.

—Ya, Cameron. Basta. Déjame. —Frances tira de su extremidad.

Nuestras miradas se encuentran un breve segundo.

Clavo la vista en Jaxon y él, asombrado, enarca una ceja.

—Quédate aquí —le espeto a Frank.

Rox recibe, también, mi semblante como una advertencia. Camino tan solo dos pasos y el fuerte ademán de Frances, que sujeta mi brazo, me toma desprevenido.

La miro por encima del hombro.

—No puedes irte así como así, dejándome en este... lugar. Es tu casa, no la mía.

—Creo que ha quedado bastante claro que no, no es mi casa. Por favor, espera aquí.

—No quiero.

Alzo ambas cejas.

Jaxon se gira en los talones para no tener que, quizás, presenciar una pelea de novios.

—Obviamente no tengo la paciencia que, por lo general, requiero para ti, niña consentida.

—Perfecto —dice ella, y se da la vuelta.

Roxanne abre sus ojos tan ampliamente que no me percato de lo que he dicho hasta que ella suelta—: Ustedes dos van a volverme loca un día de estos.

Y luego se marcha detrás de su amiga.

Los pasos de Frank son cortos, pero decisivos. Una parte de mí quiere ir a perseguirla. La otra dice que la deje marchar, que ahora mismo no sirvo para consolarla, que está mejor lejos de este putrefacto gentío. Me llevo las manos a la cara y luego las pongo en mis caderas. A mi lado, Jaxon suelta un suspiro contenido. Mis propias ansias me avisan que, no importa en compañía de quién esté, mi humor no mejorará.

Aprieto los párpados, abro los ojos, miro el sitio por el que se fue...

—Ni siquiera lo pienses —me advierte Jax cuando ve que doy un paso.

Lo miro de reojo.

—Me acabo de portar como un idiota —musito, extrañamente derrotado—. Estoy superado por las circunstancias... No pensé que me enojaría tanto con mi madre...

—En algún momento tenías que perder los estribos para con ella. Debía de cansarte como a

nosotros nos cansaba que te tratara. Solo... eres buena persona, Cam. La respetas y no digo que dejes de hacerlo, pero pon una línea... Solo si en algo te interesa el bienestar de lo que sea que esté pasando entre Frances y tú. Lo cual, si me lo preguntas a mí, es bastante confuso. —Tiene las cejas arrugadas—. Nunca pensé que la gente, cuando hace un contrato prenupcial, se siente más cómoda.

Niego con la cabeza, y digo, suave—: No es eso. Frank parece dura y arisca, pero es... tierna... es solícita, dulce y se merece que la traten a la altura.

—La llamaste niña mimada.

Echo la cabeza atrás, cierro los ojos y confieso—: Me encantaría seguirla mimando.

—Hace un mes que la conoces, amigo, no te hagas un lío completo: ya habíamos quedado en que tendrías cuidado, sobre todo hasta no saber qué pasaba con el primo...

—Puede que la haya conocido en persona hace poco, pero... Nos escribíamos y en esas líneas yo encontré más realidad que en sus métodos de convencimiento.

Jaxon, enfrentándome, con esa mirada que me dice lo mal que está por estos momentos, me pone una mano en el hombro. Sus ojos me inspeccionan con el cariño que supone una amistad tan larga y profunda. He comenzado a creer que los dos no estamos hechos para las relaciones habituales. Anoche, mientras bebíamos con Owen, supimos que algo iba raro en nuestras formas de pensar. Por principio, no sabía que podía ser tan hosco...

Hasta hoy, que sentí la ofensa no sobre mí, sino encima de ella...

—No te enamores de Frank, Cameron, te lo digo como hermano. La chica, aunque se haya encandilado contigo, sabe lo que quiere. La deslumbra tu mundo y supongo que lo ambiciona igual que cualquier chica de su edad, pero no más. Siento que algo saldrá mal de todo esto.

Bajo la mirada al suelo unos instantes.

Normalmente, Jaxon no interviene en mis decisiones. Creo que su reciente desengaño lo ayuda a confesar esa inquietud que me concierne. Lo respeto tanto, que no digo nada. No digo que sé muy bien el riesgo que corro al compartir, los siguientes meses, un piso entero que, en menos de lo que espero, tendrá el olor de su cabello por todos lados; aprenderé a reconocer, en un año, sus ademanes cuando se despierte; miraré con atención qué hace por las mañanas, qué cosas la entretienen y quizás me divierta con sus malos hábitos. No digo nada de lo que ya he sabido desde que estuve con ella, desde que se me esparció el deseo por las extremidades y confundí su piel con miel y las ganas se convirtieron en anhelos.

Ni hablar de la imagen que proyecto en mis sueños.

Con ella.

—Necesito hablar con mamá.

—Vamos —Jaxon me palmea el omóplato derecho y me acompaña.

Una vez en el salón, varias personas se me quedan mirando. Voy directo al círculo de gente que se ha formado en el fondo, donde mi madre, Yess y Lindsay se encuentran riéndose. Como si no hubieran hecho nada. Como si no supieran que estoy ardiendo en rabia y que arrasaré con cualquiera que intente ponerse en mi camino justo en estos momentos.

Me planto en medio de ellas a pesar de que están acompañadas por otras dos señoras...

—Tú —le hablo a Lindsay, que se pone tensa y se envara—. Vete de mi casa. No quiero que pongas un pie aquí, ni en ninguna de mis propiedades.

Sus ojos se abren con una bruma que, Dios me perdone, disfruto muchísimo.

Mi madre también está impresionada de susto...

—Cameron...

Su voz es tenue pero suena alarmada.

—Qué grosero —dice Yess.

Me río de su comentario y le espeto, nada paciente—: Me guardé los detalles de nuestra relación porque, ante todo, soy un caballero. Pero ahora me interesa proteger los sentimientos de mi futura esposa, así que, si me entero que cualquiera de ustedes mancha o difama su reputación... —Miro directamente a los ojos de Dolores, que está tan rígida como una tabla—. Te quitaré todo lo que tienes y más, de ser necesario.

—Pero qué...

Hay más gente acercándose, curiosa.

—El ensayo es mañana, a las seis. Te quiero allí, puntal, bajo la misma advertencia, madre.

—No puedes hacer esto —sisea mamá.

Ha venido detrás de mí apenas me giro.

Las personas aquí nos miran y lanzan abrumadoras miradas de pesar, como si en realidad sintieran lástima por el escándalo y no porque tengo la peor clase de madre de este mundo. Ahora, pisándome los talones, ambos abandonamos el salón y en cuanto cierra la puerta en el vestíbulo, a donde solo están los meseros que contrató, siento que he terminado de romper nuestra relación.

—Querías que te tratara como a una empleada —digo, triste y rendido por esta situación—. Lo haremos así. —Intento darme la vuelta, pero me detengo y vuelvo un paso para decirle de cerca—: No te vuelvas a meter con ella.

Su rostro, contorsionado por la ira, augura que ha comprendido el mensaje.

Y es todo lo que necesito.

Frances

No importa cuántas veces me lo diga Rox, no puedo cambiar ahora que he descubierto lo mucho que me puede afectar la indiferencia de Cameron; el reparo de la noche anterior al ensayo, en la dichosa fiesta de su madre, todo lo que sucedió después de que nos presentara como la pareja del año. Y la exnovia...

Debí decirle que no soy tan insegura, que la aparición de la tal Lindsay no significó nada para mí. Pero también me encontré con uno de los defectos más grandes de Cameron. No quiero decir que no pueda lidiar con ello, sino que... la verdad no sé si lograré renunciar a él de manera tan sencilla. No sé si, cuando llegue el momento de firmar el divorcio, estaré peor que ahora o habré podido mentalizarme para dejarlo que siga con su vida mientras yo desaparezco de la suya.

Solo para darme cuenta de que no volveré a sentir lo mismo.

—Es demasiado tarde para echarte atrás —dice Rox, esta vez con voz dura.

Tengo el velo en las manos y estoy sentada, de forma desprolija, en un sofá victoriano dentro de mi habitación, donde han dispuesto un espejo de piso para que la modista pudiera arreglarme el vestido de nuevo, que ya llevo puesto. Tengo el pelo acomodado en una cascada corta de rulos no naturales y desprende un delicioso aroma a gardenias blancas, que pedí para el tocado.

Estoy mirando mi reflejo, y sin voltear, digo—: No puedo ir, pararme en el altar, jurar que estaremos juntos por siempre, y darme cuenta de que estoy mintiendo.

—Te dije que no era buena idea organizar la boda por la iglesia —repite ella.

Trae puesto un curioso traje de color azul, que consta de una falda en corte sirena y una blusa entallada con encaje en los hombros. Su peinado es más ceñido y voluminoso que el mío, pero también lo tiene más largo. Su piel contrasta perfectamente con cada aspecto de su atuendo. Y noto que es muy hermosa, muy refinada... Lo que alguien como Cameron se merece.

A través del espejo, analizo su postura, a mis espaldas.

—Cásate tú con él —extiende el velo al frente.

—Ya empiezas a preocuparme —señala Rox, con gesto compungido.

Suspiro, y desolada le espeto—: He visto que te llevas muy bien con él... He visto que se hablan con una soltura increíble, que tienen mucho en común... —Cierro los ojos, y me trago las ganas de llorar—. A tu lado, soy una furcia.

No soy consciente de que se ha acercado a mí hasta que siento cómo, entre sus manos, agarra las mías. Tiene que tirar de mí bastante fuerte, hasta que me pongo de pie. Ambas llevamos tacones altos, así que estamos en la misma sintonía y altura.

Los ojos de Roxanne, curiosos y comprensivos, me inspeccionan.

—Estás un poco alterada por lo que ocurrió en la fiesta, lo comprendo; pero todavía estás más equivocada respecto a ti. —Su gesto es apremiante, y así continúa al proseguir—: Cameron no me mira a mí como lo hace contigo, si tanto te preocupa en quién realmente tiene puesta su atención. No sé si se deba a que es un hombre de principios rectos, o posesivo y se toma su papel bastante en serio, pero te mira como si te hubiera beatificado. Y a mí lo único que me importa de todo este embrollo, Frances, es que decidas lo que sea mejor para ti. Deja de tener miedo por tu

primo...

En un inicio, quiero regodearme en la amistad de esta mujer que no me merezco; pero me hace eco su comentario. Es como si me hubieran apretado el pecho con un puño, como si estuvieran a punto de romperme el esternón a golpes. Descubro que, en efecto, tengo miedo de lo que va a ocurrir si llego a decirle a Chester que una parte de mí no quiere abandonar la posibilidad de crear algo mío, junto a...

—Hicieron un contrato —repite Rox minutos más tarde, quizás al ver que no he dicho más—. Si lo disuelves, tendrías que pagarle una fuerte suma. Y sin el dinero completo, Frances, también tendrás que enfrentarte a la dureza de los modales de Chester. Creo que eso es de lo que quieres huir. —Sus cejas se arquean—. En el fondo piensas que le debes de pagar con lealtad.

Echo la cabeza ligeramente hacia atrás, mientras sopeso la decisión que he tomado. Hoy se definirá mi vida. Si no voy a la boda, si planto a Cameron en ella... Me arrepentiré de no haber disfrutado, al menos temporalmente, de los placeres de despertar en un ambiente seguro, tibio, confiable; jamás sabré qué se siente que alguien te procure sin recibir una remuneración y no podré descubrir quién, en la intimidad de una vida cotidiana, es Cameron Baltazar.

Millicent dice que se puede idealizar a las personas, pero yo sé que no es solo un anhelo lo que siento. He estado atraída por otros hombres... Antes no distinguía entre el desahogo y la necesidad de tener una compañía cada cierto tiempo. Pero la verdad es que nadie había despertado en mí estas ansias de cambio.

Cameron significa mi punto de inflexión.

—Ponme el velo.

Rox asiente.

En ese preciso instante, una muy bien vestida Millicent se aproxima a nosotras. Ha entrado en la habitación seguida por Owen. Extrañamente, se detiene a mirar primero a Roxanne. Creo que lo ha hecho porque ella le está dando la espalda y no se puede percatar del incesante escrutinio que nuestro querido amigo y contador está llevando a cabo.

Tuerzo una mueca, bastante confundida con ello.

Carraspeo para atraer su atención.

—Vaya, Frank —dice él, entonces, solo así aclarándose la garganta—. Estás... —Sus ojos regresan a mirar a Rox— Hermosa.

Hago una mueca, mientras Millie está arreglándose algo en el peto del vestido. En cuanto se incorpora, noto que ella también se ha dado cuenta de lo que estoy mirando con tanta curiosidad. Sus cejas, enarcadas, me muestran un par de ojos sonrientes y almendrados.

—Ya podemos irnos —espeta Millicent. Sonríe y me dice—: Estás perfecta.

Asiento, todavía sin poder creerme que sea real. Ella va ataviada con otro vestido azul eléctrico, que resalta sus curvas y su esbeltez; tiene pocos pechos, pero su cara, enmarcada por unas facciones casi perfectas y angelicales, parece haber sido hecha a mano por el mismo Dios.

Al contrario de Rox, trae el pelo, larguísimo y rubio-platino, recogido de un lado y ondulado por el otro. En algún rincón de su mirada se atisba el cansancio de estos días; me prometo que, mientras Cam y yo fingimos la luna de miel y buscamos la casa para Chester como acordamos, luego de cortar el listón de Fargo, les daré vacaciones a ambas.

Ellas se apartan y salen primero de la habitación; irán en un coche aparte, con el chofer habitual. Owen y yo nos marcharemos en la limusina que Millie contrató para el día de hoy.

Con un suspiro, pongo otra vez, la última, la mirada en el espejo. Owen me coloca las manos en los hombros y me mira...

—Repíteme que esto es por el bien de la compañía.

—Lo es —sonríe mi amigo—. Es una boda pomposa que hablará del gran negocio que Cam y tú hicieron. Y con Hills controlado, por ahora...

Sacudo nuevamente la cabeza, justo a tiempo de recibir el ademán de Owen, que me ofrece su brazo. engancha mi mano de él y empiezo a caminar hacia la salida. Nos toma poco salir por el elevador de servicio, cuyo uso hemos solicitado por el día de hoy.

En el vestíbulo, hay un camino especial rumbo al salón dispuesto para la recepción civil y la cena que ofreceremos al terminar los datos religiosos, que Owen y Jaxon dijeron serían necesarios si queríamos convencer a los contratistas más conservadores de Texas. Después de todo, no solo crearemos una planta de hidrocarburos cuya ingeniería está a cargo de una universitaria genio... No, venderemos nuestra imagen como pareja.

Uso ese pensamiento para infundirme valor. Y ya que Cameron está tan acostumbrado a ello, decido poner mi mejor cara, y sonrío. Estoy metiéndome en el interior de la limo cuando, de un tirón, Owen me hace detener.

Sus ojos castaños me observan con cuidado y él, que me da un abrazo, me dice al oído—: Chester dijo que le habría gustado estar aquí, contigo...

Al soltarme, me aseguro de no derramar una lágrima y prefiero suspirar. Prefiero empujar la melancolía en otra dirección que no sea esta; la ausencia de mi familia, una habitación oscura en donde he encerrado bajo llave todos esos demonios que me atormentaban.

De niña siempre creí que el dinero en pilas era un paraíso, pero jamás me llevaron al cine, o al circo; no era como las niñas de mi edad, que jugaban con muñecas. Tuve un hermano del que prefiero no acordarme y que, cuando yo nací, ya había matado a una persona. Eso fue cuando tenía quince años.

A esa edad, luego, vi morir a cada persona que significaba algo. No recuerdo bien el qué, pero significaban algo; mi madre, mi padre, mi hermano y el tío Rochel. El padre de Chester, que en lugar de intentar salvar el dinero ocupó sus últimos momentos de vida para pedirnos que nos ocultáramos en una cámara de la que estaba provista la casa de mis padres en Nueva Orleans. Era gigante y oscuro y tenía olor a cocaína.

Tiempo después, cuando la policía dismanteló la mansión, se descubrió que la red que manejaban mi tío y mi padre resguardaba su mercancía en ese lugar; Chester era demasiado inteligente y reservado para que la policía pudiera quebrarlo. Así que miró; fue más astuto que ellos y se percató de que los detectives no habían reportado toda la mercancía.

Una vez en custodia, pidió reunirse con el padre de Owen... Quien, a su vez, conocía a los Fritz, una mafia creciente en el Norte de los Estados Unidos, y les dijo dónde podían encontrar el resto de la cocaína. Toneladas y toneladas de mercancía que la policía corrupta intentaba acaparar para sus bodegas y sus beneficios.

Los Fritz pagaron por ello... Con lingotes de oro y bonos que, maquillados por el señor Brandram, y posteriormente por Owen, pasaron a formar parte del capital lícito de Chester.

Hemos llegado a la iglesia, y cuando salgo de esos recuerdos, pongo el tacón en la acera frontal de un lugar que parece haberse detenido en el tiempo: no lo reconozco. Y es que pudieron haber pasado incluso cuarenta minutos ahí dentro. Estaba tan absorta, imaginando todo por lo que hemos pasado para poder llegar aquí, que no recordé que la parroquia que eligieron es en la que solía congregarse el padre de Cameron.

Tiene un aire matinal indescriptible y, pese a las personas que están arremolinadas en el inicio... He comenzado a temblar de frío por las ligeras ráfagas que azotan a cada minuto.

Owen me tiene bien sujeta del brazo. Estamos subiendo la escalinata. Una serie de personas están en la entrada, pero podría apostar a que la mayoría se encuentran en el interior. Firmamos

invitaciones para cincuenta personas, pero anoche, en el ensayo, la madre de Owen nos pidió agregar a un par.

No eran, claro, Lindsay y su madre.

Eran una amiga íntima y un periodista de su confianza que les hará preguntas para que se desate, con seguridad, la noticia de que somos la pareja perfecta.

No lo dudo.

Cameron y yo proyectamos juventud y dinero. Podríamos aparentar y llamar la atención por casi cualquier cosa, pero es que, cuando lo miras, no son esos los pensamientos que te atacan. En mi caso: quisiera vivir todas las realidades posibles a su lado.

Al menos para saber qué se siente...

—Bien, vamos.

Owen suspira y, sonriendo, me hace caminar por el pasillo. Cameron, del otro lado, está acompañado por dos hombres altos; tan altos como mi compañero, y con la misma presencia, si no es que más intimidante. Reconozco a Jaxon de inmediato, que funge el papel del padrino; podría parecer extraño, pero no. Al lado de Jax se encuentra, también, un tipo de rostro curtido por el sol y semblante decaído. No sé quién es en un primer vistazo. Sin embargo, me basta que se pase la mano brevemente por el mentón para reconocer del todo sus facciones.

Roy, el hermano mayor de Cam, va vestido con un frac no del todo llamativo, pero es tan corpulento como su hermano, aunque no tan rubio. En lugar de los ojos chispeantes de Cam, los suyos emanan tristeza y una profunda devastación, como si, con esa expresión, te dijera lo vacío que está.

Una vez Chester me dijo que se sentía vacío por dentro y que, lo que había perdido, no lo iba a recuperar jamás. Adopté ese mismo pensamiento, pero, por estos días, cuando estoy con mis amigos, cuando me río por alguna tontería o cuando observo la manera entregada en la que se desenvuelven las chicas, o más fácil, cuando escucho hablar a Cameron, siento que los vacíos se llenan con amor.

Ignoro las mariposas que me revolotean en el estómago y también la mirada curiosa de mi cuñado... Y paso a mirar a los ojos a Cameron.

Anoche me porté hostil con él. No le hablé apenas y me dije que tenía que mantener esa postura porque no me gustó que se desquitara conmigo.

—Es tu turno, cariño —dice Owen y se inclina para besarme la mejilla, cuando le entrega mi mano a Cam.

Sonrío apenas.

Cameron y yo nos posicionamos en el lugar que anoche nos mostró el ministro. Y durante largos minutos no puedo oír lo que pasa alrededor; mi mente se llena de un montón de ideas que se me antojan malas. Ideas sobre los sueños que tuve. Podría hacer una tómbola para comprobar que ya no tengo deseos de otra cosa más que de estar en paz, con mis propias decisiones.

Levanto la mirada cuando siento el leve tirón que le da Cameron a mi mano...

—Frank...

Desorientada, miro a todos lados por unos segundos, y luego al sacerdote que, con mirada paciente, pero expectante, espera a mi respuesta.

—¿Vino usted por su propia voluntad?

Asiento con pobreza.

Y musito al ver que lo que quieren es que hable—: Sí, sí.

Luego le preguntan a Cameron.

Me extasía ver la forma en la que responde, con tanta facilidad, con tanta sencillez. Su perfil

me asombra y así me quedo, embelesada, mientras dan el sermón; el sacerdote habla de amor, de entrega, de sacrificio, y de fidelidad. Hace un montón de ritos que nosotros seguimos al pie de la letra.

Pese a que se siente incorrecto, disfruto como nunca cada paso que me supone; nada que entienda, algo que se sale de los minúsculos estándares de mi vida. Siempre había sido, como dijo Ches, vacía.

Ni siquiera valoraba a mis amigas.

Las veía como mis cómplices, y las advertí de lo mucho que iban a ganar, pero nunca les dije ni me disculpé por todo lo que podían perder si no nos salían las cartas esperadas.

El sacerdote nos pregunta si queremos tomar los votos.

Cameron dice que sí.

Yo respondo que sí.

Y finalmente nos declara... eso.

Nos dice que ahora podemos compartir la vida y nos manda que cuidemos el uno del otro. Resiento la mirada de Cameron cuando me hace a un lado el velo. Primero me sujeta la cintura y después alza la mano, en la que lleva el anillo ya, y me acaricia la curvatura del rostro.

Su primer beso es suave y rápido, pero en cuanto levanto la mirada; en cuanto ve que en mi semblante no hay rechazo, vuelve a apoyar sus labios en los míos, esta vez con más ímpetu y ternura inexplicables. Al retirarse un poco, me inspecciona con sus ojos, tibios como una mañana después de una tormenta.

—Hola, esposa.

Su sonrisa es cálida y tonta.

Le devuelvo el gesto y digo—: Hola, esposo.

Una serie de aplausos quedos dan paso al silencio. Nos damos la vuelta para encontrar a un par de personas que se han acercado. El fotógrafo del periodista de Dolores, que nos indica, incluso, cómo debemos acomodarnos. Cameron no se aparta de mí en ningún momento y, de hecho, no permite que su madre se quede a solas conmigo.

En algún momento el fotógrafo pide que nos tomen una a nosotras...

Y nada más ponerme la palma en la espalda baja, me dice en un susurro—: Si tanto poder ejerces sobre Cam, dile que no vuelva a amenazarme.

Para que Cameron no se dé cuenta, finjo que no ha dicho nada. Dejo que el tiempo transcurra y empiezo a sonreír a todos, de forma mecánica. Le pido a Owen que me tome una foto con las chicas. Sigo con la mirada encima de Cameron, que está con unos hombres a los que no conozco, salvo a Queen y Tot. Ellas se me aproximan pronto y también se ponen para una fotografía.

El momento en el que finalmente nos quedamos solos, en la limusina, me parece eterno y dulce; Cameron me ayuda a acomodarme el vestido y se recuesta en el sillón. No paro de escudriñarlo, preguntándome por qué amenazó a su madre.

A lo mejor este es el momento en el que debería decirle que a mí, la tal Lindsay, no me amedrenta para nada.

Podría decirselo... Pero en lugar de usar las palabras, me aproximo a él, arrastrándome por encima del frufú de mi vestido, y me pego a su costado como una sanguijuela. Apoyo los dedos en su barbilla perfectamente afeitada. Y lo beso. Sin más. Sin pedirle permiso. Lo beso hasta que siento que él responde. Busco sus labios con tanta desesperación que, cuando él me sujeta la nuca porque trato de acabar con la caricia, tengo que poner las manos contra su pecho.

Se incorpora a tuestas y continúa, mientras el vehículo sigue su marcha. Por este bello y pequeñísimo instante, no hay nadie más; no hay sonidos, no existe Fargo, no existen todos los

impedimentos que me hacen creer que Cam y yo somos un chiste del destino.

Cameron

Aprieto con fuerza las manos al barandal. A mi lado, Roy sigue inspeccionando mi postura, que no es buena. He imaginado este instante tantas veces, que tengo la lengua entumecida nada más comprobar mi teoría de que mamá le ha succionado el seso a este hombre; de pequeños, solíamos sentarnos en el patio trasero de la villa de nuestra abuela, un sitio que papá consideraba libre de cualquier inmundicia, a donde podíamos, en sus palabras, ser solo niños cualesquiera en compañía de sus padres.

—Mírame a la cara y acéptalo. Si tu novia se hubiera encontrado conmigo, estaría casada ahora con quien corresponde.

Con la quijada tensa, observo los cristales del edificio del frente; la torre más alta del Downtown de Houston, inalcanzable para muchos. Cabizbajo, sin poder apartar los pensamientos ominosos, respiro hondo y cierro los ojos para darme valor.

No quiero que las palabras de Roy me contaminen.

—Estas son palabras de mamá —digo, convencido de ello—. Te ha dicho lo que ocurrió en la velada...

—La mayoría del mundo se dio cuenta de que tu chica salió disparada de la cena, antes de despedir a nadie, y tú mismo hiciste un acto tremendo al amenazar así a gente que tiene la lengua tan suelta... —Esboza una sonrisa que a mí se me antoja malévol—. Ya deberías saber quién es tu exnovia también. La interesada te botó apenas te quedaste sin futuro brillante. O la verdad no sé si con la niña de oro vaya a ser diferente.

Arrugo las cejas e, ignorando el gusano de pesar que me rumia los intestinos, clavo los ojos en mi hermano.

—Sonabas muy decepcionado hace unos segundos —digo, con la voz ronca por la ira—. Según lo que oí estuviste ocupado toda la tarde y en la ceremonia, observando a mi esposa, Roy. Como si estás enardecido por el hecho de que no te corresponde un quinto de Fargo, ahora, deja a Frances fuera de tus disputas de niño caprichoso.

—Sabes que no quiero demandarte —replica él.

Incrédulo, me vuelvo para enfrentarlo y niego con la cabeza, sonriendo pero no porque me esté divirtiendo estar en esta situación tan extraña. Habría creído que Roy tocó fondo, que echar por la borda el esfuerzo de nuestro padre era la cima de sus canalladas, pero...

Hoy acaba de sorprenderme.

Lo bueno de esto es que, con sus estupideces nuevas, acabo de darme cuenta de que ya no tengo más paciencia para con él. Doy un paso en su dirección, me envaró y lo examino, concienzudamente, seguro de que está diciendo palabras y sentencias al azar, dirigido por mi madre, que es más caprichosa que él y que piensa que les tengo miedo todavía.

—Tú no puedes hacer nada para quitarme Fargo, ya que dividí las acciones, por si no lo recuerdas. Cambié el rubro de la empresa, liquidé a la plantilla que tú traicionaste y le pagué a los sindicatos. Todo eso, por si fuera poco, no se compara con las indemnizaciones por capital perdido que pagamos. Y, déjame recordarte, también fue lo que nos obligó a declarar la quiebra,

grandísimo pedazo de imbécil.

Escucho unos pasos detrás de mí.

Son de tacones.

Por unos instantes, cuando Roy sonrío y echa un vistazo a mi lado, exactamente a mis espaldas, quiero asestar un puñetazo directo en su rostro. Pero jamás he podido llegar a esos límites. Siempre he pensado que el día que me llene las manos con su sangre, empezaré a beber igual o peor que lo hace él.

—Cuando quieres, te pones los pantalones —sentencia tras palmearme la espalda.

Y después se va, como si no hubiera hecho de esta noche algo amargo y fulminante, algo que no me dejará tranquilo hasta que no vea las primeras utilidades de Fargo a mi cuenta, limpias, sin querellas ni temblores. Antes de girarme en los talones me paso las manos por la cara, hastiado de tantas cosas en un mismo día.

Frances, que había ido a cambiarse, está ahora frente a mí, vistiendo un traje que la hace lucir más dorada de lo común; en esta ocasión se ha vuelto a mostrar seria y expectante, como una persona sabia, que ha aprendido a trompicones en la vida. Cuidadosamente, miro los contornos de su rostro, cada rincón, cada facción tan límpida.

—Ya... tengo listo todo.

Sacudo lento la cabeza.

—Frank... —La miro a los ojos un momento y, al siguiente, sujeto sus manos entre las mías—. No importa qué suceda afuera, déjame explicarte algo muy importante sobre mí. —Paso saliva tan duro que me escuece la garganta; la champaña que bebí me pasará la factura en cualquier momento y, aun así, tengo apuro por decirlo—. No me gusta tener el segundo lugar bajo ninguna circunstancia.

Ella, confusa, mueve de un lado a otro la cabeza, como buscando signos de desvelo en mí.

Después de enarcar una de sus cejas, dice—: Nosotros...

—Puedes decir lo que tú quieras, pero lo que está pasándonos, no es habitual... Tú me atraes y yo... sé que conmigo te sientes cómoda... Solo... quiero y, por favor, te lo pido, si en algún momento te quieres deshacer de la rigidez de nuestro contrato... Dímelo. No esperes hasta que las cosas hayan terminado y, sobre todo, asegúrate de elegir a tiempo. En lo que a mí respecta, tendré paciencia hasta que tú me pidas que te cuide... Aún por encima de tu primo.

Frances esboza una sonrisa trémula, que rompe mi emoción, y más cuando le escucho decir—: Está fuera de lugar lo que dices.

—No, no es así —atajo—. Casi tuvimos relaciones de camino acá. —Ella se ruboriza con mi comentario, así que miro de nuevo a la torre a la izquierda para no hacerla avergonzar más, y después repongo—: Si eso se repite y, por accidente o lo que sea, te quedas embarazada...

—No te necesitaría para criar a un bebé —refunfuña ella.

—Pero tendría mis genes también —sigo sonriendo—. De esto es de lo que hablo; no tienes bien definidos tus deseos ni tus prioridades. De aquí en más, si me buscas sexualmente, iré agregando cláusulas al contrato; por cada vez que hagas algo que no corresponde a nuestra relación... Voy a acortar el lapso de finiquito, para ayudarte a decidir y todo eso.

Su mirada desorbitada me anuncia que he dado en el clavo. No se esperaba que actuara de este modo, pero tampoco soy su juguete. De nadie. Suelo ser tan pacífico que la gente piensa que no tengo colmo, que nunca me canso, pero en la limusina, nada más reaccionar con tanto ímpetu, me percaté de que Frank se deja arrastrar por sus deseos cada tanto. Por ejemplo, cuando se siente emocionada. Sé que es algo inevitable y que no lo hace conscientemente, pero conviviendo en la misma casa, habrá bastantes oportunidades de que ella viole sus propias reglas.

Quizás no quiera aceptarlo, pero es lo que hay. Es lo que obtendremos.

—Vamos a despedirnos, entonces.

Muda y extrañamente recelosa, acepta mi mano, aunque no me cabe la menor duda de que es porque adentro tiene que aparentar. Y los dos lo hacemos de maravilla a la hora de tener que explicar que, al ser nuestra primera noche juntos, queremos aprovecharla.

Las maletas de Frank están en el auto para cuando nos adentramos en él. Noto que está muy nerviosa y tensa, así que hago uso del vino del que está armada la limusina. Arisca, Frank acepta la copa y comienza a beber sin tapujos. Luego me pide más pero le miento; ya no hay para ella o terminará haciendo cosas que la harán arrepentirse al día siguiente, mientras yo sopeso lo que debo sentir en su favor.

Ya en el edificio de condos frente al estadio, en la zona residencial en la que también vive Jax, el chofer nos ayuda a bajar todas las maletas, que son cuatro en total. Las miro con la confianza de que sé que no será todo lo que mi querida y linda esposa traerá consigo; no, me lo dijo Frances. Para guardar las apariencias, solo ha traído lo que se supone que usaremos para la falsa luna de miel, que más bien será un recorrido en coche a través de los valles habitables de la costa de California, la que está más cerca de Malibú. Petición del primito político, que al parecer quiere, nada más salir, un sitio en el cual poder aislarse.

Sin más dilación, busco a tientas la llave del departamento. Millicent y Rox vinieron para ayudarme a arreglar la habitación de Frank; también les pedí que pusieran en el frigorífico las botanas y snacks que prefiere porque, en ese aspecto, soy un desastre. Entonces, cuando se adentra en el piso, que debe de abarcar por lo menos el doble que los demás departamentos y sigue siendo pequeño, lo primero que hace es, en efecto, buscar su bebida.

Un cóctel hecho con base de duraznos, que huele muy dulce para mi gusto. Pero, según me dijo Rox, a Frank le fascina poder tomarse una copa con la cena. Más si se trata de alguna pasta. La miro con atención mientras ella se acomoda en el sofá. Ha visto ya, en la mesita del centro, tres carpetas acomodadas.

Me quito poco a poco el saco del traje y, al tiempo que me recorro las mancuernas de la camisa, ella inspecciona el contenido de una carpeta. Arrojo la corbata encima de la otra prenda, y doy unos pasos cerca. Pero primero me sirvo, de la otra botella, un whisky que Jaxon consiguió para mí. En un plato hay también botanas.

—Son preciosas —dice ella, con el ceño enfurruñado.

Se ve que está cansada, pero no pienso enseñarle su habitación todavía...

No voy a mentir: tengo la esperanza de que recapacite. En el fondo quiero que me diga que no hará caso de su primo si le pide que se divorcie de todos modos. Quiero que me diga que lo intentaremos y que dejaremos de lado el cariz de nuestra relación al principio. Podría funcionar, si lo hacemos, si nos dedicamos y oímos el corazón del otro.

Suspiro abiertamente antes de recostarme en el sofá, con la mano extendida en el respaldo, justo por detrás de la espalda de Frank.

—Deberías quitarte eso ya —señalo, víctima un poco de los estragos del alcohol—. Estás en tu casa.

Frank toma una de las fotografías de las mansiones que la hermana de Jax encontró para mí. Bueno, para Chester. Y trato de que su recuerdo no me empañe o me nuble la mente, de manera que clavo mis ojos en el bonito perfil de mi esposa. Me aproximo a mirar lo que me está mostrando y me doy cuenta de que tengo los nervios alterados por la discusión con Roy.

La tela del pantalón se me ajusta demasiado en la ingle, de modo que me insto a marcar una distancia prudente entre Frances y yo...

—Esta me recuerda mucho a la casa en la que viví de niña —dice entonces.

Sujeto la hoja y la miro; es una casa enorme, cerca de un lago y circundada por un bosque de pinos perennes. Se encuentra en una ubicación un tanto álgida y en épocas de invierno se han registrado nevadas. De todos modos, veo que Frank la ha señalado como un recuerdo de su infancia y sé que no la querrá.

Me coloco en la misma posición que ella y empiezo a estudiar las fotografías una por una. Ya han pasado bastantes minutos y yo voy por el cuarto whisky en las rocas; entonces, de la nada, Frank se vuelve a mí y me pone una mano en el pecho... Sus ojos están analizando con cuidado los detalles de una mansión en la que antes se criaban caballos. Tiene un solar en la elevación de tierra y está rodeada por un páramo y más allá hay muchísimos robles. Queda muy cerca del río y de la carretera, aunque tiene su espacio propio.

—Creo que esta es...

Y eleva su mirada. Asiento como afirmación, sin dejar de mirar, con deliberación, sus ojos, su boca y las líneas perfectas de su mandíbula.

—Voy a ser sincero contigo —le espeto; frunzo las cejas y, atormentado por el pensamiento, digo—: Me excita mucho tu aroma. —Cierro los ojos e inspiro con fuerza—. Hueles a rosas y tengo los ánimos empañados porque mi hermano dice que te habrías casado igual con él que conmigo...

Al pestañear, me descubro más febril que antes. Y sé que estoy a la merced de lo que Frank vea en mí, por lo que sacudo la cabeza, queriendo reponerme del letargo. Ella me sonrío por unos instantes y en seguida, deja su vaso sobre la mesa del café.

Como me he recostado otra vez, tiene que hacer lo mismo para poder llevar a cabo su acción. Mientras me mira atentamente, pasa sus dedos delicados a través de mi cabello. Lo hace una y otra vez hasta que me siento adormecido y solo cuando cierro los ojos de nuevo, escucho sus palabras.

—Ya te he dicho bastantes veces que te vi a ti, no a Roy. Fue a ti a quien yo busqué en el e-mail.

—Sí, pero aun así no soy suficiente... Quiero decir, no valgo el riesgo de perder todo lo que puedes llegar a poseer si tu primo no te deshereda.

Abruptamente, Frances aparta su mano.

Quiero pedirle que no me escuche, que estoy pasado de copas y que lo que salga por mi boca serán las palabras de un niño asustado. Siento que es la primera vez que percibo los aromas de una mujer así. Siento que, en todos los detalles que encuentro en ella, me veo a mí mismo.

—Tal vez deberías meterte en la cama.

Niego con la cabeza, y digo, reprimiendo un quejido por el sueño y el sopor que me provoca el licor—: Mañana no podré decirte esto, y si lo dejo crecer se convertirá en un parásito. —Trago saliva y me incorporo con la poca soltura que me deja la embriaguez—. Desde que terminé con Lindsay, no me había planteado la idea de empezar nada serio con nadie. Siempre creí que era porque estaba ocupado y satisfecho con lo que hacía de mi vida... Creí que no me hacía falta nada más que recuperar lo que me había dejado papá... Y resultó que llegaste y supe que vivo en una mentira.

—Cameron...

—Estoy muy enojado ahora mismo, no me interrumpas; recuérdame no volver a mezclar los licores. —Trato de sonreír, pero en cuanto me veo en las pupilas de Frances, mi mundo se contorsiona hasta resumirse en esa expresión tierna que me regala ella—. Si tú quisieras, yo podría hacerte feliz.

Ella suspira y se pone de pie.

Me ha extendido su mano.

A duras penas me levanto y la sigo. Ya sabe cuál es mi habitación. Me guía hasta ella en total parsimonia. Sin embargo, nada sucede. Nada precoz, nada que nos lleve a la cama desnudos. Ella se acucilla frente a mí cuando me dejo caer en el colchón y empieza a desabotonar los cordones de mis zapatos. Intento espabilar unos segundos, apartando el mareo y la soñolencia.

—No, déjalo, no lo hagas.

—Cam, estás borracho, cariño. No te preocupes, con una madre y un hermano así, yo lo haría todos los días de la semana.

Tuerzo una mueca de fastidio y digo, desolado—: No los aguanto. Tal vez tú deberías cederme a mí tu apellido.

Ella se pone de pie y se me aproxima, poniéndose en la mitad de mis piernas, que abro más para que pueda pegarse a mí. Me ayuda con los botones superiores de la camisa y, mientras la observo y echo la cabeza atrás, vuelve a peinar con sus dedos las hebras de mi cabello. En seguida, una sombra de duda pasa por su cara.

—Tú no quieres renunciar al apellido de tu padre.

Suspiro.

—No, no quiero eso ahora —digo, ardiendo por dentro.

Pongo, sin premeditaciones, las manos en su cadera y la atraigo hasta mí. Ella no pone resistencia cuando me recuesto en la cama y la hago venir conmigo. Está mirándome desde su postura, con las ondas de su cabello rozando la piel de mi mandíbula.

—Gracias por aceptar, Cam.

No sé por qué, pero esas palabras me decepcionan, así que me giro junto con ella y alargo los brazos para soportar mi cuerpo entero, y no aplastarla. La miro desde aquí, concentrado en esa proyección que vi en mis sueños.

—Quiero hacerte el amor.

A ella se le dilatan las pupilas poco a poco, y noto que se le acelera el pulso, en el cuello. No me muevo hasta ver su reacción completa.

—No estás en condiciones —susurra.

—Pero sí quieres —le aseguro—. No te obligaría.

—Ya sé...

—Dios, apenas lo tolero.

Me hago a un lado y me recuesto junto a ella, ambos miramos el techo oscuro de la habitación.

—Dijiste que acortarías el tiempo del contrato si algo pasaba entre nosotros.

Giro la cabeza para mirarla.

Para toda mi sorpresa, me encuentro con su escrutinio.

—No. Dije que si tú me buscabas acortaría el tiempo del contrato. —Le acaricio una mejilla—. Si por mí fuera, si tú no cambiaras tanto de parecer, estarías en mis brazos justo ahora; me habrías confesado que te gusto, que hay un futuro en el que me quieres... Que podemos llegar a amarnos mutuamente. —Sonrío—. Si no cambiaras de un momento a otro lo que quieres, te habría hecho el amor toda la noche hasta el último respiro de mi energía.

—Duerme ya.

Digo que sí en un susurro, pero repongo—: Frank, podría apostar a que no vas a aguantar un año casada conmigo, sin venir a pedírmelo.

He cerrado los ojos, así que no alcanzo a ver su expresión. En la oscuridad de la noche, ya

que ella no ha encendido la luz, escucho el sonido de sus pasos cuando sale. Mientras me meto dentro de mis cobijas, lidio con la idea de que no sabía que la deseaba tanto; lidio con la verdad de mi vida: que uno reconoce al amor de su vida cuando lo tiene al frente, aunque no vaya a quedarse.

Frances

Sin apartar la mirada de Cameron, digo, para que todos me escuchen—: Me niego. No lo acepto.

—Disculpe, señora Baltazar —recalca Owen y le lanzo una mirada recriminatoria, que él responde aflojándose la corbata—. Sí, como decía, no es que sea una cuestión de gustos, sino que Cameron es el director de Fargo, por lo tanto, también nuestra imagen. —No digo nada y él alza las cejas, incómodo ante mi silencio—. Tiene que ser él.

—Arréglalo tú.

Vuelvo mi atención a Cam.

—Ni siquiera lo pienses.

Él, en lugar de responderme, suspira con cansancio y se levanta. Mi humor se torna de tibio a ardiente nada más con ver su gesto de indiferencia. Acto seguido, también me levanto. Aunque Rox está en la sala sé que no intervendrá porque ayer tuvimos una discusión, y si entra en el pleito lo hará para ponerse del lado de Cam, como hizo también ayer.

Trago saliva porque no soy capaz de decir nada por alrededor de dos minutos.

Y al final es Jaxon quien rompe el aura pesada de negatividad aquí, diciendo—: Escucha, Frank, sé que es difícil para ti...

—No, no es difícil, esa mujer no paró de restregarle su fea uña por todo el cuerpo...

Cuando lo suelto, Cameron alza una mano y se la pasa por el cabello, que ya lleva despeinado; eso me hace enfurecer más aún, ya que siento su ademán como un disgusto debido a mis palabras. Recuerdo lo que me dijo anoche, nada más llegar al departamento; ha minusvalorado lo que le pedí, argumentando que no tiene intenciones de acudir a la cita que le pidió Leandra Bayer, la representante de la farmacéutica con la que estaban por cerrar un trato.

Las cosas que nos ha dicho en la junta, antes de quedarse a solas con Cam, fueron casi ofensivas; mencionó varios de los rumores que rodeaban a la empresa, hizo hincapié en todas las debilidades de Cam y de un modo u otro me dejó claras sus intenciones. También a él, lo sabe; y sabe que me tiene en tensión mientras se queda callado, en aparente desapego con lo que siento.

—Bien, eso tendremos que ignorarlo —continúa Jax.

—Lo haré —espetta Cam—. Fin de la discusión.

Se encamina a la salida, dándome la espalda. No me dice nada cuando está en el pasillo y, seguida por Rox, doy unos pasos tambaleantes en su dirección, aunque está revisando el informe que recibió esta mañana de Maya Casablanca, la chica que ganó un concurso y ahora está diseñándonos una planta de hidrocarburos.

Desde que nos casamos, Cameron no se me ha acercado más de la cuenta y creo que, por lo que dijo borracho esa noche, mi frustración se incrementó muchísimo.

—Solo tendrías que convencerla de cerrar el trato —está diciendo Owen—. Un lugar público...

—Que no te engañe...

—Sé muy bien lo que tengo que hacer.

—Lo digo porque es bastante insistente. Lo haría yo, pero por supuesto dudo que quiera tratar con el director de finanzas.

La discusión, obviamente, tiene despuntes machistas, así que taconeó hasta llegar a ellos, con las cejas curvadas y un monstruo acrecentándose en mi pecho. Me cruzo de brazos sin despegar la mirada de ninguno, pese a que quiero que únicamente Cam me ponga atención. Me gustaría preguntarle por qué si anoche mantuvimos un pleito, otro, hoy se niega a ser sensato.

—Necesito que hablemos.

—Sí... eh... los veo a la hora de la comida —Owen se gira en los talones.

Jaxon dice, a las apuradas—: Yo te acompaño, necesito un café.

La última en irse es Roxanne, pero antes de desaparecer por su cubículo, vuelve sobre sus pasos y nos mira a los dos.

—Tienen algo que resolver en su casa —dice, sonriendo—, no aquí.

Luego de hacer un mohín, se regresa a su oficina, ubicada a tan solo unos metros de la sala de juntas. Todavía presa del desconcierto, miro atentamente al que se supone tendría que respetar los votos que hizo.

—No hagas un escándalo aquí —me advierte Cam.

Sujeta mi brazo y me guía por el pasillo. Empezamos a caminar en dirección de su oficina, la del fondo, de donde, en cuanto nos acercamos más, Millicent sale. Ella nos mira de hito en hito y, dada su perspicacia, entiende que los humores están un poco calientes, así que se marcha al lugar que le pusieron como la asistente ejecutiva. Ha estado entrenando en sus quehaceres a varias jóvenes a las que se las llamó para que volvieran. Algunas ya estaban laborando, y otras están aquí, felices.

Felices como no he logrado ser ni un minuto desde que me cedieron el apellido que pensé me liberaría.

Al abrir la puerta, Cameron tira de mí un poco sin consideraciones; me zafo de su agarre, pongo la mirada en alto, lista para enfrentarlo, y suelto los brazos a los lados del cuerpo. Su expresión, cuando me mira, es de enojo puro, de ese enojo que le he visto ya en varias ocasiones. Él sabe que lo mío es una cuestión de aceptación, de dejarme ir, de olvidar todo lo que perderé si caigo... Pero lo suyo es pura venganza.

—Ya tienes que dejar de comportarte así. Sé un poco más objetiva con tu empresa, por Dios...

—Sabes bien que esa mujer quiere meterse en tu cama.

—Frances, aunque lo dudes, sé muy bien lo que quiere decir la palabra fidelidad. Después de un año contigo, retomaré mi vida sexual, no tengo problema con ello.

Contengo la respiración un segundo, sin creer que lo haya dicho con tanto desparpajo.

—Comisiona a alguien, no lo hagas tú.

—Iré, como si te gusta o no y si no querías que me encargara de la diplomacia de Fargo, debiste ofrecerte como directora ejecutiva. No sé por qué insistes con el mismo tema... Dios, añoro que salga tu primo, no puedo lidiar contigo yo solo... —Se ha puesto las manos en la cadera—. Mira... —Cierra un instante los ojos, pero los abre en seguida—. Entiendo que hayas visto las manías de Leandra...

—Te grabaste su nombre.

—Lo leí en los informes que me entregó Rox hace una hora, no entiendo qué esperas de mí.

—Esa es otra cosa: has puesto a mi gente en contra mía; Roxanne me guarda secretos, quiero saber el motivo.

Cameron, aparentemente asfixiado, sonrío.

Quiero abofetearlo para que no se burle a mis cuestras.

—Hay cosas que no te dice porque firmó un contrato de confidencialidad. Tú eres accionista pero no quisiste un puesto de importancia, así que los proyectos para ti son secretos hasta que los llevemos a la junta directiva.

—Es *mi* gente.

—Son tus amigas, pero trabajan para Fargo. Si violan algún estatuto de su contrato, podrían meterse en problemas.

Niego con la cabeza en una acción que me lleva a sopesar bien lo que estoy haciendo. Cameron da un paso hacia mí en ese momento y, tras mirarme atentamente, rebusco en sus ojos. Siempre que quiere acabar con una discusión hace eso con las aletillas de su nariz, como si hablar honestamente conmigo requiriera muchas de sus energías.

Dentro de nada, estaré reducida a ser la mujercita híper celosa del CEO de Fargo. Nada más.

—Me siento desplazada —admito, y me abrazo más fuerte—. Esa... Leandra, habló de cosas que yo no entiendo con toda la intención de excluirme de la plática.

—Lo sé, por eso me cayó fatal —dice Cameron—. Voy a ir a esa cena con ella... Y luego tengo que contarte algo importante.

Echo la cabeza atrás, suspirando, y espeto—: No sé si estoy lista para más noticias de calibre 50.

Él emite un gruñido, se da la vuelta y regresa a su escritorio. Millicent, hasta donde sé, se ha encargado de decorarlo con un estilo minimalista. Incluso el librero es cristalino y está perfectamente acomodado. Analizo un poco la mano de mi querido ángel, hasta que escucho carraspear a mi esposo. *Mi querido esposo*.

—Maya terminó el bosquejo de la planta. —Él se levanta y desliza por encima del cristal una carpeta.

La abro.

Tiene una especie de plano lleno de anotaciones, es obvio que lo acaban de imprimir y que es el primer borrador. Una letra pulcra, en caligrafía, ha hecho firmas y correcciones aquí y allá. En su mayoría, son mediciones, fórmulas químicas, especificaciones de áreas, entre otros datos que les suelen poner a los planos de mecatrónica.

Alzo uno de los bosquejos y lo miro, anonadada.

—Leí que tiene veintiún años —murmuro—, pero esto es... esto...

—Es una genio, la chica.

—Dios mío, esto costará una fortuna.

—Pero tendremos contratos no solo para recuperar tu inversión —Cameron ha sonreído.

Con ese gesto, me olvido de que estábamos peleando. Paso a otra hoja.

—Vaya.

—El problema es que necesito la aprobación de todos los accionistas.

Asiento y digo—: Confío en ti.

—Sí, pero Jaxon no confía en la chica.

Él ha elevado las cejas.

—Pero...

—Dice que las de su edad no saben lo que quieren, que dejará tirado todo.

No puedo evitar sonreír al recordar de dónde viene la amargura del portentoso hijo de los Gordon. Le he tomado cierto cariño desde el día de la boda cuando me pidió que fuera muy sutil con su amigo. Dijo que es la primera vez que Cameron saca las uñas en contra de su familia... Y que le alegró que lo hiciera por mí. Desde entonces somos más amigables entre nosotros. Pero el

recuerdo de lo que le hizo su exnovia está muy fresco aún, lo que justifica su desconfianza, pese a que es una cuestión de negocios. Cameron me ha venido diciendo que su amigo es una persona sumamente profesional, de esas que saben apartar sus sentimientos de su parte que labora, pero con todo y la responsabilidad que parece emanar Jax, estoy empezando a dudarlo.

—No te sigo —admito, encogida de hombros—. Jaxon tendrá sus motivos, tal vez es un poco prejuicioso y sonará muy mal que lo diga pero también necesitas entenderlo.

—Entiendo perfectamente por qué cree que Maya dejará tirado el proyecto. —Sus cejas, al hablar, se mueven arriba y abajo—. Está furioso por no poder romper el contrato con su ex.

Suelto aire contenido y busco la bolsa que dejé antes de la junta. Está en una de las sillas giratorias del escritorio. La tomo antes de volver a mirar a Cameron, que me ofrece un escrutinio bastante particular; es como si anduviera a tientas conmigo. Me da terror imaginar lo horrible que debo parecerle.

Desvío unos instantes la mirada, mientras hago un conteo de las veces que me ha pedido que tome una decisión. Un día le expliqué lo que sentía por mi primo, y le dije que no pensaba romper la lealtad que le juré cuando los dos dejamos las sombras, pero me ha sido inevitable que, cada que Cam me lo recrimina, duela saber que ni siquiera puedo fingir bien ser su esposa.

Dormimos en camas separadas, en habitaciones enfrentadas entre sí y casi nunca comemos juntos; en estos meses, cuando Cam tiene algún evento en su club, va solo y no se digna a invitarme siquiera. Y yo lo entiendo: entiendo su postura de protección y por qué no me besa en público o por qué se limita a tocarme, ya sea los hombros o las manos, cuando hay alguien presente. Alguien que no sabe de nuestro trato.

Se ha portado frío como no lo esperaba.

Creí que me dejaría probar... Que tendría lo suyo al menos durante este año. Y del contrato solo quedan nueve meses. Tres de ellos han pasado tan rápido que no sé en qué momento...

—Tengo que irme —me espeta, interrumpiendo mis pensamientos—. La cita es a las siete y aún necesito pasar a cambiarme de ropa.

El recuerdo de lo que hará en unas horas me azota la cara como si de una ventisca helada de muerte se tratara. No hago ni digo nada hasta que Cam empieza a rebuscar en sus cajones.

Las llaves, por supuesto.

—Puedes usar las mías —musito—. Toma.

Las extraigo de mi bolsa y se las entrego.

—Tendrás que irte a casa, supongo —me dice él, el ceño fruncido.

—No quiero estar allí cuando vuelvas, oliendo a su perfume de imitación Chanel.

Me giro en los talones.

Sé, por el ruido de sus pasos apresurados, que no me dejará ir así como así. Pero yo he hablado bastante en serio; me niego a darle detalles de los celos que me rumian, él siempre ha sabido que me siento atraída de formas impensables. Me conoce lo suficiente: no es necesario que le explique nada sobre si es correcto o estatutario para nuestro contrato.

Al rodearme el brazo y obligarme a que lo enfrente, ya tengo una máscara de fastidio en el rostro. Y con ello, se me llenan de lágrimas los ojos. Me siento atada por las manos y a veces también por los pies con los que camino; no importa lo que he sido capaz de experimentar gracias a él, que en parte me siento viva y he recordado cosas de las que no me creía capaz de sentir. Ni siquiera pensaba que mereciera sentir. Sin embargo, Cameron juzga mi actitud como cobarde. Da por hecho que tengo miedo de mi primo y que me divorciaré de él nada más porque sí.

—Al menos dime dónde vas a quedarte —me pide.

—Eso no importa, puedo pagarme un hotel.

—Pero qué infantil, Frank. Ve al departamento con tus amigas, no sé qué te pasa, Dios mío.

—En ocasiones siento que tú también me minusvaloras. —Ruedo los ojos, ya que me cuesta mucho aceptarlo—. Dicen que soy caprichosa, pero curiosamente los que lo dicen tienen familias, dentro de todo, estables, que no se imaginan lo que tuve que hacer para estar en donde estoy.

—Ya no eres una víctima de la vida, eso está claro.

Esbozo una sonrisa, pero me escuecen los ojos y nunca había estado tan triste.

Cam se aprieta las aletillas de la nariz y las suelta en el acto.

Se nota desesperado.

—No te lo digo para que me tengas lástima; esperaba que me entendieras un poco... —Arrugo las cejas al escucharme decirlo—. Prometí que me iría con mi primo...

—Basta —ataja él, soltándose—. Ya no quiero oír más ese discurso de excusa tuya. No es relevante, no me interesa.

—Si me incorporo a Fargo, eso quiere decir que tendré que hacer la misma diplomacia que tú. —Elevo el mentón.

Cameron entorna los ojos, y su expresión es fría, tosca, alucinantemente vacía.

—Puedes hacer lo que se te dé la gana, no me importa. Te lo dije la noche de bodas, te dije que no hicieras nada para acertarte a mí o acortaría el plazo del contrato por incumplimiento. Todo esto, tus acciones extrañas...

—Llámalas como lo que son, sabes bien qué me pasa.

Tengo los ojos hinchados y un nudo en la garganta.

Quiero irme ya, para que no vea esto, para que no me trate con condescendencia, pero de la nada, ha empezado a mostrar impaciencia por mí, como si se hubiera olvidado de las cosas que me dijo; reconozco abiertamente que soy un problema serio, pero el Cameron que tengo al frente se ha olvidado de una cosa acerca de mí.

Se está olvidando de lo que he hecho y padecido para soportar el peso de Fargo en mis hombros. Las críticas en sociales, las redes de finanzas, las noticias locales acerca de mi familia, de mis antecedentes. No puedo ver la televisión o entrar con normalidad a mis redes sociales sin encontrar alguna opinión o artículo que hable del asesinato y la liquidación de los McMillan.

Estoy acorralada... y sola.

Y empiezo a decepcionarme.

—Ya no me importa cómo quieres llamar a estas escenas —murmura él, con una mueca—. Solo quiero hacer bien mi trabajo...

Asiento, y me doy la vuelta; salgo de su oficina sin hacerme esperar. Al cruzar el pasillo, Millie mira mi rostro y le hago una seña para que me siga. Ella echa un rápido vistazo alrededor y tras pensarlo unos segundos viene detrás de mí, así que nos encaminamos en la dirección de la oficina de Roxanne. Poco a poco, suelto una bocanada de aire que me sabe a metal.

—Frank... —Millie intenta hablarme.

Antes de llegar a la oficina, me detengo y cierro los ojos.

—No, me iré a un hotel hoy... necesito pensar, necesito estar sola... —Respiro profundo—. Te mando la ubicación en unos momentos...

—Creo que...

—Por favor, Mil.

Ella, aunque asiente, me enseña una mirada preocupada. La ignoro bajo una sensación de culpabilidad y me apresuro a ir al elevador. Dentro, presiono el botón del vestíbulo; nada más

llegar al estacionamiento, con los pasos veloces y el alma en un hilo, busco desesperadamente al chofer y a los dos gorilas que siempre me acompañan.

En la entrada miro el coche y, pese a lo mucho que me extraña que ya esté allí, no me hago esperar para entrar en él, así que cierro la puerta de un golpe seco.

—Lléveme al Hilton, por favor —suspiro, un poco aliviada.

—Se me ocurre que podemos buscar uno mejor, y más íntimo —espeta una voz que, Dios lo sabe, reconocería en cualquier sitio.

Abro de par en par los ojos y, azorada de pronto, intento abrir la puerta.

Pego un grito aniquilante justo en el momento en el que lo hago y alcanzo a distinguir las figuras de mis dos guardianes. Sé que no tardarán nada en seguirme, y lo harán bajo mis órdenes, con cada instrucción que les he dado para estos casos.

Eso es lo que Cameron no entiende.

Me dará su apellido, pero si me quedo aquí... Nunca le daré esa felicidad de la que me habló la noche de bodas.

Vuelvo la vista a Hills y este observa el espejo retrovisor. Entonces levanta un arma, con la mano izquierda y la posa en su brazo, apuntándome y sin dejar de conducir.

—Las manos donde pueda verlas, linda. No te preocupes, solo quiero que me lleves a tu depósito de oro. No tardaremos.

Levanto el mentón, segura de que, al menos en eso, no está equivocado.

Cameron

La palabra es «aburrición», dicha coloquialmente, y como no tengo ánimos de aplicar otro componente a esa descripción, miro los contornos de mi copa; son mucho más interesantes que el currículum de la mujer que no ha dejado de parlotear acerca de sus incontables logros en la vida; cualquiera diría que estoy siendo burdo o quizás altanero, pero que una persona se siente y diga, en todas las palabras, que es un buen partido, me da mala espina.

Siento que está tratando, en lugar de que yo le crea, de convencerse a sí misma.

—Sí, es un tanto monótono, pero padre dice que es bueno tener un plan de reserva.

Curvo la ceja al notar cómo, de la nada, acerca su mano de nueva cuenta a la mía.

—Suenan a que le han causado muchos estragos esos hermanos tuyos —levanto mi copa para apartar y proteger mis dedos de su toque.

Leandra sonrío, atenta, y repone—: No menos de los que has tenido tú con Roy.

Asiento.

—No me molesta que digan la verdad —señalo, encogido de hombros.

Hace como una hora que estoy aquí; hará como diez minutos terminamos de cenar pero ella ha pedido una botella de vino. Su mirada no deja de esparcir ese encanto del que suelen hacer uso las personas como ella; me recuerda un poco a Roxanne; una chica de alta cuna con un futuro engrandecido.

Si tuviera la humildad que la amiga de Frances, quizás podría parecerme agradable, pero la realidad es que estos minutos han sido una tortura. Lo peor es que no a menudo deja de insinuar cosas como que no debí precipitarme a casarme con Frank, o siento que sus preguntas, en lugar de curiosidad, despuntan una habilidad innata para estudiarte desde lo más profundo de tus temores.

Y es ahí a donde, lo supongo, pretende atacarme.

Por ahora, me dedico a escuchar su plática como si estuviera sinceramente entretenido, pero sin dejar de marcar una distancia entre nosotros.

—Cuéntame qué tal fue preparar una boda con tan poca antelación —dice; el dejo desdenoso en su voz es evidente; le da un trago a su copa.

La he estado sopesando toda la velada; es una mujer de esas incapaces de sentirse derrotadas ante nada. Un rasgo notable y admirable a partes iguales, pero a mí... Dirían que es machista y, sin embargo, que destaquen con tanto esmero por qué son superiores a ti... No es que me hiera el ego, me parece una actitud soberbia. Y bastante desgraciada.

No creo que logre mantener una relación estable en su vida...

Me mentalizo para contarle detalles superfluos de un evento que, no sé por qué, sé que le interesa mucho conocer.

—¿Por qué? —Sonrío, los ojos entornados—. ¿Quieres copiar la idea?

Ella gruñe por lo bajo, le da otro sorbo a su copa y al cabo, dice—: Cam, tienes un sentido del humor aguzado, pero a veces creo que piensas que soy una especie de espía.

—Para nada —le suelto, y digo la verdad; sé que no es una espía... Solo es una persona que

cree que se lo merece todo: hasta lo que no es suyo—. Sé que quieres que creemos una relación amable de contratistas.

—Exacto —Me señala con su copa.

—En fin: la boda. Todo el mérito es de Roxanne Simone, la directora de relaciones públicas... Amiga de mi esposa, creo que la conociste en la junta.

—La conozco de la infancia, se podría decir —dice, en tono amilanado—, es muy... bonita, no pensé que cambiaría así.

—Sí, no sé; ella y Millicent se encargaron de todo con unas velocidad y calidad espeluznantes. —Arrugo las cejas. Se acabó mi vino y no quiero más—. De hecho, debo admitir que no hay cosa que no haga bien.

—Ya veo —es un tono retorcido—. Entonces, tu esposa, no sabe mucho de relacionarse correctamente... Vaya desafortunada que ha sido...

Aunque tiene un semblante tristón, no me convence ni un segundo de que sienta alguna aflicción por las desgracias que pudo haber sufrido Frances. Siento un escalofrío recorrerme cuando, con sus grandes y amenazantes ojos, Leandra se lleva la copa a los labios. Miro a un lado que no sea ella, para tomar valor.

No quiero echar a perder un contrato por un capricho. Y tampoco creo que valga la pena prestar atención a los malévolos planes de esta mujer. Me parece, incluso, que disfruta de mi incomodidad.

—Hablando de ella —digo, con cautela, y miro mi reloj—. Lo lamento, no puedo quedarme mucho; me gustaría llegar antes de que Frances se vaya a la cama.

—Si no fueras tú —Leandra se pone de pie al tiempo que yo— creería que la estás criando y no que te la estás llevando a la cama.

Se me aproxima un paso, pone las manos en mis hombros y planta un beso sin pudor en mi mejilla izquierda; me tiembla una de las comisuras de los labios, mientras intento darme mi espacio para comprobar que algo hay escondido en sus ademanes. Esta es la primera vez que la veo en persona ya que, durante la administración de Roy, nunca concertaron ni siquiera una cita y su relación quedó reducida a los correos entre el departamento de convenios y la gran farmacéutica de la que es directora.

Como dije, es admirable su postura, pero no me cuadra por qué está actuando de esta manera...

—Ojalá que estemos en constante contacto —dice, sin soltar mis hombros.

Echo una mirada rápida en derredor; el restaurante es exclusivo y nos encontramos en la segunda planta, que es todavía más exclusiva. Leandra me sonríe cuando curvo las cejas.

—No entiendo por qué querías cenar conmigo, pensé que tenías dudas sobre el contrato.

—Yo no tengo dudas ni las siembro, Cameron.

Su sonrisa me aturde.

Bajo la mirada unos segundos y al levantarla, ella se ha apartado varios centímetros. No sé si gané o si perdí cierta compostura, pero no me puedo mover del todo. Mis extremidades pesan y lo que he elucubrado sobre ella se siente más incorrecto que nunca.

—Imagino que querías probarme.

—La junta se preocupa por las inversiones y compras que hacemos. Me importaba qué tan leal eres. Y la única forma que se me ocurrió fue provocando lo que casi ningún hombre tolera.

—Ahora me caes peor de lo que lo hacías hace unas horas.

Su sonrisa, como si la hubiera halagado, se ensancha. De pronto tengo ganas de tirarme de la corbata; necesito buscar a mi esposa y asegurarle una cosa sobre nuestra relación: siempre será

puesta a prueba aunque no nos divorciemos, y hasta ahora hemos soportado bien.

Clavo los ojos en Leandra al tiempo que respiro hondo...

—Se dicen muchas cosas sobre Frances en los medios —suspira. Ha tomado su bolsa y ahora los dos estamos encaminados hacia la escalera—. Pero me impresiona la chica; le llevo diez años y tuvo la fortuna de convencerte de que te casases con ella. —Escucho que resopla—. Parece que a los hombres comunes no les agrada mucho la independencia.

—Tienes que casarte con un artista —suspiro; me vuelvo a mirarla—. A ese le encantará que tú te hagas cargo, y a cambio será intenso en la cama y te convertirá en su musa.

Como si se lo estuviera pensando, ella mira a mis espaldas con gesto cansino. Su expresión denota extrañeza y, cuando alguien me tira del saco, de la manga, entiendo a qué se debe. No es sino hasta que enfrento a Jaxon que me percató de que algo va terrible y que mis emociones anteriores no se debían a los coqueteos horribles de Leandra.

—Carajo. Tu móvil, ¿dónde rayos está? —me pregunta.

—Se le terminó la batería... —lo miro sin entender por qué está aquí—. ¿Por qué...?

—Leandra, lo lamento mucho, nos ha surgido algo importante —dice entonces un muy agitado Jax, que me mira con recriminación y, con los ojos desorbitados, me espeta—: Si quieres saberlo y de algo te importa Frank, vámonos de una vez.

Se da la vuelta sin esperar a que yo pueda seguir el hilo de sus palabras.

—Lo siento, nos vemos el viernes... —le doy un beso rápido a Leandra y, con el nombre de Frank martillando en mi pecho, bajo las escaleras sin darle tiempo a responderme.

En el parqueadero, Jaxon está entrando en su coche. Me interno en el lado del conductor a toda prisa, y nada más ver que enciende el motor, admiro su perfil, esperando que se le pegue la gana explicarme el porqué de su actitud. Me ha sacado abruptamente de un sitio público, con la cara enrojecida por el coraje y argumentando que no me importa Frank.

—¡Jaxon!

—No estás en posición de exigir nada.

—Bueno, dime qué hice.

—Tuviste una discusión con Frank y, pese a eso, la dejaste ir sola... Sabías que estaba...

Siempre que no distingo entre la realidad y mis miedos, me arden las orejas; es una sensación horrible, como de presagio. Sé que si pudiera verme en un espejo sabría que me he quedado lívido, que presiento lo peor y que la manera de Jaxon para hablarme solo se debe a que está verdaderamente desesperado. Me cruza la idea por la cabeza de golpear su brazo derecho para que se apure a contármelo todo.

Pero me contengo.

—Hills entró en el edificio, se presentó con su identificación y se llevó el coche de Frank. El chofer estaba allí, desmayado, le pegó con la culata del arma.

—Pero qué jodidos es eso que me estás diciendo.

—Que hace dos horas, Cameron, dos horas, estoy tratando de buscarte y tú, porque no prestaste importancia al enojo de tu mujer, no le diste el nombre del restaurante a Millie; dijiste que no querías más escándalos... Sé que no haría la diferencia, pero no entiendo...

—¿Dónde está Frank?

Un suspiro lo interrumpe, pero termina diciéndome—: En tu departamento... Después de llevarse un susto de muerte. El maldito hombre quería la dirección de no sé qué bodegas... —Me mira por unos segundos—. He llamado a algunas personas que conozco... Nos ayudarán a que no se haga público, pero me preocupa mucho el aspecto de Frank... estaba... no sé... ida.

Aprieto los ojos y busco otro lugar en el que concentrar mi atención, aunque estoy totalmente

confundido; de repente me encuentro presa de los mareos, en este océano donde yo parezco ser el villano.

—Ese tipo está obsesionado con ella —murmuro.

—No volverá a acercársele —me responde mi amigo—. Ya nos encargamos de ello.

—Debería darte las gracias.

Él aprieta el volante en sus manos, y niega con la cabeza.

—Tú sabes que Frances está enamorada de ti... Lo sabes, ¿por qué la torturas así? —Su mirada está sinceramente opacada por la preocupación—. En el fondo solo es una niña que no sabe si elegir su peluche favorito o el pastel de chocolate que más le gusta.

Concentrado en esa idea, recargo todo el peso de mi torso en el sillón. Por el resto del camino no hago ni digo nada; Jaxon está molesto y no podré sacarle más, porque en esta situación ha elegido bando y es obvio. Quizás es que presencié a Frank en ese estado de furia que es seguro tiene: es una mujer, pequeños rasgos, poderosa en cuanto a decir lo que piensa que se requiere. Así que no me extraña que sus pensamientos, los de Jax, estén embargados de lo que sea que haya escuchado de Frank.

Al bajarme del coche, veo a Millie y Owen en la entrada. Uno de los guaruras de Frank se encuentra en el vestíbulo del condo. Miro primero a la rubia, que se encoge de hombros.

Recuerdo su rostro, lo que me dijo, cuando fue a preguntarme si debía hacer alguna reservación; estaba ofuscado y quizás un poco fuera de mí, de modo que mi primera reacción, mi primer impulso, fue preguntarle cómo le hacían ellas para no sucumbir en energías cuando se trata del humor de Frances. Ella me miró por largos minutos, sin decir nada, hasta que suspiró, se sentó frente a mí del otro lado del escritorio y me dijo que Frances no necesita alguien que la entienda o la justifique.

Necesita que la amen y la escuchen, eso dijo.

Luego, antes de marcharse, me preguntó el restaurante en el que estaría... No quise contárselo porque pensé que...

Pensé que la huida repentina de Frank era uno más de sus berrinches.

—Cuando quieres puedes ser muy escurridizo —comenta Owen.

—Tenía el teléfono apagado, lo siento.

Él frunce las cejas.

A lo mejor no hemos sido amigos de mucho tiempo, pero desde que bebimos juntos, desde que nos frecuentamos, su apoyo para levantar Fargo ha sido enorme. Otra cosa que le debo a Frances. Ya que esto se siente como el principio de lo que mi padre fundó alguna vez.

—Sí, a mí no tienes que decirme nada —me espeta y me palmea un hombro—. Ven, Millie, te llevo a casa.

—Yo llevo a Rox.

Owen hace una mueca y, es seguro, se abstiene de decir nada.

Miro otra vez hacia Jax cuando nos hemos quedado solos. En cuestión de segundos estamos subiendo en el elevador; en el piso del que soy dueño, se siente un frío inestable y extraño como si fuera paranormal. Tengo la piel de gallina al ver que la bolsa de Frank está en uno de los sofás y que alguien ha dejado una caja de píldoras, abiertas, en la mesa del café.

Alzo la vista al pasillo lateral cuando veo venir a Rox, quien se limita a dejar una bandeja con una taza en la mesa del café también, y nada más incorporarse, escucho un sonido atronador que viene de mi cara. Sí, de mi rostro; no entiendo cómo es que todos están en mi contra de la nada, hasta mi mejor amigo, que me da la espalda, tal vez por la incomodidad que le supone verme en esta situación.

Abro los ojos, incrédulo, y respiro profundo...

Rox, enojadísima, espeta—: Ojalá que hayas terminado de castigarla, imbécil.

Se vuelve al sofá, levanta una bolsa negra de allí, y se yergue.

—Te llevo —masculla Jaxon—. Me queda de paso.

—Gracias.

El taconeo de Rox es extraño, como si le imprimiera más fuerza de la necesaria. Mantengo la vista en su silueta hasta que los dos desaparecen tras la puerta. Luego miro otra vez al corredor, de donde surge el hombre gigante al que Frank llama Mármol. Recibo un asentimiento y, entonces, él también sale, pero sé que turnará el cuidado del edificio, como hacen siempre.

La imagen del pasillo es tormentosa... No quiero estar furioso ni pensar que cometí el error más grave de mi vida al firmar el contrato de Frank solo porque, en ese momento, se me antojó una muchachita vulnerable que fingía un papel de gánster. Me causó ternura; me gustó. Pero con las cosas que hemos venido diciéndonos, no paro de pensar que el divorcio es lo mejor para ambos.

Sabiendo que no puedo evitar ir a su habitación, trato de apartar los malos pensamientos: creo que es inevitable que ella, después de todo, sea la víctima. Así siempre es... Abro la puerta y mis primeros pasos son de tanteo. Pienso que me la encontraré haciendo un papel en la cama, o sentada con la vista perdida; pero lo que está haciendo, en realidad, no lo distingo a primeras luces. Se encuentra, en posición de yoga, sentada en el suelo, con tres armas pequeñas, de distinto calibre... armándolas.

Va peinada con una coleta ceñida.

Me paso una mano por la boca, sin saber qué decir.

—Frank...

—Estoy ocupada —dice, la voz ronca...

De hecho, demasiado ronca.

Al levantar la mirada, noto, en su cuello, una marca clarísima de fuerza; es una línea nada uniforme, de sangre molida... La sangre se me hiela en las venas al suponer lo que son.

—Solo...

—No tienes que saber nada de lo ocurrido; ya entendí cómo quieres que sea nuestra relación. Lamento las confusiones. No volverá a pasar. —Sus ojos están inyectados en sangre y tiene un rozón de rasguño en el mentón—. Sal de mi habitación.

—No hagas esto, Frances.

Lentamente, ella se pone de pie.

Con gesto indiferente, me pregunta—: Enciende tu teléfono.

Ladeo la cabeza, pero al ver que no cambia de expresión, lo hago. Presiono el botón y espero, mirándola, a que encienda por sí solo. La mirada de Frank es fría, calculadora, ningún atisbo de la joven que, en la oficina, me dijo qué significaba para ella que no la incluyera en el trato.

Mi tiembla la mano en cuanto el celular comienza a vibrar, por los mensajes de voz que están entrando...

Cinco en total.

Frances, que está examinando el móvil, como si le tuviera aversión, levanta su barbilla y me mira a los ojos; los suyos comienzan a llenarse de lágrimas.

—Escúchalos.

Presiono el tacto para hacer lo que me pide.

Mientras entra el buzón, repaso la actitud de Jaxon, lo que me dijo, y la furia en los ademanes de Roxanne cuando me abofeteó. Ahora sé que lo merezco. Tras oír uno a uno los mensajes, a

cada cual más escalofriante, sé que me merezco algo peor. Frank, escuchando también, cierra los ojos y a través de sus mejillas se deslizan líneas ininterrumpidas de agua.

«Maldita sea, Cameron, es Frances...».

«¿Dónde estás, por favor?».

«Tienes que venir de inmediato, contesta... Cameron, ¿dónde rayos te metiste?».

Las voces de nuestros compañeros se oyen una tras otra, con distintos mensajes de alarma, los tonos rotos por los nervios y la zozobra, pero en cuanto empiezo a escuchar el último, que fue el primero en entrar hace ya más de dos horas, trago saliva y veo cómo ella, al oír su propia voz llamándome, se abraza a sí misma y me da la espalda.

Escucho cómo grita mi nombre y de fondo, la horrorosa voz de Hills... diciéndole que no soy capaz de cuidar del patrimonio de mi familia...

Y nada de eso lo creyó ella.

Nada de lo que el mundo aseguraba para afrentarme influyó en su entrada en mi vida.

Frances

He estado marcada por el infierno desde que nací, pero nada de lo que sentí mientras mis padres morían frente a mí, cuando Chester cayó preso, cuando Hills me engañó vilmente; nada se compara a lo que, por desgracia, estoy sintiendo debido a la mirada de Cameron, que no ha bajado su móvil y, afligido, busca otro lugar para ver; un lugar que, obviamente, no sea yo. Algo que lo aleje, a lo mejor, de su realidad.

—No revisé, estaba muy confiada —susurro, mirando la tormenta que se ha desatado afuera. La amplia ventana de la estancia en el departamento del condo permite que vea las sombras grisáceas que crea la lluvia al caer en su torrente.

Estoy cubierta por una extraña sensación de pesadumbre, de culpa, de una cosa que me quiero quitar a tirones...

Ah, sí... es el recuerdo de las palmas de Hills restregándose por mis brazos, por mi cuerpo entero. Y finalmente, me llevo la mano al cuello, justo a tiempo para que Cameron se acerque a mí con pasos cuidadosos, como si no quisiera hacer más ruido.

Fue un error que me costó mucho: no porque no me haya enfrentado antes a este tipo de desgracias, sino porque, en un acto de desesperación, grité un nombre que en otro tiempo habría sabido que no serviría de nada. Sabía que Mármol y Tronco me habían seguido y que, en cuestión de minutos, estarían a mi lado, dándole su merecido al detective.

Estoy tan avergonzada...

—Tú no tuviste la culpa de nada —murmura Cam, sujetándome fuertemente los hombros—. Escúchame, yo no...

Tiro con lentitud de mi cuerpo, hacia atrás, para apartarme de él. Por el semblante que me muestra, sé que malinterpretará mi acto; creará que no quiero que me toque, que lo responsabilizaré por el atraco y que la gente estaba enojada con él por mí, por algo que dije.

He aprendido muchas cosas... entre ellas, que Cameron es bueno para latigarse en el momento menos indicado.

—Siempre he sabido qué hacer —acepto, las cejas arrugadas, mientras él me escudriña—. A los dieciséis, en Suiza, las muchachas me preguntaban sobre mi padre; la sangre, los sesos, infinidad de cosas de las que no quería hablar. Tuve que pelearme con la más popular para que, finalmente, me dejaran tranquila, y eso, ni por asomo, significó el peor de mis problemas. —Suspiro entrecortadamente—. No. Mi mayor problema siempre ha sido que soy caprichosa, y que hago berrinches cuando no consigo lo que quiero, aún si eso implica que la gente me juzgue sin entender lo que siento. —He clavado los ojos en él de forma dolorosa y las lágrimas vuelven a acumularse—. Por eso digo que no volveré a involucrarme contigo. Tienes toda la razón: tú no eres lo que yo necesito y yo no soy, ni jamás seré, la mujer que tú quieres que sea.

Cameron, sin decir nada, se pone las manos en la cadera.

Cuando se fue, Roxanne estaba bastante furiosa con él; dijo que habían, Owen, ella y los demás, escuchado los mensajes que le dejé poco antes de que mis guaruras llegasen; traté de explicarles que fue un momento nada más, que quería intimidar al detective, que no pensé con la

cabeza fría. Y ellos, por acto reflejo, están pensando que Cameron tenía la responsabilidad de ir a salvarme.

Quién sabe, a lo mejor era lo que yo esperaba, pero entre eso y que sea su trabajo, hay una distancia enorme.

—¿Estás diciendo que te comportas como lo haces porque esperas que te ruegue o algo parecido? —Su rostro parece desencajado por la ira; lo escucho sin ánimos de discutir—. Perdóname, creo que no es el momento de que empecemos con lo mismo, pero te ofrecí varias veces que lo intentáramos. Te pedí que me dieras la oportunidad, que no actuaras impulsivamente...

—Y apagaste tu teléfono para que no te molestara, lo sé.

Las palabras salen intempestivamente de mi boca, causándome acidez estomacal. Cameron es demasiado racional como para adjudicarse la culpa del evento de esta tarde. Estoy completamente segura de que me puedo desquitar con él y no hará nada; será, como es con su familia, el mártir perfecto. Hará de esto su culpa y se tomará, dentro de nada, sumiso. Hablará poco y quizás haga un chiste desagradable sobre las marcas en mi cuello, todo para no enfrentar la verdad de esta relación: somos pésimos juntos.

—Lo apagué porque, al terminar, iba a buscarte. Pensé que para entonces...

—Me surgió algo, lo lamento.

—Frances, no quería que te pasara esto, deja de actuar así, deja de fingir que no estás afectada... —Ha entornado los ojos y la frente la tiene arrugada al grado de que, incluso en las comisuras, se le notan las marcas de expresión—. Dime qué quieres que diga o haga, lo haré, lo diré, haré lo que sea para que estés completamente segura de que jamás te lastimaré.

—Perdón, no sé lo que digo... Evidentemente la bofetada me aceleró...

Busco un punto ciego para concentrarme. Cameron sigue mirándome y, de la nada, tira de mi cintura. Pienso que me dirá más cosas para que arreglemos la situación; este sería el momento perfecto para que él, perseguido por sus ideas racionales y su sentido de la rectitud, se alejara de mí completamente. Estaría a salvo del otro lado, en un sitio en el que yo ni sería algo que le concierna, ni estaría a la merced de sus encantos.

Al final, mirarlo directamente a los ojos y que me acaricie el golpe en la mandíbula, y que apoye su frente en la mía, es suficiente castigo.

—Perdóname —dice.

Suelto un gemido involuntario, al tiempo que intento zafarme de su abrazo. Pero no me lo permite. La intensidad de su mirada hace que me olvide, por al menos unos segundos, de la pesadez que me ha invadido, de la tortura que me supuso saber que en esta ocasión no quería estar sucia para que, nuestras posibilidades, no se agotaran.

He estado temblando de miedo, suponiendo que pondré en riesgo los planes de Chester y Fargo, y que si me enamoro de él... que si caigo...

—No puedo —gimoteo.

De pronto me siento aliviada por decirlo; Cameron se acerca a mi rostro, levantando las manos para acunarlo en las suyas. Aprovecho para sujetarme de él y lo rodeo con mis brazos.

—No volveré a dejarte sola ni un minuto de tu vida —me espeta—. Ya estamos aquí, Frankie, te estoy conociendo y a medida que pasan los días no dejo de soñar con despertar y que lo nuestro se haya arreglado, que la boda no haya sido ficticia. —Se aparta unos centímetros para mirarme bien, y dice, en tono firme—: Soy un imbécil y estoy enojado porque no me permitas acercarme a ti cuando es lo único en lo que pienso. Pero nada de ese capricho significa más que tu integridad y la fortaleza que me encanta de ti... Si pierdes eso por mi culpa no tendré más

remedio que asegurarme de encontrar a alguien que sí tenga lo necesario para defenderte.

Cierro los ojos, apenada, silenciosa.

Cameron se relame los labios, se inclina y me besa. Tardo un par de segundos en responderle; pero luego dejo de reprimirme. La voz de mi primo siempre hace eco en mis sentimientos. Sin embargo, esta vez, algo cambia; Cameron está más cerca, casi fundiéndome contra sí; es una caricia tormentosamente protectora, llena de apego y de cariño.

Algo que no he experimentado a menudo porque a casi nadie se lo permito.

—Vas a tener que hacer algo —espeto por lo bajo.

Cameron usa sus pulgares para limpiarme las mejillas. Asiente sin preguntarme a qué me refiero; sabe perfectamente cuál era el aspecto más turbio de mi indecisión; sabe que Chester cuenta conmigo y que, para que lo nuestro sea posible, para que nuestra relación tome un nuevo rumbo, debería tomarlo en cuenta.

El solo pensamiento me causa un escalofrío.

—Haré lo que sea necesario —musita sin despegarse de mí.

—Pero...

—Ya tendrías... —Se inclina para levantarme en brazos— que estar en la cama.

Le toma pocos pasos llegar hasta el colchón; me deposita allí y se acomoda a mi lado, pasivamente acomodando los cojines. Mientras me ayuda a entrar en el interior de mis edredones, permanezco absorta en la imagen de su rostro; una vez que repara en mí, su semblante vuelve a ser ese preocupado.

Muero por preguntarle qué le dijo Rox, ya que a mí me explicó que lo pondría en su lugar. Así que estoy avergonzada por el hecho.

—Cam...

—Mmh.

—Quédate a dormir conmigo —le pido.

Frente a mí, con una pierna flexionada en el borde del colchón, se me queda mirando un rato; hasta que no me pongo los mechones sueltos detrás de las orejas, él curva una ceja, ladea la cabeza y, con la mano apoyada a mi costado, se inclina para besarme.

Le echa un vistazo a su reloj, y al cabo empieza a quitarse la corbata y el saco que trae puestos. Cuando finalmente entra conmigo, la tormenta ha arreciado y a través de las ventanas entran destellos de los relámpagos que surcan, de cuando en cuando, el cielo. Me acurruco contra él unos instantes, mientras reúno el valor para preguntarle.

Es él quien empieza a hablar, como si me hubiera podido leer la mente.

—Rox estaba furiosa... Y jamás había visto que Jaxon...

Un silbido sale a través de sus labios. Aprieto los ojos y digo, azorada—: Lo lamento mucho, hablaré con ellos mañana...

—La culpa la tengo yo —sisea él—. No les expliqué que se me apagó el móvil... Tal vez le dije, erróneamente, a Millie que no quería escuchar más de tus quejas...

—Bruto.

—Estaba irritado, y no quería tener que ir a cenar con esa desagradable mujer —me dice en seguida; su tono es de verdadera pereza; me incorporo apenas para mirarlo a los ojos y él, con gesto crítico y serio a la vez, repone—: Resultó que quería probar la lealtad que te tengo. —Curva una ceja para hacerme una prueba a mí también—. Tenemos el contrato de Bayer, para los plásticos.

Pestañeo varias veces.

—Menos mal sirvió de algo todo esto —susurro, recordando las cosas que le dije y cómo

reaccionó él—. Quizás, incluso, que Hills me haya hecho esto también nos ayude. —Suspiro para intentar convencerme. Cameron ya tiene las cejas fruncidas en un gesto de desacuerdo—. Ya no volveremos a verlo, según me dijo Jax.

—Está bien, no quiero oír jamás que pienses que esto... —Usa otra vez su dedo pulgar para acariciarme la marca del cuello— sirvió para bien.

—Sí, lo sé.

—Trata de dormir.

Su voz suena ronca por la posición en la que está acostado junto a mí. Admiro el contorno de su rostro mientras me acomodo nuevamente. Paso algunos minutos contemplando la oscuridad de la habitación, las sombras que se forman cuando relampaguea el cielo y la calidez que, pese al clima, me embarga porque estoy pegada de él.

No obstante, ni siquiera intento cerrar los ojos.

—Estoy demasiado despierta —musito.

Cameron se remueve en su lado y se arrellana hasta que, con la cabeza en la almohada, se vuelve a mirarme. Él también tiene una expresión espabilada y, al cabo de un momento, estira la mano para tocarme el rostro. Noto que su mirada es de genuino arrepentimiento y culpa. Me acerco unos centímetros, en medio de la oscuridad, y planto un beso en sus labios, que me responde con ahínco.

Sus manos acarician el contorno de mi cintura, hasta la cadera y de regreso, y en una de esas me desliza la blusa del pijama que me puse. He puesto la palma en su pecho, así que le empiezo a desabotonar la camisa. Él deja de besarme en ese instante, mirándome a los ojos. En el anuncio de nuestro compromiso lo hicimos en el suelo y él me cobijó con uno de los manteles de la mesa que desocupamos. Fue algo brusco que nos dejó sin aliento a ambos, que probó su fuerza de contención y la mía, pero no duró nada. Él estaba borrachísimo y yo, para justificar el haberme atrevido, lo estaba todavía más.

Ahora, sin embargo, me encuentro sumergida en la calidez de sus caricias y los ademanes que ha desprendido siempre para conmigo. Ha estado casi doce semanas lidiando con la idea de que podíamos avanzar, y se encontraba, cada vez, con un muro altísimo por mi parte; hoy el muro no está y Cameron lo aprovecha: distingo el deseo en su rostro, un aire de violencia contenida y también el miedo porque lo que hagamos se me olvide mañana.

—¿Te encuentras bien?

Asiento apenas perceptiblemente.

Cameron se incorpora junto a mí, sentado, y se acerca; traza una línea de besos por la curva de mis mandíbulas. Mientras me sensibiliza la piel allí, pregunto—: ¿Cuánto tarda una persona en saber que está enamorada?

Sus besos no se detienen por unos segundos.

—Vamos a averiguarlo.

Poniéndose de rodillas, me deja aquí sentada y se quita la camisa por completo; también la camiseta que traía debajo. Al desprenderse del cinturón, siento el momento justo en el que se me erizan los pezones; el roce del sostén contra ellos es muy molesto. Cam, de un solo movimiento, se aproxima a mí gateando y me obliga a recostarme. Sus besos siguientes son todos bastante expresivos. Me muerde el labio inferior, succiona el superior y me masajea uno de los pechos con la mano izquierda, mientras con la otra acaricia la cara interna de mis muslos.

He empezado a temblar para cuando me hace levantarme. Alzo las manos y dejo que me saque la blusa y luego me ayuda con el pans también.

—Antes, hay algo que quiero confesarte —le espeto.

Cam, con la respiración agitada, me mira a la espera.

—No me voy a morir de ansiedad —me asegura.

—Bueno, tu genio y mal humor me dicen otra cosa —digo, las cejas fruncidas—. Como sea, quiero que sepas una cosa: cuando te pedí que te casaras conmigo, no lo hice porque te viera como una compra, como insinuó Leandra en Fargo; no eres un objeto para mí, jamás te lastimaría de esa manera. Sé que eres un hombre distinto y que haces las cosas a tu manera; me ha costado mucho resistirme, pero en el fondo creo que lo hago porque tengo miedo de amarte y no saber cómo vivir después de eso. —Yo le sonrío con tristeza y él me mira de una forma extraña, así que digo—: El mundo de Cameron me aterra.

—Puedo ser un buen esposo —dice él, y me empuja a la cama de nuevo.

Mirándolo desde aquí, le digo—: Yo ya estoy enamorada de ti, Cam. No quiero abrumarte, pero...

Mi voz es acallada por su boca, que hurga en la mía con una ferocidad nueva; Cameron siempre me sorprende cuando se trata de demostrarme de lo que está hecho; es un hombre que puede llegar a ser sobreprotector, casi alucinante, y a veces su peor defecto es el orgullo, pero cuando me veo en sus ojos y entro a esta parte de él, a lo que me convierto a su lado, lo demás deja de existir y yo ya no tengo más miedo.

Lo último que cae al piso es su bóxer, así que, cuando por fin se acomoda entre mis piernas, puedo ver la extensión completa de su abdomen; esta vez sobria. Paseo los ojos por su ingle y me detengo a mirar, solo unos segundos, cómo usa su mano para acariciar mi zona uve. Le hace un pequeño y suave masaje al capuchón de mi clítoris, mientras observa. Su sexo se encuentra, turgente, a pocos centímetros de mi pared vaginal.

Pienso que entrará a saciar sus ganas, que me hará sentir mucho de la nada y que el encuentro será algo así como un exceso en todo su esplendor. Pero cuando Cameron apoya sus brazos a los costados de mi cara, y entra con sigilo en mi resbaladizo canal, me percato de que, no importa en qué sentido sea, sabe expresarse muy bien.

—Enamórate de mí todo lo que tengas que hacerlo —susurra contra mis labios, sin dejar de mirarme mientras le hace envites delicados y profundos a mi sexo—. Lo único que te pido es que te olvides del divorcio. Te quedas conmigo, a mi lado, Fargo es tuyo y mío...

Hace una mueca de placer al sentir una de mis pulsaciones involuntarias; y luego comienza a hablarme al oído. La ternura de su tacto es tenue y nada acelerada; me siento como una de esas piezas de cerámica que pulen en un taller de artesanías; las manos de Cam están en mi cabello y se encarga de que lo mire a los ojos, al tiempo que hunde su lengua en mi boca con besos húmedos, desesperados e intensos.

Arqueo la cadera para darle libertad en la entrada y al abrir más las piernas él flexiona la suya, la derecha; sus movimientos se hacen más certeros, como si hubiera hallado el punto exacto en el que quiere encontrarme.

—Quiero que te quedes aquí —murmuro.

Él gruñe y al instante dice—: Así sabes que te enamoraste de alguien... —Apoya su frente en la mía, respirando hondo cuando toca el clímax y su cuerpo se estremece encima del mío—. No quieres que nadie más la toque. Solo tú.

—Te olvidas de todo —musito.

—Solo importa ella —dice él.

—Cam...

—Solo me importas tú.

Me acaricia la cara con la nariz, todavía sin apartarse de mi interior. No hicimos nada para

cuidarnos. Y tampoco es que me importe mucho. Cameron tiene razón. Es fácil saber cuándo te enamoras de una persona; no lo haces de un día para otro. Rememoro los detalles desde que iniciamos esto; los correos largos, las preguntas capciosas, el primer beso que me dio, lo que hizo inconscientemente para defender lo nuestro con su madre.

Miro atenuadamente sus ojos, llena de esta convicción al respecto.

—Tendremos que decirle a Ches que no pensamos divorciarnos.

Cameron

Mientras Roxanne trata de tranquilizar a su hijo, noto que Owen se da la vuelta inesperadamente. No trae el saco del traje y la camisa está manchada de vomito; se ha despeinado el cabello, así que cuando sale de la sala de juntas, al tiempo que se vuelve a agitar los mechones frontales con la mano, pienso que nada puede empeorar su aspecto deplorable.

Por si fuera poco, nadie aquí sabe qué hacer o decir.

En el cuarto de vigilancia, Jaxon y yo estuvimos viendo qué ocurrió durante el cuarto de hora que los tres pasaron allí. El aparato sufrió un desperfecto que los técnicos del edificio tardaron en reparar; el hijo de Rox es asmático, por lo que le supuso un susto de muerte esperar allí, sin su medicamento, presurizado entre cuatro paredes de metal.

—Lo mejor será que me vaya —nos espeta Roxanne, volviéndose, al ver que el niño ha comenzado a recuperar el color natural de su piel.

Al cabo de algunos segundos sopesando su expresión, me dirijo a Frances, que está tan sorprendida como yo luego de que viésemos las imágenes de la grabación. Jaxon, que tiene una botella de alcohol en la mano, se pone de pie. Mira a todos con gesto compungido, como si no pudiera contener el ansia. Y a decir verdad no lo culpo. Es la primera vez que presencio un ataque respiratorio en un infante.

No se siente bien no poder hacer nada para ayudarlo.

Con cierta afectación, Frank se levanta de su lugar junto a Cici.

—Bien, los llevaré a casa —dice, respondiendo con total tranquilidad.

Da dos pasos en mi dirección, ignorando por completo a Jaxon y ese semblante de miedo que todavía le estamos viendo en la cara. A través del cristal de la sala, echo un vistazo afuera: Owen está recargado de espaldas a la sala, con la cabeza ligeramente inclinada, las manos en los bolsillos del pantalón negro, que también lleva manchado.

—Iremos primero al médico —le comenta Rox a Jaxon, que asiente—. Muchas gracias por todo, Cameron.

—De qué —suspiro; me agacho para acariciar la cabeza del niño, cuyas pupilas ya empiezan a volver a su normalidad—. No vuelvas a asustarnos así, amigo. —Él levanta la cabeza—. Todavía necesito un segunda base.

—El entrenador dice que, si supero el asma para los diez, podré iniciar... —traga saliva con dificultad al tiempo que, entusiasmado, se yergue de donde estaba sentado—. Podré entrenar con algunos niños de mi edad. Sería grandioso.

—Ya sabemos que lo sería —repongo, todos están siguiéndome afuera—. Ahora sigue a tu madre y descansa un montón.

Al ver que estamos abandonando la oficina, Owen se vuelve a mirarnos.

No.

Se vuelve a mirar a Roxanne, enojado.

Entre ellos, intercambian una serie de miradas ominosas, como si, en silencio, se estuvieran reclamando algo de lo que nosotros no nos hemos enterado. Por si fuera poco, creo que tiene que

ver con el hecho de que Rox entró en pánico cuando a Caden le faltó el aire; fue Owen quien, mientras el niño vomitaba por la falta de oxígeno, se arrodilló para tomarlo en brazos y ayudarlo a respirar. Tuvo que olvidarse de todo ahí dentro.

—Gracias —espeto Rox.

Owen no dice nada, sino que baja la mirada y observa a Cici, que lo está observando con una sonrisa lánguida. El niño le dice—: Gracias.

No sé si los demás se den cuenta, pero Owen ha tragado saliva; sus ojos, pendientes de Caden, buscan algo en el pequeño rostro de mofletes pronunciados de él. Acto seguido, se inclina y lo envuelve en un fuerte abrazo. Caden pone una mano en el brazo del hombre, al tiempo que sonrío; es la misma sonrisa de Rox, la misma mirada penetrante, el mismo cariz sutil en las palabras.

Al incorporarse, Owen le dice algo al oído, algo solo para él...

A lo que él niño se limita a asentir.

El gesto de Roxanne no es amigable cuando le indica a su hijo que empiece a caminar. Owen clava la vista en mí; le estoy dando un beso a Frank, en la mejilla, pero no aparto la mirada de él. Una vez que nos quedamos solos, Millie nos mira por unos instantes y se despide para volver a su sitio de trabajo.

—Ven a mi oficina —le espeto, en un tono nada indulgente.

Sé que tendría que estarlo felicitando, que de no ser por él tal vez las cosas habrían pasado a mayores, pero no entiendo el porqué de su actitud para con Roxanne; por lo regular siempre se esfuerza en aparentar que todo lo que gira entorno de la amiga de Frank lo tiene sin cuidado, pero lo cierto es que solo hay dos momentos en los que no puedes ocultar tus sentimientos por alguien: cuando te enojas con ella, o cuando estás feliz por ella.

Me dirijo con pasos firmes a la oficina, Owen detrás de mí. Un azotón al adentrarse. Voy directo a la esquina donde está el minibar; también, una vez que sirvo dos vasos de whisky, marco el número del conmutador.

—No quiero llamadas —digo a Millie, que se limita a aceptar mi orden; Owen se echa el trago de lleno en la boca, sin preocupaciones. Lo miro a los ojos, tratando de interpretar sus facciones—. Explícate.

—Es una inconsciente —dice.

Su rostro muestra un poco de esa indulgencia que a veces no puede ocultar. Frances dice que es un hombre de buen corazón, aunque la mayor parte del tiempo esté tratando de parecer quejumbroso, mujeriego y bromista. Es solo una fachada.

Quiero que sepa eso: que sé lo que hay debajo.

Y que deje de sufrir por temor a parecer débil.

—Habla claro, con un demonio.

Él se pone de pie en lugar de responderme de inmediato. Va al minibar, se sirve otro trago y regresa a su silla. Recuesto mi peso en la silla de mi escritorio, esperándolo.

Al final, clava la mirada en uno de los estantes de mi oficina, y dice—: Fue en un parpadeo. El ascensor se detuvo y estuvimos allí unos cuantos segundos sin decirnos nada; por las miradas de Roxanne, entendí que no quería armar un escándalo para que el niño no se asustara. Así que presioné el botón de emergencia. Una voz se oyó, desde reparaciones; dijeron que era una falla eléctrica. Cinco malditos minutos, eso dijeron. —Sacude la cabeza en un acto de incredulidad y al cabo continúa—: Se empezó a agitar a los diez minutos, le pregunté a Roxanne por el inhalador y...

El relato es vívido, pero él luce ausente. Entonces levanta la mirada en mi dirección.

—Se dio cuenta de que sabes perfectamente que el niño padece asma.

De nueva cuenta, sus dedos esparcen el largo de su fleco atrás. Elijo permanecer en silencio mientras él decide cómo contarme lo que sigue, o si en realidad quiere hablar de ello. En la sala de juntas, lo vi realmente preocupado cuando le practicó respiración de boca a boca Caden, para que sus pulmones recuperaran su ritmo normal de revoluciones.

Pero Owen está furioso...

—Le grité. —Ha fruncido el ceño.

—Eso pasa a veces.

Él niega con la cabeza.

—No, no entiendes; le dije que no sabía qué clase de madre era. Y aún no llego a arrepentirme de habérselo dicho. Sé que no fue su culpa, que ocurren accidentes todos los días, pero, maldita sea, sabe que el niño es asmático... —Erguido con su metro ochenta y tantos, pone las manos en jarras y me da la espalda, tal vez porque no está dispuesto a mostrarse vulnerable frente a mí. Sin embargo, acaba girándose, y su expresión es, de verdad, afectada—. Si sabe que es asmático debería de traer consigo un maldito inhalador.

Asiento, comprendiendo su molestia.

—No pensé que fuera eso —digo, rendido.

—Será mejor que me ponga a trabajar —refunfuña, cerrando fuertemente los ojos—. Dios, creí que iría a parar a emergencias.

Frunzo el ceño al ver cómo se restriega la cara con las manos, realmente aturdido y fatigado por lo que pasó. Hace meses, si me hubieran dicho que pasaría esto sin más, no me lo habría creído; habría pensado que algún escritor loco cree que no tengo suficiente con tener que idear una forma de pedir a mi primo político que me deje ser esposo de su consentida prima, que es, por cierto, como su hermana.

—Cuando te calmes, háblalo con Roxanne.

—No, no pretendo cruzar palabra con ella. Esa mujer me pone de los nervios.

—Porque te atrae.

Como si hubiera dicho un sacrilegio, Owen pone su mirada castaña en mí; noto que ha cambiado de nuevo el semblante y que si pudiera me habría apuñalado con sus ojos. Niego con la cabeza y me incorporo. Sirvo otro par de tragos y lo guío a la salida. Él, nuevamente, se lo bebe de un solo trago.

—No sé quién te ha dicho esa estupidez. No. Su humor me pone a la defensiva, no puedo bromear delante de ella; es insufrible. Que su hijo sea lindo y todo eso no quiere decir nada.

—Entonces qué te importa a ti si es buena madre o no.

—Pudo morir...

La expresión del hombre es verdaderamente divertida.

—Pero lo ayudaste. Te mereces alabanzas y demás, tendrías que estar aprovechándote de ello. No estar así, quejándote de que Rox no llevaba consigo el inhalador... Como si se tratara de tu hijo al que casi pierdes esta tarde.

—Habrías reaccionado igual, Cameron, no seas hipócrita.

—Sí, pero no me daría la libertad de gritarle una recriminación a una mujer que no es nada mío.

Al final, con sus cejas curvadas supongo que, por la incredulidad de mi tono, se da la vuelta y se marcha. Desde el umbral, le hago una señal a Millicent para que me traiga lo que acordamos que revisaría el día de hoy. Se lo pedí de manera furtiva, para que Frank no se entere, y como es su amiga, le tuve que contar de qué se trata.

Frances me ha pedido que le dé un puesto de importancia, pero ella dice que quiere aprender desde abajo, cada aspecto del departamento de administración, antes de empezar en el sitio en el que tendría que ocuparse de asuntos más importantes que traerme el café. Sin embargo, me habla demasiado bien de ella que pretenda conocer el esqueleto de Fargo a través de mí.

—Acumulé bastante información de los archivos públicos —dice, sentándose frente a mí en un sofá.

Me resulta incómodo tener que estar con ellas en el escritorio; son amigas de Frank, no es como si, de un momento a otro, pudiera verla con otros ojos. Además, han pasado ya varias semanas desde que el desgraciado de Hills atacó de nuevo a Frank. Dentro de nada lo destituirán y las noticias comenzarán a mejorar para nosotros.

—Bien, quiero tener un plan listo para antes de Caligh. —Me muerdo el labio y, con gesto impaciente, me aflojo la corbata. Millie me extiende la primera carpeta del expediente de Chester McMillan.

—Espero que te sirva.

—Servirá —suspiro—, de cualquier manera, tengo pensado pedirle al abogado de Frank o a Queen que me arreglen una cita. —Elevo la mirada y compruebo que Millie tiene los ojos desorbitados—. Suena descabellado, ¿eh?

—No, es que... todo lo que yo he escuchado sobre Chester es de boca de Frances, y creo que podría estar contaminada, su opinión, es decir, por el cariño que le tiene. Si tú quieres verlo imagino que es para algo de la empresa.

—No.

—Ah.

—¿Frances no te contó?

—¿Sobre ustedes?

—Ajá.

—Dijo que estaba enamorada de ti.

—Es recíproco.

—Me alegra mucho —sonríe ella sinceramente, pero dice con un tinte de preocupación—: Antes tenía miedo de romper la promesa que le hizo a su primo, sobre irse de aquí a un lugar donde no los conocieran. Y contigo todo el mundo la conoce, hablan sobre ella en las revistas de chismes y hasta han hecho reportajes en los canales de finanzas. —Un suspiro melancólico—. Yo no podría con toda esa presión mediática, pero... Chester, creo que tienes que ser muy inteligente. Ir un paso delante de él y eso está...

—En chino.

Millie sacude su cabeza.

Empieza a hurgar entre las carpetas hasta que encuentra una. Me la muestra y yo me pongo a leer de inmediato; es un historial académico de Chester, que ha ocupado su tiempo muy bien mientras estuvo estos siete años en prisión: una carrera completada y en la mitad de un máster.

En siete años.

Coficiente intelectual encima de la media... Capacidades ingeniosas en la mecánica cuántica. De personalidad fría y reservada, hermético, gregario; el sumario de su psicólogo dice que cuando tiene pesadillas se pone a resolver ecuaciones de cuarto grado, o lee sus libros favoritos. Su autor preferido es Voltaire. Le gusta el jazz. Nunca ha tenido una novia, pero había una chica que lo visitaba los primeros cuatro años de su encierro.

Millie tiene una expresión curiosa cuando la vuelvo a mirar.

—Espero que tengas alguna sugerencia para mí.

Ella se encoge de hombros y me espeta—: Tienes que demostrar que puedes cuidar de Frances.

Echo la espalda en el sofá, mirando con expectación a este ser que, con anterioridad, Frances me ha descrito con amor y esmero; en realidad, a veces me daba la impresión de que la idealizaba, que estaba exagerando las capacidades de una chica de veintidós años, con una belleza sobrenatural y, lo que parece ser, una inteligencia más preocupante todavía.

No puede quedarse como mi secretaria.

—Te escucho. Dame ideas.

—Una rueda de prensa para hablar del nuevo proyecto de Maya. Incluso se me antoja que tendrías que visitar la planta junto con ella y dar un par de entrevistas ahora que el bosquejo está listo y se están reuniendo los inversionistas minoritarios. Tenemos tres contratos para los próximos seis años de producción y eso sin contar el mercado pequeño al que podremos acceder si creamos una planta menor en las zonas más prósperas del país.

Ha sacado lo que parece ser un mapa.

Es Nueva Orleans; un plano hecho a mano que tiene la «Ch» como firma en una esquina. Millie me señala el nombre del autor y me retraigo al notar que el dibujo es nada más y nada menos que de una planta de carbón. Está sin terminar y no sé de dónde...

—Estaba en la oficina de registro minero —dice Millie como si hubiera leído mis pensamientos—. Frances sabe muy poco de esto, así que sería algo que podría impresionar a Chester; al final es él quien tiene mayor interés en limpiar el dinero que le quedó. Sé que Maya es tímida y...

Levanto la mano para hacerla parar un minuto y le pregunto, curioso—: Dime cómo sabes que Amaya es tímida.

—Estuve hablando con ella para concertar las citas que me pediste con Leandra el mes que viene. La muchacha no habla con quien no tiene confianza, creo que es reservada y es algo habitual en las personas que se pasan mucho de su tiempo alimentando el intelecto. No les queda tanto espacio libre para socializar.

—Entiendo.

—Jaxon, que es el ingeniero experto en exportaciones aquí, podría acompañarte... Y Frank.

Me aclaro la garganta porque no sé si esto será un abuso por mi parte, pero me prometo a mí mismo no olvidar nunca que Millie es más valiosa por sus capacidades, como bien me ha asegurado Frank en más de una ocasión, que por ese pelo rubísimo y los ojos transparentes como un cielo azul en verano. Concentrado en la idea de pedirle disculpas algún día, agarro la foto más cercana de Chester.

Tiene el pelo negro y las facciones duras. Sus ojos son dos cavidades grises que dan la apariencia de ser la cosa más fría, como el hielo seco; es una expresión muerta, calculadora, que atemorizaría a cualquiera. Su piel es blanca, como el papel, pero a pesar de esos rasgos de los países bajos, hay algo en su mirada que me recuerda mucho a Frank.

Creo que es dolor.

Levanto la mirada a Millie, decidido a escucharla.

—¿Podrías ayudarme a organizar la rueda de prensa y una campaña silenciosa de publicidad?

—Claro, empezaré en seguida.

—Otra cosa —le apunto al expediente de nuevo—; ¿podrías... hablar con él?

Millie se pone lívida.

—Yo no... nunca he cruzado una palabra con Chester.

Alza sus cejas y me mira, confundida y a la espera.

—Sonó a que interpretaste muy bien a Maya. Quiero que hagas lo mismo con mi primito. — Suspiro—. No te pediré más favores, al contrario, haré algo por ti, lo que sea. Pídelo.

Los grandes ojos de Millie se concentran en una foto de mi padre. Se pasa varios minutos mordiéndose el labio inferior y, al terminar, me mira con gesto crítico.

Se ve que está pensándose muy bien.

—Me gustaría saber cómo fundó tu padre Fargo; en la cámara de comercio y los archivos de la propiedad privada no hay mucho, pero era admirable; construyó la petrolera más grande de los EEUU y, durante dos décadas, la hizo productiva y alucinante. —Me sonrío—. Lo admiro mucho y, sinceramente, creo que hay cosas de él en ti.

—Pero si no lo conociste.

—He escuchado muchas de sus entrevistas de negocios, hasta las que a lo mejor no has oído tú.

Le devuelvo la sonrisa y me pongo de pie, al ver que ella lo hace.

—Te diré lo que quieras, aunque no sé para qué...

—Escribo —dice, en un tono lacónico desde el que se filtran unas notas de vergüenza—. Nadie lo sabe. Pero... intento escribir un thriller basado en... tu padre... y algunos de los hombres que me rodean.

Me rasco la nariz por la incomodidad. Pero algo dentro de mí se rompe al ver las mejillas de Millicent, teñidas de rosa. Doy unos pasos en su dirección y le apunto la salida; ya en el marco, le digo—: Veré qué puedo hacer para conseguirte la información que quieres. Vendí la Villa de New Hope, pero la entrego hasta enero, así que podría husmear en la buhardilla o el sótano.

Su rostro se ve iluminado por esa emoción de un niño cuando ve su golosina favorita.

—Empezaré con la rueda.

Tuerzo una sonrisa y miro mi reloj en la muñeca, consciente de que aún me falta mucho por hacer y seguramente, después de lo ocurrido con Rox, no veré a Frank hasta en la noche.

Cameron

Luego de que me saco la camisa por encima de la cabeza, noto que en la cama Frances ha dejado uno de sus vestidos; tiene el hábito de no saber qué ponerse nunca. Echo una mirada en redondo y me fijo que, después de compartir la habitación la primera semana, dejó de ser individual y pasó a ser algo mutuo, el centro de nosotros; aquí, no existe nada más, como dice ella.

Recuerdo las palabras de Millie; tengo que demostrarle a Chester que puedo cuidarla. Creo que no es necesario: Frances cuida de mí de otras formas. Lo hizo cuando no me dejó comportar como un imbécil, me ayudó a entenderme, a respetar lo que tenemos; me ayudó a tomar una decisión, a saber bien qué camino quiero seguir.

No es que antes haya tenido miedo de alguien, sino que Chester es importante para Frank. Es importante para ella, y su única familia. No la pondré entre la espada y la pared: no quiero tomar esa decisión. Así que voy a ganármelo, estoy convencido de que puedo. Y las sugerencias de Millicent han sido alentadoras. Convirtieron mis esperanzas en una decisión acérrima, un acto que está más que dicho.

Un puente, quizás.

Voy hasta el tocador y me acomodo en el taburete que pusimos para que Frank haga sus cosas por la mañana; nunca pensé decirlo, pero es una persona sumamente metódica con sus maneras; tiene bien planeado a qué hora se debe levantar, duchar, desayunar e irse. No está del todo involucrada en el levantamiento de Fargo, pero está comprando los muebles de la casa de California, cuyos trámites aún no termina.

Un sonido sordo capta mi atención. Me dejo la camiseta y me marcho por el corredor, hasta llegar a la sala, donde Frank está leyendo el encabezado de un periódico; está tan concentrada que no se percata de mi escrutinio hasta que me le acerco de varias zancadas. Está masajeándose el tobillo del que se quitó el primer zapato de plataforma.

Me acomodo frente a ella en un sillón sin respaldo. La hago levantar la pierna y le desamarro las correas del otro zapato. Ella deja a un lado el periódico dicho, apoya su peso en las palmas y me mira, con un gesto precioso de complicidad. A duras penas logro dejar de tocarla, pero se la ve cansada, así que le ofrezco mis manos, pero niega con la cabeza.

—Estuvimos dos horas en la sala de urgencias —dice, su tono afligido—, tendrá que ir a revisiones periódicas y le mandaron unos medicamentos fuertes; también hay que llevarlo a un terapeuta.

—Las prácticas sirven mucho —digo por lo bajo, conteniendo el aire.

Frances levanta las cejas y se inclina un poco, agarrándose de mis manos.

—Roxanne estaba muy mal —me espeta.

Mi charla con Owen es un pensamiento casi inmediato; descubro que estoy preocupado por estas personas, descubro que, ahora, forman parte de mi mundo, que están ayudándome a hacer lo que Roy nunca quiso; bajo la mirada y acaricio la argolla de matrimonio de Frankie. La miro a los ojos, esperando que entienda que me hace falta estar con ella más tiempo.

El primer beso me lo da con descuido, pero me estiro, la sujeto por la cintura y la obligo a sentarse en mi regazo. Se queda aquí por varios minutos, hasta que la escucho respirar entrecortadamente.

—Voy a hablar con Owen —musita, la cara escondida en mi cuello. La dejo que me cuente para qué—. Se pasó de la raya; lo que ocurrió no fue culpa de Rox, habría ocurrido...

—Estaba asustado —atajo.

Frances se incorpora y me mira con esa expresión suya, de gatito manipulador.

Tuerzo una mueca, incapaz de resistirme a ello.

—Sí, lo sé, pero...

—Y creo que, aunque son tus amigos, no te estás dando cuenta de algo sumamente importante. —Su mueca es de incompreensión—. Owen lucha para que Roxanne no le guste más de la cuenta. Es guapa e inteligente, pero me temo que a nuestro amigo le puede bastante su actitud.

—Si es un ángel.

—Precisamente, cielo.

Frank tuerce también una sonrisa, como si acabara de entender.

—No, eso no es cierto.

—Haz cuentas, saca conclusiones.

—Vamos, Cameron, ya sabía que eras romántico, pero, ¿el playboy y la hija pródiga? Lo siento, es inverosímil.

—Esto... ¿tienes hambre? Te prepararé algo...

Levantándome rápidamente, me dirijo a la cocina. Las luces están encendidas, así que veo cuando Frank se encamina, descalza, y acaba sentándose a la isleta céntrica. Saco una tabla de picar y unos cuantos ingredientes del frigorífico; mientras busco el pan en la alacena, la escucho carraspear, tal vez para atraer mi atención.

Sonrío para mis adentros.

—No me evites, Cam.

Me giro en los talones, con el paquete de pan en las manos. Ella me mira, suspicaz, los brazos cruzados en el pecho. Tiene una ceja enarcada, la expresión que me devuelve el alma al cuerpo; esto es nuestro convivir. Cuando ella no va la empresa, prácticamente no la veo nunca. Apenas hace dos semanas que adoptamos esta rutina.

Hace dos semanas que la tengo para mí, por si sueño con ella en la noche, por si en mis sueños la hago mía; despierto y tengo la oportunidad de llevarlo a la realidad, de besarla, buscar su cuerpo y acariciarlo. También me gusta besarla en partes secretas, partes que son dulces, que me llenan. Atino a concentrarme en ese gesto y me olvido, por unos instantes, de lo que iba a decir.

Tengo muchas ganas.

Pero puedo esperar a que cene.

Le preparo dos emparedados de jamón; luego voy al frigorífico y saco un agua gasificada para mí. Tengo agruras desde la tarde. Creo que comí demasiado chile mexicano.

—Habla, no te quedes ahí, mirándome.

—No es nada —me río—. Si no te has dado cuenta solo presta más atención. Ambos son tus amigos.

Ella arruga las cejas y su expresión se vuelve, entre cansada y seria; lo está pensando. Lo está pensando bastante. Niego con la cabeza, y espero, hasta que finalmente la oigo decir—: Sí, tienes razón. Owen siempre está evitando sentarse con ella a la mesa... desde que Cici rompió un

jarrón en la casa del señor Brandram. Le dijo que debería de tener uno, que a él no le importaría que sus nietos rompieran todas las antigüedades. Creí que eso le había afectado y que ese era el motivo de que le tuviera tanta aversión...

—Pues Jaxon y yo nos dimos cuenta de inmediato.

—Seguro porque la mira.

—La mira mucho.

—¿No dicen que la vista es algo natural?

—Es una falacia —replico. Frances se me queda mirando al tiempo que le da un mordisco a su sándwich—. Miras a la persona con la que crees que puedes tener contacto sexual. Es el aspecto más frío y superficial de las relaciones, al menos en el principio.

—No recuerdo que me miraras tanto, tú.

Su queja cobra sentido.

—Te miraba cuando no estabas mirando. —Curvo una ceja también—. Ahora te miro cuando quiero; me gustas bastante.

—¿Crees que Owen se sienta así por Rox?

—Creo —me le aproximo y le beso la mejilla— que la admira demasiado. Como mujer, como profesionalista. —Me sonrío y le sonrío, pero digo—: Voy a ducharme, come.

Voy por el pasillo con paso tranquilo, pensando en mis propias palabras; en un mes voy a tener que viajar a la costa de California, San Simeón; la planta de Caligh estará lista, al menos los preparativos; veremos las instalaciones y haré que Maya nos dé un tour por lo que tiene planeado, todo con el afán de convencer a Jaxon de confiar en ella.

Sacudo la cabeza al recordar que se siente muy inseguro con lo de su exnovia, a la que no quiere ver pero que seguido lo visita en su oficina; no sé para qué, aunque Frances tiene una sospecha. Estoy adentrándome en el baño al pensar en eso; ya quitándome los pantalones, imagino lo rápido que pasarán estos meses, lo cerca que estará Chester de nosotros.

Lo de levantar Fargo y hacerla productiva me parece más sencillo que enfrentarlo. Pero luego, en la regadera, con las gotas esparciéndose por mi cuerpo, me digo que la mujer que está a mi lado lo necesita; necesita sentirse segura, quiere saber que soy de confianza, que digo algo y lo cumplo. Suspiro sonoramente y en ese momento escucho la puerta, que se abre.

Frances está vestida con la ropa interior.

—Te llama Jax —dice con los hombros encogidos.

Me asomo afuera sin salir totalmente de la regadera y sujeto el teléfono, que pongo en altavoz.

—Estoy en la ducha —le espeto.

Creo que podría esperar, pero él dice—: Owen está pasado de copas. Iré a recogerlo...

Ruedo los ojos, niego con la cabeza.

Frances, apoyada en la pared, abre los ojos con impresión. No se puede creer que el rectísimo Owen haya llegado a estos extremos. Piensa que es un niño rico, un esnob. Pero creo que le vendría bien escucharlo hablar, totalmente desinhibido, cuando está con nosotros. Lo conoce mucho pero no del todo. Ha sido recatado.

Me rasco la comisura del labio y acabo diciendo—: Estoy fatigado, te lo dejo a ti.

—Bien, gracias —dice Jax, que cuelga en el acto.

Le entrego a Frances el móvil, me la quedo mirando mientras lo deja en el mostrador de granito; es imposible que no me detenga a admirar su bonito y redondeado trasero: queda al descubierto con el tanga que trae puesto, negro y que hace juego con el brasier. Cuando se vuelve, sus ojos se pasean por mi torso. Ella echa las manos atrás y, con cuidado, se quita el

sostén. Entro otra vez en la regadera y espero.

Una vez conmigo, pone las palmas contra mi pecho y se pelinca para besarme.

—Hiciste bien —murmura.

Acuno su trasero en mis manos luego de que recargo la espalda en la pared mojada. Ahora los dos estamos debajo del chorro constante. Algunas gotas son absorbidas por los besos que no cesan; estoy completamente desnudo y ella, aprovechándose de su postura, alcanza mi miembro con su mano. Le hace un par de presiones y luego empieza a bombear con él.

Sus ojos me escudriñan el alma hasta el fondo, mientras dejo que haga lo que quiera allá abajo. De pronto, se detiene y da un paso hacia la llave. Después de girarla, con movimientos sutiles, me sujeta las manos y las guía hasta sus pechos; están erizados, sus pezones, y me inclino para sujetar uno con los dientes. Ella se encorva hacia mí, se restriega contra mi ingle y provoca que la dureza se incremente.

—¿Puedes girarte? —le pregunto con la voz engolada por el deseo que despierta.

Ella se da la vuelta en los talones; la agarro por la cadera y tiro de su cuerpo hasta pegar mi entrepierna en su trasero. La veo ladear el rostro y, al acercarme, busco su boca con una brusquedad de la que no me creí capaz. Pero siento que es miedo: experimentar ciertas cosas, a cierta edad, siempre da miedo. He tocado a otras mujeres antes, pero jamás me había dado la oportunidad de ver lo maravillosas que son cuando se entregan. Me faltaba darme tiempo de sentir celos, de darles la pertenencia que se merecen. Y ahora, después de saber lo que es, tengo miedo de que me pidan que renuncie a ella; exactamente, tengo miedo de no ser yo quien busque su zona uve con un dedo, la toque de forma delicada, abriéndole los pliegues suaves del sexo hasta tener el botón en mi dedo índice.

—Cuidado —susurra ella y se pega más.

La empujo levemente a la pared y ella apoya las manos en esta. Ha encorvado más el trasero para encontrarme. Sigo acariciando la entrada de su vagina, tan tierna para mí; está más que dispuesta y no por la humedad del agua, es más espeso y más suave, de textura y sabor dulces. Como lo es toda ella. Se me antoja que puedo acabar antes, nada más de escucharla gemir con ese tono tan quedo, conteniéndose.

Tras agacharme, clavo la punta del miembro en su pared y me hundo lentamente, sujetándole la cadera para que no cambie de posición.

—Lo haré rápido —le prometo—. No voy a lastimarte.

—Solo... despacio.

Sé que pierdo la noción de los envites, que a veces se estrecha tanto, que no me contengo; han sido las mejores semanas de mi vida, enterrado en su sexo y con la boca llena de sus pechos generosos. A lo mejor no es pronunciada, pero a mí, cada centímetro de su piel me sabe a gloria, a un pedazo de cielo. Me atormenta estar en la oficina cuando va por cualquier cosa: usa esos pantalones que le enmarcan el trasero.

—Creo que tengo fiebre —suspiro en su hombro.

La embisto fuerte y ella emite un jadeo.

—Cameron.

—Lo siento.

—No —dice, la voz torpe—. No pares.

Cierro los ojos y los aprieto, moviéndome con más velocidad. Ella resiente el cambio y se encorva a lo imposible, así que me inclino encima de su espalda y con la mano libre le acaricio un pecho. Luego me detengo, sin poder continuar así.

—Necesito verte —mascullo, haciéndola girar.

Flexiono apenas las rodillas y paso los antebrazos por debajo de las suyas, para levantarla de un tirón. Ella me rodea la cadera con las piernas. Tengo que sujetarme el miembro para guiarlo adentro. Pero Frances me ayuda y se queda quieta mientras lo hago, de manera que, en menos de lo que espero, estoy adentro de su cuerpo, sintiendo que voy a estallar en pedazos de un momento a otro.

Apoyo una mano y su espalda en la pared para resistir el peso y los movimientos oscilatorios. Frank jadea en mi oído y dice mi nombre, y yo no quiero que eso implique nada, que no me excite más de la cuenta, pero es inevitable. Me siento como uno de esos machos retrógradas que buscan aumentar su ego. Ella, sin embargo, me toca los labios con las yemas de los dedos y me mira a los ojos, sin dejar de repetirlo. Suelto un gravísimo gruñido de placer al terminar; ella sonrío, se baja de mí y vuelve a abrir la llave. La ducha no demora tanto como lo demás. Mientras nos vestimos para entrar en la cama, Frances me cuenta lo que le dijo Rox respecto a Owen.

—Dice que la odia —masculla.

Ha puesto las manos en mi pecho al acostarse junto a mí.

—Tendrías que explicarle las cosas, pero no creo que sea oportuno.

—Dijiste que Owen...

—Pero le tiene miedo al compromiso, Frankie. Sí, he dicho que pienso que se siente atraído por ella, pero también pienso que podría hacerle muchísimo daño; al final lo que importa en esta vida es saber lo que quieres.

Como si lo dijera para nosotros, Frank se repega a mí, y con voz átona, dice—: No sé si te has dado cuenta de que no estamos usando ningún método anticonceptivo.

—Lo sé.

—Pero no tengo síntomas raros.

—Podrías no tenerlos.

Se incorpora para mirarme a la cara.

—¿Quiere eso decir que no te importaría que me embarazara?

Esbozo una sonrisa al mirarla. Le acaricio el pelo que se secó hace unos minutos, conforme con lo que veo en sus ojos cuando me mira; creo, de verdad, que nunca había visto más inocencia que esa; la de Frances es una actitud positiva, ante todo, luchadora, capaz, inerte frente al dolor, que echa fuera de sí y lo supera. La envidio en muchos aspectos.

Siento que... Siento que estoy aprendiendo a vivir gracias a ella.

—Quiero decir —le acuno el rostro en las manos— que no está en mis planes prioritarios, pero soy perfectamente consciente de cómo se conciben los niños, y no me asustan.

—Entonces...

—Pensé que ya lo habíamos hecho suficientes veces como para evitarlo en este ciclo. Así que, si llega tu periodo normalmente, podemos decidir qué hacer.

Ella, sonriente, asiente con la cabeza y vuelve a acostarse.

—Mañana asistiré a una subasta de pinturas; llevaré a Millie para que me ayude en ese aspecto, espero que no te moleste.

—No, está bien.

—Cameron, estás extraño... —Vuelve a mirarme con gesto compungido—. No quiero que te sientas obligado a tener un hijo ahora.

—No estaba pensando en eso —admito, ya sintiendo los estragos de un día tan pesado—. Pensaba en tu primo, en esa mansión alejada que se está adornando. Tendrá mucho lujo, mucho espacio abierto, estará sumamente protegida y doblará su valor es probable, pero nada más

pensar que haya gente que quiera privarse de lo que es vivir para alguien más...

—Chester ya vivió para alguien más y casi se muere en el acto.

Arrugo las cejas.

Millie dijo que había una chica que iba a visitarlo.

—No sabía que...

—Casi le costó la vida —suspira Frances—. Recibió una bala por ella, a los dieciocho, y juraba que, al salir, iba a casarse; juraba que todo lo que forjara iba a ser para su hijo. Su heredero, lo llamaba siempre. —Otra inspiración de aire—. Al final lo esperó un par de años y, cuando menos se lo esperaba, apareció embarazada de otro.

Durante cuatro años recibió a esa muchacha; cuatro años de una promesa que se hizo.

—Suen a que Chester es leal.

—Sí, pero tiene un grandísimo defecto.

La miro desde aquí, consciente de que se refiere a algo que no me había contado, algo que es de ellos y que implica un cambio en la imagen que me voy a formar de él. No es que importe demasiado, pero antes de hablarle, antes de mirarlo a los ojos, me gustaría saber qué hace que una persona se congele.

—Es arisco, supongo.

Frank respira profundo, como si le pesara confesarse.

—No, está enfermo de desconfianza. Igual que me pasaba a mí. Hasta que alguien me hizo recapacitar.

Su sonrisa es lo último que veo antes de que se gire. Cruzo el brazo a través de la almohada y, con el codo clavado allí, me quedo largos minutos mirando a mi sana esposa.

La que me eligió.

Cameron

Jaxon no ha parado de hacer preguntas imprudentes; preguntas que, cualquier mujer, sentiría como una agresión directa. Salvo con Frances y sus amigas, o tal vez con Tot también, que nos acompañó para despejarse, no ha mostrado nada de indulgencia para las chicas que trabajan en el despacho de planeación de la planta. Además, se lo ve más arisco que nunca.

—Está molesto, pero no sé por qué —dice Frances.

Nervioso por el hecho, doy unos pasos hasta Jaxon y le palmeo el hombro, haciendo que él se gire a mirarme. Su expresión es concentrada y diría que luce un poco afectado, el cambio de clima dijo él, pero es mentira.

Viaja constantemente a California para ver a sus padres, que me diga eso solo confirma mis sospechas de que no puede olvidarse de su ex por mucho que lo intente. Frank está a mi lado cuando nos detenemos. Tot, que trajo su cámara consigo, da unos pasos hasta subirse a un cajón de metal desde el que se puede ver, imagino, toda la planta.

Escucho el chirrido de las herramientas de soldadura; hay gente en el techo abovedado del lugar y más de dos decenas de personas circundan en sus trabajos. Pero no estoy preocupado por ellos. Me preocupa que a Jaxon no lo convenza el proyecto ahora que hemos dado luz verde. Y me preocupa, también, que finalmente Amaya no termine de agradecerle tan solo por tener veintiuno. Todavía no se titula siquiera.

Fue una de las quejas de mi amigo.

Creemos que les ha puesto el rostro de su ex a todas las nenas de esa edad. Cosa sumamente rara en alguien tan poco inclinado a mezclar las cosas. Pero Tot, que lo está llevando mucho mejor que él, ha estado tratando de interpretar esas muecas de hastío cuando una mujer, la encargada de algún área, se muestra intempestiva o reacia a dejarse amilanar por sus modales.

—Esta infraestructura es peligrosa —comenta de un momento a otro.

Una de las ingenieras a cargo baja de la montura eléctrica en la que estaba y, con una sonrisa, se acerca a nosotros. La conocimos por la mañana, en el comedor; fue la encargada de recibirnos ya que, anoche, Amaya —o Maya, como pide que le hablen— me llamó para decir que tenía un imprevisto familiar. Se supone que es un secreto el hecho de que su padre tiene cáncer y es la encargada de acompañarlo a sus terapias, así que aquí todos creen que está cerrando un nuevo trato.

La ingeniera se nos aproxima y le extiende la mano a Jax. Frances y yo nos miramos, atentos a lo que implica que alguien del sexo femenino que no sea mi esposa o nuestras amigas, se le aproxime de forma amistosa. Sin decir nada, por fortuna, Jaxon responde al saludo, le estrecha la mano a la mujer y empieza a caminar en dirección de la plataforma.

—Amaya se aseguró de que cada cálculo de la licuadora fuera exacto. Uno de nuestros químicos adjuntos trabajó horas y horas en la fórmula correcta, para hacer el aceite propio.

Jaxon baja la cabeza, quizás porque no tiene nada que replicar.

Aunque en el fondo sé que es consciente de que dimos en el clavo; cometí a uno de los consejos empresariales de mi padre y dio resultado. Jax lo sabe. Y pese a que no quiera

admitirlo, él vio el plano de la planta y se dio cuenta de que los procesos químicos no son complicados. Millicent nos consiguió un buen asesor pétreo y se encargaron de hacer una esquemización que nos diera una palabra exacta de cuánto tardaríamos en producir plástico para nuestra propia venta.

Por eso el contrato con los Bayer es tan corto. De cuatro años. Después no necesitaremos sus inversiones foráneas. Después seremos rentables.

—Esa Amaya parece no saber que estamos aquí para escuchar sus opiniones al respecto — refunfuña nuestro amigo. Miro con impaciencia a Frank, que se me aproxima.

Jaxon da unos pasos lejos de la ingeniera, y esta niega pero no le hace caso. Entonces se vuelve a nosotros con el gesto incomprendido. Pero de inmediato clava la vista a mis espaldas.

—Hola, lamento llegar tarde —nos dice una vocecilla de duende que se encamina desde el puente que cruzamos.

La primera en sonreír es Frances, que le recibe el saludo a la muchacha. Usa lentes de graduación alta, está peinada con un moño desordenado y va vestida con un mono de mezclilla. Encima trae puesta una chaqueta de cuero, y un pañuelo le rodea este también. Sus manos están cubiertas por guantes de trabajo, de color camello.

Está chapeada y bronceada por el sol, señal de que le gusta trabajar en primeras filas aunque estamos pagando para que ella se encargue de todo lo administrativo y lo que implica la planificación de un proyecto. Cuando la investigué, ya había reunido información sobre el tipo de persona que es; asocial, tímida, de un promedio intelectual por encima de cualquier genio contemporáneo. Beca para Columbia, desde donde vino a trabajar aquí cuando ganó el concurso anual de ciencias.

Muchas empresas pelearon la patente, pero por algún motivo... Fuimos nosotros a quien ella llamó.

—Un gusto, Amaya —le digo al estrechar su pequeña mano; vuelvo la atención a mi mejor amigo, que sigue viendo la pérgola adonde ha vuelto la ingeniera—. Este es el señor Jaxon Gordon, uno de los accionistas...

Amaya se acomoda las gafas al puente de la nariz. Paciente y tímida, mira a uno y otro lado. Es muy pequeña; podrá medir, tal vez, metro y cincuenta centímetros, así que, cuando Jaxon por fin se gira, lo que hace es mirar hacia abajo, pero de manera extraña, como si no diera crédito a lo que ve. Y es que Amaya está usando botas de trabajo, de las que se mojan y no les pasa nada. Botas que yo uso para descansar la planta en terrenos áridos y rocosos. Mi amigo no se molesta en mostrar un poco de educación; de verdad no sé qué le está pasando. Su gesto es despectivo y cuando se acerca, ni siquiera puede mirar a los ojos a la muchacha.

Debe de ser una chica de provincia, de ademanes dulces, criada en el seno de una familia. Ahora cuida del único ser que le queda: su padre enfermo. Jaxon no tendría que estar portándose así con un alma tan dulce. A mi lado, Frances me pellizca el dorso de la palma.

—Haz algo —susurra en mi oído.

Me aclaro la garganta y doy unos pasos hasta ellos. Amaya está tratando de responder a una extraña pregunta de Jax sobre el compromiso.

Hago una inhalación profunda, le coloco una mano en el hombro a él y digo—: Está bien, es mi culpa; Maya solo me avisó a mí de su retardo...

—Nada puede importarle más que su puesto aquí —responde Jax.

—Ya hablaremos tú y yo más tarde —le digo.

En ese momento, por fortuna, se acerca a nosotros Tot, con la cámara elevada y una sonrisa en el rostro.

Amaya se tensa en cuanto la ve; la ha reconocido, estoy segura.

—Sí, esta es...

—Yo... la admiro mucho... Ese reportaje del granizo hizo que me enamorara de la trayectoria de Cliff McDowell. Mi grado de fanatismo por los Oilers es verdaderamente enorme. —Su sonrisa parece genuina—. De verdad, estoy fascinada de que haya venido.

—Cameron es mi mejor amigo —le explica Tot, abrazándola—. Y él reclutó al pequeño Mac.

Me rasco la ceja para pasar desapercibido, pero Frances se me adelanta y dice—: No tengo mucha idea de lo que hablan, pero Cameron me presentó a uno de los jugadores ala de Mac, hace un mes. Fue a Fargo para dar una entrevista y debo admitir que en persona es todavía más interesante.

—A mí jamás se me hubiera ocurrido que ese granuja pudiera ser interesante —repongo—, pero creo que deberíamos charlar de esto en la comida... —Echo un vistazo a mi reloj—. Y también me gustaría escucharte hablar sobre la planta. Jaxon está muy interesado en saber cómo se te ocurrió utilizar la energía geotérmica de la zona volcánica para impulsar las licuadoras.

—Sí, sí, vamos.

Amaya ha sonreído.

Empieza a caminar junto con Tot, así que Frances y yo aprovechamos para encarar al buen y últimamente amargado Jaxon.

—Voy a cambiar mi opinión a tu respecto si no dejas de tratar a las mujeres como si fueras un misógino cualquiera. Por favor, muérdete la lengua o los testículos... —Me mira a modo de disculpa, pero yo asiento—. No todas son tu ex, desarrollarás miedo perruno a ellas como si fueran gatas en celo. Reacciona.

Con una mirada fulminante, ella se gira sobre sus delicados y puntiagudos tacones y se marcha detrás de las otras, que ya nos llevan una buena ventaja.

—Es fan de los Oilers.

—Pudo haberlo planeado.

Niego con la cabeza.

—No le dije que Tot vendría. Ni que eres el dueño del equipo.

Arqueo las cejas porque creo que eso le dará un impulso, pero solo espero en vano; Jaxon suspira y se lleva una mano al pecho, con un claro gesto de hastío en el rostro. Puedo reconocerme en sus ademanes. A mí me sirvieron para entender que, cuando quieres algo y no puedes tenerlo, tu cuerpo te manda distintas señales para que le ayudes a conseguirlo.

—Escucha —musita él de pronto—; sé que te maravilla todo esto, y ahora que lo hemos echado a andar me parece más un disparate, algo que nos acarreará problemas, pero confío en ti. Que me sienta mal por todo lo que ha venido ocurriendo a mi alrededor no tiene nada que ver. Es psicológico.

Doy una larga y tendida respiración, pletórico de placer al oírlo reconocer su decaimiento. Ya que no le ha quitado la campaña de publicidad a su ex, ha tenido que mirarla más veces de las que puede tolerar. Miro por encima del hombro para encontrar la figura de mi esposa, en la entrada de la zona, mientras, con sus ojos de pajarito, analiza lo que Amaya les está mostrando. Tot saca fotografías a diestra y siniestra, y Jaxon mira en esa dirección al notar mi ensimismamiento.

—No cometiste un error —sisea a mi lado—. Frances es una mujer increíble. Puede que haya esperado al hombre correcto, que tuviera fe en que serías como te veías, pero necesitas agradecerle por escogerte. No pierdas un minuto, por favor. —Otra inhalación por su parte—. No

todos tenemos la misma suerte que tú; a mí, por ejemplo, me arrancaron las alas de un golpe mortal. Menos mal que no soy un adolescente.

Sacudo un poco la cabeza para retomar el hilo de la conversación. Miro a Jaxon y permanezco concentrado en esa imagen que me ofrece.

—Date cuenta de que te estás portando como un verdadero idiota. —Cierro un instante los ojos y, seguro de que servirá de algo, le espeto—: Amaya cubre los gastos de su padre con cáncer. Se gastó todos sus ahorros en la mudanza desde Columbia; cuando me llamó anoche, estaba agotada, se oía... no sé, ausente. Tu madre...

—No lo compares, por favor —es su turno de cerrar los ojos, evadir su estupidismo quizás—. Está bien, le prestaré atención a lo que sea que tenga que explicar para que yo entienda cómo pretende que funcionen dos licuadoras gigantes que se alimentan del calor del magma. Han costado una fortuna esos extractores.

Él me mira unos instantes y, acto seguido, me indica que ya podemos seguirlas. Lo hago en silencio, pensando en la petición ridícula que me hizo; como si lo mío con Frances fuera, en mínima suposición, algo digno de analizar. No es tan complicado como muchos piensan. Nosotros nos miramos a los ojos a través de las circunstancias. A lo mejor ella puso el dinero y yo el cuello y el nombre, pero de sentimientos hablamos el mismo idioma.

Estoy convencido de que, cuando se estremece junto a mí, no es porque está pensando en el futuro; es por lo que siente en ese momento en el que mis brazos la rodean o la acunan. Trato de acercarla a mí en las noches cuando la escucho murmurar el nombre de su primo, y se le ha colado el de su padre también.

Es muy curioso; sé perfectamente cuál es la diferencia.

—Vamos —le digo, y sujeto su mano. Ella frunce las cejas, pero como si pudiera entenderme, aprieta mis dedos, caminando conmigo.

Salimos de la zona guiados por una de las ingenieras de mecánica; es una chica que ha venido también con el proyecto, alguien que se encarga de la parte física de los planos de Amaya, a quien, por supuesto, Torrance ha acaparado. Encaminados hacia los comedores, una de las pasantes nos cuenta de qué forma está organizado el área para los empleados.

Hay una expresión de cansancio en sus ojos, en los de Amaya, cuando empieza a relatarnos el inicio de sus proyectos—: Algunos de nuestros profesores todavía creen que la energía debe de sacarse de la electricidad, pero es algo que se ha venido quedando obsoleto desde que se inventaron los paneles solares. Desde allí supimos que había otras formas mejores, más ecológico-económicas, para extraer energía renovable, energía que circule y salga limpia cada vez. El caso es que teníamos que saber a qué industria le podría interesar el proyecto. —Sus ojos se pasean por una de sus compañeras, la de planeación, que se encoge de hombros—. Nos llamaron imbéciles varias veces. Pero nunca olvidaré algo que me dijo mi padre: y eso es que la energía debe de ser limpia, porque así es el amor.

El titubeo de su última frase no pasa por alto para nadie; todos guardan silencio por alrededor de diez minutos. Luego empiezan a llegar los platillos y el cariz de nuestras pláticas cambian. Frances picotea la carne de su plato, así que la miro con atención y me fijo en cada uno de los rincones hermosos de su rostro. Hoy está más seria que nunca.

Ayer le vino el periodo.

Le había prometido que, después del tour que iban a darnos en la planta, podíamos ir a la bahía de Big South; específicamente a la casa de un amigo, alguien que conocí en un concierto en Los Ángeles.

—Aún podemos conocerlos —susurro hacia ella.

—Sí, pero dijiste que podríamos quedarnos —mascullo.

—Conozco a Jonathan y estoy seguro de que nos invitará a quedarnos —le sonrío. Alguien, a la mesa, habla del peso energético del carbón en el siglo pasado. Es Jax; se oye más relajado y ecuánime, de modo que continúo diciéndole a mi esposa—: Te va a fascinar. Es una construcción erigida en el terraplén, lo más alto del acantilado de Big South. De paso podríamos comprar un obsequio para su hija, que cumplió tres años hace unos meses.

—No vino a la boda —comenta Frank con el ceño fruncido.

—No te adelantes —la corto, sabiendo que estará pensando lo peor—. Su esposa, Gigi, está esperando al segundo bebé y estaba muy indispuesta.

—Mmmh.

—Frank.

—No sé, estaba más animada cuando creí que podríamos tener una especie de luna de miel.

Concienzudo, pienso que a veces se me olvida que estoy casado bajo distintos términos, pero acordé algo importante: acordé conocerla y succionar toda la información posible sobre ella. Me prometí que iba a escudriñarla, que nadie impediría que llegue hasta lo más profundo de su ser.

Es verdad que las cosas buenas surgen después de haber trabajado mucho, pero creo que me olvidé de las remuneraciones divinas. Me olvidé de preguntarme si Dios había creado a alguien para mí; alguien que fuera mi espejo y me dejara ver qué cosas tolero y qué no de mí mismo. Eso es Frank; se ha convertido en la otra cara de mi moneda.

—Frances —ella levanta la vista un poco, tímida como nunca la he visto, y decido hacer algo para que esté feliz; decir la verdad, por ejemplo—: Te amo.

Siento una liberación espasmódica al soltar esas dos palabras; algo que tenía apabullándome el corazón, como una plasta gigante de acero que se cernió sin piedad. Ella sonrío apenas y pone su palma en mi mejilla. De pronto, sus ojos escudriñan no solo lo que hay afuera, en la piel, en mi barba, en la punta de la nariz.

Cuando la mujer que ha cambiado tu mundo te mira a los ojos, tienes dos opciones: casarte con ella, o dejarla ir para que encuentre quién haga lo que tú no eres capaz.

Mi decisión es lineal.

—Iremos a Big South, le daremos a la pequeña Merryweather su regalo y luego nos iremos por ahí.

—Tonto.

—Chester sale en dos meses —digo, más firme ahora—. Quiero que te esfuerces todo lo que puedas para que, cuando salga, vea la gran mujer que eres. Que vea que...

—Que ya no lo necesito.

—No solo eso. Que vea que eres feliz.

Ella se limita a asentir y, por algún motivo, justo en ese instante, escucho una frase dicha en forma de sentencia. Hay un silencio atroz por parte de cada persona sentada en la mesa gigante en la que estamos.

Amaya mira en dirección de Jaxon, con los ojos abiertos.

—Dígame que es una broma —espeta de pronto la ingeniera Marks—. Usted no puede creer que un matrimonio forzado le hará bien a una pareja. Hay tantas pruebas de ello que...

—No dije matrimonio forzado —repite Jaxon.

—Tal vez no estoy entendiendo —musita Amaya—, pero creo que usted ha sugerido que prefiere casarse con una total desconocida.

—Sí, eso fue.

Miro a un lado y otro, sin saber de dónde rayos ha venido esa conversación. Quiero ponerme

de pie y pedirle a mi gran amigo que cierre la boca; no puede hablar de Frances y de mí frente a estas personas.

Pero él, haciendo gala de esa personalidad que nunca logro entender del todo, dice—: Mírese, Amaya; es una genio. —Su tono es serio, muy serio en verdad—. Sería capaz de hacer lo que usted quisiera si aceptara darme el prestigio de que me casé con una superdotada.

Cierro los ojos fuertemente.

Voy a matarlo.

Cameron

Me acerco a la orilla de la playa, poco habituado a mirar este tipo de cosas. Lo que me recuerda que hace demasiado tiempo no salgo de Houston. Junto a mí, la mirada cansina de Jonathan Merryweather se concentra en la linde del Océano Pacífico; sonrío de lado al imaginarme sentado por la fuerza en una silla en la que, descuidadamente, un joven de unos veintiocho años, estuvo corrigiendo en voz baja las notas que estaban mal del concierto.

Le dijo imbécil al maestro de ceremonias y, como yo tampoco entendía mucho —eso pensé, en mi inocencia de veintidós años—, me harté de señalarle lo aburrido que me parecía. Jonathan hizo un gesto, suspiró, y me pidió que lo siguiera. Subimos a la azotea del edificio de música; una academia de artes en la que estudió la hermana menor de Jaxon. Estuvimos allí por alrededor de dos horas, él fumando, yo mirando la noche.

—Esto es lo que causa en mí la música de concierto —le dije, soltando una vaharada de humo que se envolvió encima de mi cabeza—. No fumo; me acaban de dar el trabajo de mi vida y debería de estar seguro de que es un vicio horrible.

Jonathan sacudió su cigarro con los dedos, con la habilidad de quien lo hace a menudo; tenía la apariencia de haber roto algo recientemente. No sé, en ese momento creí que se trataba de alguna regla, pero su mirada estaba lejos de allí; durante el concierto había tratado de entender cómo podía saber él que las notas de la percusión estaban desintonizadas.

No lo supe hasta que le pregunté por qué iba.

—Yo lo compuse —dijo, mirando el punto anaranjado de su pitillo.

Era tan serio como un mausoleo, de su boca no salían más que palabras directas; algo de melancolía surgía de sus movimientos y emanaba un aura pesado, de cementerio o funeral.

Comprendí que tenía el corazón roto.

—Lo lamento —espeté, apenas conteniendo la impresión que demostré tosiendo con torpeza.

Él cabeceó, elevó la mirada en dirección del cielo nocturno de Los Ángeles, y dijo—: Son estudiantes; por eso no demandaré a nadie. Pero alguien se pasó de listo y cambió las notas para ser, imagino, un tanto rebelde.

—Cosa que no pretendías —dije sin saber qué hacer entonces.

—Es para una persona, por supuesto que no es una composición que goce de la libertad que da, por ejemplo, la enajenación. —Por sus palabras, supe que no estaba hablando con alguien común; era una persona cabal y segura de que sentía algo, de que estaba vivo.

La melodía, sacada de su contexto, se llenaba de frialdad.

—Entonces...

—La compuse para que inspire a la libertad del amor, no a la libertad del sedentarismo.

Un atisbo miserable de sonrisa apareció en sus labios.

—Qué alivio que lo tengas claro.

—Dices que eres deportista —sentenció—. Aún no has pasado por ninguna ruptura para entender lo corta que es la vida.

Eso dijo.

Aún ahora me pregunto si fue mi momento de inflexión, la justicia divina que se aplicó a mí porque pensaba de forma superficial; alguna vez creí que me accidenté, dos meses más tarde, porque no presté atención suficiente al concierto, ya que las palabras de Jonathan se ajustaron tanto a lo ocurrido. Sí; Lindsay terminó conmigo en cuanto los Oilers hicieron su decisión de revocar mi contrato, pública.

—Estaba recordando la noche que te conocí —digo, de brazos cruzados.

Ha reemplazado el cigarro por una bonita sonrisa limpia; una sonrisa que augura felicidad. Aunque no ha cambiado casi en nada sus ademanes pulcros y meditabundos, se nota que el tiempo —debe de tener por lo menos unos treinta y cuatro años— ha sanado esa herida de la que me habló cuando nos despedimos.

Visité San Simeón cuando papá murió.

Solo porque tenía el vago recuerdo de que él había mencionado Treasure, una casa que le heredó su abuelo.

Vaya sorpresa que me llevé.

—Estaba muy ido esa noche como para ponerte en tu lugar, ignorante.

—Sí, habrías hecho lo mismo de encontrarte en un partido de béisbol.

—Soy más empático de lo que crees —dice, la sonrisa se ensancha. Noto que mira por el rabillo del ojo, y le escucho continuar mientras observo a Frank en compañía de la nana de Bel, la hija de Jona—. A ti sí que no pensaba verte casado, así, tan de pronto. Te echaste encima una boda de las que decías odiar.

—Frances la quería así.

Él asiente.

—Las mujeres no son complicadas —dice él, sacudiendo la cabeza—. Nosotros somos estúpidos.

—A mí no me cuesta mucho entender a Frances, creo que es el resultado de que ella se expresa sin miedo. Y... lo siento, es demasiado rebuscado y cliché para explicarlo. Jamás habrías pensado que me casé por motivos diferentes al amor, pero ahora me alegra poder decir que tengo un compromiso que cumplir y una mujer a la que le debo felicidad.

Jonathan aprieta sus mandíbulas.

Es un poco más bajo que yo, pero tiene una presencia extraña; como de los nobles de la época victoriana. Hasta su forma de mirar tiene un aire de pedantería que no se puede entender. La sombra que surca sus facciones no es de pesar, sin embargo, sino de una pasividad que ya quisiera yo.

—Que me lo digas a mí... no sé, se siente raro.

—Sí, se me olvidaba.

Vuelvo la mirada al océano. En ese instante, Bella, su hija, se acerca con cierto escepticismo. Le enseña unas cosas que tiene en la pequeña mano y, cuando Jona se acuclilla para recibirlas, Frances también viene con nosotros.

Giselle, su esposa, estaba muy cansada como para venir con nosotros, ya nos ha atendido por dos días consecutivos. De modo que hoy será la última noche que permaneceremos aquí. Frances tendrá su luna de miel, y entonces hablaremos sobre lo que haré para convencer a su primo de entregármela completamente.

Jonathan se ha enfrascado en una de esas raras pláticas con su hija, siempre explicándole motivos románticos, mitológicos, sobre las cosas que vienen del mar; el viento, los pelícanos, el susurro de los árboles.

Tiene un alma bohemia que se sale de mis capacidades de entendimiento. Y es una de las

personas más sabias que conozco, aun así.

—Se llama como una de las grandes compositoras tan poco reconocidas en este mundo —me cuenta Frank. Sujeto su mano y la guío por la playa, ella descalza—. Tienen una relación distinta de las que he visto.

—Sí, son muy extraños.

—Pero también muy afines —comenta, con el ceño arrugado.

—Giselle, antes, daba clases en la Academia de Los Ángeles. No lo dejó porque se casaran, sin embargo; se volvieron a casar y, según lo que me contó Jona en su boda, querían estar un tiempo a solas.

—Gigi dijo que era la segunda vez que se casaban.

Nos detenemos en la mitad del camino. Huele a la sal marítima y tengo la piel pegajosa, pero pagaría mucho por ver siempre esta imagen de Frankie, tan tierna y sutil en un ambiente que puede pasar por virgen. Miro a sus espaldas, a Jonathan todavía charlando con su niña. Luego a Frances a los ojos y, con un dedo, le pongo un mechón de pelo detrás de la oreja.

—La primera vez se casaron por la razón equivocada —digo.

El gesto de Frank, de inmediato, es de contradicción. Podría atribuir la sentencia a nosotros, pero la verdad es que nada se aleja más de lo que podemos entender. A veces tienes el cruel atrevimiento de pensar que, en esta vida, la información que das, no te es devuelta. Que pides y que nadie responde, que no esperas a algo, sabiendo que un día llegará.

Pese a todo, nunca tuve la necesidad de juzgar a nadie; Roy, mi madre, Lindsay, todos me hicieron la persona a la que Frances vio en esa entrevista, confiando en que haría lo correcto para enaltecer el patrimonio de papá. Recuerdo que, cuando declaramos la quiebra, me senté en el jardín de la villa que puse a la venta nada más saber que iba a casarme. Ahora el anillo brilla en el dedo de Frank, con el resplandor de la conclusión a la que llegué esa noche. Supe, desde el fondo de mi alma, que alguien que me ofrecía salvar algo tan sagrado, basada en unas cuantas respuestas desesperadas, debía de ser muy inocente aunque supiera enarbolar un arma.

Frank no me necesita para sobrevivir. Ella lo sabe, y aun así decidió que podía liberarla de la carga de ser hija de una familia que sigue viva en Chester McMillan, a quien tengo pensado ir a recoger cuando salga. En dos meses.

Frances

Cameron, semidesnudo, me levanta en brazos y da unos pasos hasta llegar a la cama. Entonces ahí me deposita con cuidado y, en no menos de cinco segundos, está encima de mí, derrumbado en uno de mis bordes, pero sin llegar a presionar su cuerpo contra el mío. Su boca hurga en el interior de la mía con tanto apego y dedicación que cambio el ritmo de las caricias de mis manos en su espalda.

A tientas, localizo la luz de la mesa de noche y enciendo la lámpara. Al toparme con su mirada cálida y seria, noto que tiene algo de concentración allí; entiendo su introspección todavía más cuando él, en silencio, se remueve hasta poner los antebrazos a los costados de mi rostro; está ahí, nada más mirándome y se queda por alrededor de diez minutos callado.

—Espero que te haya gustado el no tener que preocuparte por nada más que por escoger lo que vas a comer el día de hoy.

Su voz, ronca a unos centímetros de mí, envía ciertas señales incomparables a mi cerebro; es como si cada una de mis terminaciones nerviosas respondiera a esa cadencia de palabras, a la entonación de sus oraciones.

Le pongo las puntas de los dedos en el mentón.

—Me siento plena —admito, aunque me pesa confesarlo—. Gracias, Cam.

—Aún tengo que demostrarte que no has hecho la peor inversión de tu vida al confiar en mí. Siento que estamos cerca. Mira, ya casi transcurrieron seis meses. —Una suerte de sonrisa se dibuja en sus labios—. Mañana volvemos a Houston y alistaremos todo para recibir a tu primo. Sigo pensando si es prudente que se aísle tan pronto.

Pongo la mirada en otro sitio que no sean sus ojos.

A veces Cameron es demasiado positivo; todo lo que emana es seguridad, firmeza, ese tipo de cosas que tiene la gente que, por lo regular, ha ganado mucho más de lo que ha perdido. La diferencia entre ambos, es la actitud. Tuvimos diferentes educaciones, diferentes maestros de vida. Él está convencido de que Dios nos juntó por un motivo especial, que cosas van a cambiar a través de nuestra unión.

—Estando ahí —musito, las lágrimas acumulándose en mis ojos—, debe de rodearse de personas que le convienen como compañía, debe de sentirse hastiado.

Cameron emite un gruñido y, acto seguido, se acurruca junto a mí; el calor que emana de su cuerpo invade mis extremidades incluso, hasta que empiezo a sentir el cansancio del día. Dimos un paseo por San Simeón, el pueblo que está a un par de kilómetros desde la mansión de los amigos de Cam, que son una pareja de modales extraños, amanerados y a ciencia cierta, de personas que están criadas en el más alto escalafón de la sociedad. Él, un compositor reconocido, habla muy poco y cuando lo hace, por lo regular su tono es de nostalgia, con esa brevedad en las sentencias de quien sabe mucho y tiene pocas ganas de explicarlo. Sin embargo, me hizo feliz ver que se nota cuando una persona ama a otra con profundidad. No por lo que signifiquen las palabras, sino por sus actos, que chorrean integridad y entrega por donde quiera que mires.

—No te preocupes —dice Cam, solícito, casi como si supiera lo que quiero justo ahora—,

vamos a cuidar de tu primo tan bien como lo haría con un hermano menor.

—Es de tu edad.

—No me refiero a eso.

—Ay, Cameron, ya sé que tus intenciones son buenas, pero de verdad, no intentes acercarte a él; te llevarás una decepción.

Él se remueve en la cama hasta acostarse sobre su espalda y poner la mirada en mí desde allá; ha recostado la cabeza en dos almohadas, así que, cuando me pego a su costado, ya el semblante de su rostro se ha tornado más gélido; la seriedad que de pronto tiene no es la habitual, sino esa que augura algo que no me ha dicho y que nos hará pasar un momento amargo.

—Millie me ayudó a investigar cosas importantes acerca de él —dice con la voz ronca—. Y hay detalles que tú no sabes, cariño.

Pestaño dos veces seguidas. Cameron me acaricia el fleco, en el frente, y lo hace durante unos segundos mientras sopesa, quizás, qué palabras usar para no hacer daño. Sí, sé que se acerca una de esas pláticas que antes me gustaba evadir; hablar de sentimientos se me daba poco... Hasta que me enamoré de él, de lo que es y lo que soy cuando estoy a su lado.

Chester me enseñó a defenderme siempre, a vivir con las manos empuñadas y a tener ases bajo la manga; pero Cameron... De él aprendí que todos merecemos vivir sin miedo, que no tendríamos que dormir con una pistola debajo de la almohada, que dentro de mis derechos la felicidad y la plenitud deberían ser primordiales. Con él me he enseñado a sentir la diferencia entre lo que es la sociedad y mi integridad como persona. Ahora las aparto. Soy íntegra, no importa lo que digan los periódicos acerca de mi padre.

Éramos niños cuando nos quedamos solos.

Hicimos lo mejor posible para limpiarnos.

—Detalles.

—Sí, como el hecho de que las cuentas bancarias de Ches están congeladas por el gobierno, pero en cuanto salga, por el amparo que le impusieron, podrá recuperar al menos un sesenta por ciento de sus propiedades. Imagino que su padre no lo trataba como a un inútil.

—No, no lo hacía. Iba aprendiendo de finanzas, en la escuela, y empezó una ingeniería.

—Que terminó en prisión.

Abro los ojos sin poder creerlo. Mis visitas a mi primo, los últimos años, siempre han sido para que él me dijera qué paso seguir; me dijo sobre los lingotes de oro que pagaron por las últimas mercancías de mi padre y del suyo, y también por la mayoría del armamento que el gobierno intentó decomisar pero que pretendía esconder en sus hangares.

No había forma alguna de que probaran el contrabando de armas, así que supuse que eran ilícitas.

—Pero nunca me dijo nada.

—La mujer esa de la que hablaste, creo que siguió con él por algunos años; tal cual dijiste, luego terminaron, pero no se ve que lo haya hecho porque se casó con otro. Millie dice que no la encuentra por ningún lado. De manera que...

—Piensas que Chester la alejó. Eso es imposible, lo quería todo para ella.

—Eran demasiado jóvenes. Y tú dijiste alguna vez que la novia de tu primo era la hija de un contrincante de tu padre; me parece muy extraño.

—No haces más que intrigarme.

—En seis semanas podrás preguntárselo.

—Estás muy interesado en él...

—En ti, y es tu única familia... Frankie, necesito que estés tranquila, confía en mí. Haré que

tu primo no se recluya. Lo obligaré, de ser necesario, a que se fíe de nosotros.

Paseo la mirada por su rostro, hasta que no puedo contener la sonrisa; solo entonces, me monto a horcajadas en él, me inclino sobre su torso y comienzo a besarlo.

—Quítate esto —le deslizo la lycra del bóxer, mientras él me desabrocha el sostén.

—Creí que estabas muerta de cansancio —dice contra mis labios.

Niego con la cabeza, y le espeto, entre sonrisas y besos lánguidos—: Tengo más deseo por mi esposo que cansancio. Anda, hazme el amor.

Sujeto sus hombros, reclinándome para que me ayude a desnudarme por completo. No sigo ningún tipo de preámbulo al empalarme lentamente en su miembro, que se pone rígido cuando lo sujeto por el glande para incrustarlo en mi pared. De eso también aprendí con él: he ido confiando más en mí misma a medida que compartimos la cama día con día. Es como si entendiera un lenguaje nuevo, de los que se te quedan aunque no los practiques a diario. No he dejado de maravillarme con la certeza de sus envites, ni con la imantación que irradia cuando está a punto de terminar en mi interior.

Lo cierto es que, con cada caricia respetuosa, e incluso con cada caricia impetuosa, Cameron me ha demostrado que ahora su mundo y el mío compaginan y el dinero no tuvo nada que ver en ello; los dos éramos distintos cada uno por su lado, en las burbujas en las que vivíamos. Yo siempre a la defensiva, él siempre positivo. El hambre que siento para con él aumenta todos los días y, cuando me hace enojar, veo otra faceta que no cambiaría por nada del mundo.

De un instante a otro, él se da la vuelta conmigo y acaba penetrándome con fuerza. Jadeo al sentir que se clava más en mi interior, y busco sus besos; estos se tornan desesperados justo cuando me escucha gemir con mucha más fuerza. Le rasguño la espalda, a punto de estallar de placer y amor.

Está separándose un poco, en cuanto siento las pulsaciones que cambian el ritmo de sus envites.

—Eres un bruto, pero así te amo —digo, sonriendo.

—Todavía no acabo —Cameron responde.

Vuelve a apoyar sus labios en los míos, y sigue moviéndose. A veces lo hace rápido o a veces lento; pero pasados algunos minutos desde que empieza otra vez, me olvido de la fatiga de los orgasmos y de que he caminado mucho durante todo el día.

Frances

En las películas, cuando hay un momento de tensión, cuando al héroe lo retan a un duelo, siempre tienes la seguridad de que al fin y al cabo el actor no va a morir. Tienes la certeza de que es una cinta filmada para causar estragos mentales de distintos tipos en el espectador; pues bien, ahora mismo estoy recordando esos westerns antiguos que solía escuchar en la universidad para concentrarme mejor. Pero, ver a Chester de nuevo, libre, la verdad es que me pone demasiado tensa.

Sus ojos se pasean por mi rostro unos instantes, segundos en los que el tiempo parece haberse detenido. Son como el hielo; se ven gélidos, sin vida, inanimados. Me escanean con cuidado, su rostro sumergido en una máscara de pesar que algo me dice nunca podrá quitarse. Mis únicas oportunidades de verlo siempre han estado intervenidas; a través de cristales uno no puede imaginarse nada, ni hacerse un juicio acerca de las personas.

Creo que Cameron siempre tuvo razón respecto al cariz de la personalidad de mi primo.

Este ya no es el personaje que se inmoló a sí mismo; veintiocho años le han caído encima como una roca; tiene las cejas fruncidas, arrugas en los ojos; su piel está desnutrida y la inexpresividad del resto de sus rasgos hace eco en conjunto con su cuerpo; tiene un tatuaje en la muñeca; desde los montículos de sus tendones hasta la unión de estos y hasta el inicio del brazo, otro en los dedos, que se unen para formar una especie de guante. Es artístico y está muy bien hecho.

—¿Te vas a quedar allí todo el día? —me pregunta, al tiempo que suelta, de forma ruidosa, una maleta en el suelo.

De un tirón, Chester acerca una silla para sentarse. Cameron prefirió que me quedara aquí, esperándolo; dijo que él recogería a mi primo, dijo que era lo mejor. Y, al principio, renegué. Me enojé en un impulso, pensando que era una actitud sumamente sobreprotectora; sus labios hicieron un mohín, se dio la vuelta y les ordenó a mis guaruras que se quedaran vigilándome.

Ahora Fargo paga sus sueldos.

Y el CEO de Fargo es Cameron Baltazar.

Mi marido.

—Te ves... —susurro, incapaz de reconocer que Cameron hizo lo correcto al no permitir que me diera cuenta del aspecto de mi primo así, de la nada, en público y a lo mejor a plena luz solar.

—No me he sentido muy bien estos días —dice, y con la mano tatuada, la izquierda, se echa los mechones negríssimos de pelo atrás.

Los bíceps, pese a su salud poco probable, se le siguen marcando con fuerza; hace mucho ejercicio, sus músculos están brotados como si, dentro de prisión, no hubiera tenido otra cosa que hacer más que pasárselo en el gimnasio. Pestañeo varias veces y pongo atención a los sonidos de mi alrededor; Cameron acaba de dar unos pasos al frente, y deja una botella en la mesa. Me acerca, de pronto, una silla.

Le obedezco lentamente cuando me susurra al oído que me siente.

Asiento y lo hago.

Tengo la lengua entumecida.

—Es vodka —dice Cam.

Chester no se molesta en mirarlo. Algo me huele bastante mal aquí; cuando vinimos, el abogado nos explicó que había habido un atraco en la zona de la prisión en la que se encontraba Chester; al parecer, intentaron envenenar a un capo de la mafia rusa que estaba preso allí, así que varios de los reclusos sufrieron intoxicaciones. Algunos masivas e irreparables, y otros fuertes pero sin preocupaciones futuras.

La imagen que me ofrece mi primo no es muy buena y empiezo a creer que algo le ocurre; algo que no me hará nada bien. Le lanzo una mirada a Cameron para ver si en sus ojos encuentro una explicación para este silencio; jamás me imaginé que esto sería así. Por todos los medios intenté dibujar en mi mente cómo sería el día en el que Chester saldría; estaría libre, pero ya Cameron me lo dijo: una persona como él, que ha vivido como él, tiene los hombros llenos de plomo y ningún medio para aligerarlos.

Es algo de la psique.

Siempre supe que mi primo estaba mal. Tenía la sangre demasiado fría...

—No pareces contenta de verme —dice de la nada.

Se ha bebido, sin chistar, el vaso de vodka que le sirvió Cameron.

Al erguirse, me doy cuenta de que a mi marido le saca como diez centímetros aún. Debe de estar por el metro noventa y tantos; es igual que mi padre; tiene la apariencia ruda y fornida de los McMillan; y con esa musculatura deberá de rondar los cien kilogramos. Su mirada grisácea es idéntica también a la de papá; y es la misma sombra tenue de la muerte que impartían.

Por unos segundos, tiemblo de miedo al pensar que esta cadena no tiene fin.

—No quiero quedarme mucho tiempo en Manhattan —le dice entonces a Cameron, que está tecleando en su teléfono; Chester, caminando hacia el ventanal, se gira al escuchar, supongo, el timbre del teléfono.

Odio esto: no me gusta que no me incluyan en lo que sea que está pasando. Conozco lo suficiente a Cameron a pesar de que ya no creo poder decir lo mismo de mi primo, al que idealicé, olvidándome que es un ser humano, que sufrió, que sangró, que está herido de muerte... y que no se lo ve recuperado en lo absoluto ni mucho menos reinsertado en la sociedad.

—Owen dice que nos consiguió un avión privado de la compañía de su padre.

Cam me hace una seña cuando intento preguntar. Chester, en ese instante, se quita el reloj negro que lleva puesto y, sin eliminar ese rictus frío de su cara, dice—: Haz que salgan.

Inhalo aire profundamente.

—A ver —suspiro—. Un momento. Ustedes, salgan. —Ambos hombres miran a Cameron cuando hablo. Se me calientan las orejas al verlo—. Con una mierda, ¡que salgan, dije! Esto es un asunto familiar.

Mi esposo sacude la cabeza, se acomoda en la silla que antes ocupé, y entonces aprovecho para enfrentar a mi primo.

—No hagas escándalos, estoy tratando de ser precavido.

—¿Qué carajos está ocurriendo?

Chester se cruza de brazos. La camiseta negra que trae puesta provoca que parezca un ente maligno; su piel es demasiado blanca y tiene el pelo demasiado negro. Además, sus ojos son, a la perfección, una proyección de lo que tiene que ser el concepto del miedo. Lo que lo provoca, es decir.

—Siéntate, Frankie —musita. Me señala con los ojos la silla al lado de Cameron, y me apremia arqueando las cejas, así que refunfuño y obedezco al final y solo así él prosigue—: No

sabía quién era esa amiga tuya, hasta que Cameron hizo el favor de explicarme; no me contaste que Hills te acosó, ni me dijiste que hurgaste en su pasado para obligarlo a desaparecer. El caso es que está furioso conmigo a causa de ello... —Hay una sonrisa suspicaz en su boca. Sé lo que implica, por lo que tenso la mandíbula y aguardo—. Tampoco me dijiste lo que te hizo hace años.

—Son... particularidades.

—Se merece una bala en la cabeza —sisea mi primo. La frialdad en sus palabras es obvia—. Pero no quiero volver a esa cloaca, así que, lo siento mucho, vamos a tener que ir por la vía legal. Y eso quiere decir que tu amiga tendrá que hurgar más... Como sea que lo haya hecho.

Me encojo de hombros, indispueta, sabiendo que se refiere a Millie. De pronto siento que la temperatura aumenta y que las miradas que me rodean son como llamas de fuego, por eso. Cameron está tan callado que lo miro a los ojos para buscar consuelo en él. Por fortuna, su gesto tranquilizador me añade un poco de paz, y solo así reúno el valor de inclinarme para sacar de mi bolsa el teléfono móvil.

Chester me observa en silencio, curioso.

—Ponla en altavoz —me pide.

Ruedo los ojos ante su escrutinio.

Mientras los tonos suenan, Cameron dice—: Tuvimos que ser más cuidadosos...

—El hombre es un truhan —replica Chester—. No había forma de que supieras que ibas a encontrártelo. Además, hasta a mí me las ha jugado.

—Millie... —digo por lo bajo.

Aún no puedo creer que los ánimos no estén caldeados aquí; creí que iba a encontrar la tensión vaquera de las películas entre ellos; creí que cuando Chester supiera que Cameron no pretende divorciarse, me dejaría para siempre e intentaría separarme.

Ellos están en su plática cuando me oyen, de modo que hacen silencio y prestan atención a la llamada.

—Dime, aún estoy en la oficina.

—Quiero pedirte un favor —musito.

—Dile que quiero algo contundente, que le arrebaté el trabajo, no una sola suspensión.

Chester se ha sentado frente a mí, las cejas arrugadas en gesto de exigencia.

Contengo el aire antes de continuar.

—Tendré que hacer un par de cosas... deshonrosas... ya sabes. La última vez lo hice porque... pues, eso... ha sido para protegerte y que tú y Cameron pudieran ser felices. Lo sabes.

—En esta ocasión se trata de mi paz, Millie. Hills nos ha seguido y sabe que Chester acaba de salir de la prisión. No sé qué más decir, solo... necesito que por favor me des algo... Para quitarlo de mi camino de una vez y para siempre.

Hay unos minutos de silencio, y al final ella me cuenta, aunque con cierta desconfianza—: Bueno, aparte del acoso a las policías del departamento de narcóticos, hubo un reporte... Algo sobre la Gran Familia. Creo que es algo.

—Que lo haga —me exige Chester.

—Empieza por allí —digo, y espero nada más a que suspire, a duras penas, un escueto sí.

Luego, dejo mi teléfono a un lado y, furiosa, busco la mirada de mi primo.

Acabo de darme cuenta de una cosa muy importante; he limpiado todo lo que tenía que limpiar.

—No me des órdenes —espeto, en voz baja pero con la firmeza que me da el estar junto a Cameron—. Es mi amiga de la que estamos hablando; no voy a usar mi poder sobre ella para

obligarla a cometer un delito cibernético.

Con paciencia y serenidad, Chester recarga la espalda en su silla, y me estudia por largos segundos; la sensación de aprensión en mi cuerpo es tan cansada que apenas logro perpetuar el contacto visual con él. Su expresión, más bien cansada, no oculta los años que tuvo que pagar por cuestiones de honor y de lealtad.

Aún lo quiero muchísimo, pero ya no podemos ser iguales.

—No sé de qué te preocupas, todo esto es pasajero —dice, y creo detectar cierta sorna en sus palabras.

—Yo no...

El corazón me ruge debajo del esternón.

Evito mirar a Cameron porque creo que he llegado justo a donde me temía.

—Tú y Cameron firmaron un acuerdo prenupcial. Si lo renuevan, cambia, pero si no, el matrimonio se termina al igual que él. Nosotros nos iremos, tú podrás ser lo que quieras. Eres mi única familia, no voy a permitir que abusen de ti una vez más. —Su mirada se posa en Cam por unos segundos; es sucio su escrutinio y me hace enfurecer. Aprieto los puños, los aprieto hasta que me hago daño con las uñas. Chester, adelantándose a mi ira, dice—: Cameron fue un intermediario nada más, hasta donde sé estuvo de acuerdo con todo. Eres Frances McMillan, eso no cambiará.

Antes estaba llena de dudas al respecto. Mientras libero de tensión mis manos, sonrío, al sentir cómo se aclara mi mente y cada uno de los miedos se va; que diga que Cameron es solo un intermediario, no ha despertado en mí más que algo salvaje. Es un hombre dulce, capaz, entregado, que me ha demostrado de mil maneras lo importantes que son la convicción y la fortaleza cuando se quiere estar juntos.

—Puede que lo hayamos firmado así, pero no, te equivocas —digo, imprimiéndole a mi voz todo el orgullo del que soy capaz en estas circunstancias—. No soy Frances McMillan, soy Baltazar, y lo siento, sé que te prometí otra cosa, pero me quedo con Cameron.

Por un instante, por la rigidez de la expresión de mi primo, creo que ocurrirá una desgracia.

Pero en ese instante, Chester se inclina, saca la billetera y mira a Cameron, para preguntarle —: ¿Cuánto te debo?

De un segundo a otro, al tiempo que los observo de hito en hito, me doy cuenta de que estaban... estaban mintiendo. Abro la boca sin ser totalmente capaz de creer que Cameron se haya prestado para apostar algo que me dolió... bueno, tanto así no, pero me hizo enfurecer.

—Par de imbéciles —murmuro para mí, cerrando los ojos.

Al abrirlos, Chester me mira y dice—: No me importa con quién te cases. Me ayuda mucho que te quedes a cuidar mi capital... Quiero hacer un viaje largo... Después de deshacerme de Hills.

Hay una sonrisa honrosa en su rostro.

Un poco de la amargura se ha ido de sus facciones, pero el dolor aún es latente en su mirada.

—Pensé que eso también sería mentira.

—Ojalá —comenta Cameron, y se yergue de su sitio—. Tenemos que tomar ese vuelo ahora mismo.

Chester se levanta sin ninguna pega. Cameron, entonces, sujeta mi mano y empieza a caminar.

En el umbral, junto a Mármol y Tronco, me detengo a decirle—: Vaya bromita.

—No fue una broma, tu primo se impresionó cuando le pedí que me diera tu mano —dice, y se apresura a salir detrás de Chester al pasillo. Los guaruras cierran la puerta—. Le dije que

estabas enamorada de mí, y él me apostó cien dólares a que hacía que me dejaras. Supongo que quería probar qué tan en serio ibas.

En el ascensor, me quedo en medio de ambos.

—Esto no se va a quedar así —susurro—. Es una promesa.

Frances

Es una fortuna que Cameron, en su papel de Ceo, haya experimentado la mejor de las decisiones antes de que Chester viniera; tenía razón en otra cosa aparte de intuir que mi primo querría intervenir más bien poco en la administración de Fargo: que ya no es el primo que me cubrió los ojos para que no viera cómo las paredes de la estancia se manchaban con la sangre de nuestra familia. Aún después, no dejó que los agentes me interrogaran e hizo gala de la envergadura de su apellido.

Ahora me percató, con tristeza, de que esa protección que me dio, fue a costas de sí mismo; sufrí por mi parte una pena que pensé merecida ya que él había ido a la cárcel, pero, mirándolo desde aquí, mientras observa la enorme sala de su nueva casona —verdaderamente una casona—, observo la futilidad en sus ademanes, ese espectro de estoicidad autoinfligida que lo reviste.

Con la mirada clavada en su espalda, suspiro y me abrazo a mí misma, girándome en los talones. Doy unos pasos en dirección de una ventana alta, que roza la losa del techo abovedado; afuera ha empezado a llover; es la única manera en la que el invierno hace presencia en esta parte del valle de California. El acre que rodea la propiedad está lleno de árboles, así que la imponencia de la casa no queda a la vista desde la verja de entrada.

Dado que han pulido el piso recientemente, ni siquiera escucho los pasos de Cameron cuando se me acerca, y solo puedo verlo hasta que ha recargado su hombro contra el marco de la ventana.

—No te veo muy satisfecha que digamos —me espeta en un tono que a veces no entiendo.

Tomo una inspiración de aire antes de apoyar las palmas de las manos en el alféizar. Concentro mi atención en la fuente afuera, una especie de construcción de piedra con una estatua que corona su vista; es una mujer de estilo helenístico, algo que no se ve mucho por estos lares sureños de Norteamérica.

—Hay algo que quiero advertirte —digo, armándome de valor. Lo encaro con un movimiento sencillo, que no busca asustarlo ni hacer parecer la conversación algo poco más que certero, algo que definirá el tipo de relación que estamos formando. Los ojos de Cam se posan en los míos y, con su siempre semblante de tranquilidad y paz, me espera—. Tú y yo dejamos de creer en el destino a sabiendas de que somos diferentes y toda esta aventura del matrimonio, de la empresa, quiero que no la involucremos en eso; sé que es extraño y a lo mejor inesperado, pero a mí me gustaría que siguieras siendo el Cameron que viste de chamarras de mezclilla y asiste a los partidos de entrenamiento con la gorra puesta hacia atrás. Es eso.

Me siento aliviada al instante de explotar esa parte insegura de mí. Y Cameron, ya que tiene el talento de la resiliencia, estira la mano para sujetar la mía; pese a que sé que no necesita hablarlo para que yo entienda en estos momentos lo que su lenguaje corporal dice a la perfección, aguardo a que hable, con la conciencia de que esto lo hicimos posible no solo cuando nos casamos o cuando dormimos juntos.

—¿Ya me vas a confesar lo enamorada que estás de mí?

Ruedo los ojos, incapaz de soltar una ligera carcajada.

—Payaso.

—Ven: hablemos con nuestro primo para comunicarle que tiene que ocuparse de la vicepresidencia o tiro todo por la borda.

Curvo una ceja, me vuelvo a mirar a Chester y me encuentro con sus ojos examinando la manera posesiva en la que Cameron aferra mi mano a la suya.

Nada más en cuanto estamos frente a él, entrecierra los ojos.

Creo que tampoco me conoce ahora.

Epilogo[LQ1]

Cameron

Queen me entrega la carpeta, con las mejillas arreboladas y esa expresión de peligro inminente en el rostro; nunca la había visto más descompuesta que cuando, minutos antes, Tot salió de la sala de juntas, le dio un beso en la mejilla y se despidió como si hubieran vuelto a ser las mejores amigas de la universidad.

Me aclaro la garganta y, mirando a Jaxon para que intervenga, pongo la mirada en los formularios que estoy llenando.

—Será todo —dice mi amiga—. Iré a Recursos Humanos y enviaré al notario personalmente a tu casa.

—Muy bien.

Nadie dice nada cuando ella se pone de pie; en la silla presidencial, Chester tiene un codo recargado en la mesa de cristal templado; sus ojos escudriñan a Queen mientras esta abandona la sala y, en cuanto la puerta se cierra, mi primo político se recuesta totalmente en su lugar.

Entre los tres presentes, repartimos miradas de extrañeza.

—Sabe que, si Torrance la ha saludado, es para demostrarle que ya la superó —digo, sabiendo qué es lo que ocurre entre mis dos amigas.

Jaxon se desanuda la corbata, imita la posición desgarbada de Chester, el ahora vicepresidente de Fargo, y suspira. Por unos instantes tengo la sensación de que no hemos terminado de hablar. No obstante, lo que siento no es por mis quehaceres de cazatalentos, aunque Frankie asegura que es más que un segundo trabajo. Es mi hobby.

No.

Creo que se debe a que esta tarde Owen regresa a la empresa después de haberse quedado en Manhattan por casi tres meses en lo que arreglaba los asuntos de su padre; su padre, el gran señor Brandram, que ha fallecido a causa de un paro cardíaco y que ha dejado a una familia sumida en la tristeza.

Además, la empresa de la que ostentaban ser dueños sufrió una devaluación accionaria, un ataque foráneo que nosotros atribuimos a un boicot en manos de otro de los accionistas que no quieren que Owen ocupe la presidencia. Fargo, al ser ahora una cadena en crecimiento no solo de petróleo, combustibles y plástico, se está expandiendo, gracias a Roxanne, en el campo de los bienes raíces al comprar unos terrenos en los que ella creyó que podíamos construir otras dos plantas de extracción de energía geológica.

No imaginábamos que luego habría quienes quisieran comprar la patente, por lo que, ahora, Amaya se ha convertido en la quincuagésima mujer joven más rica de los Estados Unidos; por eso, y porque conozco mi sexto sentido, me libero las muñecas de mis apretadas mancuernillas y paladeo el sabor de mi propio temperamento.

El primero en hablar, con ese sentido del tacto reptiliano y seco, es Chester McMillan.

—Quieres comprar Adversimments Brandram y no sé hasta cuándo piensas decírnoslo —dice este, en tono alicaído.

Niego con la cabeza porque, a ciencia cierta, tenía pensando hablarlo primero con Frances, en

mi lecho de matrimonio, y no con un par de hombres tan fríos como el hielo; cuando quiero tomar decisiones sentimentales, recorro primero a ella y, por si fuera poco, Owen también es su amigo y quien arriesgó el culo para limpiar los fondos usados en un inicio para levantar Fargo.

Así, analizo la textura de mis manos y me doy cuenta de que todavía las tengo callosas.

—Ves a Owen como a un niño de familia —murmuro con las cejas arrugadas—. Pero jamás he visto a nadie que pelee tan duro para cuidar el bienestar financiero de alguien como lo hizo por Frances.

—No he dicho que no debamos comprar ABram. Digo que lo piensas demasiado, es ahora o nunca. —Ha dejado de fruncir las cejas y ahora está sonriendo—. Si dejamos que se la coman sus propios tiburones pagaremos más y recuperará nuestro dinero hasta dentro de diez años. —Hace una mueca despectiva y entonces dice—: Tú quieres hacerlo por tu amigo, yo porque quiero franquear de oro limpio y pulido el camino por el que andarán mis hijos cuando los tenga.

Enarco una ceja en su dirección, de nuevo sorprendido por ese comentario; los hace muy seguido. Eso es lo que dice querer ahora que todo su tiempo se lo dedica a una casa tan inmensa que no puede recorrerla al trote en una semana siquiera. Además, dice que no necesita el dinero si no es para heredarlo y que si Frances fuera pobre, se lo daría todo a ella.

Pero ahora sé que, en el fondo, esa es su última meta.

Un año después de su liberación, Frances y yo decidimos realizar una pequeña ceremonia de aniversario a la que asistieron las personas que normalmente acuden a ese tipo de eventos; mi madre y Roy asistieron y me da mucho placer admitir que les doy lo que se merecen: una pensión para cada uno, pero nada que salga de las ganancias de la empresa que ellos abandonaron.

Por si fuera poco, mamá trata a Frances con aquella deferencia que siempre odié de la crema y nata de la alta escala social. Luego compramos la casa de New Hope que vendí para comprar el anillo de Frances y el penthouse. Cuando la inauguramos e hicimos la fiesta, Chester se sentó en un columpio sofá que está en el enorme jardín trasero. Me dijo que estaba intranquilo y que no podía dormir muy bien. Así que empezó a ir a revisiones médicas constantes y desde entonces no hace más que hablar de la familia y la importancia de esta.

Al abrirse con brusquedad la puerta, consciente de que ni siquiera le he conocido alguna cita furtiva o nos ha contado de ello, me giro para encontrarme de lleno con un Owen vestido de manera informal, con un cárdigan, un vaquero y ese pelo desaliñado suyo.

—Necesito una esposa —dice sin preámbulos.

Abro los ojos, creyendo que no debí de escuchar lo que dijo.

—Hola —espeto sin saber qué más decir.

Owen da unos pasos al interior, cierra la puerta y se deja caer en la primera silla que encuentra en su camino; justo al lado de Chester y en medio de él y Jaxon, que ladea la cabeza y se pone los nudillos en el mentón, como estudiando la seriedad con la que ha hablado nuestro socio.

—Lo digo en serio.

—Recuerdo que vi un bazar de esposas —comenta Jaxon, mirándome, y a punto de reírse.

Owen aprieta los ojos y masculla, en tono dolido—: No entienden, es un maldito requisito de mi padre. Decía que no iba a aceptar que su fortuna, y por ende el patrimonio de mi madre y mis hermanas, fuera a parar a manos de una mujer sin cerebro. —Él suelta un suspiro cargado de ira y vuelve a cerrar los ojos—. Como si no tuviera más problemas que ahora tengo que casarme antes de que venza el plazo. —Entonces sus ojos se posan en mí—. Tú lo hiciste y funciona...

—No ha funcionado porque hubiera interés por parte de los dos —admito—. No sé si tú

podrías; es decir...

—Tienes casado tres años con Frances, por Dios. Yo puedo.

Me rasco una ceja, me arrellano en el sillón y me lo quedo mirando.

—Podrías casarte con Roxanne —murmura Chester.

Hago una mueca de reprensión, pero al mirarlo sé que se está burlando de Owen. Sin embargo, en cuanto lo estudio por mi cuenta, veo que su cara luce una máscara de seriedad.

—Oh, no, Frankie va a matarte —suelto de inmediato.

Owen se pasa la mano por el pelo y dice, desesperado—: Roxanne me aterra y también su demonio, pero es inteligente y una mujer destacada, sí, al menos me daría presencia...

—Pero no es un objeto —dice Jaxon.

—Y Frances va a matarte —repito.

Owen respira hondo, me mira y, al final, dice—: Es mi única opción.

Mis novelas

Hola, si has llegado hasta acá, déjame darte las gracias. Espero que hayas, también, disfrutado la novela y que te quedes conmigo. El Mundo de Cameron es el primer libro de la serie romántica Fargo, cuyo siguiente número será publicado pronto.

Para que estén en contacto directo conmigo, las invito a seguirme en todas mis redes sociales.

Lizbeth Azconia, en Facebook.

lizquo_ en Instagram y Wattpad.

Por otro lado, si deseas seguir leyendo más novelas de este corte, te invito a ingresar en mi perfil de Amazon, donde encontrarás una variedad de historias, que espero sean de tu agrado.

[\[LQ1\]](#)

